karl barth

**al servicio
de la palabra**

ediciones sígueme

Karl Barth

al servicio de la palabra

ediciones sígueme - salamanca 1985

CONTENIDO

NUEVA ALIANZA 78

Tradujo: Basili Girbau
Título original: *Predigten*

© Theologischer Verlag, Zürich 1979

© Ediciones Sígueme, S. A., 1985

Apartado 332 - 37080 Salamanca (España)

ISBN: 84-301-0969-2

Depósito legal: S. 240-1985

Printed in Spain

Fotocomposición e impresión:

Industrias Gráficas Visedo - Hortaleza, 1 - Teléf. 24 70 01 - 37001 Salamanca

<i>Prólogo</i>	9
Pero yo siempre estaré contigo (Sal 73, 23)	13
Hoy os ha nacido un Salvador (Lc 2, 10-11)	20
Yo vivo y vosotros viviréis (Jn 14, 19)	28
Estáis salvados por pura generosidad (Ef 2, 5)	35
Contempladlo (Sal 34/33/, 6)	43
Mi esperanza eres tú (Sal 39/38/, 8)	51
Entre vosotros. Vuestro Dios. Mi pueblo (Lv 26, 12)	60
La buena noticia de Dios (Mc 1, 14-15)	68
¡Todos! (Rom 11, 32)	77
Lo que Dios ha creado es bueno (1 Tim 4, 4-5)	85
La gran dispensa (Flp 4, 5-6)	93
Es él (Dt 8, 18)	100
Enséñanos a llevar buena cuenta... (Sal 90/89/, 12)	108
Primicia de la sabiduría es el respeto del Señor (Sal 111/110/, 10)	117
El que está de nuestra parte (Lc 2, 7)	126
Muerte, pero vida (Rom 6, 23)	134
Alabado sea el Señor (Sal 68/67, 20)	141
El Señor, que te quiere (Is 54, 10)	150
¡Tú puedes! (Jer 31, 33)	159
¡Invócame! (Sal 50/49/, 15)	167
Mi tiempo está en tus manos (Sal 31/30/, 16)	175
El instante (Is 54, 7-8)	183
Conversión (1 Jn 4, 18)	189

Lo que permanece (Is 40, 8)	197
Doble mensaje de adviento (Lc 1, 53)	206
Lo que basta (2 Cor 12, 9)	214
Ante el tribunal de Cristo (2 Cor 5, 10)	221
Arrimad todos el hombro (Gál 6, 2)	228
Pero ¡ánimo! (Jn 16, 33)	236
Se alegraron de ver al Señor (Jn 20, 19-20)	246

Para festividades de la Iglesia:

Donde se da el Espíritu del Señor, hay libertad (pentecostés)	254
El gran sí (adviento)	258
¿En dónde está Jesucristo? (navidad)	261
Una palabra para el nuevo año (año nuevo)	263
Nacimiento de Dios (navidad)	264

PROLOGO

En la primera sección de la edición de las obras completas se han presentado hasta ahora, la totalidad de los sermones predicados por el joven párroco de Safenwil, Karl Barth, en el curso de los años 1913-1914. Les sigue ahora, a continuación, una colección de sermones de los últimos años de la actividad académica de Barth, y del tiempo de su jubilación. El efecto sorprendente que podríamos descubrir en esta aparición sucesiva, no es su motivación. A decir verdad, es, de hecho, atractivo e instructivo, contraponer aquellos primeros sermones con éstos, más recientes, y ver reflejada en la predicación de un mismo orador, tan extraordinariamente evolucionada en cuanto al contenido y la forma, la amplitud y significación del camino que Barth, como teólogo, había recorrido en aquellos decenios: él no suponía todavía cuando compuso aquellos primeros sermones, publicados después de su muerte, que algunos años después, había de plantear con un comentario de la carta a los romanos, una renovación fundamental de la teología; y cuando predicó los sermones que se presentan aquí, estaba escribiendo la segunda parte de la doctrina de la justificación contenida en su obra monumental (KD IV, 2), que es el punto culminante en el desarrollo de aquella teología renovada. Sin embargo, no se ha tenido en cuenta el efecto de este contraste, para llegar a la decisión de hacer este salto de su primera obra a su obra posterior. Los motivos decisivos han sido únicamente prácticos. Ya que la

publicación de las obras completas de Barth sustituirá paulatinamente las ediciones separadas, a medida que se vayan agotando, es natural publicar, con preferencia a las obras completas, aquellos sermones que en las librerías son más solicitados.

Desde el paso de su actividad parroquial en Safenwil a la actividad académica (1921), Barth ya no recibió más encargos de sermones, ni por razón de su ministerio, ni de una manera regular. Sin embargo, se mantuvo fiel a su famosa declaración, en la que afirma que la raíz de su teología es “el problema específico de los párrocos en el ámbito de la predicación”¹, aceptando con gusto invitaciones a predicar, cuando las obligaciones de su trabajo de aquel entonces se lo permitían. Del año 1921 al año 1964, existen 130 sermones en números redondos; una notable mayoría, escritos literalmente (gran parte de ellos publicados una o varias veces), y una pequeña parte, escrita esquemáticamente, tal como él acostumbraba a llevar consigo al púlpito. De algunos otros se conoce la fecha, el lugar y el texto, pero no se han conservado ningunos apuntes. Se han previsto tres volúmenes de las obras completas para estos sermones del tiempo en que Barth era profesor. El primero contendrá aquellos de cuando Barth estaba en Alemania (1921-1935), el segundo, aquellos que van desde el principio de su estancia en Basilea, hasta la única pausa importante en su actividad como predicador: entre los años 1947 y 1954 no predicó ninguna vez en Basilea, y solamente tres veces fuera. Después de esta interrupción, empieza un nuevo y último período de sermones. La producción de este período se ha conservado exenta de lagunas y vamos a presentarla reunida en este volumen.

Esta última época es un período singular, no solamente por el hecho de estar separado del período precedente por un largo alejamiento del púlpito, sino más aún por el nuevo lugar en que predicaba sus sermones, apenas cambiado por otro (salvo raras excepciones), y expresamente preferido a cualquier otro: la “cárcel” de Basilea. Al principio Barth había recibido con reserva la invitación oral del párroco que ejercía

1. K. Barth, *Not und Verheissung der christlichen Verkündigung* (1922), en *Das Wort Gottes und die Theologie*, München 1924, 101. Cf. también *Fünfzehn Antworten an Herrn Professor von Harnack* (1923), en *Theologische Fragen und Antworten*, Zollikon 1957, 10: “Die Aufgabe der Theologie ist eins mit der Aufgabe der Predigt”.

allí su ministerio, Martin Schwarz, y no la aceptó inmediatamente. Sin embargo, el mismo día, pidió a Schwarz el permiso para participar en uno de estos oficios que se celebraban en la cárcel, y bajo la impresión allí recibida, aceptó inmediatamente². De lo que desde entonces le unió a este lugar particular de predicación, los mismos sermones dan el testimonio más elocuente. De ahora en adelante, el párroco Schwarz no tuvo ya necesidad de pedírselo; el mismo Barth preguntaba de vez en cuando si todavía podría volver a predicar. Varias veces participó en coloquios que tenían lugar al atardecer y, durante las vacaciones del párroco, hizo visitas personales a la cárcel. La serie de 28 sermones predicados en la cárcel en el espacio de diez años y algo más, llegó a su fin en el domingo de pascua de 1964, porque Barth no tenía ya la salud suficiente para seguir adelante.

En el presente volumen se reúnen las dos colecciones de sermones “Liberación para los cautivos” (1959) e “Invócame” (1965). El total de sermones, 28, será completado por el único sermón ocasional tenido en este espacio de tiempo, que se halla incorporado según el orden cronológico, y otro sermón predicado en la cárcel y omitido por equivocación en la impresión de “Invócame!”, titulado: “Conversión”.³

En una segunda parte, se han reunido, tal como está previsto de una manera general para la sección primera de las obras completas, artículos sobre festividades eclesíásticas, redactados para diversas publicaciones. Aunque no se puedan incluir de una manera estricta bajo el título de “Sermones”, tienen, sin embargo, una influencia en el nombre del volumen, en cuanto por medio de ellos, el límite temporal puede prolongarse del 1964 al 1967: el último de los artículos, escrito

2. Esta exposición sigue el escrito retrospectivo de M. Schwarz: *Bericht des evangelischen Strafanstaltspfarrers*, 1968. *Karl Barth in der Strafanstalt*, impreso privado sin año (1969). Impreso abreviado bajo el título: *Karl Barth im Gefängnis: Stimme der Gemeinde* 21 (1969) 3-5, y bajo el título: *Karl Barth in der Strafanstalt: Kirchenblatt für die reformierte Schweiz* 125 (1969) 210-213. La sucesión del tiempo en el recuerdo de Schwarz, ha quedado reducida; sólo pone el espacio de una semana entre la asistencia de Barth al servicio religioso y su primer sermón. En realidad, Barth oyó el sermón de Schwarz el 25 de abril de 1954; se discutió la posibilidad de que él pudiera predicar el 9 de mayo, pero no resultó. El 1 de agosto de 1954 predicó Barth su primer sermón en la cárcel. Las fechas provienen de la agenda de Barth y de cartas de M. Schwarz a Barth conservadas en el Karl Barth Archiv.

3. Sin embargo apareció en un disco en 1961, y fue publicado por separado en 1962.

para el día de pascua, lo mismo que el último sermón, es tres años más reciente que este último.⁴

1. Barth anotaba apuntes a mano para el sermón. En esta primera forma se ha conservado solamente un sermón (5 agosto, 1956).

2. Escribía los apuntes a máquina en el borrador que llevaba consigo cuando subía al púlpito (generalmente 3 ó 4 hojas de formato DIN A 5, a veces 2 ó 5).

3. Llenaba de correcciones el borrador escrito a máquina (las más de las veces, añadidos), así como también, frecuentemente, lo subrayaba con lápiz azul y rojo. Los borradores se han conservado en su totalidad, aparte de cuatro excepciones.

4. Con estos apuntes a mano, formulaba el sermón libremente en todos los puntos.

5. Durante la predicación, su colaboradora, Charlotte von Kirschbaum, que siempre le acompañaba en las celebraciones, las copiaba taquigráficamente (parece ser que de estos taquigramas no se ha conservado ninguno).

6. Habitualmente, transcribía el taquigrama en escritura normal el mismo domingo.

7. Barth volvía a retocar esta redacción manuscrita con correcciones hechas a mano. Dos sermones (14 de agosto de 1955 y 14 de julio de 1959) se han conservado en esta forma.

8. Charlotte von Kirschbaum ponía en limpio a máquina los manuscritos corregidos.

9. El párroco Schwarz recogía estas copias en limpio y las llevaba a la cárcel, en donde una interna las copiaba en matriz (tipográfica) para ser reproducidas. Estas reproducciones se impartían en la cárcel a todos aquellos que estaban interesados, y Barth las enviaba a conocidos. Sirvieron también de base en numerosas publicaciones y a los dos volúmenes antológicos.

Expreso mi agradecimiento al Rvdo. Señor Párroco Helmut Goes y a mi esposa, por su preciosa ayuda en la lectura de las pruebas de imprenta.

Basel, junio de 1979

HINRICH STOEVE SANDT

4. De las 50 oraciones (redactadas en parte sin mucho cuidado) impresas allí, todas ellas compuestas en conexión con los sermones, 36 están contenidas en este volumen, unidas respectivamente al sermón que les corresponde. Las restantes 10 oraciones del librito proceden de un tiempo más lejano; fueron tomadas de la colección *Fürchte dich nicht!* (1949).

Pero yo siempre estaré contigo

Salmo 73, 23

1 de agosto de 1954, cárcel de Basilea

¡Señor, Dios nuestro! Te damos gracias, porque nos es dado poder estar juntos en estos momentos —para invocarte— para presentarte todo aquello que nos conmueve —para escuchar juntos la buena nueva de la salvación del mundo— para glorificarte.

Ahora, ¡ven tú mismo a nosotros! ¡Despiértanos! ¡Danos tu luz! ¡Sé tú nuestro maestro y nuestro consolador! Habla tú mismo con cada uno de nosotros, de tal manera, que cada uno oiga precisamente aquello que necesita y le ayuda.

Sé también clemente, para todos aquellos, que en otros lugares, se reúnen esta mañana como comunidad tuya. Mantenlos a ellos y a nosotros en tu palabra. Protégelos a ellos y a nosotros, de hipocresía, error, aburrimiento y distracción. Dale a ellos y a nosotros conocimiento y esperanza, un testimonio claro y corazones alegres, por Jesucristo nuestro Señor Amén.

*Pero yo siempre estaré contigo,
tú me has tomado de la diestra*

Queridos hermanos y hermanas:

Intentaré explicaros brevemente lo que acabamos de oír. Veréis que cada palabra es importante.

“*Pero*”, así empieza. Pero: es decir, no obstante. Pero: es un grito de batalla contra un poder que se nos echa encima, un impedimento, una molestia, un peligro, amenazadores.

Tal vez por causa de una pérdida difícil de reparar, por nuestras “relaciones” con los otros; tal vez, también y sobre todo, porque nosotros mismos somos culpables, tal vez porque no nos entendemos con los demás, por nuestro propio carácter, por nosotros mismos, tal como somos cada uno.

Quizá hayáis oído alguna vez la canción, o hasta la hayáis cantado:

Nuestra vida se asemeja al viaje
de un caminante en la noche,
cada uno tiene en su camino
algo que le aflige.¹

¡Cada uno! No solamente tú o yo, no solamente nosotros aquí, sino también los que están afuera en la ciudad, cada hombre, todos los hombres en el mundo entero. Y detrás de la aflicción que cada uno tiene se levanta la gran aflicción de un mundo que no está en orden, de un mundo complicado, oscuro y peligroso, se levanta la aflicción del hombre tal como es: no es bueno sino orgulloso, necio, perezoso, mentiroso, que precisamente no es bueno, porque se encuentra en la miseria.

¿No es cierto que sería una gran cosa, si frente a todo esto, uno pudiera mantenerse así: ¡Pero!?

Pero *yo estaré*: es decir, no obstante, a pesar de todo esto, ¡yo vivo, yo quiero nadar contra la corriente, no quiero ceder, no quiero desesperar, no quiero hundirme, sino que quiero resistir y, más aún, tener absoluta confianza y esperanza, estar arriba y no abajo! Ciertamente, quien se sintiera libre para esto, tanto en las grandes como en las pequeñas aflicciones, en las propias y en las del mundo, podría muy bien alegrarse de esto: Pero *¡yo estaré!*

Pero yo *siempre* estaré, o sea, estaré dando garantía a todas las circunstancias, no solamente de vez en cuando, no solamente por la mañana, sino también por la tarde, cuando oscurece y cuando viene la noche; no solamente “en todas

1. Estrofa 1.ª del “Beresinalied” de L. Gieseke (1756-1832). El nombre de la canción procede de la tradición según la cual el teniente de Glarne, Thomas Legler, entonó esta canción antes de la batalla en el Beresina, el 18 de noviembre de 1812.

las horas felices”², sino también en las tristes; no solamente cuando uno recibe noticias que le alegran, sino también cuando vienen noticias desagradables; también en la decepción, en el abatimiento. Como se dice en un cántico de iglesia:

Y aunque el mundo estuviera lleno de diablos
y acaso quisiera devorarnos
no por eso nos dejaríamos llevar por el miedo:
todo nos ha de ir bien...³

Esto quiere decir: *¡siempre!* ¡Quién pudiera decir esto, y no solamente decir, sino también pensar, y, por tanto, ser conforme a esto: *Pero yo siempre estaré!*

Queridos hermanos y hermanas, la Biblia, en la que se encuentran estas palabras, es una invitación única a todos nosotros, y cuando celebramos un servicio, como ahora aquí, entonces esto significa que esta invitación se dirige ahora a nosotros, a todos nosotros. Por eso podemos y debemos repetir en nuestro corazón: ¡Pero yo siempre estaré! Todos nosotros, no solamente los que llaman buenos, sino también los que llaman malos, no solamente los que son felices, sino también aquellos que se tienen por muy infelices, no solamente los piadosos, sino también aquellos que se tienen por poco o acaso por nada piadosos: ¡Todos estamos invitados! ¿Os hacéis cargo de que la sagrada Escritura es un *libro de libertad* y de que el servicio divino es una *celebración de libertad*? ¡Mucho más importante que toda la hermosa festividad del 1 de agosto, que todavía hoy se celebra en recuerdo del 1291!⁴ La fiesta de la libertad, hermanos y hermanas, quiere decir *esto*: “Pero yo siempre estaré...”.

Pero ahora, todos nosotros debemos prestar mucha atención: apostaríamos cien contra uno que, si se nos permitiese, acabaríamos la frase como sigue: Pero yo siempre estaré

2. J. W. Goethe, Bundeslied (1775), principio de la estrofa 1.ª:

¡En todas las horas felices,
exaltados por el amor y el vino
debe cantarse esta canción
que nosotros hemos entrelazado!

3. De la estrofa 3.ª del cántico 342 (EKG 201) “Ein feste Burg ist unser Gott” (1529) de M. Luther.

4. Fiesta nacional suiza en memoria del juramento de Rütli, como fecha legendaria de la Confederación suiza; celebrada por vez primera en 1891, fue generalizándose paulatinamente a partir de entonces.

¡conmigo! Con mis ideas, con mi parecer, con mi opinión, con mi punto de vista y con mi derecho. ¡Con lo que yo deseo y exijo! “Pero yo siempre estaré” querría decir en este caso: a despecho de todo, afirmarse siempre a sí mismo, a fin de mantenerse uno siempre en sí mismo. Tengo un buen amigo, que tiene una frase preferida de unos versos del poeta suizo Leuthold, y que la cita de buen grado: “¡Soberbio corazón mío, bástate a ti mismo!”⁵. Cuando me lo repite, siempre me río un poco. No se puede prohibir a nadie pensar y hablar así. Todos nosotros lo hacemos de vez en cuando. Pero hemos de hacer la sensata constatación de que esto no va. ¿Habéis visto alguna vez a un perro atrapar su propia cola, o habéis oído lo que le pasó al barón de Münchhausen, que salió del pantano tirando de su propio pelo?⁶. Esto nadie se lo creyó. Nadie puede fiarse de sí mismo, y uno no puede sostenerse a sí mismo. Pues el mundo oscuro, enmarañado y peligroso está precisamente en mí mismo, y el hombre orgulloso, perezoso y mentiroso acecha precisamente en mi “soberbio corazón”. ¿En qué sentido podría yo decir: Pero yo siempre estaré conmigo? La Biblia llama *pecado* a que el hombre quiera bastarse a sí mismo. No, en donde pasa esto, no hay libertad.

En la Biblia, el libro de la libertad, lo leemos de otra manera: Pero yo siempre estaré *contigo*. Amigos míos, ¿podéis imaginaros un hombre que se encuentra en las más profundas y negras tinieblas, y de golpe le es permitido divisar la luz? ¿un hombre agotado por el hambre, y al que otro le da súbitamente un trozo de pan? ¿un hombre agotado por la sed, al que se le ofrece inesperadamente un trago? Esto es lo que pasa, cuando uno deja tras sí el “conmigo” y tiene ante sí: ¡Pero yo siempre estaré *contigo!*

Pero ¿de qué *tú* se trata? ¿es un hombre? Sí, de hecho, nos viene al encuentro uno con rostro humano, forma humana, mano humana y lenguaje humano. Uno que también

5. El amigo mencionado es el neurólogo de Zürich Dr. Hans Huber (1889-1963). El verso es el refrán del poema “Entsagung” (1857) de Heinrich Leuthold (1827-1879), en H. Leuthold, *Gesammelte Dichtungen in drei Bänden*, editado por G. Bohnenblust, vol. 1, Frauenfeld 1914, p. 60s. (Existe otra redacción del poema –de E. Geibel, con consentimiento del poeta– en la que el refrán suena: “¡Corazón exigente, bástate a ti mismo!”). Así, en: H. Leuthold, *Gedichte*, Frauenfeld, ³1906, 11-13).

6. Cf. por ejemplo, *Abenteuer und Reisen des Freiherrn von Münchhausen*. Retocado de nuevo por E. Zoller, Stuttgart, sin año (1872), p. 57s.

lleva su aflicción en el corazón, y no sólo la suya, sino la aflicción del mundo entero. Uno que toma sobre sí nuestro pecado y nuestra miseria, y los aparta de nosotros. El puede hacerlo, porque no es sólo un hombre, sino que también es *Dios*, el Creador y Señor todopoderoso, que *te conoce a ti y a mí mejor* que nosotros mismos y que *te ama a ti y a mí más* de lo que nosotros pudiéramos amarnos. El es nuestro prójimo, más cercano a nosotros mismos de lo que nosotros pudiéramos estar; a él nos es permitido decirle tú.

¿Sabes tú quién es éste? En el mismo cántico de iglesia que antes he mencionado, oímos la respuesta:

Se llama Jesucristo,
Señor Sebaot,
y no hay otro Dios,
él ha de custodiar el campo.⁷

Y ahora, hermanos y hermanas, estamos todos invitados a hablar con él en vez de hablar con nosotros mismos. Ahora podemos tener la libertad de decirle: “Pero yo siempre estaré *contigo*”.

Seguro que ahora preguntaréis: ¿Cómo se puede hacer esto? Y a esta pregunta podría contestaros inmediatamente: es imposible. Pero hay algo que está por encima de lo que “uno puede”. Y es lo que sigue: *Tú me tomas de la diestra*.

Así pues, yo me mantengo firme, porque tú me sostienes. Yo estoy, porque tú estás para mí. Yo digo “pero”, porque tú me dices “pero”, a mí, que *no puedo* hacer esto, a mí, que *no lo he merecido*. Tú me dices “no obstante”, a mí, que soy como soy, y que he hecho lo que he hecho, y hago lo que hago; a mí, que puedo ser un hombre que duda, un hombre de poca fe, y acaso hasta un ateo. Porque tú me sostienes así, digo: pero yo siempre estaré contigo. Y digo esto, porque mi aflicción, evidentemente es cosa tuya y no mía, porque tú has acogido mi aflicción y la de todos los hombres en tu corazón, la has incorporado a tu vida y la has soportado en tu muerte en la cruz, porque tú, en tu muerte, la has vencido, porque yo en cuerpo y alma, en la vida y en la muerte “no soy mi propia posesión, sino la posesión de mi leal salvador Jesucristo”.⁸

7. De la estrofa 2.^a del cántico 342 (cf. nota 3).

8. Catecismo de Heildelberg (1563), pregunta 1.^a: “¿Cuál es tu único cosue-

Tú me sostienes, y por esto me atrevo a decir: *¡Pero yo siempre estaré contigo!*

Por último, ahora, nos hemos de fijar en una cosa. Dice: Tú me tomas *de la diestra*. La mano derecha es la mano con la que el hombre es fuerte y hábil (a no ser que sea zurdo), con la que trabaja, con la que escribe, con la que, en caso de necesidad, lucha; la mano derecha es la mano que “da” a otro hombre cuando desea saludarlo. La mano derecha, quiere decir: *nosotros mismos*, y precisamente nosotros mismos, en aquello que vale, en aquello que nos tomamos en serio, allá donde tenemos nuestro corazón. Y esto no quiere decir que hayamos de dar a Dios nuestra mano derecha. No es necesario –llegamos demasiado tarde–, *él nos toma de la mano derecha*, es decir, nos toma en serio, en aquello que para nosotros es enormemente serio. Esta es la situación. Nunca olvidaré a uno de mis hijos, ya mayor, que ahora está en Indonesia como misionero⁹, que cuando era todavía un niño me preguntó una vez: “¿Sabes quién es el Señor Principal?”, “No, ¿quién es?”, “Dios”. Que él sea el Señor Principal, nos muestra que *nosotros* somos *para él* lo principal, que él toma nuestra mano derecha con su mano derecha, de tal manera que ya no se nos pregunta a dónde queremos dirigirnos nosotros con nuestra mano derecha. Ya no podemos apoyarnos en él solamente de una manera pasajera, de una manera secundaria. Nuestra mano derecha ya no es libre: él la toma, y ella está ya entre las suyas.

Y ahora querría acabar, con la pregunta: ¿Quién eres tú? ¿Quién soy yo? Respuesta: uno *al que Dios toma su mano derecha*. Por esto le ha puesto Dios en el corazón y en los labios esta confesión de fidelidad y este gran consuelo: *pero yo siempre estaré contigo*. Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu santo, como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.

¡Señor, Dios nuestro! Tu incomprensible gloria es que podamos invocarte así: Señor, Dios *nuestro*, Creador *nuestro*, Padre *nuestro*,

lo en la vida y en la muerte? – Que yo, en cuerpo y alma, en vida y en muerte, no me pertenezco a mí mismo, sino a mi fiel salvador Jesucristo”.

9. Christoph Barth (nacido en 1917), por encargo de la misión de Basilea en Indonesia, fue primero profesor de teología y rector de un seminario eclesialístico en Banjarmasin, desde 1954 profesor de antiguo testamento en la escuela superior eclesialística en Djakarta.

Salvador *nuestro* – que tú nos conozcas y nos ames, y que quieras ser conocido y amado por todos nosotros – que tú veas y rijas nuestros caminos – que todos nosotros vengamos de ti y podamos ir a ti.

Y ahora, lo presentamos todo ante *ti*: nuestras preocupaciones, para que *tú* te preocupes por nosotros – nuestro miedo, para que tú lo tranquilices – nuestras esperanzas y nuestros deseos, para que se haga no nuestra buena voluntad, sino la tuya – nuestros pecados, para que tú los perdones – nuestros pensamientos y anhelos, para que tú los purifiques – toda nuestra vida, aquí en el tiempo, para que tú la conduzcas hacia la resurrección de toda carne y hacia la vida eterna. Nos acordamos ante ti de todos los que están en esta casa – y también de todos los hombres que están cautivos en este mundo. Permanece junto a nuestros parientes – junto a todos los pobres, enfermos, oprimidos y atribulados. Ilumina los pensamientos y rige las acciones de aquellos que en nuestro país y en todos los países son responsables de la justicia, el orden y la paz. Que amanezca – por Jesucristo, nuestro Señor, en cuyo nombre, te rezamos: Padre nuestro... Amén.

Hoy os ha nacido un Salvador

Lucas 2, 10-11

Navidad de 1954, cárcel de Basilea

¡Amado Padre del cielo! Porque estamos juntos aquí, para alegrarnos de que tu amado Hijo se haya hecho por nosotros hombre y hermano nuestro, te pedimos de corazón:

Dinos tú mismo, lo grande que es la gracia, el bien y la ayuda que en él has preparado para nosotros.

Abre nuestros oídos y nuestro entendimiento, para que comprendamos que en él está el perdón de todos nuestros pecados, la semilla y la fuerza de una nueva vida, el consuelo y la exhortación a vivir y a morir, la esperanza para el mundo entero. Crea tú mismo en nosotros el buen espíritu de libertad, para ir, humildes y valientes, al encuentro de tu Hijo, que viene a nosotros.

Hazlo hoy en toda la cristiandad y en todo el mundo: para que sea dado a muchos ir más allá de las exterioridades y las frivolidades de estas fiestas, y celebren con nosotros unas buenas Navidades. Amén.

El ángel les dijo: Tranquilizaos, mirad que os traigo una buena noticia, una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un salvador

Queridos hermanos y hermanas:

Acabamos de oír ahora la historia de Navidad: lo que se nos dice del emperador Augusto y del gobernador Quirino, de José y María y del nacimiento del niño en Belén, de los pastores en el campo y de la venida del ángel del Señor, que se les apareció, y de la legión del ejército celestial, que alababa

a Dios diciendo: Gloria a Dios en el cielo y paz en la tierra a los hombres que él quiere tanto. Me gustaría mucho saber qué tal os ha ido oyendo esta historia.

Tal vez uno u otro no haya prestado toda su atención –como suele pasar– y la historia haya pasado ante él como una nubecilla o un humo pasajeros. ¿Hay que leerla otra vez? Bien podríamos leerla dos y hasta cien veces. Pero por esta vez, dejémoslo así.

¿Habrá tal vez aquí alguien que crea que estoy explicando una hermosa fábula, que nada tiene que ver con la vida real? ¿demasiado bonita para ser verdad? ¿Qué queréis que le diga? ¿Me he de poner a discutir con él? En otro momento lo haría con mucho gusto; ahora haremos algo mejor.

Tal vez alguno de vosotros, al oír la historia, se haya visto obligado a pensar en aquellos lejanos días de su juventud, cuando todavía iba a la escuela dominical, donde, tal vez, oyó ya contar la historia, y en el árbol de Navidad, en las manzanas y en los confites, en lo hermoso que era entonces y como ahora ya ha pasado todo y no volverá. ¿Qué he de decir a todo esto? ¿He de poner cara seria y contestar: “sí, ahora no se trata del árbol de Navidad ni de tristes recuerdos navideños, sino de la *historia de la Navidad*?” Tampoco quiero referirme a esto ahora.

Solamente querría deciros, queridos amigos *lo* que hacemos con esta historia, con la historia, que es la historia de todos nosotros, y que realmente es mucho más importante, mucho más verdadera y mucho más seria que todas las historias que se encuentran en los libros y que todas las novelas, y que todo lo que va por los diarios y por la radio. Esto es lo que hacemos: un poco de distracción, un poco de incredulidad y un poco de sentimientos navideños. Nosotros, no sólo vosotros, todos nosotros, y, con toda seguridad, yo mismo incluido: ¡eso es lo que hacemos!

Hasta que viene el *ángel del Señor*, y nos da una respuesta. Con toda seguridad, el ángel del Señor ha recorrido esta noche las calles, las casas y las plazas de Basilea. Se ha hecho presente a los que han celebrado la santa noche solos y tristes, y también, tal vez, a los que la han celebrado demasiado alegre y estúpidamente, y a todos los que todavía duermen, o tal vez, están durmiendo hasta la saciedad; también pasará hoy por las iglesias de Basilea, y a uno le gustaría saber qué respuesta da a cada uno de estos hombres, y cómo ellos le han prestado, o no, atención.

Pero ahora no pensemos en los demás, sino en nosotros. Con toda seguridad, el ángel del Señor está también aquí entre nosotros, para hablarnos y para ser escuchado por nosotros. Y además, yo estoy también aquí para deciros que él está aquí y habla, para escucharlo juntamente con vosotros, y para recordar lo que él quiere deciros.

Un *ángel*: un *mensajero* que trae una noticia. Podéis pensar sencillamente en un cartero que os trae una noticia. El ángel del Señor es el mensajero de Dios, con la noticia de la historia de Navidad. Y ved: cuando *él* la trae, se disipa la distracción, la incredulidad y también los hermosos sentimientos navideños, porque el ángel del Señor viene directamente de Dios a nosotros. En estos días he visto un cuadro, en el que un ángel se precipita del cielo a la tierra en vertical, casi como un relámpago¹. Esto es una figura, pero es verdad: cuando el ángel del Señor trae la noticia, cae como un rayo, y resulta verdad que la gloria del Señor los envolvió de claridad (Lc 2, 9), ya que la noche se convirtió en día:

Penetra la luz eterna,
dando al mundo una nueva claridad.
Brilla en medio de la noche
y nos hace hijos de la luz.²

Y ahora vamos a intentar escuchar y comprender algo de lo que el ángel del Señor dijo a los pastores, y nos dice ahora a nosotros. “Hoy os ha nacido un salvador”. En estas tres palabras: *os – hoy – un salvador* está contenido todo el mensaje de Navidad. Queremos oírlas una tras otra.

Hoy *os* ha nacido un salvador, dice el ángel del Señor. Es importantísimo oír decir esto.

Una vez más: La noticia del nacimiento del niño en Belén es algo completamente distinto de la noticia –¿verdad que la habéis oído?– de la llegada del Negus de Abisinia a Suiza³. Hemos oído complacidos que a este hombre le ha

1. Se trata de un dibujo de Wolfgang Strich, realizado por encargo del obispo de Oldenburg, D. Gerhard Jacobi, quien lo envió como felicitación de Navidad, en 1954, a los pastores de su iglesia y a conocidos personales.

2. Estrofa 4.ª del cántico 114 (EKG 15) “Gelobet seist du, Jesu Christ” (1524) de M. Luther.

3. El emperador de Abisinia Haile Selassie hizo una visita oficial a Suiza, del 25 al 28 de noviembre de 1954 y, después de una visita a Austria, volvió a pararse en Suiza, del 1 al 6 de diciembre.

gustado Suiza y que los que lo han recibido, también se han alegrado. Pero, ¿no es verdad?, uno oye esto, y piensa: Y a mí ¿qué me importa? Esto sólo les afecta a él o a ellos. Pero el ángel del Señor señala hacia Belén y dice: hoy *os* ha nacido un salvador. *Por vosotros* Dios quiso no solamente ser Dios, sino hacerse hombre, *por vosotros* se hizo pequeño, para que vosotros fuerais magníficos, *por vosotros* se ha entregado a sí mismo, para enderezaros y atraeros hacia él. El no tenía necesidad de todo esto, todas estas cosas prodigiosas las hizo por vosotros, *por nosotros*. Así pues, la historia de Navidad, es una historia que nos sucede a *nosotros*, pasa con *nosotros*, y ocurre para *nosotros*.

Y por lo demás, esta noticia del nacimiento del niño en Belén es algo distinto de lo que se nos pudiera comunicar en un libro. El ángel del Señor no era un profesor, como yo. Un profesor quizás hubiera dicho: Un salvador ha nacido a los hombres. Oh sí, a los hombres, de una manera tan general, que uno podría pensar: tal vez no sea yo uno de ellos, se referirá a otros hombres. De la misma manera que en el cine o en el teatro uno ve a otros hombres, que no somos nosotros. Pero el ángel del Señor se dirige a los pastores, y se dirige a *nosotros*. Su noticia es una alocución: ¡Hoy os ha nacido un salvador! A vosotros, sin haber preguntado quiénes somos, tanto si entendemos la noticia como si no la entendemos, tanto si somos hombres buenos y piadosos como si no lo somos. Se refiere a *vosotros*. Vosotros sois aquellos a quienes ha ocurrido todo esto. ¡Mirad!, la historia de Navidad no sucede sin nosotros; estamos metidos dentro de la historia.

Y finalmente: Con esta noticia del nacimiento del niño en Belén, no pasa como cuando viene el correo y cada uno pregunta ¿hay algo para mí?, y cuando tiene ya su carta y la lee, no le gusta que otro le eche una mirada por encima del hombro; quiere leerla solo, es cosa privada. El acontecimiento de Belén no es ningún asunto privado: Hoy *os* ha nacido un salvador. El ángel del Señor se dirige ciertamente, a ti y a mí, pero dice: *os* ha nacido. Su noticia nos afecta a todos juntos, como hermanos que hubieran recibido todos juntos un hermoso regalo de su padre. Aquí, ninguno es el primero ni el último, ninguno es el preferido ni el perjudicado y, sobre todo, nadie que salga perdiendo. El que ha nacido allí, es el hermano mayor de todos nosotros *juntos*. Por esto rezamos en su nombre: Padre *nuestro*. Por eso no de-

timos cuando rezamos: dame mi pan de cada día, sino el pan *nuestro* de cada día, dánosle hoy; y perdona *nuestras* deudas; y no *nos* dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal (Mt 6, 9-13). Y por eso vamos a la Cena, como a la mesa del Señor, y comemos de *un* pan y bebemos de *un* cáliz: “Tomad y comed; Bebed todos de él”. Por esto, toda la vida de los cristianos es una única y gran comunión, es decir, una comunidad con el Salvador, y por lo tanto también, una comunidad de los unos con los otros. Allí donde no hay comunidad con el Salvador, no hay tampoco comunidad de los unos con los otros, y allí donde no hay comunidad de los unos con los otros, tampoco hay comunidad con el Salvador. No existe lo uno sin lo otro. Todo esto se encuentra incluido en el “os ha nacido” del ángel del Señor, y, a partir de aquí, lo hemos de aprender.

Os ha nacido *hoy*, dice el ángel del Señor. Este acontecer del nacimiento del Salvador, se le llamó *hoy*. Irrumpió en medio de la noche un nuevo día. El mismo fue y es el sol de este día y el sol de todos los días. El nuevo día no es solamente el día de Navidad, sino que es el día de nuestra vida.

Hoy, *no* significa *solamente*: *entonces*, ni tampoco “escuchemos lo que pasó en tiempos lejanos...”⁴. No, el ángel del Señor nos dice *hoy*, lo mismo que entonces a los pastores. Nosotros vivimos en el nuevo día que Dios ha hecho. Nos es permitido escuchar que ha habido un nuevo principio en nuestra situación y en nuestras relaciones humanas, y que si bien la tristeza, la culpa y el miedo de ayer están todavía aquí, han sido encubiertos con clemencia, porque nos ha nacido un salvador, y todo esto, ya no nos puede perjudicar. Nos es dado escuchar que podemos cobrar nuevos ánimos, que podemos reunirnos y atrevernos a iniciar un nuevo arranque con absoluta confianza. Por nosotros mismos, esto no lo entendemos, pero nos lo dice el ángel del Señor. Ha hecho irrupción un nuevo Hoy, porque ha nacido el Salvador.

Hoy: esto ahora quiere decir también: *no sólo hasta mañana, sino también mañana*. El que nació entonces, ya no muere, vive y reina por toda la eternidad. Sin embargo, no

4. Principio del “Sempacher Lied” de H. J. Bosshard (1811-1877); también título de una “representación de canciones populares suizas” (op. 17) de Fr. Niggli, con texto de O. v. Greyerz.

queremos especular sobre el mañana. Ya se sabe qué clase de gente son los que dicen “mañana, mañana, no hoy...”⁵. No tengo nada que decir contra la expresión típica de Baselbiet “*Mer wei luege!*”⁶ (= ya veremos), pero esta expresión es peligrosa. ¿Es que mañana estaremos todavía aquí? El Salvador, seguro, ¿pero nosotros? ¿Es que, tal vez, podremos oír decir también mañana la palabra, y seremos aún libres para aceptarla? Esto no está en nuestra mano. Precisamente ayer topé con una frase de Jeremias Gotthelf: “Una vida no es una luz; una luz puedo yo encenderla de nuevo. La vida es una llama de Dios, él la deja quemar una vez sobre la tierra, y no más”⁷. Queridos amigos, procuremos no dejar pasar la hora de esta llama, ahora, hoy, aquí. Se dice en otro lugar “Hoy, si oís su voz, no endurezcáis el corazón” (Heb 4, 7).

Esto es lo que el ángel del Señor quiere decirnos con su *hoy*.

Y ahora se nos dice: hoy os ha nacido un *salvador*. Este es el núcleo de la historia de Navidad: ¡Hoy os ha nacido un salvador! Sobre esto habría mucho que decir, pero solamente entresacaré algunas cosas:

¿Qué nos dice este nombre: salvador? El salvador es aquel que nos trae la salvación y, por lo tanto, aquel que nos ayuda y nos es saludable. Es el que ayuda, el libertador, el salvador, como ningún hombre, sino como solamente Dios puede serlo para nosotros, y lo es: el libertador, el que ayuda, el salvador de toda necesidad, en la que andaríamos perdidos sin él. Pero ahora no estamos perdidos, porque él está aquí como el salvador.

Y el salvador es aquel que nos trae la salvación a cambio de nada, gratuitamente, sin que lo merezcamos y sin nuestra intervención, y sin que después se nos presente la cuenta. A nosotros solamente nos toca extender la mano y recibirla, y estar agradecidos como quien ha sido obsequiado con un regalo.

5. “Mañana, mañana, no hoy / dicen siempre los perezosos” (refrán).

6. = “ya veremos”; el “Baselbiet” es el Cantón Basel-Land. Cf. la estrofa 4.ª del “Baselbieterlied” de W. Senn (1845-1895): “El sólo dice, ya veremos, no se atreve a decir sí”.

7. J. Gotthelf, *Wie Anne Bäbi Jowäger Haushaltet und wie es ihm mit dem Doktern geht* (1843/44), segunda parte, capítulo 9 en *Jeremias Gotthelfs Werke in zwanzig Bänden*, editado por W. Muschg, tomo 7, Basilea 1949, 172.

El salvador es aquel que trae la salvación a *todos*, sin reserva ni excepción, simplemente porque *todos* nosotros *tenemos necesidad de él*, y porque él es el *Hijo de Dios*, que es *Padre* de todos nosotros. En cuanto se ha hecho hombre, se ha hecho el *hermano* de todos nosotros. “Hoy os ha nacido un salvador”, dice el ángel del Señor.

Así pues, ésta es la historia de Navidad. Mirad, no podemos oír todo esto sin que sintamos la necesidad de apartar la vista de nosotros mismos y de nuestra vida y de todo aquello que pudiera ocuparnos o importunarnos. Aquí está él, nuestro gran Dios y salvador, y aquí estamos nosotros, y ahora es válido aquello de: precisamente él, precisamente por mí, por nosotros. No podemos escuchar su historia, sin escuchar al mismo tiempo la nuestra, sin prestar atención al gran *cambio* que se ha producido en nosotros de una vez para siempre, a la gran *alegría* que esto nos causa, y a la gran *voz* que esta historia introduce en nuestra vida, para que nos levantemos y podamos emprender el camino que él nos muestra.

¿Y ahora? ¿Podemos continuar ahora, como lo considerábamos al empezar, en la distracción, en la incredulidad, tal vez con un par de hermosos sentimientos navideños? ¿O hemos de fijar ahora nuestra atención y ponernos de pie, levantarnos y *convertirnos*? El ángel del Señor no fuerza a nadie, y tampoco puedo hacerlo yo. Un oyente forzado por la historia de Navidad y una participación forzada en esta historia, que es nuestra propia historia, no sería nada. Se trata de un *escuchar libremente* esta historia y un *participar libremente* en esta historia.

Y ahora me gustaría que notarais esto: “en torno al ángel apareció una legión del ejército celestial, que alababa a Dios diciendo: Gloria a Dios en el cielo y paz en la tierra a los hombres que él quiere tanto” (Lc 2, 13 s), es decir, a los hombres que él quiere tanto sin que se lo hayan merecido. Nosotros no pertenecemos a los ángeles, sino que estamos sobre la tierra, aquí en Basilea, aquí en esta casa. Pero al oír hablar de este cántico de alabanza, y darnos cuenta de que Dios no envió sólo a este ángel, sino que salió también al encuentro una legión del ejército celestial con su cántico de alabanza ¿no nos dejaremos entusiasmar, como cuando oímos una marcha y empezamos a marcar el paso a su ritmo, o como cuando se deja oír una melodía conocida, que sin darnos cuenta empezamos a tatarrear o a silbar? Mirad, sería

algo así. A esto se le podría decir que es oír y participar libremente en la historia de Navidad. Amén.

¡Señor Dios nuestro! Tú eres grande, excelso y santo, por encima de nosotros y de todos los hombres. Y precisamente eres tan grande porque no nos olvidas y no nos dejas solos y, sobre todo, porque no nos reprochas aquello de que se nos acusa. Y ahora, tú nos has dado en tu amado Hijo, Jesucristo, nuestro Señor, nada menos que a ti mismo, y todo aquello que es tuyo. Te damos gracias, porque nos está permitido ser huéspedes en la mesa de tu gracia a lo largo de nuestra vida y en la eternidad.

Ahora, Señor, te presentamos todo aquello que nos produce fatiga: nuestras faltas, errores y transgresiones, nuestras aflicciones, nuestras preocupaciones, también nuestra rebelión y amargura, todo nuestro corazón, toda nuestra vida, que tú conoces mejor que nosotros mismos. Lo ponemos todo en las fieles manos que tú has extendido hacia nosotros en nuestro Salvador. Tómanos tal como somos, enderézanos a nosotros, débiles, enriquecénos de tu plenitud a nosotros, pobres.

Haz brillar tu amabilidad sobre los nuestros, y sobre todos los que están presos, o pasan necesidad, o están enfermos o a punto de morir. Da, a los que han de juzgar, el espíritu de justicia, y algo de tu sabiduría a los que rigen el mundo, para que intenten la paz sobre la tierra. Da claridad y ánimo a aquellos que han de anunciar tu palabra aquí y en las misiones.

Y ahora, resumiéndolo todo, te invocamos, tal como el Salvador nos lo ha permitido, y nos lo ha mandado: Padre nuestro...

Yo vivo, y vosotros viviréis

Juan 14, 19

Domingo de pascua, 10 de abril de 1955, cárcel de Basilea

¡Señor, Dios nuestro! Aquí estamos, ante ti y todos juntos, para celebrar la pascua: el día en que tú has revelado que tu hijo amado, nuestro Señor Jesucristo, es el Salvador vivo, que ha tomado sobre sí mismo todos nuestros pecados y, con ellos, toda nuestra miseria humana, y también la muerte, que ha expiado y sufrido en lugar nuestro, surpimiéndola y superándola de una vez para siempre.

Sabemos cuál es nuestra situación, y tú lo sabes todavía mejor, pero venimos a darte gracias por la libertad que tenemos de apartar nuestra vista de nosotros mismos y poder dirigirla hacia ti, tú que has hecho tanto por el mundo y por todos nosotros.

Ahora, hablaremos y escucharemos sinceramente - para que sea tu verdadera palabra la que nos rijá, nos mueva y nos llene en estos momentos - para que a todos nos consuele, anime y amoneste - para que también pueda agradarte nuestra pobre alabanza.

Que así sea entre nosotros y en todas partes, tanto en el campo como en la ciudad, cerca o lejos: allí donde los hombres se reúnan hoy para oír y comprender la promesa de la resurrección y de la vida. ¡Mira benignamente a tu pueblo! Amén.

Yo vivo, y vosotros viviréis

Queridos hermanos y hermanas:

Yo vivo. Jesucristo ha dicho esto, y ahora vuelve a decírnoslo a nosotros: Yo vivo.

Permitidme empezar la explicación de estas dos palabras, tan cortas, con el recuerdo de otra frase procedente de su

boca: “Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí, en medio de ellos, estoy yo” (Mt 18, 20). Nos hemos reunido aquí en su nombre, no en el nuestro. No porque nos alegre el que tengamos que ver algo con él, sino porque es a él a quien le alegra el tener que ver algo con nosotros. No porque nosotros seamos para él, sino porque él es para nosotros. No porque nosotros hayamos merecido que él nos pertenezca, sino porque él ha pagado todo el precio, para que pudiéramos pertenecerle. Viniendo al mundo y clamando: “Acercaos a mí todos los que estáis rendidos y abrumados, que yo os aliviare” (Mt 11, 28) y diciendo esto, no como una simple palabra, ha hecho de esta llamada la gesta poderosa de toda su vida y de su muerte. Y con esta llamada y esta gesta, ha creado una comunidad sobre la tierra, en la que él es el Señor, y el Maestro, siempre y en todo lugar. Y así, él, hoy y aquí, nos ha reunido ahora para formar su comunidad. Y puesto que esto es así, está él ahora aquí entre nosotros, y precisamente a nosotros nos atestigua y nos dice: Yo vivo. No está en el sepulcro, ha resucitado, tal como lo hemos oído hace un momento en el evangelio. El mismo nos lo dice: olvidadlo todo, y tened esto bien presente: Yo vivo.

Es claro que cuando él dice esto, significa mucho más, algo totalmente distinto y mejor que si yo dijera: Yo vivo, o lo dijera alguno de vosotros. ¿Qué es nuestra vida comparada con la suya? Ciertamente, esto importa, sobre todo, a nuestra vida. Yo vivo, y sigue inmediatamente: y vosotros viviréis. Así pues, cuando nos dice: “Yo vivo”, es cuestión de la salvación de nuestra vida, para que nuestra vida sea libre, santa, justa, magnífica. Pero precisamente, para entenderlo, hemos de oír antes lo primero en lo que esto segundo está incluido: Yo vivo una vida totalmente diversa, que no se puede comparar con la vuestra, con la nuestra.

Yo vivo. Cuando Jesucristo dice esto, quiere decir: Yo vivo *mi vida divina* como verdadero hombre. Hemos de entender esto con una seriedad absoluta, totalmente al pie de la letra: yo vivo la vida del Dios eterno y todopoderoso, que ha creado el cielo y la tierra y que es el manantial y la plenitud de la vida. ¿Qué quiere decir esto? ¿Algo así como: yo vivo ésta mi vida divina rica y espléndida, para tenerla, retenerla, y disfrutarla para mí, de la misma manera que un hombre rico acostumbra a tener, retener y disfrutar de su fortuna? ¿O tal vez algo así como si yo os la mostrara desde

lejos como una cosa enormemente rara y preciosa, para que vosotros pudieráis admirarla? ¿O tal vez como si yo os dispensara una pequeña limosna de esta gran riqueza? No, hermanos y hermanas, las cosas no suceden así en la vida de Dios. No es así la vida de Dios, quien de eternidad en eternidad no solamente es para sí mismo, sino que con toda la riqueza de su vida, quiere ser *nuestro* Dios, y lo es.

Yo vivo. Cuando Jesucristo dice esto, quiere decir: Yo vivo esta mi vida divina *para vosotros*. Y la vivo totalmente, porque os amo, porque sin vosotros no quiero ser para nada Hijo de Dios ni quiero tener esta mi vida divina, porque yo, más bien, la arriesgo y la doy por vosotros sin reservas y sin consideración; por vosotros la doy y la entrego. Porque yo me pongo en vuestro lugar: en el lugar que os corresponde, en cuanto yo mismo vengo a ser lo que vosotros sois (¡no solamente algunos de vosotros, sino vosotros, todos los hombres!): un condenado, un prisionero, un reo que ha de sufrir la muerte. Pero yo hago esto para que por medio de esta mi poderosa vida divina entregada por vosotros, se disipen la tiniebla y la confusión, la aflicción, el miedo y la duda, el pecado y la culpa de vuestra vida humana, pequeña, mala y triste, y sea arrastrada por el poder de mi vida divina, que pongo en vuestro lugar, para que por ella, vuestra muerte sea entregada a la muerte y aniquilada de una vez para siempre. Así pues, yo vivo mi vida divina, en esta entrega, en este poder que os salva.

Yo vivo. Cuando Jesucristo dice esto, quiere decir: Yo vivo *mi vida humana* como verdadero hijo de Dios - sí, la vida de un hombre débil, solitario, tentado, que muere como vosotros en la vergüenza, totalmente semejante a vosotros. ¿Cómo es esto? ¿Como si quisiera tener de nuevo una vida mejor que los otros? ¿Como si yo me rebelara contra el hecho de ser un hombre así? ¿O como si yo intentara resignarme en silenciosa y encarnizada obstinación a ser precisamente así? No, ¡no es esto! Porque de esta manera ya no querría ser verdaderamente igual a vosotros, vuestro prójimo, vuestro hermano - no querría ser precisamente el prójimo, ni el hermano del hombre totalmente necesitado. Si esto fuera así, más bien abandonaría y traicionaría. No querría ser el hombre que vive de la misericordia de Dios. No querría ser verdadero hombre, y con toda seguridad, tampoco Hijo de Dios.

Yo vivo. Cuando Jesucristo dice esto, quiere decir: Yo vivo mi vida humana, sin protestar y sin oponerme, como vuestra propia vida, tal como es ahora en este momento. La vivo como el que la acepta, como quien acepta vuestra locura y vuestra maldad y la del mundo entero, para encontrar, precisamente ahora, cargados sobre mí, vuestro lamento y vuestra miseria. La vivo, en cuanto soporto este peso por obediencia a Dios, que me lo ha impuesto, y al mismo tiempo, lo elimino - puesto que yo, en mi Persona, transformo, convierto, renuevo, sumerjo (bautizo) vuestra vida humana, con todo aquello que le es propio; en cuanto de vuestra corrupción hago salvación, y justificación de vuestros pecados, vida, de vuestra muerte. Para que en mí, todos vosotros renazcáis como un hombre nuevo que da gloria a Dios en la esperanza, en vez de buscar la suya propia. Para que vosotros, en mi Persona, os hagáis hombres en los que Dios se complace. Así pues, en cuanto yo os favorezco de esta manera, vivo mi vida, mi vida humana, mi vida semejante a la vuestra.

Yo vivo, como aquel que vive dando su vida divina en vuestro servicio y elevando mi vida humana en servicio de Dios. Jesucristo se apareció a los suyos en la mañana de pascua, como el que vive así. Y precisamente como tal, está aquí y ahora en medio de nosotros, y nos dice: Yo vivo.

Y ahora pasemos a lo segundo que está incluido en esto primero: *Y vosotros viviréis*. En nuestras biblias esta frase se encuentra traducida de la forma siguiente: “¡Y vosotros también debéis vivir!”. Pero mirad, no se trata aquí solamente de un “deber posible”, a cuya realización estuvierais simplemente invitados o exhortados, a vivir eventualmente o a no vivir. *Vosotros viviréis* es una promesa, es decir, el anuncio de nuestro futuro, que sigue a nuestro presente en el “Yo vivo”, como 2 sigue a 1, como B sigue a A, como el trueno sigue al relámpago. El que oye: “Yo vivo”, oye también inmediatamente: “y vosotros viviréis”. Esto quiere decir: sois tales, que vuestro futuro no está en vuestro pecado y en vuestra culpa, sino que está en la verdadera justicia y santidad, porque vosotros procedéis de mi vida. Por lo tanto, vuestro futuro no está en la tristeza, sino en la alegría; no está en la cautividad, sino en la libertad; no está en la muerte, sino en la vida. Vosotros sois tales que, a partir de esta presencia en mi vida, tenéis *este* futuro, y solamente éste.

Permitid que todavía os explique algo de lo que ahora viene a ser importante para nosotros después de haber oído: “Yo vivo”, y lo que sigue a continuación: “Y vosotros viviréis”.

Ahora es importante para nosotros mantenernos firmes en que él, Jesucristo, su vida, es nuestro presente. No nuestro pasado, no la gran sombra que desde nuestro ayer oscurece nuestro hoy, ni tampoco todo aquello, que tanto a nosotros mismos como también a los otros hombres, podríamos echar en cara con o sin razón; así pues, no el mundo con sus acusaciones y nosotros con nuestras contraacusaciones, ni siquiera la merecida ira de Dios contra nosotros, pasando por alto nuestra murmuración contra él, nuestro oculto pensamiento: “tal vez Dios no exista”. Con otras palabras: no nosotros mismos, tal como es nuestra situación hoy día, o tal como nos creemos que es. No, él, Jesucristo, su vida, hoy, es nuestro presente: su vida divina entregada por nosotros, y su vida humana, nuestra vida humana, en él ensalzada. Esto es válido, esto cuenta, esto es verdad. De aquí parte el camino, el viaje que prosigue de cara al futuro. Y el futuro de esta presencia actual es: vosotros viviréis.

Pero lo que importa ahora es que nos dejemos obsequiar, equipar, alimentar y refrescar por él para el viaje. Hermanos y hermanas: solos, no podemos ayudarnos a nosotros mismos, por nosotros mismos no podemos producir la vida, nada podemos tomar para nosotros. Lo que el hombre quiere tomar y toma para sí, será siempre el pecado y la muerte. Pero tampoco necesitamos tomar nada para nosotros. Podemos y debemos dejar que todo lo que ya está preparado para nosotros, nos sea dado. Todo está ya preparado para nosotros, todo lo que estaba en desorden ha sido ordenado. Sólo es necesario que consideremos simplemente válido y dejemos en su sitio el orden que ya está ahí, el orden que ya ha sido establecido. Simplemente nos es necesario ver lo que está ante nuestros ojos y oír lo que se nos dice claramente y en voz alta. No necesitamos sino abrir y extender nuestras propias manos, en vez de esconderlas siempre en los bolsillos o cerrarlas en puño. No necesitamos sino abrir la boca para comer y beber, en vez de hacer lo que hacíamos cuando éramos niños, apretar los dientes. Simplemente nos es necesario correr hacia delante, en vez de correr hacia atrás, como los locos.

Ahora, pues, lo que importa es que dejemos crecer la pequeñísima raíz de confianza, seriedad y alegría que, tal vez, precisamente en esta mañana de pascua, busca sitio en nuestros corazones y en nuestras conciencias, en nuestros pensamientos, intenciones y opiniones. No es posible en absoluto, que Jesucristo nos diga “Yo vivo”, y que en nosotros no se levante de alguna manera la respuesta: Sí, tú vives, y por el hecho de que tú vives, me es permitido vivir, quiero vivir, viviré. Yo, por quien tú, siendo Dios verdadero, te has hecho verdadero hombre —yo, por quien tú has muerto y resucitado— yo, por quien tú has llevado a cabo todo, realmente todo lo que es necesario para el tiempo y para la eternidad.

Lo importante ahora, sobre todo, es que ninguno de nosotros se tenga por excluido, o por demasiado grande, o por demasiado pequeño, o se tenga por un sin Dios. Sobre todo, lo que importa ahora, es que cada uno de nosotros se tenga más bien por alguien que está incluido en esto, por alguien para quien en la vida de nuestro Señor, la misericordia es un hecho, y en su resurrección de entre los muertos, en la mañana de pascua, se le ha puesto de manifiesto. Lo que importa ahora, es que nosotros, con toda humildad, pero también con mucho ánimo, nos tengamos por quienes en él hemos nacido de nuevo a una esperanza viva (cf. 1 Pe 1, 3): Nosotros viviremos.

Y para acabar, podemos acercarnos a la santa cena. La santa cena es simplemente el signo de lo que ahora acabamos de decir: que él, Jesucristo, está en medio de nosotros, el hombre en el que el mismo Dios ha ofrecido su vida por nosotros y en el que nuestra vida ha sido elevada a Dios. Y la santa cena es el signo de que nosotros podemos ponernos en marcha de cara al futuro, al partir de él, como de nuestro principio, el futuro en el que viviremos; para esta marcha, podemos dejarnos fortalecer, alimentar y refrescar por él. *Un pan y un cáliz*, como él mismo es *uno*: el único para todos nosotros. Queridos hermanos y hermanas: no querría forzaros a ninguno de vosotros con lo que ahora voy a añadir: ¿No queréis que vayamos todos juntos —todos los que ahora estamos aquí— a la santa cena? La santa cena es para todos. De la misma manera que el mismo Jesucristo vivo y resucitado es para todos, así también nosotros en él no estamos separados, sino que estamos juntos, somos hermanos y hermanas: todos nosotros, pobres pecadores; todos nosotros, ricos por su gracia. Amén.

¡Señor, Dios nuestro, Padre nuestro en Jesucristo, tu Hijo, nuestro hermano! Te damos gracias porque todo es tal como hemos intentado decirlo y escucharlo ahora de nuevo. Nos apena haber sido tan ciegos y tan sordos a la luz de tu Palabra. Y nos apena todo lo erróneo que esto ha tenido como consecuencia en nuestras vidas. Y porque sabemos muy bien que sin ti nos encaminaríamos siempre hacia el error, te suplicamos que nunca dejes de sacudirnos por tu Espíritu, de despertarnos, de hacernos vigilantes, humildes y audaces.

Esto no lo pedimos cada uno de nosotros para sí mismo, sino que cada uno lo pide para los otros, para todos los que están en esta casa, para todos los presos del mundo, también para los que sufren y están enfermos de cuerpo y alma, para los que no poseen nada y los desterrados, también para todos aquellos que nos esconden su tribulación y su necesidad, patentes para ti. Te lo pedimos también para nuestros parientes, para todos los padres, maestros y niños, para los hombres que ejercen un cargo en el estado, en la administración, en el juzgado, y que tienen una responsabilidad, para los predicadores y misioneros de tu evangelio.

Ayúdanos a soportar lo que se ha de soportar, pero también a pensar, decir y hacer lo que es justo y, por encima de todo, a creer, a amar y a esperar en el poder que para realizarlo nos quieres dar a ellos y a nosotros. Padre nuestro...!

Estáis salvados por pura generosidad

Efesios 2, 5

14 de agosto de 1955, cárcel de Basilea

¡Señor, Dios nuestro! Nos has hecho hijos tuyos en tu Hijo, nuestro Señor, Jesucristo. Y ahora hemos oído tu llamada y hemos venido a reunirnos aquí, para alabarte juntos, oír tu palabra, invocarte y poner en tus manos lo que nos oprime y lo que necesitamos. Hazte presente entre nosotros e instrúyenos:

para que todo aquello que en nosotros hay de timidez y desánimo, todo aquello que es frívolo y obstinado, así como también toda nuestra falta de fe y nuestra superstición empequeñezcan;

para que tú puedas mostrarnos lo grande y lo bueno que eres;

para que nuestros corazones se abran también en todas direcciones; para que nos podamos comprender los unos a los otros, y así podamos ayudarnos un poco;

para que esta hora sea un hora de luz, en la que veamos el cielo abierto, y un poco de claridad también en esta tierra oscura.

Lo viejo ya ha pasado y todo se ha renovado. Esto es verdad, y también lo es para nosotros: cierto, tú eres nuestro salvador, en Jesucristo. Pero esto sólo tú nos lo puedes decir y mostrar correctamente. Así pues, dínoslo y muéstranoslo, a nosotros y a todos los que en esta mañana de domingo oran con nosotros. Ellos rezan por nosotros, y nosotros también lo hacemos por ellos. ¡Escúchalos y escúchanos! Amén.

Queridos hermanos y hermanas:

Voy a leer un texto de la carta del apóstol Pablo a los efesios (2, 5): *Estáis salvados por pura generosidad*. Me parece que es lo bastante corto para que todos vosotros podáis

retenerlo, se os quede en la memoria y, Dios lo quiera, podáis también comprenderlo.

Mirad, esta mañana de domingo estamos aquí juntos para escucharlo: “Estáis salvados por pura generosidad”. Todo lo demás que hacemos aquí juntos, nuestros rezos y nuestros cantos, solamente puede ser una respuesta a esta palabra que nos dirige Dios. Para atestiguar esto a la humanidad: “Estáis salvados por pura generosidad”, los profetas y los apóstoles escribieron ese libro singular que llamamos Biblia. Pues bien, esto se encuentra precisamente en este libro, sólo en la Biblia, no en Kant ni en Schopenhauer, ni en ninguna historia natural o universal, y menos aún en alguna novela, sino solamente en la Biblia. Para oír esto, se necesita lo que llamamos la iglesia: la comunidad de los cristianos, es decir, de los hombres que juntos escuchan la Biblia y, a partir de ella, les es permitido y quieren oír la palabra de Dios. Y ésta es la palabra de Dios: “Estáis salvados por pura generosidad”.

Alguien me dijo una vez: yo no necesito ir a la iglesia, ni tampoco necesito leer la Biblia, ya sé lo que dirán en la iglesia y lo que está escrito en la Biblia: “¡Obra bien, y no temas a nadie!”. Respecto a esto, permitidme decir lo siguiente: si se tratara de predicar esto, con toda seguridad no hubiera venido yo aquí, porque para mí sería perder el tiempo, y podría serlo también para vosotros. ¡“Obra bien, y no temas a nadie!”, para decir esto no hacen falta profetas, ni apóstoles, ni Biblia, ni Jesucristo, ni siquiera Dios. Esto se lo puede decir cada uno a sí mismo. Y en ello no hay, de verdad, nada nuevo, particular e interesante, nada, que ayude o pudiera ayudar a cualquier hombre. No he encontrado todavía a nadie que al decir esta corta sentencia se haya puesto a reír; la gente que dice esto pone más bien una cara poco risueña, en la que se ve bien que esta palabra no les ayuda, no les consuela, y en absoluto les causa alegría alguna.

Oigamos ahora lo que está escrito en la Biblia y lo que a nosotros, como cristianos, se nos permite escuchar juntos: “Estáis salvados por pura generosidad”. Mirad, esto no se lo puede decir uno a sí mismo. Ningún hombre puede decir esto a otro. Esto solamente puede decírnoslo Dios a todos nosotros. Necesitamos a Jesucristo para saber que esto es verdad, y a los profetas y a los apóstoles para que lo vayan transmitiendo. Y para que nosotros nos lo podamos comu-

nicar ahora los unos a los otros, es necesario que nos reunamos aquí todos juntos como cristianos. Y ahora esto sí que es algo realmente nuevo y, en verdad, algo que no deja de ser nunca totalmente nuevo y particular: no sólo lo más interesante que pueda darse y la ayuda más poderosa, sino lo único que, en resumidas cuentas, puede ayudar al hombre.

“Estáis salvados por pura generosidad”. ¡Qué bien que esto pueda decírsenos y que se nos permita a nosotros escucharlo! Pero, ¿quiénes son este “nosotros”? Permitid que lo exprese abiertamente: todos somos grandes pecadores. Entendedme bien: esto lo digo exactamente igual tanto de mí como de vosotros. Con gusto me reconoceré como el más grande pecador entre todos vosotros, pero vosotros, realmente, no podéis excluirlos. Pecadores: hombres que por la sentencia de Dios, y tal vez de la propia conciencia, han perdido y han errado básicamente su camino, que no son solamente un poco culpables, sino totalmente culpables, completamente culpables y perdidos - no sólo en el tiempo, sino definitivamente, eternamente perdidos. Nosotros somos estos pecadores. Y estamos encarcelados. Creedme: existe una cautividad que es peor que la de esta casa, muros mucho más anchos y puertas mucho más sólidas que estas tras las que estáis recluidos. Todos nosotros —los que están afuera y vosotros aquí— somos prisioneros de nuestra propia obstinación, de nuestras diversas concupiscencias, de nuestros variados temores, de nuestra desconfianza y, en lo más profundo: prisioneros de nuestra falta de fe. Y también somos todos hombres que sufren. Y sobre todo, sufrimos por nosotros mismos, por nuestra vida, a la que cada uno de nosotros la hacemos difícil tanto para sí como para los demás. Sufrimos por su falta de sentido. Sufrimos a la sombra de la muerte y del juicio eterno hacia el que nos dirigimos. Y es todo un mundo de pecado, de cautividad y de sufrimiento, en medio del cual pasamos nuestra vida.

Y ahora, escuchadme: en medio de todo esto viene como desde arriba la palabra: “Estáis salvados por pura generosidad”. Salvados, esto no significa solamente un poquitín animados, consolados y aligerados, sino que quiere decir: como un tizón sacado del incendio (cf. Am 4, 11). ¡Estáis salvados! No significa solamente: tal vez seréis salvados, al menos en parte; no, *estáis* salvados, totalmente y definitivamente. ¿Nosotros? ¡Sí, nosotros! No solamente otro hombre cualquiera más piadoso y mejor que nosotros, no, nosotros, cada uno, cada uno de nosotros.

Esto es así, porque Jesucristo nuestro hermano, por su vida y su muerte se ha constituido nuestro Salvador, ha llevado a cabo nuestra salvación. El es la palabra de Dios dirigida a nosotros. Y esta palabra dice: “Estáis salvados por *pura generosidad*”.

Cierto que todos sabéis la historia del caballero que, de noche y con niebla, sin saberlo, cabalgó por encima del helado lago de Constanza y cuando, en la otra orilla, le dijeron lo que había hecho, cayó desplomado por el susto¹. Mirad, esta es la situación del hombre cuando se abre el cielo y la tierra se ilumina, y nos es dado oír: “Estáis salvados por *pura generosidad*”. Nos parecemos de verdad a aquel caballero tan profundamente sacudido por el miedo. Porque la verdad es que al oír esto, miramos sin querer atrás y nos preguntamos: ¿dónde estaba yo exactamente? Sobre un precipicio, en un grandísimo peligro de muerte. ¿Qué había hecho? Lo más absurdo que hubiera podido hacer. ¿Cómo me encontraba yo en esta situación? Como uno con el que no hay nada a hacer y que sólo ahora, de una manera incomprendible, ha sido salvado y ha escapado del peligro. Me preguntaré: ¿es que realmente nos encontramos en una situación tan peligrosa? Sí, exactamente así: realmente en peligro de muerte. Estamos salvados. Pero ahora, mirad nuestra salvación y a Jesucristo en la cruz, clavado en lugar nuestro, juzgado y castigado. ¿Sabéis por quién cuelga él allí? Por nosotros: a causa de nuestros pecados, en nuestra cautividad, cargado con nuestro sufrimiento. La situación en que lo vemos era nuestra propia situación. De esta manera podía y debía Dios tratarnos. De esta tiniebla nos ha salvado. El que ahora, después de esto, no se sintiera conmovido hasta morir, cierto que todavía no habría oído la palabra de Dios: “Estáis salvados por *pura generosidad*”.

Pero lo más importante ahora es la realidad que a nosotros nos es dado oír: “estáis *salvados* por *pura generosidad*”. Así pues, estamos en la orilla, el lago de Constanza queda a nuestra espalda, podemos respirar, aunque el espanto pueda y deba perdurar aún en todos nuestros miembros. Pero es un espanto que sólo puede darse después del hecho. En la fuerza de la buena nueva se abre realmente el *cielo*, y realmente *amanece* sobre la tierra oscura. Es magnífico que

nosotros podamos decir: sobre aquel abismo, en aquel peligro mortal me encontraba yo, y ahora *ya no* estoy allí. Yo he hecho cosas terribles, pero estas cosas ya no puedo ni quiero hacerlas, ni las volveré a hacer *nunca más*. Así estaba yo metido en todo esto, pero no debo meterme ni me meteré *nunca más*. Mis pecados, mi cautividad y todo mi sufrimiento son cosas de ayer, no de hoy, son mi pasado, no mi presente y mi futuro. ¡Estoy salvado! ¿Es realmente así? ¿es verdad? Mira una vez más a Jesucristo muriendo en la cruz. Mira y comprende que lo que él ha hecho y ha sufrido allí, lo ha hecho por ti, por mí y por todos nosotros. Ha cargado con nuestros pecados, nuestra cautividad y nuestro sufrimiento, y no en vano. Ha alejado todas estas cosas de nosotros cargándoselas él. Ha actuado allí como nuestro capitán, ha penetrado en las filas del enemigo y ya ha alcanzado la victoria, nuestra victoria. Simplemente lo que hemos de hacer es seguirle, para vencer con él. Hemos sido salvados por él, en él, de tal manera que nuestros pecados ya no nos pueden hacer nada, que nuestra cárcel se ha abierto, que nuestros sufrimientos ya han pasado. Sí, ésta es una gran palabra. La palabra de Dios *es* precisamente una gran palabra. Y si alguien quisiera negar esto, tendría que negarlo a él, a nuestro Señor Jesucristo. El nos da la libertad, y cuando él, el Hijo de Dios, nos da la libertad, somos *realmente* libres (cf. Jn 8, 36).

Pero precisamente porque somos salvados en Jesucristo y no de otra manera, somos salvados *por pura generosidad*. Esto significa que nosotros no nos hemos merecido ser salvados; lo que nos hubiéramos merecido era algo totalmente distinto. Nosotros no nos lo podemos procurar por nosotros mismos. Estos días se ha podido leer en la prensa que dentro de poco hasta se llegará a hacer una luna artificial. Pero el que estemos salvados, no podemos procurárnoslo nosotros. Y por el hecho de estar salvado, ninguno de nosotros puede enorgullecerse; lo único que puede hacer es juntar las manos con mucha humildad y estar agradecido como un niño. Y el haber sido salvados, no será nunca una cosa que nosotros poseamos, sino que la hemos de recibir siempre de nuevo, y hacia la que siempre hemos de extender nuestras manos vacías. “Estáis salvados por *pura generosidad*”, es decir, aquí se trata de apartar siempre de nuevo la vista de nosotros para dirigirla allá donde esto es verdad: a Dios y al crucificado. Esto se ha de creer siempre de nuevo y ha de ser captado

1. Cf. la balada *Der Reiter und der Bodensee* (1862) de G. Schwab.

en la fe. Creer significa mirar a Dios y a Jesucristo, y confiar que ahí, ahí está la verdad para nosotros, para nuestra vida, para la vida de todos los hombres.

Y sin embargo, ¿no es una lástima que tengamos en nuestro corazón una profunda rebeldía? Sí, no nos gusta que se nos diga: por pura generosidad, solamente por pura generosidad habéis sido salvados. No nos gusta que el buen Dios no nos tenga que deber nada, que nosotros no podamos vivir sino sólo y absolutamente por su bondad, que para nosotros nos quede sólo la gran humildad, sólo el agradecimiento de un niño que ha recibido un regalo. No nos gusta dejar de mirarnos, nos gustaría mucho más retirarnos (como el caracol en su propia casa) y quedarnos con nosotros mismos. En una palabra: no nos gusta creer. Y precisamente es ahí, por pura generosidad y desde la fe, tal como acabo de describirla brevemente, como empezaría la vida, la verdadera vida: la libertad, un corazón aliviado de inquietudes, la alegría interior y profunda, también el amor a Dios y al prójimo y una firme esperanza. Y precisamente ahí, por pura generosidad, precisamente con la fe, podría ser todo tan simple en nuestra vida.

Queridos hermanos y hermanas, ¿en qué situación nos encontramos ahora? No se ha de cambiar nada: el día luminoso *ha comenzado*. El sol de Dios *brilla* en el interior de todas nuestras oscuras vidas, aunque nosotros mantengamos los ojos cerrados. *Suena* su voz desde el cielo, aunque nosotros nos tapemos los oídos. El pan de la vida *está ahí* (cf. Jn 6, 35), aunque nos obstinemos en cerrar los puños, en vez de abrir las manos para tomar y comer el pan. La puerta de nuestra cárcel *está abierta*, aunque nosotros, cosa extraña, no salgamos. Por parte de Dios todo *está en orden*, aunque por nuestra parte surjan desórdenes una y otra vez. “Estáis salvados por pura generosidad”, esto es verdad aunque no lo creamos, aunque no permitamos que sea verdad para nosotros y no percibamos, por desgracia, nada de ello. Pero ¿por qué no hemos de percibir nada? ¿por qué no creemos? ¿por qué no salimos por la puerta abierta? ¿por qué no abrimos nuestras manos cerradas? ¿por qué nos tapamos los oídos? ¿por qué mantenemos nuestros ojos cerrados? Exactamente ¿por qué?

Respecto a esto voy a decir todavía una cosa: esto nos pasa porque no hemos *orado* nunca correctamente para que por *nuestra* parte, las cosas nos fueran *de otro modo*. Fijaos

bien: *no* necesitamos rezar para que Dios sea Dios, no sólo omnipotente, sino también misericordioso, un Dios amable, para que piense bien a favor nuestro y nos haga bien, para que Jesucristo muera por nosotros para hacernos libres, para que seamos salvados en él por pura generosidad; por esto *no* necesitamos rezar, porque esto es así sin que tengamos que añadir nada nosotros, también sin nuestra oración. Pero para creer esto, aceptarlo, admitirlo, para que empecemos a vivir de acuerdo con esto, para que esto sea también verdad para nosotros, y para que creamos esto no sólo con nuestra cabeza y nuestros labios, sino también con nuestro corazón y con toda nuestra vida, de tal manera que hasta los demás lleguen a darse cuenta, y para que, finalmente y en último lugar, todo nuestro ser se sumerja en la gran verdad divina: “Estáis salvados por pura generosidad”, para todo esto, digo, se requiere la *oración*. Nunca hombre alguno haorado en valde para obtener esto. Porque cuando uno ora por esto, su oración está ya atendida, y precisamente aquí empieza ya la fe. Pero aunque nadie haya orado en valde para obtener la fe, no por eso puede ni debe nadie dejar de orar para pedir como un niño: poder creer, que la verdad divina —sí, esa terrible, o más bien, esa magnífica verdad— brille como una luz que si bien hoy es pequeña, se irá haciendo cada vez mayor: “Estáis salvados por pura generosidad”. Pedid para poder creer esto, y os será concedido. Buscadlo y lo encontraréis, llamad a esta puerta, y se os abrirá (cf. Mt 7, 7).

Así, pues, mis queridos amigos, esto es lo que hoy os he podido y se me ha permitido decir de la buena nueva como palabra de Dios. Amén.

¡Señor, Dios nuestro! Tú nos ves y nos escuchas. Tú nos conoces, a cada uno y a cada una, mejor que nosotros mismos. Tú nos quieres a nosotros que, de verdad, no lo hemos merecido. Tú nos has ayudado y nos ayudas todavía una y otra vez, siempre que estamos a punto de echarlo todo a perder al querer salvarnos a nosotros mismos. Tú eres el juez, pero también el salvador de todos los pobres y extraviados. Por esto te damos gracias. Por esto te alabamos. Y nos alegramos de poder ver en tu gran día aquello que, cuando tú nos haces libres, podemos creer ya ahora.

¡Haznos libres para creer! Danos una fe recta, sincera y eficaz en ti, en tu verdad. Dásela a muchos, dásela a todos los hombres. Dásela a los pueblos y a los gobiernos, a los ricos y a los pobres, a los sanos y a los enfermos, a los presos y los que se consideran libres,

a los ancianos y a los jóvenes, a los que están alegres y a los que están tristes, a los melancólicos y a los frívolos. No hay nadie que no tenga necesidad de creer, ni nadie a quien no se le haya prometido poder creer. Díselo a los hombres y dínslo también a nosotros que tú eres su Dios y su Padre clemente, y también el nuestro. Esto es lo que te pedimos en nombre de nuestro Señor Jesucristo, y según su enseñanza te invocamos ahora: Padre nuestro...

Contempladlo

Salmo 34 (33), 6

10 de mayo de 1956 (Ascensión), cárcel de Basilea

¡Señor, Dios nuestro! ¡Padre nuestro, por medio de tu Hijo, que se hizo nuestro hermano!

Tú nos invitas: ¡Repetidlo, hijos de los hombres! ¡Arriba los corazones! ¡Buscad las cosas de arriba! De esta manera nos has convocado también esta mañana. Aquí estamos: cada uno con su vida, que no le pertenece a él sino a ti y está totalmente en tus manos; cada uno con sus grandes y sus pequeños pecados, para los que no hay perdón sino en ti; cada uno con su pena, pues tú eres el único que puede transformarla en alegría; pero también cada uno con su propia y secreta esperanza: tú querías también manifestarte como su Dios omnipotente, bueno y clemente.

Nosotros sabemos bien que sólo una cosa puede honrarte y alegrarte: una seria súplica para pedir tu Espíritu, una seria búsqueda de tu verdad, un serio deseo de tu auxilio y tu guía. Pero sabemos también que esto sólo puede ser el resultado de tu obra en nosotros. ¡Señor, despiértanos y así estaremos vigilantes!

Concedéndonos también que, en esta hora, todo se desarrolle correctamente: nuestra oración y nuestro canto, nuestra lectura y nuestra escucha, nuestra celebración y la cena del Señor. Concede todo esto a los que hoy van a celebrar juntos el día de la Ascensión de nuestro Señor Jesucristo, también a los enfermos en los hospitales, a los perturbados mentales en la clínica psiquiátrica de Friedmatt¹, y también a tantos y tantos hombres que todavía no saben que también ellos están de verdad presos, enfermos, perturbados mentales,

1. Clínica universitaria psiquiátrica en Basilea.

y que quizás nunca pudieron oír decir que tú eres su consuelo, su confianza, su Salvador. Haz brillar tu luz sobre ellos y sobre nosotros: por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

¡Contempladlo y quedaréis radiantes, vuestro rostro no se sonrojará!

Queridos hermanos y hermanas:

¡Contempladlo! Esto es lo que nos recuerda el día de la Ascensión. Se nos invita y se nos exige, se nos permite y se nos pide, a nosotros que como cristianos tenemos la libertad para hacerlo, y con la obediencia que se espera de nosotros: que contemplemos a Jesucristo, que ha vivido por nosotros, ha muerto y ha resucitado, que, como Salvador, abogó por todos nosotros, como el hermano mayor por sus hermanos mucho más jóvenes y que, como tal, es también su modelo y su maestro.

El está arriba, en el *cielo*, nosotros abajo, en la tierra. Cuando oímos decir la palabra “cielo”, todos pensamos en la inmensidad azul o también gris que se extiende sobre nosotros con su sol radiante, sus nubes y su lluvia, y todavía más arriba: en el mundo sin límites de las estrellas. También nosotros podemos ahora pensar en esto. Pero mirad, en el lenguaje de la Biblia, este “cielo” propiamente es sólo el signo de uno todavía mucho más alto. Existe un ámbito del mundo, que está *arriba*, por encima de la tierra y de nosotros, los hombres, que no podemos penetrar con la mirada, ni podemos comprenderlo, ni poner los pies en él, ni mucho menos dominarlo, porque está muy por encima de nosotros. El cielo, en el lenguaje de la Biblia es el lugar, la residencia, el trono de Dios. Y por esto es el misterio que a nosotros, hombres que estamos en la tierra, nos rodea por todas partes. El, Jesucristo, está *allí*. El está en medio de este misterio que se encuentra por encima de nosotros. De entre todos los hombres, él ha ido allí completamente solo, para ser precisamente allí y desde allí —así pues, desde el trono de Dios— nuestro Salvador y Señor y el de todos los hombres. Por lo tanto: *¡Contempladlo!*

“Alzar la mirada” solamente no bastaría. “Levantar la cabeza” se acostumbra decir a un hombre triste. Vosotros podéis muy bien haber oído ya este “levanta la cabeza”. Pero al hacerlo podría sucederos una cosa. Que allá arriba, por encima de nosotros, a la manera de cielo, nos apareciese

reflejada como en un espejo la enorme y dura imagen de toda nuestra miseria humana: la injusticia que nos pueden haber hecho los hombres y la injusticia que nosotros hemos hecho a los demás; y todo agrandado sin límites, y en cierta manera eternizado, nuestra gran culpa y nuestra vida miserable, tanto interior como exterior, que se ha dado por llamar el “destino”, y finalmente la muerte. Todo esto podría ser el misterio que está allá arriba, el cielo. Esto sería algo así como un tenebroso muro de nubes, o tal vez como una de aquellas bóvedas de calabozo en las que en siglos pasados se acostumbraba a guardar a los presos, o acaso como la tapa de un féretro, bajo la que nosotros estuviéramos enterrados vivos. No, esto es mejor no contemplarlo ¿verdad? No, es mejor no pensar que “por encima de nosotros” pueda haber algo semejante. Pero ¿de qué nos ayudaría no pensar, si a pesar de todo fuera así? Y podría ser todo mucho peor si el mismo Dios fuera como este cielo: un ser santo que, por nuestra culpa, está enfadado con nosotros, o un tirano sombrío, que como tal es enemigo del hombre, o también quizás, un Dios indiferente, que sin saber por qué, nos hubiese puesto bajo este muro de nubes, esta bóveda de calabozo o la tapa de este féretro. Muchos hombres —también nosotros en ciertos momentos oscuros y durante años— piensan así del cielo y también de Dios. No, sólo el “contemplar” como tal, no da realmente nada.

Pero contemplar a *Jesucristo*, ¡esto sí que da! *El* está allá arriba. *El* está en medio de aquel elevado misterio. *El* está en el cielo. ¿Quién es Jesucristo? Es el hombre en el que Dios no sólo ha expresado su amor, no sólo lo ha pintado en la pared, sino que lo ha puesto por obra. Es el héroe que ha tomado sobre sí, superándola por el poder divino, nuestra miseria, nuestra injusticia y la de todos los hombres, nuestra culpa y nuestra vida miserable, nuestro destino y, por último, nuestra muerte, de tal manera que todo esto ya no pesa más sobre nosotros, sino que ha quedado bajo nosotros, realmente a nuestros pies. El es el Hijo de Dios, que se hizo un hombre como nosotros, nuestro hermano, para que nosotros pudiéramos estar unidos a Dios y participar de todo aquello que le pertenece: participar de la poderosa bondad y del poder bondadoso de este Padre, participar finalmente de la vida eterna para la que él ha dispuesto a sus hijos y a la que él los ha destinado. Este Jesucristo, este hombre, este héroe, este Hijo de Dios,

está en el cielo. Y así, como él es Dios, en el rostro de este Hijo suyo aparece el del Padre que está en el cielo.

¡Contempladlo! Esto, ahora, querrá decir: dejadlo existir, aquel que —allá arriba, por encima de nosotros, en el cielo— existe. Tened por cierto y admitid que él, precisamente por vosotros, está y vive allá arriba y desde allá arriba. Tened por seguro esto: que él aboga por vosotros con todo su poder, pero precisamente porque no os pertenecéis a vosotros mismos sino que le pertenecéis a él. Decid ahora simplemente sí al derecho que él tiene y que quiere ejercer sobre vosotros; sí, con todos nosotros ha obrado ya justamente. ¿No será decir demasiado: con todos nosotros ha obrado ya justamente? ¿También con el hombre profundamente desgraciado, gravemente afligido, totalmente amargado? ¡Sí! ¿También con el pecador más empedernido? ¡Sí! ¿También con los sin Dios, o que al menos se creen estar sin Dios, como tal vez alguno de esta casa, que no ha querido venir aquí esta mañana? Sí, sí: Jesucristo también ha obrado ya justamente una y otra vez con todos nosotros y también con ellos. Contemplar a Jesucristo significa: admitir su derecho y darse con esto por satisfecho, y nunca más poner en duda que él tiene razón. La Ascensión nos recuerda que estamos invitados a contemplarlo en este sentido —voy a usar ahora otra palabra, muy conocida—: creer en él.

¡Contempladlo, y quedaréis radiantes! ¡Qué anuncio! ¡Qué promesa! Hombres, hombres completamente normales con rostros radiantes. No ángeles en el cielo, sino gente en la tierra. No algún feliz habitante de una hermosa isla lejana, no, gente aquí, en Basilea, aquí, en esta casa, no un tipo de gente particular que se encuentra entre nosotros, no, nosotros, cada uno de nosotros. ¿Puede significar esto? Sí, esto es lo que significa. Pero ¿esto es así? Sí, es así y no de otra manera: ¡Contempladlo, y quedaréis radiantes!

Mirad, si un hombre, si uno de nosotros, hace lo que ahora se le manda y le contempla, contempla a Jesucristo, se produce en él un cambio, a cuyo lado la revolución más grande es una pequeña cosa, y que por esto es imposible que pueda permanecer escondido. Consiste sencillamente en esto: el que lo contempla, el que cree en él, aquí en la tierra, aquí en Basilea, aquí en esta casa, puede ser y se le puede llamar un hijo de Dios (cf. 1 Jn 3, 1). Es una transformación interior, pero es imposible que pueda realizarse y quedar solamente en el interior, sino que más bien, cuando ocurre,

empuja con fuerza hacia afuera. Para él surge una gran luz, clara y duradera. Y esta luz se refleja en su rostro, en sus ojos, en su comportamiento, en sus palabras, en su conducta. Para un hombre así, aun en medio de su aflicción y de su pena, hay una alegría que se eleva frente a todos sus suspiros y sus quejas: no una alegría barata y superficial, sino una alegría profunda, no transitoria sino permanente. Y precisamente hace de él un hombre, en el que, aunque aún esté triste y pueda seguir estándolo, se nota que en el fondo es un hombre alegre. Digámoslo con toda tranquilidad. Se le ha dado algo que le induce a reír, y este reír no lo puede reprimir del todo aun en circunstancias que en absoluto se prestan a la risa: no es una risa mala, sino buena; no es una risa burlona, sino un reír amable y consolador; no es tampoco un sonreír diplomático, como el que recientemente se ha hecho común en la política, sino un reír sincero que surge de lo más profundo del corazón. Una luz, una alegría y un reír así vienen al encuentro de los hombres que lo contemplan. De allí, de él, se hacen radiantes vuestros rostros. No son ellos quienes lo hacen, pero no pueden impedir que suceda. Cuando lo contempláis, quedáis radiantes.

Queridos hermanos y hermanas: ¿Por qué no brilla propiamente nuestro rostro? No es cierto que si esto sucediera, nos iría todo bien, a pesar de todo viviríamos conformes, a gusto y contentos. Precisamente porque nos iría bien, quedaría radiante nuestro rostro. Pero aquí hay algo más importante a considerar. Si aquella luz, si la alegría, la sonrisa de los hijos de Dios saliera y se hiciera visible, los demás, sobre todo, lo percibirían en nosotros. ¿Y no pensáis que esto tendría y debería tener en ellos un determinado efecto? Sería para ellos un signo de que existe otra cosa, una cosa mejor que lo que acostumbran a ver corrientemente. Les daría valor, les infundiría confianza y esperanza. Les haría bien, como nos ha hecho bien el sol en esta última semana después del largo invierno. ¿Por qué les haría bien? Porque un rostro así radiante, que es el reflejo del cielo venido a la tierra, de Jesucristo, sería también un reflejo del mismo Dios Padre. Reflejo que haría bien en los otros hombres así como también a nosotros mismos — tanto ellos como nosotros esperamos ver algo de él.

Tendríamos que ser claros en lo que toca a algo tan simple como esto, queridos amigos: No estamos en el mundo para hacernos el bien a nosotros mismos, sino para hacer el bien

a los demás. Pero, básicamente, con lo único con lo que podremos hacer bien a los demás hombres es precisamente esto: que les permitamos ver un reflejo luminoso del cielo, del Señor Jesucristo, del mismo Dios ofreciéndoles un rostro radiante. ¿Por qué no lo hacemos? ¿Por qué quedamos en deuda con ellos, precisamente en aquello que es lo único con lo que nos podemos ayudar mutuamente? ¿Por qué mostramos rostros, que en el mejor de los casos son rostros pensativos, serios, inquisitivos, sumamente preocupados, con aires de reproche, y en casos menos afortunados son muecas o máscaras muertas, auténticas máscaras nocturnas del carnaval de Basilea? ¿Por qué no irradia nuestro rostro?

A esto diré sólo una cosa: podría ser muy bien de otra manera. Podríamos ser absolutamente aquellas personas que tienen un rostro radiante. Podríamos ser absolutamente aquellas personas que de veras hacen el bien: ¡nosotros aquí hoy! Allí donde está el Espíritu del Señor allí está la libertad (cf. 2 Cor 3, 17) para que cada uno pueda hacer el bien al otro. “Quien crea en mí (se dice en otro lugar de la Escritura, el mismo Jesucristo lo dice allí), de su entraña manarán ríos de agua viva” (Jn 7, 38). Y esto sucede cuando se le contempla. Nadie lo ha contemplado sin que haya sucedido esto. Y no hay nadie que se haya acostumbrado un poquitín a hacer esto, y que a su alrededor no se haya hecho todo un poquitín más claro. La tierra oscura en que vivimos siempre se ha hecho clara una y otra vez, donde uno, varios o muchos han hecho esto tan sencillo: lo han contemplado y han creído en él.

Contempladlo y quedaréis radiantes, *vuestro rostro no se sonrojará*. Acabo de hablar de la tierra “oscura”. Si uno lee el periódico, si uno mira a su alrededor y, sobre todo, si uno dirige la mirada al interior de su propio corazón y de su propia vida, se ve bien que se trata realmente de una tierra oscura, de un mundo ante el que y en el que uno llega a tener miedo (cf. Jn 16, 33). Miedo ¿por qué? Porque todos nosotros estamos bajo la amenaza de que podríamos, sí, de que deberíamos sonrojarnos, y esto no querría decir solamente que nos hemos equivocado en esto o que hemos perdido esto otro, sino que toda nuestra vida, con todo lo que pensamos, queremos y ejecutamos, en verdad, es decir, en el juicio y en la sentencia de Dios, podría ser una vida fracasada, sin honra, perdida. Esta es la gran amenaza. Y bajo esta amenaza, el suelo se tambalea bajo nuestros pies, el

aire se oscurece, y la tierra que Dios ha creado tan hermosa, se convierte en una tierra oscura. Nosotros deberíamos propiamente sonrojarnos.

Pero ahora oímos precisamente lo contrario: vuestro rostro no se sonrojará. Me gustaría, queridos hermanos y hermanas, invitaros ahora a levantarnos todos juntos y a decir en coro junto conmigo: ¡nuestro rostro no se sonrojará!, y cada uno debería decirlo por separado, y al final acabaría yo diciéndolo: ¡mi rostro no se sonrojará! Se trata de que nuestro rostro, de que mi rostro realmente no se sonroje, contemplándolo a él. Cierto, no por haberlo merecido. Y no porque nuestros rostros, cuando lo contemplamos a él, se vuelvan radiantes. Pero esto debe ser y será para nosotros una señal de que nuestro rostro no tiene por qué sonrojarse: porque en ello se hará patente que se ha restablecido la unión entre Dios y nosotros. Y la fuerza de esta unión es esta: que lo que en el cielo es cierto y válido para él, lo que Jesucristo ha hecho por nosotros, lo que por medio de él ha sucedido: la salvación, la justificación y la conservación de cada uno de los hombres, también aquí abajo y ahora es cierto y es válido precisamente para nosotros que lo contemplamos. Y esto quiere decir que el Padre no permite que se sonroje el rostro de sus hijos. Y así es imposible que a sus hijos les pueda ocurrir que su rostro se sonroje. Nos es dado saber esto, nos es dado permanecer en esto, nos es dado vivir así: contemplándolo sin miedo con rostros radiantes. Y que ahora cada uno diga en su corazón: “Bendice alma mía al Señor, y no olvides sus beneficios. El perdona todas tus culpas y cura todas tus enfermedades; él rescata tu vida de la fosa y te rodea con su misericordia y su cariño” (Sal 103 [102], 2-4). Mientras decimos esto iremos juntos a la santa cena. Amén.

¡Señor, Dios nuestro! Te damos gracias, porque esto es así tal como hemos intentado decirlo ahora con nuestras pobres palabras y hemos intentado escucharlo con nuestros débiles oídos. Por esto, la alabanza de tu nombre no puede tener fin, porque tu gracia y tu verdad no tienen límites, y cada vez son más grandes y magníficas de lo que nosotros podemos expresar y concebir. Haz tú mismo que tu *Espíritu dé fruto en nuestros corazones y en nuestras vidas: en todo lo que hoy y mañana pensemos, digamos y hagamos. Concédenos tú mismo tratar con fidelidad lo que de ti hemos recibido, y de esta manera utilicemos nuestro tiempo, mientras nos es dado tenerlo, para su cumplimiento, para tu gloria y para nuestra salvación.*

Ten piedad de nosotros también en lo sucesivo, de nosotros y de todos los hombres: de nuestros parientes, de todos los que sufren, de todos los que son combatidos, probados, de las autoridades de esta ciudad y de nuestro país y de sus funcionarios, de los maestros y de sus discípulos, de los jueces, de los acusados, de los condenados, de los párrocos y de sus comunidades, de los misioneros y de aquellos a los que les es dado anunciar tu verdad, de los evangélicos de España y de América del Sur, oprimidos por incomprensión. Donde tú no edificas por medio de tu palabra, tanto en la iglesia como en el mundo, se edifica en vano. Así pues, haz que corra libre tu palabra y llegue a muchos, a todos los hombres, en la fuerza luminosa, salvadora y vencedora que tiene, allá donde con el poder de tu Espíritu será percibida y puesta en práctica. Padre nuestro...

Mi esperanza eres tú

Salmo 39 (38), 8

5 de agosto de 1956, cárcel de Basilea

¡Señor, Dios nuestro! Aquí estamos reunidos, porque hoy es el día que llamamos domingo (Sonntag = día del sol): en recuerdo del sol de justicia que has hecho salir para todos los hombres en la resurrección de tu querido Hijo Jesucristo, y en espera del último día, en el que todos estos soles te temerán y se alegrarán de ti.

Ninguno de nosotros puede alegar nada que lo haga digno de comparecer ante ti, ni uno siquiera. Nosotros sabemos, y tú lo sabes todavía mejor, lo lejos que de ti nos hemos apartado en todo lo que hasta esta hora presente hemos sido, hemos pensado, hemos hablado y hemos hecho.

Aquí estamos, completamente solos ante ti, porque tú mismo has venido a este mundo oscuro de los hombres, y también ahora quieres andar en medio de nosotros, completamente solos, porque tú con el amistoso poder de tu Palabra y de tu Espíritu quieres hablarnos como a tu comunidad y aceptar nuestra pobre alabanza.

Concédenos, pues, que lo que vamos a hacer aquí juntos, lo hagamos con la humildad y la alegría de personas que no pueden ser sino agradecidas. Concédelo también a aquellos que en esta ciudad y en otros lugares se reúnen hoy ante ti: por Jesucristo nuestro Señor, en cuyo nombre te invocamos diciendo: Padre nuestro... Amén.

Y ahora, Señor, ¿qué aguardo? Mi esperanza eres tú

Queridos hermanos y hermanas:

Es una gran cosa que a todos nosotros se nos invite ahora a poner estas palabras en nuestros labios y decirlas, a gritar unánimemente: ¡mi esperanza eres tú!

Esperar: es una alegría, una confianza en vistas a un bien que ya existe para nosotros, pero que todavía no lo vemos, mas con toda seguridad se hará visible un día y lo poseeremos. Esperar significa: vivir en esta confianza y en esta alegría.

Pero ahora se nos dice: mi esperanza eres tú, *Dios*. Esperar en Dios es el único esperar totalmente sólido y seguro. Sólido, porque Dios no es *un* bien, sino que es *el* bien, la fuente y la plenitud de todo bien; y seguro, porque Dios es fiel y no nos decepciona, y no estará haciéndonos esperar siempre su manifestación. Es algo grande, es algo totalmente incomprensible que nosotros podamos decir y repetir esto: mi esperanza eres tú.

Ninguno de vosotros debería ahora pensar ni decir algo así como: "Sí, esto puede estar así en la Biblia, y haber sido dicho probablemente alguna vez por un hombre bueno y piadoso y, ¿por qué no?, también feliz. Pero precisamente es por esto por lo que no es posible que valga para mí, por lo que yo no puedo decirlo: yo no soy un hombre bueno, piadoso o feliz como éste". No penséis esto, no digáis esto, queridos amigos. Los hombres que se expresan en la Biblia así como el hombre que en el salmo 39 ha dicho "Mi esperanza eres tú" eran hombres, sin duda, de condición muy particular, pero si eran así, lo eran solamente porque Dios había ido a su encuentro de una manera muy particular y había actuado en ellos. Así pues, no llevaban ventaja a los otros hombres por aquello de particular que había en ellos y que traían consigo. Sino que, precisamente, porque Dios los atendió de una manera tan particular, también de una manera particular lo han debido ellos experimentar más que los demás, lo mismo que todos nosotros. De este mismo salmo os voy a leer lo que precede inmediatamente: "Me concediste un palmo de vida, mis días son nada ante ti; el hombre no dura más que un soplo, el hombre se pasea como un fantasma, por un soplo se afana, atesora sin saber para quién" (Sal 39 [38], 6). Mirad, a partir de ahí, podría decirse también: en esta situación los hombres de la Biblia han podido y se han visto obligados a gritar: "Mi esperanza eres tú", y desde esta situación nos gritan a nosotros para que nosotros podamos decir también con ellos mi esperanza eres tú.

Y en manera alguna, ninguno de vosotros, refiriéndose a mí que predico el sermón dominical, debería pensar o decir: "Sí, ha hablado bien, él no ha hecho nada que lo haya llevado

ante el juez, no tiene que cumplir ningún castigo, puede ir con libertad por todas partes, y además de todo esto es también profesor de teología y, probablemente, un cristiano convencido y quizás medio santo, para él es fácil pensar y decir: mi esperanza eres tú". Pues no, eso no. ¿Sabéis qué es un cristiano convencido? Un cristiano convencido es un hombre que sabe, un poco mejor que los demás, que todos nosotros sin excepción hemos hecho muchas cosas: tantas que no sólo una vez, sino a lo largo de toda nuestra vida nos hemos de presentar ante el juez, ante el más elevado y estricto juez, y de una manera u otra, hemos de hacer penitencia por lo que somos y por lo que hemos pensado, dicho o hecho. Un cristiano convencido sabe que, de verdad, nadie puede andar libremente por todas partes. Para ilustrar esto voy a leer todavía una cita del salmo 39: "Escarmientas al hombre castigando su culpa; como una polilla roes sus tesoros, el hombre no es más que un soplo" (v. 12). El hombre no es más que un soplo; esto lo sabe un cristiano convencido. Y sólo entonces y a partir de aquí le es permitido y tiene la obligación de decir: "Mi esperanza eres tú"; y también le es permitido y tiene la obligación de atestiguar a los demás, que también ellos tienen la libertad de poner en Dios su esperanza.

Por de pronto, vamos a reflexionar sobre la pregunta que precede a esta palabra: *¿Qué aguardo? (¿Qué consuelo me queda?)*.

Cuando un hombre "se consuela", quiere decir que en las pequeñas y grandes inquietudes, preocupaciones y temores de su vida, busca, encuentra y aplica algún argumento y algún medio para apaciguarse, para tranquilizarse, para aliviarse. Ocurre como a un enfermo que se le da una inyección, que si bien no cura la enfermedad, mitiga sin embargo por un tiempo sus dolores, de manera que puede olvidarse de su enfermedad. Hay inyecciones que hacen que el enfermo se sienta por de pronto tan sano como el más sano de los hombres. Y así, existen remedios por cuyo uso el hombre puede tener la impresión de que de veras le va enormemente bien.

Pero, "consolarse" no es lo mismo que esperar en Dios. Más bien uno se consuela, mientras no se ha dado cuenta que es en Dios en quien debería esperar. Consolarse es subsistir, y una vida a base de consuelos es una vida falsificada por sustituciones. Y esto se manifiesta en que el consuelo

solamente ayuda de una manera superficial, provisional, pasajera, lo mismo que la acción de una de aquellas inyecciones que de ningún modo aleja la enfermedad y sólo ataja el dolor de una manera pasajera. Las inquietudes, los temores y las preocupaciones de la vida junto con sus consecuencias, quedan.

Así pues, detrás de todo consolarse viene la pregunta: ¿Qué consuelo me queda? (¿Qué aguardaré?). Esto significa: todo aquello con lo que podría consolarme, ¿qué me ofrece? Necesito otra cosa como consuelo. Necesito ayuda, necesito salvación. Pero mientras no nos hayamos dado cuenta de que nos es dado esperar en Dios, iremos siempre dando vueltas a lo mismo: intentar consolarnos una y otra vez, para ir experimentando una y otra vez que esto no es ayuda, y a la larga ni siquiera llega nunca a consolar. Un par de ejemplos:

Es sabido que uno se puede consolar con un cigarrillo, o con una revista ilustrada, o poniendo la televisión teniendo una bebida delante. ¿Por qué no? A esto se le llama muy bien “una distracción”. Ciertamente, existen también distracciones más nobles: música, trabajo, lectura de libros —quizás una lectura que significa también trabajo. De manera que ahora puede uno distraerse, pero ya sabéis lo que pasa: pasado un tiempo se encuentra uno de nuevo a sí mismo y con su antigua miseria: ¿Qué consuelo me queda?

Uno puede consolarse comparándose con los demás: este y aquel otro no son mejores en esto, ni son tampoco mejores que yo. Pero en último término, cada uno sólo puede vivir con lo que él es para sí mismo, con su corazón y su sensibilidad, con su pena y su destino, con su conciencia. En último término ¿de qué me ayuda cualquier comparación? ¿Qué consuelo me queda? Cierto que también uno puede intentar —y todos lo hacemos— consolarse consigo mismo: si todos están contra mí, yo estaré a mi favor, confiaré en mí mismo, descansaré en mí mismo, y con esto me daré por contento. Sabéis la historia del negro que tenía la costumbre de hablarse a sí mismo en voz alta y que a la pregunta de por qué hacía esto constataba: “Por dos motivos, primero porque hablo con gusto a un hombre razonable y segundo, porque me gusta que un hombre razonable me hable”. Y ¿sabéis aquella otra historia del hombre que había dicho que él creía en la única iglesia que otorgaba la felicidad, y que de hecho en aquel momento sólo constaba de un miembro, que era él mismo? Y conocéis la canción cuya última estrofa dice:

Que se me encierre en una oscura cárcel;
todo sería en vano
porque mis pensamientos
rompen los muros y las barreras:
los pensamientos son libres.¹

Maravilloso, ¿verdad? ¿Pero, es realmente tan maravilloso, tan magnífico no poder prescindir de uno mismo y de sus propios pensamientos libres y tener que confiar en ellos? La premisa para que esto fuera así, tendría que ser el que uno pudiera gustarse a sí mismo y satisfacerse realmente a sí mismo. Durante un trecho de camino y un período de tiempo puede uno imaginarse y figurarse que esto es así. Pero atención, en alguna parte con toda seguridad está al acecho la peor de las dudas que puede sobrevenir a un hombre: la duda de sí mismo. Así pues, es bueno decir una y otra vez: ¿Qué consuelo me queda?

Pero ¿no podría uno consolarse pensando en un hombre apreciado, un hombre o una mujer, un compañero o un amigo, una persona de confianza, de la que cree poderse fiar, y de la que espera: este o esta me va a ayudar, hará conmigo como un buen samaritano? Está bien encontrar un hombre así; de todos los consuelos es quizás el mejor, si a uno le es dado encontrarlo. Pero aun en el caso de que lo encuentre, sólo podrá ser un consuelo. Porque un hombre, también el más estimado y el mejor de los hombres, el buen samaritano, no puede librarme de mi responsabilidad. Y él además tendrá también sus límites. Puede fallar. Finalmente, puede haberme aceptado. Pero la cosa es así: en la vida de cada hombre existe un punto “al que nadie puede acceder por sí mismo, está completamente solo consigo mismo”². ¿Qué consuelo me queda?

¿Sabéis la verdad de por qué básicamente todos nuestros intentos de consolarnos caen finalmente como castillos de naipes, que uno construye de buena gana, pero en los que no puede vivir? Y esto aunque tengamos medios de consolarnos, y aunque nuestros medios y nuestros motivos para consolarnos no sean simplemente vanos. ¿Es que no podemos ni debemos decir de todos ellos que tienen algo? Y sin embargo ¿por qué no dan más de sí?

1. Tercera estrofa de las cuatro (por lo tanto, no la última) de la conocida canción popular “Die Gedanken sind frei” aparecida en Suiza y en Alsacia hacia el año 1800.

2. Fr. Schiller, *Wallensteins Lager*, V. 1055s.

Permitid que os diga, queridos amigos, que el motivo de esto no es algo malo, sino algo bueno, el mejor de entre todos los motivos. El motivo es muy simple, que Dios es Dios, y en verdad, es *nuestro* Dios, que no nos abandona, aunque nosotros no dejemos de abandonarlo una y otra vez, que está siempre presente y actuando en el centro de nuestras vidas. Que tanto si le escuchamos como si no, nos dice: yo soy aquel con el que tú no sólo puedes consolarte, sino también en quien puedes confiar. Yo soy tu ayuda, tu salvador. El, Dios, no solamente nos prohíbe que nos consolemos a nosotros mismos, sino que nos lo impide, nos lo estorba. No hay descanso alguno hasta que no nos damos cuenta de quién es y qué es él para nosotros, y de que podemos confiar en él. Por esto, por este motivo, se nos escapan, se nos caen irresistiblemente de las manos todos nuestros motivos de consuelo.

Señor, ¿qué consuelo me queda?, es lo que se dice. Tú no te has de limitar a suspirar: ¿Qué consuelo me queda? Has de poner delante la palabra "Señor", y así vienes a dar con el buen camino. Porque esto es algo que me concierne, ningún consuelo es suficiente, cualquier consuelo me hace perecer en sus manos, y me veo obligado a preguntar una y otra vez: ¿Qué consuelo me queda? sin recibir respuesta alguna a esta pregunta. Sencillamente, porque Tú, Dios, estás ahí, en toda tu grandeza y bondad, y me permites confiar en ti.

Y ahora, seguiremos pensando y vamos a proseguir hablando: no sobre Dios, sino a él, como a aquel que está presente en todos nosotros. Así pues, diremos: toda mi vida se refiere a ti, a ti, que como Señor del cielo y de la tierra y como Señor de todos los hombres eres también mi Dios y Señor. Es contigo con quien he de tratar: no porque yo quiera o pueda tratar contigo —nosotros todos, ni queremos ni podemos—, sino porque tú desde toda la eternidad, quieres tratar conmigo y realmente tratas conmigo. Porque mi vida —tanto si te conozco, como no, tanto si te honro como no, tanto si te amo como no— no está en mis manos, sino en las tuyas. Porque tú, sin mi intervención, eres mi rey y mi juez; porque tú, sin que lo haya merecido ni haya podido merecerlo, eres mi justicia, mi paz, mi alegría y mi salvación. Porque tu Hijo se ha hecho también mi hermano, y porque yo, como hermano de éste tu Hijo, nuestro Señor Jesucristo, puedo ser también tu hijo. Y ahora, toda la vida y la muerte de éste

tu Hijo y nuestro hermano ha sido y sigue siendo un único y poderoso anhelo y una única gozosa confesión de la esperanza que depositamos en ti. Pues él no ha intentado consolarse, sino que en todo el desconsuelo de la vida humana —nuestra vida—, desde todo este desconsuelo, se ha referido a ti, ha confiado en ti, te ha obedecido. De esta manera se ha mostrado él como Hijo tuyo. Pero también de esta manera ha actuado él como nuestro hermano. Porque, justamente, esto no lo ha hecho para él, como persona privada, sino que lo ha hecho en lugar nuestro y por todos nosotros. El se ha dirigido a ti en nombre de toda la humanidad y, por lo tanto, también en nuestro nombre, él ha pronunciado con su existencia esta gran frase: Mi esperanza eres tú.

Creo que ahora ya podemos entender que para nosotros no se trata de rompernos la cabeza pensando qué es lo que podríamos hacer y emprender por nuestra parte para confiar en Dios. Todo lo que hacemos y emprendemos de nuestra parte, nunca sale bien. Y en modo alguno podrá uno de por sí llevar a cabo la empresa de confiar en Dios. ¡Ahora, es posible! Uno puede hacerlo, aceptando y admitiendo el gran "mi esperanza eres tú" pronunciado por Jesucristo, como dicho también por nosotros, por ti y por mí, adhiriéndose en cierta manera a esta palabra, poniendo bajo ella el propio nombre con toda humildad, dándole su aprobación, como quien modestamente está siempre dispuesto a repetirla.

Creedme: en esta aprobación, nuestra voz frágil se convierte en una voz poderosa, penetra el cielo, llama a Dios a nuestro lado, nos da fuerza y vida. Y creedme: Dios nos da siempre a cada uno de nosotros la libertad para aprobar, para firmar las palabras que Jesucristo ha dicho y dice por nosotros. Y creedme: si nosotros usamos de esta libertad, entonces empieza en nosotros y para nosotros la vida propiamente dicha en lugar de aquella vida de compensaciones buscando el propio consuelo. Entonces recibimos ojos con los que podemos ver la luz en medio de las tinieblas, pies con los que nos mantenemos firmemente en pie a pesar de toda nuestra inseguridad, manos vigorosas siempre que nos sintamos cansados y corazones alegres en medio de la gran tristeza de nuestra existencia: corazones alegres que se abren camino a través de la desesperación. El mismo Dios escondido nos sostiene y nos lleva ya ahora, aunque nosotros no lo veamos todavía: precisamente él, que es nuestra esperanza.

Y ahora, para acabar, tal vez preguntaré: ¿Y el consuelo? ¿No necesitamos nosotros también consuelo? ¿es que no se nos puede conceder? A esto se ha de responder: no os preocupéis, solamente una cosa será imposible para aquel que como hermano de Jesucristo confía en Dios: quererse y poderse consolar a sí mismo. Y aun esto no será necesario. Pues si confiamos en Dios, *seremos* consolados —¡fiaros de eso!—, siempre, una y otra vez, recibiremos como regalo algunas de las cosas grandes o pequeñas de que hablábamos antes: *podemos* trabajar, *podemos* oír música, *podemos* leer libros, *podemos* encontrar un hombre amable, un buen samaritano que nos ayude, *podemos* también tener muy bien y abrigar un poco de confianza en nosotros mismos, y esto sin hablar de las pequeñas cosas que nunca nos llegarán a faltar del todo. *Puede* haber muchas cosas - pero absolutamente nada a que podamos agarrarnos, con que pudiéramos consolarnos y ayudarnos. Lo que nosotros no nos podemos procurar, se nos dará como regalo: no como cosa principal, sino como sin importancia pero hermoso, en cierta manera como un don de añadidura, como estimulante, como tonificante para esperar en Dios, como señal de su bondad, como semejanza de su piedad. Podría decir también: como rayos del único consuelo, que no sólo es un consuelo, sino el mismo sol de justicia (cf. Mal 3, 20), de toda ayuda, de toda salvación, de la vida eterna: de aquel consuelo que consiste en que yo, en cuerpo y alma, en vida y en muerte, no me pertenezca a mí mismo, sino a mi fiel Salvador Jesucristo³. Amén.

¡Amado Padre del cielo! Ahora te pedimos, que nos des a todos tu Espíritu santo, y nos lo des continuamente, para que nos despierte, nos ilumine, nos aliente y nos haga capaces de atrevernos a dar el pequeño y ¿por qué no?, el gran paso: del consuelo con el que podemos consolarnos nosotros mismos a la esperanza en ti. Haznos volver la espalda a nosotros y dirígenos a ti. No permitas que nos escondamos de ti. No nos dejes hacer nada sin ti. Muéstranos lo magnífico que tú eres y lo magnífico que es poder confiar en ti y obedecerte.

Te pedimos lo mismo para todos los hombres: para que los pueblos y sus gobiernos se inclinen a tu palabra y de esta manera puedan prestar un servicio a la justicia y a la paz en la tierra; para que

tu palabra se haga conocer por todos los medios a todos los pobres, a todos los enfermos, a todos los presos, a todos los afligidos, a todos los oprimidos, a todos los no creyentes, y que sea oída, comprendida y aceptada de todo corazón por ellos como una respuesta a sus gemidos y clamores; que la cristiandad de todas las iglesias y confesiones la reconozca con nuevo entusiasmo y aprenda a servirla con nueva fidelidad, que su verdad, aquí y ahora, se haga ya clara y permanezca en medio de todos los errores y confusiones de los hombres, hasta que por último y al fin ilumine a todos y a todo.

Alabado seas tú, que en Jesucristo, tu Hijo, nos das la libertad de estar siempre dispuestos a confesar: Mi esperanza eres tú. Amén.

3. Catecismo de Heilderberg (1563), pregunta primera.

Entre vosotros - Vuestro Dios - Mi pueblo

Lv 26, 12

7 de octubre de 1956, capilla del Bruderholz, Basilea¹

¡Señor Dios nuestro! Tú sabes quiénes somos nosotros: hombres con buena y con mala conciencia, personas contentas y descontentas, seguras e inseguras, cristianos convencidos y cristianos por costumbre, creyentes, medio creyentes y no creyentes.

Y tú sabes de dónde venimos: del círculo de nuestros parientes, conocidos y amigos o de la gran soledad, de un bienestar tranquilo o de toda clase de confusión y apuros, de relaciones familiares normales, críticas o deshechas, del círculo más estrecho o de la periferia de la comunidad cristiana.

Pero ahora estamos todos ante ti: en tantas diferencias hay algo que nos iguala: que tanto ante ti como entre nosotros, no tenemos razón, que todos nosotros hemos de morir un día, que todos nosotros sin tu gracia estaríamos perdidos; pero también nos iguala el que tu gracia nos ha sido prometida y otorgada a todos nosotros, en tu querido Hijo, Nuestro Señor Jesucristo.

Estamos aquí reunidos para alabarte, porque dejamos que nos hables. Porque esto ocurre en esta hora, en que ya ha pasado el domingo y tenemos ante nosotros el trabajo de la semana; por esto te pedimos, invocándote en nombre y con las palabras de tu Hijo, Nuestro Señor: Padre nuestro...

*Caminaré entre vosotros y seré vuestro Dios
y vosotros seréis mi pueblo*

Querida comunidad, queridos hermanos y hermanas:

Según el testimonio del antiguo testamento, Dios ha dicho esto a su pueblo Israel: "Caminaré entre vosotros y seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo". Y ahora se podrían decir muchas cosas sobre lo que esto significa y ha significado hasta el día de hoy para este pueblo, del que ha salido Nuestro Señor Jesucristo. Podemos decir con seguridad: la historia de Israel ha llegado precisamente a su término en Jesucristo, y también que se ha realizado en él esta sentencia. Y al realizarse en él, se ha convertido en un toque de trompeta, que ha resonado por todo el mundo. Así, pues, hemos de contar con que también a nosotros, precisamente a nosotros, nos interesa. Intentaré explicároslo brevemente.

Primero: "*Caminaré entre vosotros*". *Caminar* quiere decir, ir andando de viaje en una dirección determinada, ir de un lugar a otro. Algo así como el lechero, o el cartero, o el encargado de controlar el contador de la electricidad, va en todas direcciones de una casa a otra a través de nuestras calles. De hecho, esta palabra se usa en la Biblia regularmente cuando se trata de describir las acciones de hombres, de los que se puede decir que su "caminar" ha sido agradable o desagradable a Dios, ha sido bueno o malo. Pero la expresión se aplicará también ocasionalmente de una manera especial a Dios. Así leemos ya al principio de la Biblia, que Dios caminaba por aquel jardín a la hora de la brisa (Gén 3, 8). Y ahora se dice aquí: "Caminaré entre vosotros". De aquí aprendemos que Dios no es inmóvil. No es un ser rígido. No es algo así como el prisionero de su eternidad. No, Dios está en camino. Dios viene y va. Dios es el héroe de una historia. Dios camina: él es el Dios vivo.

"*Entre vosotros*", se dice. Así pues, los lugares por los que camina, por los que va de aquí a allá, en los que él es el Dios vivo, son las calles por las que también caminamos nosotros, nuestras calles, por las que circulan los autos y el tranvía, el 15 y el 16, y por las que nosotros mismos seguimos nuestros caminos. Sus lugares son nuestras casas con sus comedores, sus habitaciones, sus dormitorios y cocinas, nuestros jardines, nuestros talleres, nuestros lugares de recreo, y con toda seguridad también, la Zwinglihaus², y ¿por qué no también esta capilla,

1. Lugar provisional para el servicio religioso en el Bruderholz, el barrio de Basilea en donde vivía Barth desde el 1.10.1955.

2. Casa parroquial con un espacio para el servicio religioso, perteneciente a la parroquia de Sta. Elisabeth, a la que entonces pertenecía el Bruderholz.

aquí, en el Bruderholz? Dios no está ausente, no puede suceder que esté en otra parte, como nos pasa a nosotros. Él vive en el cielo, pero también en la tierra, también en Basilea, también en la Bruderholz, también entre nosotros y con nosotros. Él es el Dios que siempre y en todas partes *está cerca*.

“Caminaré *entre* vosotros”, también esto es digno de consideración. Dios camina como el centro, como la fuente y el origen, y también como el término de la historia de la vida de todos nosotros. En esta historia se va desarrollando, cuando en su centro más íntimo se desarrolla en primer lugar y básicamente su historia, la historia de Dios. Nosotros vivimos en cuanto él vive. Nosotros somos la obra de sus manos. El que él camine entre nosotros, y el que nosotros seamos como los puntos de un círculo cuyo centro es él, es lo que nos une a él y unifica nuestra vida que de tan diversas maneras se ha dispersado, y nos une también los unos a los otros. Así pues, Dios no está al margen; Dios no es tampoco solamente el límite, como acostumbran a decir hoy algunos eruditos³. Sí, el que nosotros seamos piadosos y creamos en él, podría ser algo que está muy al margen de nuestra vida, mientras que nuestro centro se encuentre totalmente en otra parte. Y también el que en Basilea haya una iglesia reformada, puede ser para los que charlan en la taberna o en cualquier otra parte, así como también para nuestra prensa, una cosa que está muy alejada y al margen de sus intereses. Pero ahora no hablamos de nuestra piedad, ni tampoco hablamos esta vez de la iglesia, sino del mismo Dios. El no está al margen. El está más cerca de nosotros de lo que lo podamos estar nosotros mismos. Y él también nos conoce mejor que lo que nosotros podamos conocernos a nosotros mismos. El actúa con nosotros mejor que lo que nosotros con la mejor voluntad y el mejor entendimiento pudiéramos actuar. Así pues, su caminar nos interesa a todos. Y de esta manera, en medio de la diversidad de hombres y de situaciones humanas aquí y allí, para éste y para aquél, de una manera o de otra, él es el Dios *único*.

Porque él es este Dios vivo, próximo y, precisamente, este Dios *único*, camina realmente en medio de todos nos-

3. Probablemente una aguda alusión a la obra del colega de Barth en Basilea, F. Buri, aparecida precisamente entonces, *Dogmatik als Selbstverständnis des christlichen Glaubens* I, Bern/Tübingen 1956, p. 134.

otros tanto si lo sabemos y nos damos cuenta y lo queremos, como si no: entre los ancianos y entre los jóvenes, entre los enfermos y entre los que gozan de buena salud, entre los activos y los reflexivos, entre los buenos y entre los malos. Porque él es el Dios *todopoderoso* nunca se cansa ni se abate (cf. Is 40, 28), ni tampoco se deja retener ni rechazar. Para que nadie se crea poderlo retener o rechazar. Porque él es el Dios *santo*, no permite que se le enseñe nada, no permite que nadie se desentienda de él, como acostumbramos nosotros a desentendernos los unos de los otros; respecto a él no podemos decir: ¡se ha acabado!, como lo decimos respecto a ciertos hombres o a ciertas opiniones, o también respecto a nuestro destino. Y como es el Dios *clemente*, no se disgusta ni se amarga, ni se deja engañar en su amor. Me acuerdo de una estrofa del cántico “¿No cantaré a mi Dios?”, que ha sido suprimida —realmente no sé por qué motivos— en nuestro nuevo libro de cánticos; dice así:

Como un padre no aparta nunca totalmente
el corazón, de su hijo,
aunque a veces peque
y abandone los justos límites,
de manera semejante
tiene en cuenta mi buen Dios mis transgresiones;
vengará mis faltas, no con la espada
sino con la vara.⁴

Y es exactamente así. Así se comporta Dios, como el Dios *clemente* que camina entre nosotros: tanto si trabajamos como si descansamos, tanto si estamos alegres como si estamos tristes, tanto si estamos despiertos como si dormimos, en este año de 1956 y con toda seguridad también en el próximo, en el tiempo y, con mayor razón, en la eternidad, en donde lo veremos a él, al que vive, al que está cerca, al único, cara a cara.

Y ahora paso a lo que viene en segundo lugar: “Y *seré vuestro Dios*”. Esto quiere decir: como el Dios vivo, cercano, único, como el Dios *todopoderoso*, *santo*, *clemente*, que

4. Estrofa 8.^a del cántico “Sollt ich meinem Gott nicht singen” (1653) de P. Gerhardt (EKG 232); la redacción del texto dada aquí es según el antiguo *Liesangbuch für die Evangelisch-Roformierte Kirche der deutschen Schweiz*, 1891, Nr. 3.

yo soy, quiero ser *aquel* que os *piensa* a vosotros, que os trae precisamente a vosotros en su pensamiento eterno, y os ama precisamente a vosotros, pero que también precisamente a vosotros os exige obediencia y os llama a su servicio, que os puede y os quiere utilizar precisamente a vosotros - el que, entendámoslo bien, precisamente hoy, en este momento, *está hablando* con vosotros.

Más aún, yo quiero ser aquel que, como creador del cielo y de la tierra, como Señor de todos los hombres, como rey y vencedor eterno, como aquel que tiene la primera palabra y conserva la última, os pertenece precisamente a vosotros, de tal manera que os es dado decirme: ¡Padre nuestro! ¡Dios nuestro!, y cada uno para sí: ¡Padre mío! ¡Dios mío! Precisamente por vosotros me he entregado a mí mismo en mi propio Hijo. Y de esta manera yo quiero ser Dios *para vosotros*; por lo tanto, para vuestra existencia, para vuestros temores y preocupaciones, para vuestras penas, para vuestros pecados y para vuestro morir, pero también para vuestra resurrección de entre los muertos, para vuestra vida temporal y eterna.

Y aún más todavía: Yo quiero ser el que simplemente *está* con vosotros, el que toma partido por vosotros, el que es solidario de vosotros en todas las circunstancias y contra todo lo que os atormenta, si es necesario, contra el mundo entero, contra todos los hombres y, por encima de todo, sí, también contra vosotros mismos. Porque ¿no es cierto que el peor enemigo del hombre es él mismo, y que no tendremos un partidario y un ayudante más necesario que el que se comporta así, que precisamente, por estar a favor nuestro, actúa poderosamente contra nosotros? Dios es éste: este único y auténtico ayudante y partidario. También se puede expresar de esta manera: Dios quiere ser aquel que con una seriedad divina, con perfección divina, nos *dice sí*. Y el sí de Dios, es un sí santo y saludable, que encierra también dentro de sí, un no: a saber, a todo aquello que hay en nosotros y cerca de nosotros, a lo que por él y por nosotros ha de decir absolutamente no. Con él nos pasa lo mismo que con el médico, que, como es sabido, puede y debe dar a uno medicinas y píldoras, que uno no traga por gusto. Nunca olvidaré que cuando era un chiquillo, cada mañana, durante años, tenía que beber un vasito de aceite de hígado de bacalao. Era horrible, pero es evidente que me ha hecho bien. El médico nos puede enviar también al hospital, lo que no es

precisamente muy divertido. O la cosa puede derivar en una pequeña o en una gran operación: muy desagradable, pero también muy necesaria y saludable. Así ocurre con el sí de Dios, y con el no contenido en él, que no nos gustará. En resumidas cuentas: Dios es aquel que, al decirnos no, también nos dice sí, un sí total, ilimitado, sin ningún signo de interrogación, un sí lleno de voluntad y de fuerza para salvarnos, para sobrellevarnos, para ponernos de pie, para hacernos libres y alegres. Así pues, esto es lo que quiere decir: seré vuestro Dios. Resumiéndolo con toda sencillez: Yo quiero ser *vuestro bien* - vuestro bien contra todo lo malo, vuestra salvación contra toda calamidad, vuestra paz contra toda lucha. Así es como yo quiero ser vuestro Dios cuando camino entre vosotros.

Ahora paso a lo que viene en tercer y último lugar: “Y vosotros seréis mi pueblo” - que quiere decir: mientras yo camino en medio de vosotros, mientras yo quiero ser vuestro Dios, vosotros debéis ser *esto*, vosotros debéis ser *mi pueblo*. Esto es quizás lo más incomprensible y elevado de todo, precisamente porque ahora se dice tan directamente de nosotros: vosotros - ¡mi pueblo! Porque esto, ¿verdad?, no nos lo podemos atribuir a nosotros en ningún caso, ni tampoco nos lo podemos merecer ni procurar de ningún modo: ser, ser el pueblo de Dios. Precisamente esto es lo que se nos dice aquí, precisamente esto es lo que debemos y podemos permitir que se nos diga aquí y lo que debemos y podemos aceptar: ¡Vosotros seréis mi pueblo! Ahora vamos a considerar esto palabra por palabra.

“Vosotros” —sí, realmente vosotros seréis mi pueblo— es decir, vosotros, tal como sois, no como futuros santos o ángeles, sino: vosotros con vuestra vida y vuestro obrar transitorios, tras los que, más pronto o más tarde, allá afuera en el cementerio de “Hörnli”⁵, se pondrá el punto final. Vosotros, con vuestros pensamientos, ¡ay tan cortos, que revolotean en todas direcciones como gallinas agitadas! Vosotros, con vuestras palabras deficientes, con las que nunca podéis decir lo que propiamente pensáis y lo que tendría que decirse. Vosotros, con vuestras grandes y pequeñas mentiras, vosotros con vuestras exigencias distinguidas o groseras, vosotros con vuestras languideces y a veces también golferías,

5. El cementerio del Hörnli es el cementerio de la ciudad de Basilea.

vosotros con vuestras excitaciones y depresiones. Vosotros mortales, vosotros, que sin mí estáis absolutamente perdidos. *Vosotros, vosotros* seréis mi pueblo.

“*Mi pueblo*”. Quiere decir: Tenéis que ser personas, que tenéis en mí vuestro señor y vuestro juez, pero también vuestro padre y vuestro consolador - tenéis que ser personas que me teman, que me amen, que me invoquen, que cada mañana se conviertan a mí de nuevo, y que busquen mi rostro (Sal 27 [26], 8). Aún más, personas que sean mis testigos, que pueden y quieren conocer por aquellos que todavía no saben nada de mí, vosotros la luz del mundo (Mt 5, 14). Vosotros, personas que convivan conmigo y que estén bajo mi protección y a mi servicio. De esta manera y siendo personas así, seréis vosotros *mi pueblo*.

“*Mi pueblo*”; no queremos pasar esto por alto. Así pues, no una montaña de arena formada simplemente de individuos: aquí uno en su casa y allá otro en su balcón, aquí uno con su mujer y allá otro con sus niños, aquí uno con lo que le parece necesario, allá otro con lo que le divierte. Eso no, sino porque y en cuanto habéis sido llamados y habéis sido conservados por mí todos juntos —es válido lo de “nosotros, como miembros de una estirpe, respondemos también por un solo hombre”⁶— debemos ser un pueblo de hermanas y hermanas que se sostienen mutuamente, que se han de ayudar mutuamente, tal vez un poco, tal vez mucho, y precisamente de esta manera se darán mutuo testimonio (quizás con palabras, quizás sin palabras) de que yo vivo, de que camino en medio de vosotros, de que soy Dios de todos vosotros: vosotros, ¡*mi pueblo!*

El que hayamos de ser pueblo de Dios ¿no es realmente lo más incomprensible y elevado de todo lo que hemos escuchado? Me alegro de no haber sido yo el que ha dado con eso, pues, por lo tanto, tampoco tengo necesidad de probarlo ni de dar cuenta de ello, simplemente os llamo la atención: el mismo Dios lo ha dicho (de nosotros), y el mismo Dios lo dice (¡de nosotros!) hasta el día de hoy. Siendo así, me es permitido y tengo la obligación de deciros: Sí, vosotros seréis mi pueblo. Estamos dispuestos a escuchar esto y todo lo que precede como palabra de Dios que se dirige a nosotros,

y a llevárnoslo a casa, y quizás a reflexionar un poco sobre ello antes de irnos a dormir: caminaré entre vosotros y seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo.

Y ahora acabo. He intentado interpretaros esta palabra, como la palabra de Dios realizada en Jesucristo. Esta palabra, leída y escuchada, entendida y cordialmente aceptada a la luz de su verdad, tiene una fuerza infinita. Puesto que no quiere decir solamente: caminaré entre vosotros, sino: *camino* entre vosotros. Y no sólo: seré vuestro Dios, sino: *soy* vuestro Dios. Y no sólo: vosotros seréis mi pueblo, sino: vosotros *sois* mi pueblo. ¿Captáis la fuerza de esta palabra - la fuerza de aquel en quien se cumple, en quien hoy se hace presente? Sea lo que sea, porque es la palabra de Dios realizada en Jesucristo, podéis estar totalmente seguros, sin preocupación ni duda alguna, de que todas estas cosas son así, tal como yo he intentado deciroslo ahora. Amén.

¡Señor, Pastor nuestro! Te damos gracias por tu palabra eternamente nueva, verdadera y poderosa. Nos da pena el que tan a menudo dejemos de escucharla o que, en nuestra estupidez o petulancia, la entendamos al revés. Te pedimos que se mantenga en nosotros, y nosotros en ella. Nosotros vivimos de tu palabra. Sin su luz, no tendríamos suelo alguno bajo nuestros pies. Se nos ha enseñado que tú hablas con nosotros una y otra vez. Nosotros confiamos que tú quieres actuar y actuarás tal como lo has hecho hasta ahora.

En la total confianza en ti, podemos ahora irnos a descansar y emprender mañana de nuevo nuestro trabajo cotidiano. En la total confianza en ti, también pensamos en todos los hombres de este barrio, de esta ciudad, de nuestro país y de todos los países. Tú también eres su Dios. No tardes y no ceses de manifestarte también a ellos como su Dios, sobre todo a los pobres, a los enfermos y perturbados mentales, a los presos, a los aflijidos y a los extraviados, y a todos los que en la ciudad, en la economía, en la escuela, en el juzgado, han de ejercer una responsabilidad especial al servicio de la comunidad, y a los párrocos de esta comunidad y de todas las comunidades aquí y en otras partes.

¡Señor, ten piedad de nosotros! Tú lo has hecho con esplendidez. ¿Cómo podemos ponerlo en duda? Tú volverás a hacerlo de nuevo espléndidamente. Amén.

6. Versos finales de la estrofa 5.^a del cántico 327 “Herz und Herz vereint zusammen” (1735-1753) de N. L. Graf de Zinzendorf (EKG 217, estrofa 6.^a).

La buena noticia de Dios

Mc 1, 14-15

23 de diciembre de 1956, cárcel de Basilea

Señor, también nos permites este año salir al encuentro de la festividad y de la alegría del día de Navidad, que pone ante nuestros ojos lo más grande que pueda existir: tu amor, con el que de tal manera has tomado al mundo, que nos has dado a tu único Hijo, para que todos nosotros creamos en él y así no perezamos sino que podamos tener vida eterna.

Y ¿qué te podemos ofrecer y regalar? ¡Tanta oscuridad en nuestras relaciones humanas y en nuestro propio interior! ¡Tantos pensamientos complicados, tanta frialdad y obstinación, tanta irreflexión y tanto odio! ¡Tantas cosas de las que no te puedes alegrar, que nos separan a los unos de los otros y que con toda seguridad no nos ayudan! ¡Tantas que directamente se oponen al mensaje de Navidad! ¿Qué vas a hacer tú con tales regalos y con personas como nosotros? Pero precisamente por Navidad, tú quieres todo esto de nosotros, tomar todas estas baratijas para hacer de nosotros, tal como somos, un regalo a Jesús, nuestro Salvador, y en él, un cielo nuevo y una tierra nueva, nuevos corazones y un nuevo deseo, nueva claridad y una nueva esperanza para nosotros y para todos los hombres.

¡Hazte presente entre nosotros en este último domingo antes de la fiesta en el que, reunidos una vez más, queremos prepararnos para recibirlo como un regalo tuyo! ¡Haz que aquí se hable, se escuche y se rece correctamente: en la admiración auténtica y agradecida por lo que nos tienes preparado, por lo que ya has decidido para nosotros, y por lo que por todos nosotros ya has hecho! Padre nuestro... Amén.

Jesús se fue a Galilea a pregonar de parte de Dios la buena noticia. Decía: Se ha cumplido el plazo, ya llega el reino de Dios. Enmendaos y creed la buena noticia

Queridos hermanos y hermanas:

Jesús se fue a Galilea. La Galilea a la que se fue entonces era una comarca en la que los judíos vivían mezclados con los paganos, y habiendo tomado muchas de sus costumbres, no gozaban de muy buena reputación. Jesús se fue a esta Galilea, a esta gente. Es la misma comarca en la que los judíos, que ahora se llaman "israelíes", se mantienen hoy día en la más dura lucha con sus vecinos árabes. Allá se fue Jesús, y se va también hoy. Así nos ocurre en el presente: Y Jesús se va también a Suez y a Port Said, donde ha empezado ahora el gran enfrentamiento entre las antiguas potencias europeas y los pueblos de África y Asia que empiezan a emerger¹. Y también se va a Hungría, donde todo un pueblo, con feroz resolución, desesperado pero sin desesperrar, lucha por su libertad². Y también se va a Varsovia, a Praga y a Moscú, donde con la unidad, firmeza y seguridad de un sistema, que parecía subsistir invencible por largo tiempo, ya no funciona ahora como el mejor. Sí, y Jesús se va también a Suiza, a Basilea, donde en las últimas semanas se ha reunido tanto dinero y de una manera digna de reconocimiento se ha hecho mucho bien por Hungría, pero donde también la gente vive bien, para echar pestes de los comunistas malos, desde una distancia que los pone a seguro, como si con esto se pudiera ayudar a alguien. Pero ahora sucede una cosa más importante aún: Jesús viene también a nosotros, a esta casa, a todos los que la ocupan, a todos sus

1. Conflicto militar en el canal de Suez en otoño de 1956: Después que el presidente egipcio Gamal Abd el Nasser nacionalizó la sociedad del canal de Suez el 26.7, tropas israelíes entraron en la península del Sinaí y en la franja de Gaza (29.10). El 31.10 empezó una ofensiva aérea anglo-francesa contra Egipto, durante el curso de la cual fueron lanzados paracaidistas ingleses en Port Said, y franceses en Port Foud. Una amenaza de la Unión Soviética de entrar en el conflicto, y la presión de los Estados Unidos y de las Naciones Unidas llevaron al alto el fuego el 6.11, y forzaron a Israel, Gran Bretaña y Francia a desocupar los terrenos ocupados. Egipto se declaró de acuerdo con la presencia de tropas policiales de las Naciones Unidas, cuyas primeras unidades ocuparon Port Said el 3.12.

2. El alzamiento húngaro en otoño de 1956 (del 23.10 al 11.11) fue sofocado por la irrupción de tropas soviéticas (desde el 26.10).

dirigentes e inspectores. Y el hecho de que venga y de que venga también a todos nosotros, es el acontecimiento de Navidad. Fijaos bien: él viene a todos, él va también allí a donde no quieren saber nada de él, como un huésped silencioso y dispuesto a escuchar, pero también como juez silencioso, severo y, sobre todo, como el salvador escondido de cada uno de los hombres, para toda miseria humana. Porque él es el Señor, al que se le ha dado todo poder y autoridad en el cielo y en la tierra (cf. Mt 28, 18). Este es el acontecimiento de la Navidad, el que él venga a todos nosotros.

¿Quién era, quién es este Jesús? No me voy a entretener mucho investigándolo. En lo que os he leído de la Biblia, se nos dice simple y claramente: era y es el que *pregona de parte de Dios la buena noticia*. Un pregonero es alguien que no se limita a decir una cosa, sino que la dice en voz alta, a voces, como todavía hoy en algunas aldeas el alguacil (Weibel) con una campana va voceando ciertos avisos. Un tal pregonero así era y es Jesús. Pero lo que el voicea es el Evangelio: buena nueva, alegre mensaje, noticia iluminadora y refrescante; así pues, una palabra que uno no puede escuchar meneando la cabeza y al escucharla, quedarse triste. Y lo que él proclama es “la buena noticia de parte de Dios”. Esto es una bella expresión, digna de toda consideración. Jesús trae, según esta expresión, una buena noticia, que ningún hombre le ha encargado, y tampoco lo hace por propia iniciativa. Es el mensaje que Dios le ha encargado. “Buena noticia de parte de Dios” quiere decir también que en esta noticia no se trata de una instrucción sobre cómo las cosas van o deberían ir en el mundo. No ofrece un panorama mundial ni aporta un panorama mundial. Es una buena noticia de lo que Dios es, quiere y hace, y precisamente es, quiere y hace para nosotros. Que Jesús venga con esta buena noticia de parte de Dios y que venga a todos nosotros –su venida como tal mensajero–, éste es el acontecimiento de la Navidad. Porque él ha venido y viene ya habéis cantado como niños: “¡Oh tú, tiempo de Navidad alegre, feliz, que nos traes gracia!”³. Por esto se encienden cirios en estos días. Por esto los hombres se hacen grandes y pequeños regalos. Por esto, en Navidad, puede y debe cada uno, aun el más afligido, levantar un poco la cabeza.

Pero debemos estar algo más al corriente de esta buena noticia de parte de Dios, y podemos hacerlo. Es cierto que se podrían ir diciendo cosas sin nunca acabar. Pero de una manera muy hermosa está todo resumido en lo que hemos escuchado y, por hoy, nos vamos a detener en esto.

Primero: *Se ha cumplido el plazo y ya llega el reino de Dios*. Esta es una de las afirmaciones. Debe ser escuchada como los titulares que se leen en el periódico. Es una *comunicación*: ha sucedido, ha pasado algo, un hecho que todavía no conocíamos, y que debemos ponernos en conocimiento de él inmediatamente.

Y acto seguido: *Enmendaos y creed la buena noticia*. Esto debe ser escuchado como una orden de movilización. Es una *llamada*: nos puede, nos debe pasar algo ahora –algo que responde a aquella noticia–, podemos y debemos hacer algo inmediatamente.

Intentaré explicar brevemente estas dos cosas.

En primer lugar: *Se ha cumplido el plazo y ya llega el reino de Dios*. Estas dos frases van juntas, y forman la comunicación que nosotros debemos escuchar: Se ha cumplido el plazo porque ya llega el reinado de Dios. Y para que ya llegue el reinado de Dios, se ha cumplido el plazo.

Se ha cumplido el plazo. Esto quiere decir: suena la hora –no y cuarto, ni y media, ni menos cuarto–, no, la hora en punto. Todos sus muchos segundos y minutos han tenido su tiempo, y todos iban fluyendo hacia este momento. Ahora él está aquí, ahora suena el reloj. Ha pasado una hora vieja y ha empezado una nueva. Es que ya llega el reinado de Dios. Será y es Navidad. Sí, todos tuvieron su tiempo: los ingleses con su imperio mundial, los franceses con su gran nación, Hitler con su imperio de mil años, el americano, que quería comprar todo el mundo, el ruso con su comunismo mundial, el húngaro con su arrogante valor heroico y también el suizo con su gran autosatisfacción y su propia justicia. Todos tuvieron su tiempo. Suena la hora, la vieja ya ha pasado, ha empezado una nueva. Ha pasado. Ya llega el reinado de Dios. Navidad está aquí. Permítaseme decirlo de otra manera. En mi vida y en tu vida todo tuvo también su tiempo. Hemos tenido días buenos y malos, hemos tenido sueños bonitos y caóticos, hemos abrigado esperanzas y sufrido engaños; hubo instantes gloriosos y también muy, muy oscuros. Todo fue siguiendo su marcha hasta este mo-

3. Cántico 128 de J. D. Falk (1768-1826).

mento. Pero ahora suena la hora, la antigua ha pasado, empieza la nueva. Ya llega el reinado de Dios. Es Navidad.

¿Cómo? ¿Qué ha pasado? ¿Qué quiere decir: ya llega el reinado de Dios? Un reinado es un dominio, que alguien no sólo tiene, sino que ejerce. Así pues, el reinado de Dios es el dominio que Dios ejerce. Ya llega, es decir, llega del cielo a la tierra, de la eternidad al tiempo. Ahora, aquí, hoy Dios está ejerciendo su dominio. Y esto significa: Dios, el Señor en persona ha venido a nosotros, nos ha atendido, para tomar de nuestras manos la dirección de nuestros asuntos, en la que no nos hemos hecho valer, y llevarla con sus propias manos. El no va a hacerlo, no lo hará, no, él lo *ha hecho*. Esto es su reinado que ya llega. El, que nos entiende inmensamente mejor de lo que nos entendemos nosotros mismos, y que nos ama inmensamente mucho más de lo que nos amamos nosotros, él vio la miseria que nos ocasionamos al creer podernos y debernos comprender y amar a nosotros mismos, vio toda la dureza, toda la atrocidad, toda la injusticia y el desorden, y vio también nuestras falsas seguridades y nuestros fracasos. Ya no quería ser testigo de esto por más tiempo. Ya no quería por más tiempo ser Dios en las alturas, sin ser también en la tierra nuestro Dios, y ser así nuestra ayuda, nuestro Salvador y nuestro Redentor. El no se limitó a querer hacer esto, sino que lo *ha hecho*. Esto es su reinado que ya llega. Sin merecerlo ninguno de nosotros, nos ha llamado, nos ha conducido hasta su casa, nos ha abierto su puerta, nos ha dicho que ésta también debe ser nuestra casa, nos ha hecho sentar a su mesa, nos ha ofrecido su pan y su vino y toda clase de cosas buenas. El ha obrado con nosotros como un auténtico padre. Nos ha dado un hogar en él mismo, en el que como hijos suyos nos es permitido vivir y trabajar y hasta jugar y estar contentos, y del que nadie podrá ya nunca más desalojarnos. De tal manera que no debemos ya jamás considerarnos huérfanos, extranjeros, refugiados. Esto es lo que él ha hecho. De esta manera llega ya su reinado, el reinado de Dios.

Así pues, la verdad es ésta, que esto ha sucedido. Con esto se ha cumplido el plazo. Ha sonado la hora que lo da a conocer.

Este es el *comunicado* que trae Jesús, cuando pregona la buena noticia de parte de Dios.

Lo otro es su *llamada*. Ahora suena de otra manera. Se dice: *¡enmendaos y creed la buena noticia!* De nuevo las dos

cosas van juntas: enmendaos para creer la buena noticia. ¡Creed la buena noticia y con ello realizaréis la auténtica enmienda!; no hay otra.

¿Lo veis?, ahora llega a nosotros. ¡Solamente ahora! Sin aquel comunicado esta llamada sería vacía y sin sentido. Si no fuera porque ya llega el reinado de Dios, ¿cómo podría uno creer y enmendarse? Pero ahora se ha publicado este comunicado y Jesús nos lo ha pregonado. Y ahora este pregón de la buena noticia de parte de Dios penetra nuestros corazones, nuestra conciencia, nuestros pensamientos, nuestra vida. Y ahora, no puede dejar de ser así, ahora, aquí y hoy, al instante, puede, debe, ha de suceder en nosotros lo que corresponde a esto.

¿Qué puede suceder ahora? ¡Enmendaos! ¡Haced penitencia! Lo primero que se os ocurre cuando pensáis en la palabra "penitencia", es algo así como arrepentimiento, vergüenza y contricción. Y algo hay en ello. Hacer penitencia, enmendarse, quiere decir con seguridad: dar la vuelta y, precisamente, dar la vuelta a la derecha, y dejar atrás mucho, tal vez casi todo lo que hasta ahora nos parecía ser necesario, importante y divertido, y empezar de nuevo en la dirección contraria. Porque el reinado de Dios ya llega, muchas, muchísimas cosas se han hecho enormemente inoportunas e imposibles. Seguro que sin arrepentimiento y contricción, no se pueden dejar. Pero esto no cambia en nada el que la penitencia a la que somos llamados por el pregón de la buena noticia de parte de Dios sea un proceder alegre. De tal manera que el que hace penitencia tendría que ponerse su mejor traje. Pues ¿de qué otro modo podrá empezar esta penitencia sino es en la alegría del reinado de Dios que ya llega? Así pues, no es algo tenebroso, sino absolutamente claro: el tránsito gozoso de una hora antigua, que no era hermosa, a la nueva que Dios ha hecho nacer para nosotros. Hacer penitencia significa volver al hogar, entrar en aquel hogar que Dios nos ha preparado. Hacer penitencia quiere decir: entrar en la casa que Dios nos ha abierto, quiere decir tomar asiento en aquella mesa que ha preparado para nosotros y servirse. Hacer penitencia significa respirar; finalmente quiere decir, al fin poder vivir. Todavía no hemos vivido en modo alguno, pero ahora podemos vivir. La buena noticia, el mensaje alegre, también es el que nosotros no debamos ni nos veamos coaccionados a hacer penitencia, sino que la podamos hacer libremente.

Pero ¿cómo debe suceder esto? Ahora viene lo otro: ¡Creed la buena noticia! ¿En qué pensáis cuando oís la palabra “creer”? ¿Quizás en lo que aprendisteis en la instrucción preparatoria para la confirmación? ¿O en lo que oís decir a vuestro párroco, o me oís decir ahora a mí? Ya sería una buena cosa si volviérais a creer con toda seriedad lo que aprendisteis entonces, y también lo que os dice vuestro párroco, y si también me creyerais a mí ahora un poco. Pero se trata de algo mucho mayor: ¡Creed la buena noticia! es lo que dice. Y creer la buena noticia quiere decir: admitir lo que se nos ha dicho, no de parte de los hombres, sino de parte de Dios. Creer la buena noticia quiere decir: aceptar esto porque precisamente es él quien lo ha dicho, interiorizarlo en nosotros de manera que arraigue, crezca y pueda dar fruto, de manera que sea algo espontáneo el que nosotros hagamos penitencia. Creer la buena noticia quiere decir, dicho de una manera más sencilla todavía: estar agradecidos. Sí, queridos amigos, sed agradecidos porque nos ha sido dado escuchar una noticia tan buena, y sed agradecidos porque la cosa es tal como se dice, tanto para ti como para mí, como para todos los hombres. Así pues, creer quiere también decir, realmente, estar agradecidos porque no se nos obliga a quedarnos solos cuando creemos. Porque si creemos, esto quiere decir siempre que entramos en una comunidad —y con esto no quiero decir ahora alguna asociación o alguna comunidad eclesiástica—, en la comunidad de todos aquellos que también pueden creer, así pues aquellos con los que podemos creer todos juntos.

Pero ahora, aquí, debe decirse expresamente lo último, lo más importante, lo primero de todo: creer la buena noticia, en último término, quiere decir simplemente: estar atentos a aquel que nos pregona la buena noticia de parte de Dios, así pues quiere decir: estar atentos a Jesús. La hora que suena es su hora: la hora de su venida, de su llegada, de su nacimiento, y por lo tanto, la hora de Navidad. Porque ¿qué otra cosa es el reinado de Dios que ya llega sino él mismo: el Hijo único del Padre, que de él ha venido a nosotros, para que nosotros pudiéramos ser hijos de Dios, como hermanos y hermanas suyos? El es el hogar. El es la casa abierta, y él es el pan y el vino que se ha puesto sobre la mesa que en esta casa se nos ha preparado. El mismo es la buena noticia de parte de Dios, la buena nueva de lo que Dios es, quiere y hace por nosotros. El mismo es su palabra, la palabra que ahora, aquí

y hoy ha sido dicha. La palabra que estamos llamados a acoger inmediatamente en nuestros corazones ahora, aquí, hoy. Y de esta manera, “creer la buena noticia” quiere decir: creer en él; y hacer penitencia quiere decir: depositar en él la confianza, volverse hacia él y seguirle. Y entonces la auténtica fiesta de Navidad será esta: que nosotros hagamos esto, no omitirlo o dejarlo para más tarde, sino hacerlo precisamente ahora. Que Dios nos conceda a todos esta auténtica fiesta de Navidad. Que Dios lo conceda a muchos, a todos los hombres, a todo este pobre mundo al que nada le es tan necesario como oír el gran comunicado, la gran llamada de creer en la buena noticia y, por lo tanto, en Jesús, y precisamente por esto, de hacer penitencia y convertirse a él y, precisamente así, celebrar una Navidad auténtica. Amén.

Sí, Señor Dios nuestro y Padre nuestro, concede a muchos, a todos, y también a nosotros, que podamos celebrar la Navidad de esta manera: yendo con todo agradecimiento, humildad, alegría y confianza a aquel que tú nos has enviado y en el que tú mismo has venido a nosotros. Arroja de nosotros tantas cosas que, desde el momento en que ha sonado la hora, nada tienen ya que ver con nosotros, se han hecho imposibles, y deben y han de ser forzadas a alejarse de nosotros, cuando tu Hijo amado, nuestro Señor y Salvador, entra en nosotros y lo pone todo en orden.

Ten piedad también de todos aquellos que no te reconocen a ti y a tu reinado, o no lo reconocen aún tal como conviene. Apiádate también de la humanidad, vejada y amenazada hoy día de una manera tan particular, atribulada por tanta insensatez. Apiádate particularmente de las necesidades de Hungría. Ilumina los pensamientos de aquellos que en oriente y en occidente están en el poder, y que, por lo que parece, no saben todavía hoy exactamente qué es lo que han de hacer. Da a los gobernantes y a los representantes de los pueblos, a los jueces, a los maestros y a los funcionarios, da a los periodistas de nuestra patria, el conocimiento y la sobriedad de que tienen necesidad para llevar a cabo su acción llena de responsabilidad. Pon tú mismo las palabras adecuadas, necesarias, consoladoras, en los labios de aquellos que han de predicar en este tiempo de Navidad, y abre también los oídos y los corazones de los que las escucharán. Consuela y alienta a los enfermos en el cuerpo o en la mente, que están en los hospitales, en el Friedmatt⁴ o en cualquier otra parte, así como también a los demás presos, y a todos los atribulados, abandonados y atormentados por la duda. Ayúdalos con lo

4. Clínico universitario de psiquiatría en Basilea.

que a ellos y a todos nosotros únicamente puede ayudar: la claridad de tu palabra y la acción silenciosa de tu Espíritu santo.

Te damos gracias porque nos ha sido dado saber que no oramos en vano y nunca nos dirigiremos a ti en vano en la oración. Te damos gracias porque has hecho aparecer tu luz, que luce en las tinieblas. Te damos gracias, porque tú eres nuestro Dios y a nosotros nos es dado ser tu pueblo. Amén.

¡Todos!

Romanos 11, 32

22 de septiembre de 1957, cárcel de Basilea

Señor, Dios nuestro, tú quieres que los hombres, y también nosotros hoy en esta casa, oigamos tu palabra que nos consuela y nos exhorta, te invoquemos y te alabemos. Es tu amabilidad que no nos merecemos la que quiere que esto sea así. Porque ¿qué somos nosotros ante ti y para ti? Pero tú nos has llamado y nosotros hemos oído tu llamada. Y ahora nos hemos reunido aquí: nosotros, tus criaturas, con toda la debilidad, oscuridad y obstinación que hay en nosotros; tus hijos que amas, aun cuando nosotros apenas te amemos, y con toda seguridad, no te amemos en absoluto como debiéramos; tu comunidad, que tanto aquí como en todas las partes del mundo forma una maravillosa multitud en la que tú, a pesar de todo, estás presente, y con la que a pesar de todo quieres empezar algo.

Y ahora esperamos en ti, totalmente necesitados de ti, de tu Espíritu bueno, santo, y de sus dones. Haz que esta hora esté llena de claridad, sea para ti agradable y, para nosotros, rica en auxilios y fructífera. Concédenos de tu parte que lo que aquí humanamente oremos, hablemos, cantemos, tenga fuerza y sea verdad, salga de nuestros corazones y vaya de nuevo a nuestros corazones. Sé tú ahora nuestro maestro, nuestro doctor, un Señor benevolente y bueno para todo lo que en estos momentos pueda suceder en cada uno de nosotros.

En nombre de tu querido Hijo, en el que tú también nos has manifestado tu gracia y nos la quieres revelar una y otra vez, te suplicamos, tal como él lo hizo antes de nosotros: Padre Nuestro... Amén.

*Dios encerró a todos en la rebeldía,
para tener misericordia de todos*

Queridos hermanos y hermanas:

Os habéis dado cuenta inmediatamente de que estas palabras no se entienden con demasiada facilidad. Y confieso francamente que yo mismo, siempre que en mi vida ya bastante larga he ido leyendo esta carta de Pablo a los romanos, no me he aclarado mucho con lo que en ellas, con lo que en la Biblia en general, se expresa. Siempre me ofrece algo nuevo para reflexionar. Y una cosa hay segura, que precisamente en estas palabras se encuentra escondido como en una cáscara durísima, un grano maravilloso, precioso. Que Dios me dé ahora poderos mostrar al menos algo de él, a saber, que Dios ha permitido que todos seamos rebeldes, para tener misericordia de todos.

Para tener misericordia de todos. Vamos a empezar con esta segunda parte de la frase. Porque esto viene a ser como una montaña que uno no puede escalar, ni siquiera en pensamiento, ni en un sermón, sino que uno sólo puede bajar de ella. Tampoco el apóstol Pablo hubiera podido decir lo primero: que Dios encerró a todos en la rebeldía, si no hubiese sabido y considerado antes y por encima de todo lo segundo: que Dios tiene misericordia de todos. No nos queda otro remedio: también nosotros tendremos que empezar con esto segundo.

Tendríamos que haber olvidado navidad, el viernes santo y la pascua, tendríamos que haber dejado de lado a Jesucristo, si lo quisiéramos considerar de otra manera. Aquel que lo conoce, que sabe que no sólo no se le puede dejar de lado, sino que siempre, en todo nuestro pensamiento y en toda nuestra vida solamente podemos empezar junto a él y con él, puede empezar con este hecho (lo mismo que con la letra A como principio del alfabeto): que Dios se ha compadecido, se compadece y se compadecerá, y se quiere compadecer, que lo que Dios quiere y lleva a cabo se determina y se rige por su compasión. Esto nos lo ha dicho él mismo claramente en Jesucristo, y no sólo de palabra, sino también con su gesta grande y poderosa: dándose a sí mismo por nosotros en éste su Hijo amado, haciéndose hombre, nuestro hermano. Esta es la gesta, y en esta gesta está contenida la palabra de la misericordia de Dios por todos. Aquí podemos y debemos pararnos para empezar siempre de nuevo.

Que Dios tenga misericordia de nosotros quiere decir simplemente: que a pesar de todo nos dice sí, que él, a pesar de todo, está con nosotros, que a pesar de todo, quiere ser nuestro Dios: porque nosotros no lo hemos merecido, porque él —así debería pensarlo uno— propiamente nos habría tenido que decir no. Pero él no dice no, sino que dice sí. El no está contra nosotros, sino por nosotros. Esta es la misericordia de Dios.

Pero a diferencia de la misericordia de los hombres, aun de los más compasivos, la de Dios es una misericordia todopoderosa, una misericordia todopoderosa que salva, auxilia, que aporta luz, paz y alegría, una misericordia de tal suerte que no cabe el temor de encontrar en ella límite alguno, de que se dé en ella reserva alguna. Es un sí, en el que no hay ninguna oscuridad, en el que no nos hemos de preocupar de que repentinamente pudiera convertirse en no.

Es la misericordia de Dios y, porque precisamente es su misericordia, y no es ninguna misericordia humana —nuestro texto pone aquí el acento— se dirige a todos nosotros. En la carta de Pablo a los romanos esto significa: a los judíos y a los paganos, es decir, a aquellos que están cerca de Dios, o al menos, más cerca, y a aquellos que están más lejos de él; así pues, a los que se les llama buenos y a los que se les llama malos: a todos. Dios tiene misericordia de todos: de cada uno a su manera, pero de cada uno. Es realmente tal como se dice en una canción popular, que tal vez vosotros también hayáis oído: “Dios no abandona los desiertos”¹. No, realmente, tampoco los abandona. Tal como se describe en las parábolas de la oveja perdida, de la moneda perdida y del hijo pródigo (Lc 15), así es la manera de proceder de la misericordia de Dios.

Pero considerémoslo un momento. Por el hecho de que, según la palabra santa de Dios que él ha pronunciado en Jesucristo, esto es así, que su misericordia se extiende a todos, cada uno de nosotros puede y debe repetirle, no a mí, sino a él: yo también soy uno de todos estos. Así pues, Dios también ha tenido misericordia de mí, tiene misericordia y tendrá también misericordia de mí. Y el gran pecado sería si alguno de vosotros pensase ahora: esto no me incumbe. Dios no ha tenido misericordia de mí, ni quiere ni puede

1. Tercera estrofa de una canción popular de Oberargau.

tenerla. O bien: Yo no tengo necesidad. ¡No quiero! Este sería el gran pecado en el que no queremos incurrir ahora. Dios tiene misericordia de todos, también de mí y de ti. Y así pues, tanto tú como yo podemos y debemos vivir del sí que él ha dicho a todos los hombres, y también a nosotros: vivir hoy, aquí y ahora.

Pero esperad un momento todavía. Por el hecho de que según la palabra santa de Dios que él ha pronunciado en Jesucristo, esto es así, que su misericordia se extiende a todos, podemos y tenemos la obligación de ir repitiendo en nuestros corazones: a todos estos de los que Dios tiene misericordia, pertenecen este hombre y esta mujer que están allí, pertenece también este hombre que está junto a mí, o delante o detrás, también el hombre en el que no pienso con la complacencia con que pienso en mí mismo: el hombre que tal vez me ha hecho algo, o que no me gusta, el hombre que acaso he de tener por enemigo y para el que yo soy también un enemigo. Dios ha tenido misericordia de todos, también de este hombre, su sí vale también para él. Y sería el peor pecado que quisiéramos excluir a alguien de este sí de Dios, de su misericordia. Eso no puede ser. Podemos y debemos vivir con cada uno de los demás, en pensamiento, palabra y obra, como con alguien de quien Dios ha tenido también misericordia. No se trata de decir solamente: ¡Señor, ten piedad de mí! sino ¡Señor, ten piedad de nosotros, de todos nosotros! Así ha orado la iglesia desde el principio, y solamente así podemos nosotros orar de verdad.

Esto es lo que en resumen se puede decir de la misericordia de Dios. Esta es la altura de la que en todas circunstancias podemos descender a la profundidad de lo primero que hemos oído: para tener misericordia de todos, *Dios encerró a todos en la rebeldía.*

¡Encerrados! En esta casa, en la que hay tantas puertas cerradas con llave, no quiero perder ni una sola palabra al tratar del significado más inmediato de esta frase. El hombre puede estar encerrado de una manera completamente distinta y mucho peor de lo que vosotros lo estáis aquí. Encerrado quizás en una pena que le ha sobrevenido y que ahora ya no quiere apartar de su corazón y de su vida. Encerrado en una aflicción, ira y odio que ha concebido, y tal vez con razón, contra hombres que le han hecho una injusticia, algo malo o

desacertado. Encerrado en una fatal inclinación o costumbre, que tal vez arrastra ya desde su juventud. Encerrado en la miseria de una enfermedad corporal como los que están allá en los hospitales. Una gran parte de la humanidad de hoy día está encerrada en la mutua desconfianza, en la amarga enemistad entre occidente y oriente, entre el llamado "mundo libre", y el mundo de lo que llaman socialismo. Y todos nosotros podemos encontrarnos encerrados en la gran, verdaderamente amenazadora, preocupación de una tercera guerra mundial que pueda desencadenarse y de las bombas que en ella los hombres pudieran echarse mutuamente. Y para acabar, una cosa muy simple, que hubiera tenido que mencionar antes que nada: todos nosotros estamos encerrados en los límites de nuestra propia vida, tan corta, en los límites de nuestro nacimiento y de nuestra muerte, que ha de llegar un día.

En todo caso, todo lo que acabo de mencionar son puertas tras las que estamos encerrados, pero que pueden abrirse un día, y que ya ahora muestran pequeñas rendijas por las que uno puede mirar hacia fuera. Y hasta de la dura realidad de que tenemos que morir, el hombre puede sobreponerse, como es sabido, al menos en pensamiento.

Todos nosotros estamos encerrados y definitivamente tras una puerta sólida, y no podemos por nuestras propias fuerzas mirar a través de ella: Dios encerró a todos en la rebeldía. ¿Qué quiere decir esto? ¿Qué clase de encerramiento es éste?

Consiste en que Dios, con su saber infalible sabe, y con su palabra que no puede equivocarse dice, quiénes y qué clase de gente somos todos nosotros - con toda verdad y en el sentido más profundo: rebeldes. No sólo rebeldes contra los padres o los maestros o los superiores como lo éramos hartos frecuente en nuestra juventud, o rebeldes contra las costumbres y las ordenanzas de los hombres, o rebeldes también contra nuestra conciencia. Esto lo éramos, y lo seguimos siendo, es cierto. Pero esto no lo somos todos en la misma medida, ni lo somos del todo, ni tampoco lo somos definitivamente. Pero Dios sabe y dice, y éste es su "encerrar", que nosotros somos rebeldes ante él y contra él. ¿Qué quiere decir esto? No quiere decir necesariamente que uno niegue a Dios, que piense y diga directamente: Dios no existe. Creo que son poquísimos los que niegan a Dios de esta manera, y los que así lo hacen, quizás, ni siquiera sean siem-

pre los peores. Ser rebelde a Dios quiere decir: que tanto si creemos como si no creemos en él, hacemos de él un buen hombre, respecto al que nos mantenemos en reserva en nuestro corazón, en nuestros pensamientos, en nuestra vida, para ir siguiendo nuestro propio camino. Ser rebelde a Dios, significa decir en lo más íntimo del corazón y también con la propia vida: Dios no existe (cf. Sal 14 [13], 1). Y esto es lo que estamos haciendo continuamente. Esta es la desobediencia, el motín, la rebelión y la revolución, con la que emprendemos aquello que es totalmente imposible - algo así como lo sería evidentemente la ascensión del "Eigernordwand". Pero el que emprende cosas imposibles, se hace a sí mismo imposible y, por esto, lo único que le puede suceder es que se vaya a la ruina. Dios sabe que nosotros hacemos esto, que somos estos escaladores de la pared del Eiger, y también nos lo dice, y ésta es la puerta que no tiene rendija alguna y que uno fuerza en vano. Por el contrario, el que nosotros seamos estos rebeldes no ofrece contradicción alguna. Es tan verdad como es verdad que Dios es Dios y que nosotros somos nosotros.

Así pues, todo el énfasis está en que es a todos a los que Dios encerró en la rebeldía. Encerró a todos ¿también a mí, que os estoy predicando este sermón dominical? Sí, también a mí ¿También a los buenos, o a los más buenos de entre vosotros? Sí, también ¿Y aun hasta a los más buenos que ha habido en el mundo y que puede seguir habiendo? ¡Sí, también! Dios lo sabe y Dios lo dice: a todos, a cada uno a su manera, pero a todos y a cada uno.

Nos hemos de detener un momento. Esto nos incumbe a todos. Ninguno de nosotros debe ponerse secretamente al abrigo ni pensar en otros a los que, tal vez, les incumbiría más que a él, ninguno debe considerarse como una excepción. Hermanos y hermanas, todo depende de que nadie piense aquí en escabullirse. No sólo porque aquí uno no puede escabullirse, sino porque no nos haría bien el que aquí nos escabulliéramos. Nuestra paz y nuestra alegría, toda la expectativa de nuestra salvación temporal y eterna se sostiene y recae en el hecho de que nosotros no lo neguemos sino que lo reconozcamos, que no protestemos en contra, sino que dejemos que se haga patente esta verdad: Dios me ha encerrado también a mí y a ti en la rebeldía.

El no lo hace para humillarnos, para empequeñecernos y comprometernos. Dios no está contra nosotros, sino por

nosotros. El salvador, tal como lo ha dicho con razón un gran hombre de Dios, no es alguien que se complace en destruir². Si es que puedo expresarlo así, son los brazos de su amor eterno que extiende hacia nosotros al encerrarnos en la rebeldía. Y lo hace, precisamente, para tener misericordia de todos. Pues al encerrarnos a todos en la rebeldía, nos mantiene a todos juntos como un pastor a su rebaño, nos hace ir listos, con las riendas y el látigo, y nos coloca exactamente en el lugar en que se revela y actúa su misericordia, nos reúne en su comunidad, nos hace pasar a la comunidad de nuestro Señor Jesucristo.

Pues él ha hecho de Jesucristo nuestro salvador, para ponerlo y hacerlo morir en lugar nuestro como un rebelde, a él, su propio Hijo, su Hijo querido y obediente. Como dice Pablo en otra frase igualmente difícil de entender: al que no tenía que ver con el pecado por nosotros lo cargó con el pecado (2 Cor 5, 21). Y Jesucristo fue obediente al no rebelarse contra esto, sino que lo toleró. Y de aquí se sigue como consecuencia: para pertenecerle, para participar de la misericordia eterna de que Dios nos ha dado pruebas y de nuestra salvación por medio de él y podernos alegrar, para poder vivir por la fuerza de esta misericordia, de esta salvación, no nos queda otro remedio que ser encerrados por Dios en la desobediencia.

Para acabar, algunas preguntas, así como también algunas respuestas: ¿Te gustaría recobrar el ánimo, un nuevo vigor? Sí, tú puedes y debes hacerlo. El vigor real es el valor de la humildad de aquellos hombres que, encerrados en la rebelión, se han hecho partícipes de la misericordia divina y la han descubierto. Tales hombres son y serán hombres valientes.

¿Te gustaría tener razón? Sí, a todos nos gustaría tener razón, y a ti se te deberá dar la razón: Dios te la dará y la tendrás ante él, aunque no la tengas ante los hombres, aun hasta si tu propia conciencia no te la da. Pero has de hacer hincapié en que Dios te da la razón, y la tienes - en el instante en que admites (¡sin reservas y sinceramente!) que ante él, precisamente ante Dios, no tienes razón.

2. Fr. Zündel cita esta expresión de J. Chr. Blumhardt (1805-1880), *Pfarrer Joh. Christoph Blumhardt. Ein Lebensbild*, Zürich/Heilbronn 1880, 238, de la siguiente manera: "¡No creáis que el Salvador vaya a venir como alguien que se complace en destruir!".

¿Te gustaría llegar a la altura, llegar de nuevo a la altura como es debido? Sí, tú puedes y debes. Solamente que tendré que plantearte otra pregunta: ¿Has estado ya en lo profundo, no sólo en lo profundo de alguna miseria exterior o interior, sino en aquella profundidad en que el hombre ha de comprender que ya no puede ayudarse a sí mismo, y que tampoco puede ayudarle ningún otro hombre, en aquella profundidad donde fuera de la misericordia de Dios no existe en absoluto ninguna otra ayuda? En esta profundidad has sido ya alcanzado por la misericordia de Dios, has sido ya encontrado, y también podrás ver y experimentar que la misericordia te llevará hasta la altura.

Finalmente: Te gustaría tener alegría. Sí, a todos nos gustaría. Podemos y debemos tenerla. La alegría auténtica, duradera y real, empieza silenciosamente, sin ostentación, escondida, cuando tú no quieres ser otra cosa sino uno de entre todos los que Dios encerró en la rebeldía para tener misericordia de todos ellos. Empieza cuando admitimos tanto la misericordia de Dios como su encerrarnos, sin oposición y sin resistencia. Amén.

¡Dios, Padre, Hijo y Espíritu santo! No permitas que cada uno se vaya por su lado sin que nos acompañe tu palabra amable y rigurosa, a cada uno en su lugar, en sus experiencias, deseos, preocupaciones y expectativas particulares, durante todo este domingo y en la semana que tenemos por delante. Mantente presente y actúa en esta casa, en todos los que viven aquí. Combate a los malos espíritus, que con frecuencia se muestran fuertes con nosotros. Consérvanos la luz, que con tanta frecuencia se nos quiere apagar.

Lo mismo te pedimos para todos los que en este día se reúnen aquí y en otras partes, y para el mundo, que tanta necesidad tiene de un testimonio cristiano claro y alegre. Te pedimos sabiduría para los poderosos de este mundo, que por encargo tuyo deberían preocuparse por la justicia y la paz, sobriedad para los que día a día, escriben nuestros diarios, amor y constancia para todos los padres y maestros, afabilidad serena en todas las familias y en todas las casas, corazones y manos fraternales para todos los pobres y abandonados, alivio y paciencia para los enfermos, la esperanza de la vida eterna para los moribundos.

Y nosotros te damos gracias porque podemos exponer ante ti todas estas cosas: ante ti, que sabes muchísimo mejor que nosotros lo que necesitamos y lo que mejor puede servir a tu pobre iglesia y a este pobre y complicado mundo; ante ti, que puedes y quieres ayudar mucho más de lo que puede alcanzar nuestra súplica y nuestra comprensión.

Nosotros estamos en tus manos. Nos inclinamos ante tu juicio y ensalzamos tu gracia. Amén.

Lo que Dios ha creado es bueno

1 Tim 4, 4-5

6 de octubre de 1957, capilla del Bruderholz de Basilea

¡Querido Padre, que estás en el cielo! Te damos gracias porque nos has permitido y nos has ofrecido podernos reunir en esta hora para dirigirte nuestras oraciones, predicar tu palabra, escucharla y aceptarla de corazón.

Pero nosotros no somos las personas que podamos hacer esto de manera que a ti te plazca y a nosotros nos sea de provecho. Por lo tanto, te pedimos de corazón y humildemente: permanece entre nosotros y toma tu causa, también aquí, en tus manos. Purifica nuestro hablar y nuestro escuchar. Abre e ilumina nuestros corazones y nuestra inteligencia. Despierta y fortalece nuestra voluntad para reconocerte y para ofrecerte nuestra disponibilidad como conviene. Permítenos tomar aliento en el aire fresco de tu Espíritu, para que mañana podamos volver a nuestro trabajo con una discreción, amor y alegría renovados.

Y juntamente con nosotros, encomendamos también a tu presencia y a tu dirección, a los hombres de estos alrededores, de esta ciudad, de este país, de todas partes. Tú tienes medios y maneras de hablar con todos, de consolarlos y de amonestarlos a todos. No los dejes ni nos dejes solos, para que aclares lo que ahora es oscuro, para que haya paz, allá donde ahora se lucha, para que crezcan el ánimo y la confianza donde ahora dominan la preocupación y el miedo. ¡Escúchanos, no porque lo hayamos merecido, sino por Jesucristo, en el que nos has hecho dignos, por tu gracia incomprensible desde la eternidad, de ser tus hijos! Amén.

Todo lo que Dios ha creado es bueno, no hay que desechar nada, basta tomarlo con agradecimiento, pues la palabra de Dios y nuestra oración lo consagran

Querida comunidad:

Toda criatura de Dios, es decir, todo lo que Dios ha hecho, es bueno. Esto es lo que está escrito. No dice simplemente: todo es bueno. En realidad, de ningún modo todo es bueno. Todo lo que hemos hecho y haremos nosotros, los hombres, está siempre más o menos corrompido por nuestra mentira y nuestra pereza, nuestro orgullo y nuestra maldad. Lo que en ello hay de bueno viene de que algo de lo bueno que Dios ha creado se encuentra allí o, precisamente, de que debemos vivir del perdón de Dios, y de que en lo que hacemos se encuentra siempre algo de la gracia salvadora de Dios o se deja entrever algo de ella.

Pero todo lo que Dios ha hecho, es totalmente y sin reservas, bueno: toda criatura de Dios. Si cuando estéis en casa queréis volver a leer nuestro texto, encontraréis que, en primer lugar, se habla en él de la relación entre el hombre y la mujer, y de la comida y la bebida, dos terrenos precisamente en los que la corrupción humana acostumbra a encontrar espacio y relieve suficientes. Sin embargo, también es válido en estos ámbitos que lo que Dios ha hecho, es bueno. Y esto, precisamente, se dice de toda criatura de Dios: así pues, también de la naturaleza entera con todas sus fuerzas, también de aquellas que nos pueden aparecer oscuras e inquietantes, como podría serlo la energía atómica. Y además, de todo el hombre, tal como es, no sólo de su alma, sino también de su cuerpo y todos sus órganos, de todas las dotes y posibilidades humanas, también de aquellas que para él pueden seguir siendo siempre un misterio. Y además, de toda la humanidad de todos los tiempos y de todos los lugares, aun de aquellos que nosotros podríamos considerar como puras tinieblas. Sí, de toda la vida humana, incluyendo aquello que es tan fugitivo, que pasa tan rápidamente, y del hecho que hemos de morir. Toda criatura de Dios es buena. Cierto que aquí puede insinuarse toda clase de cuestiones y reparos. Pero dejémoslas aparte por ahora, y apliquémonos simplemente a lo que se nos está diciendo: que todo lo que Dios ha hecho es bueno. Así podemos leerlo al final de

la narración de la creación: Y vio Dios todo lo que había hecho, y era muy bueno (Gén 3, 31).

Bien, la palabra que en el texto griego se emplea en este lugar, significa propiamente “bello”. Es digno de ser notado que esto esté escrito así en la Biblia: lo que Dios ha hecho, es “bello”. Por supuesto que en estas circunstancias se quiere significar que es bueno, correcto, bien ordenado y, por lo tanto, saludable. ¿Por qué bello? De momento, esto es muy sencillo de contestar: precisamente porque Dios lo ha creado – en lo que toca al hombre, hasta lo ha hecho a su imagen (cf. Gén 1, 27), porque él ha destinado toda criatura para su gloria. Pero en el nuevo testamento oímos algo todavía más preciso a este respecto. Justamente al principio del evangelio de Juan se puede leer en correspondencia con otras citas semejantes: que todas las cosas se hicieron mediante él, y esto quiere decir, mediante la palabra de Dios, que se llama Jesucristo, y que sin él, sin Jesucristo, no se hizo nada de lo hecho (Jn 1, 3). A partir de aquí podremos decir muy bien: la criatura de Dios es buena porque él, porque Jesucristo es el fundamento y la finalidad de la creación de Dios, y porque todo ha sido creado por él, porque nosotros nos sentimos implicados en toda la creación de Dios con Jesucristo como su más íntimo misterio. Siendo esto así, ¿cómo no podría llamarse buena y hermosa?

La palabrita “bueno” adquiere a partir de aquí una resonancia y un sentido particulares. Toda criatura de Dios –tendremos que proseguir así– es buena, porque contiene y manifiesta en sí misma la gracia de Dios –pues esto es, ciertamente, Jesucristo–, su voluntad libre, su poder real, para ayudarnos y salvarnos, para atraernos a él, porque su amor, y así también su gloria es el misterio de todo lo que ha sido hecho por él. Porque Dios ha destinado todo lo que existe a su servicio y a nuestro servicio, al servicio de su amor y de nuestra salvación. Porque todo lo que ha sido hecho por medio de él, se ha de comparar a una gran casa que él ha edificado y ha arreglado para darnos en ella la bienvenida y ofrecernos un lugar para vivir.

Por lo tanto, en lo que Dios ha hecho, no hay nada que se haya de rechazar: nada caótico, nada malo, nada peligroso, que como tal, debamos nosotros temer, recelar, evitar. ¿Cómo iba a rechazar Dios lo que él mismo ha hecho?

¿Cómo iba a rechazar lo que él en vistas a Jesucristo ha querido y ha hecho, y cómo iba a mandarnos que lo temiésemos y lo evitáramos?

Ciertamente hay cosas reprochables, porque son caóticas, malas, peligrosas. Nuestra vida y el mundo están llenos de ellas. Pero lo que es reprochable, seguro que no ha sido hecho por Dios. Verdaderamente se puede decir que la esencia de lo reprochable, de lo caótico, de lo malo, es que no ha sido querido ni hecho por Dios. Y como tal, se lo puede reconocer en que no tiene nada que ver con Jesucristo, con su gracia, que no sirve ni a Dios ni a nosotros, y en que es ajeno a la edificación y al sentido de aquella casa del Padre. Solamente puede salir de nuestros corazones y de nuestro entendimiento pervertidos, solamente puede proceder del diablo, que no es un segundo creador. Y en cuanto esto es rechazado y negado por Dios, puesto a su izquierda, es evidentemente lo que nosotros también de nuestra parte podemos rechazar, evitar, temer, abandonar, y lo que evidentemente se nos ordena evitar y abandonar. Pero el que haya tantas cosas reprochables —¡muchas, muchísimas!— no cambia en nada el que toda criatura de Dios sea buena. En esto, ni nosotros ni tampoco el diablo podemos cambiar nada.

Siempre y en todo lugar debemos reconocer que la creación buena de Dios tiene que ver con nuestras vidas y con el mundo, que hemos de recibir con acción de gracias lo que nos ofrece, lo que experimentamos, siéndonos dado y estando obligados a seguir nuestro camino con agradecimiento.

¿Qué quiere decir “acción de gracias”? La palabra usada aquí por la Biblia, en el texto original suena: eucaristía. Y esta palabra tiene un doble sentido, que precisamente para la cuestión ante la que nos encontramos, es sumamente importante.

Acción de gracias, agradecimiento, eucaristía, indica de una parte, la actitud y la manera de actuar de un hombre tocado por la gracia de Dios, y que como tal la reconoce y la recibe, tal como uno puede y debe recibir la gracia: no como una cosa que uno ha buscado y finalmente ha encontrado, que ha deseado y, finalmente, ha obtenido, o que ha conquistado y se ha apropiado como botín, sino algo que por añadidura ha recibido uno como regalo inesperado e inmerecido. Dar gracias significa que sus pensamientos, sus palabras, su conducta están determinados por la gracia

que ha recibido y le ha caído en suerte, corresponde a ella, le responde, reproduce en cierta manera esta gracia en sí mismo. El hombre no puede dar gracias por lo que es reprochable, pues, con toda certeza, nada tiene que ver con la gracia. Cuando acerca su mano a lo reprochable, lo hace más bien como un ladrón a su botín, como un animal carnívoro a su cebo. Por el contrario, lo que él puede reconocer, aceptar y recibir como gracia de Dios y por lo tanto con acción de gracias, es la criatura buena de Dios, que nunca será reprochable.

Pero siendo esto así, acción de gracias, agradecimiento, eucaristía, significa aún otra cosa. A saber, a principios del cristianismo, con esta palabra se designaba sencillamente la santa cena: así pues, los invitados a la mesa, que corporal y naturalmente comen pan y beben vino, y que hacen uso de la criatura de Dios, del pan y del vino, pero en la que Jesucristo, crucificado y resucitado, es el anfitrión, y no sólo el anfitrión, sino que él mismo es el don, dándose a sí mismo a sus invitados, dando su vida como comida y como bebida, como alimento del que les es dado vivir. ¿Qué hay aquí que pueda temerse o evitarse? Pero precisamente por eso, cuando a uno le es dado recibir la santa cena, no puede recibir nada reprochable que tenga que temer y evitar. Y si hay algo reprochable, cierto que no es Jesucristo el que nos da la comida y la bebida que es él mismo. A ello, nosotros no somos sus invitados. Por el contrario: lo que a nosotros nos es dado recibir como santa cena, como sus invitados, es la creación buena de Dios, en la que no hay nada reprochable, en la que tampoco hay nada que deba ser evitado, porque no hay nada que temer.

Resumo: cuando nos es dado estar agradecidos en nuestra vida y en el mundo, en nuestros pensamientos, deseos y esperanzas, en nuestro trato con los hombres, en nuestra alegría como también en nuestra pena, tal como cuando uno recibe la gracia, tal como cuando una recibe la santa cena, entonces todo está en regla, tratamos con la creación buena de Dios, hay un camino abierto ante nosotros, no nos hemos de avergonzar, y podemos vivir en la libertad de los hijos de Dios (cf. Rom 8, 21), que con toda seguridad será también la auténtica obediencia. La obediencia de los hijos de Dios se da precisamente en esta libertad suya.

Y vengo a lo último que, por cierto, es lo más importante. Es digno de notar en nuestra vida humana y en el mundo

que nos rodea, que siempre, una y otra vez, nos vemos enredados en una curiosa contradicción. Por una parte, continuamente nos hemos de ver en todo con la criatura buena de Dios, con su bella creación, en la que nada hay de reprochable, en la que nos podemos simplemente alegrar, porque todo está bien, en la que podemos ser simplemente hombres libres, y precisamente por esto, obedientes, hombres hijos de Dios. Pero por otra parte siempre nos sale también al encuentro y nos penetra lo reprochable, lo que Dios no ha querido y no ha hecho, lo que solamente es tiniebla. Precisamente esto siempre lo tenemos ahí, y se desarrolla con fuerza: surge una y otra vez de nuestro corazón y de nuestro entendimiento pervertidos, siempre de nuevo como una amenaza diabólica.

El que nosotros aceptemos la criatura buena de Dios en esta contradicción, con acción de gracias, el que nuestra vida en el mundo sea auténtica y correcta, no se entiende realmente de por sí. Nos podría parecer más bien una maravillosa, casi imposible excepción, el que nosotros reconozcamos la criatura buena de Dios como tal y que la recibamos con agradecimiento (como gracia y, precisamente, como en la santa cena) y que en su trato podamos llegar a ser y seamos hombres libres y obedientes. No, esto no se entiende de por sí.

Y a esto maravilloso pertenece, asimismo, el que nuestro ser humano, el que nosotros mismos “seamos consagrados por la palabra de Dios y por nuestra oración”. ¿Qué quiere decir esto? Esto quiere decir que nosotros participamos en la gran historia, en la que sucede lo más simple, así como también lo más desmesurado: que Dios habla con el hombre y que el hombre, a su vez, puede y quiere hablar con Dios. Nuestra santificación (consagración) se realiza en el acontecer de esta historia —la palabra de Dios y la oración—, que acontece, por cierto, en el interior de nuestra vida, cuando esta historia entre Dios y el hombre llega a ser el hilo conductor de la historia de nuestra propia vida y sucede que aquella contradicción empieza a disolverse en nuestra vida, que nos vamos haciendo libres del sobrepeso de lo reprochable poco a poco, pero con seguridad, y nos vamos abriendo a la bondad de la criatura buena de Dios que nos rodea, para despertarnos al agradecimiento y recibir libre y obedientemente la gracia y la santa cena.

Esta gran historia entre Dios y el hombre, en la que, cuando se realiza en el interior de nuestra vida, somos santificados por la palabra de Dios y por la oración, no es otra sino la historia de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. El fue y sigue siendo el verdadero Dios que habla con el hombre, y el verdadero hombre que habla con Dios. En él también habla Dios con nosotros, contigo y conmigo y, a su vez, en él podemos también nosotros, tú y yo, hablar con Dios. Cuando lo que aconteció entonces en Jesucristo —este hablar de Dios con el hombre y este hablar del hombre con Dios— sucede también aquí entre nosotros, junto a nosotros y en nosotros, esto es nuestra santificación. Y todo lo demás que podríamos mencionar aquí: la fe, el amor, la esperanza, la vida entera en el poder y bajo la guía del Espíritu santo, son solamente otras palabras para designar el acontecimiento de la gran historia de Cristo que penetra nuestra vida y su historia. El que por ella seamos santificados, y esto es así “por la palabra de Dios y la oración”, es incondicionalmente y con certeza la fuente inagotable de nuestra libertad y de nuestra obediencia, de la acción de gracias, en la que y con la que, decididamente, nos las hemos de ver con la criatura buena de Dios.

Que Dios abra de nuevo en nuestras vidas, a cada uno a su manera, esta fuente del agradecimiento —todos tenemos siempre necesidad— y nos conceda estar de nuevo dispuestos y alegres a beber de esta fuente con una sed auténtica. Que nos conceda escuchar, cada día, cada mañana y cada tarde, escuchar una y otra vez de nuevo: ¡vosotros sois cristianos! Para poder escuchar también esto otro: porque sois cristianos, porque la pertenecéis, todo es vuestro (cf. 1 Cor 3, 21-23), toda la buena creación de Dios, todo lo que Dios ha hecho bien y hermoso. Amén.

Señor, en tu misericordia, nos has dado nuestra vida y todo lo que somos, tenemos y podemos, y nos lo has conservado hasta el día de hoy. Perdona toda arbitrariedad, toda negligencia, todo abuso de los que siempre nos hemos hecho culpables, de la semana pasada, y también en este domingo. No permitas que caigamos ni hoy ni mañana. Líbranos de toda tensión y rutina y de la tiranía de la costumbre, de la moda y de la opinión pública. Haz que en lo sucesivo escuchemos tu palabra y danos en lo sucesivo la valentía y la libertad de dirigirte nuestras oraciones. Y de esta manera, conviértenos una y otra vez al agradecimiento del corazón y de la acción, para que no vayamos a la perdición sino que tengamos vida eterna.

Realiza también esta obra de tu Espíritu, bueno y santo, en las comarcas cercanas y lejanas de todo el mundo de los hombres: entre pequeños y grandes, en los que tienen grandes responsabilidades y obligaciones y en los que las tienen más pequeñas, en los que dan trabajo y en los que lo reciben, en los sanos y en los enfermos, en los ricos y en los necesitados, en los que les toca decidir y mandar y en los que les toca obedecer, en nuestras autoridades y jueces y en los transgresores y condenados, en los párrocos y misioneros, y en los cristianos y no-cristianos, a los que debemos y nos gustaría servir.

Señor, ten misericordia de nosotros, de tu pueblo, de tu creación. Te alabamos y te ensalzamos, ya que nos es dado saber que tu misericordia no tiene fin y tu poder no tiene límites. Y así, te invocamos ahora una vez más, tal como nos lo ordenó tu Hijo: Padre nuestro... Amén.

La gran dispensa

Flp 4, 5-6

20 de diciembre de 1957, Iglesia de S. Pedro, Basilea

¡Señor, Dios nuestro! Tú te has humillado para levantarnos. Tú te hiciste pobre para enriquecernos. Tú viniste a nosotros para que nosotros fuéramos a ti. Tú te hiciste hombre como nosotros para admitirnos a participar de tu vida eterna. Todo esto por la liberalidad de tu gracia, que no hemos merecido. Todo esto, en tu Hijo amado, nuestro Señor y Salvador, Jesucristo.

Estamos aquí reunidos para suplicarte, para alabarte, para proclamar y escuchar tu palabra, ante este misterio y esta maravilla. Pero sabemos que no tenemos poder alguno para hacer esto, así pues, haznos libres tú mismo para que podamos elevar a ti nuestros corazones y nuestros pensamientos. Por lo tanto te rogamos: ¡hazte presente en medio de nosotros! Muéstranos y ábrenos por tu Espíritu santo el camino que lleva a ti, para que podamos ver con nuestros propios ojos la luz que ha venido al mundo, para ser también tus testigos en los hechos de nuestra vida.

Padre nuestro...

El Señor está cerca, no os agobiéis por nada; en lo que sea, presentad ante Dios vuestras peticiones con esa oración y esa súplica que incluyen acción de gracias

Queridos compañeros, queridos colegas, querida comunidad:

Un buen amigo de Holanda¹ me ha escrito hace una semana, deseándome para Navidad, mucha fiesta en lo posible

1. Prof. Dr. K. H. Miskotte, Leiden.

y, en lo posible, poco festejo. Esto me ha gustado, pero no querría perder ni un minuto, para decir nada malo, ni siquiera crítico sobre las festividades eclesiásticas y civiles, públicas y familiares, que nos pudieran venir al pensamiento. Lo que hay en ellas de cuestionable, nos es suficientemente conocido a todos nosotros. Pero una coas es segura: Navidad es cosa de fiesta, no de festejos.

¡*Celebrar la fiesta!* Si tomamos la palabra en su significado original, tal como suena todavía en la hermosa palabra "Feierabend" (= cesar del trabajo), significa: permiso, vacaciones, poder cesar de todo trabajo y de toda agitación, de todo encargo y preocupación inútil, de toda tensión, poder descansar. En este sentido, debemos, podemos y queremos celebrar Navidad. Y acto seguido, permítasenos hacer notar que: celebrar *Navidad* no es ningún acontecimiento pasajero, sino que es algo que penetra en nuestros corazones, en nosotros mismos, en nuestra vida, para tomar posesión de nosotros, para permanecer, algo que no puede cesar, algo que significa un respiro, una liberación de preocupaciones inútiles que se mantiene firme.

Este "celebrar la fiesta" significa lo mismo que hemos oído hace un momento en Pablo: que no debemos *agobiar-nos por nada*. Este es el anuncio de las grandes vacaciones de Navidad, de las vacaciones totales de Navidad, que siempre duran. ¿No *debemos* agobiar-nos por nada? Ah, la palabra "debemos" no va bien: no, nosotros *podemos* conseguir no agobiar-nos, no agobiar-nos por nada. Podemos aceptar esta dispensa y hacer uso de ella. Celebrar Navidad quiere decir: no os agobiéis por nada.

Agobiarse quiere decir tomarse a uno tan en serio, que piensa que podrá contestar y dar la solución a las grandes y serias preguntas de la vida, que estaremos obligados, que deberemos tomar sobre nosotros las dificultades de la vida y las pequeñas cargas, como Atlas, y nosotros mismos manejarlas, dominarlas, eliminarlas. Notemos ya que agobiarse tiene mucho que ver con las solemnidades. Cuando uno se agobia, se vuelve solemne, y cuando va adelante solemne-mente, generalmente se esconde detrás una preocupación.

En nuestra vida, por cierto, hay cargas e interrogantes. Nos gustaría tanto a todos *ser felices*, probablemente porque en cierta manera somos todos infelices. ¿Cuál es *el objeto* de mi vida, de tu vida? ¿Le hacemos justicia? O ¿qué papel represento en mi ambiente, *llamo la atención*, recibo de los

hombres que me rodean lo que me corresponde? o ¿cómo me las arreglo con esta o aquella persona, cómo me será posible soportarla, cómo me será posible ayudarla también un poco? o, en resumidas cuentas, ¿qué quiere decir *ser hombre*? ¿Tiene un sentido ser hombre, puede uno soportarlo? Una pregunta muy seria, y si todavía no se ha convertido en un interrogante, acude a Sartre o a Camus y aprende a tomarte en serio esta cuestión. Y finalmente ¿qué hay de la *salvación* o de la condenación eterna del hombre?

Y ahora, para todas estas cuestiones, hasta la última y con la última, oímos decir: no os agobiéis por nada. Esta es la *gran dispensa*. Esto *no* quiere decir que estas cuestiones no sean cuestiones auténticas y difíciles. Pero quiere decir: tú estás libre de la obligación de dar una respuesta a estas preguntas a partir de ti mismo y de querer disponer de ellas. No es *en absoluto cosa tuya* obtener la felicidad para ti mismo, y no es cosa tuya proponerte un objetivo en la vida y, mucho menos aún, decidir si te haces justicia o no. ¡Deja eso y cesa de ir forjando pensamientos sobre los límites de tu trabajo y sobre su calidad! Más aún, con tu prójimo, no debes asegurar en absoluto lo que hay en él de censurable, ni lo que hay que decirle. Y finalmente: no es cosa *tuya* discernir si la vida del hombre tiene un sentido, y mucho menos está en tus manos el alcanzar tu salvación o tu condenación eternas.

¡No os agobiéis por nada! esto quiere decir cesar del trabajo, poder respirar, llegar finalmente al descanso, tener al fin y definitivamente vacaciones.

Preguntarás tal vez: ¿Y qué tiene que ver todo esto con *Navidad*, con la fiesta de Navidad? Queridos amigos, muchísimo, francamente ¡todo! Puesto que si esta celebración es realmente este "no agobiarse por nada", si es, por lo tanto, una auténtica y real celebración, entonces será precisamente *la fiesta*, que por el mensaje de la palabra *es concedida y ofrecida*. Si no fuera la fiesta de *Navidad*, podría ser una cosa totalmente perjudicial: se trataría de una ceguera insensata y malintencionada para la seriedad y la dificultad de la vida, se trataría de una frivolidad arbitraria y reprensible, de una mala partida existencial, o se trataría también de un escepticismo cansado e irresponsable. Dios nos libre de una tal "fiesta", que no sería sino otra forma de agobio arbitrario. También estamos dispensados de esto.

La invitación a la *fiesta auténtica*, que nada tiene que ver con agobio, viene del hecho y con el hecho de que el *Señor está cerca*. El Señor, cuyo nacimiento anunciaron los ángeles a los pastores de Belén: “Cristo, el Señor, en la ciudad de David” (Lc 2, 11). El Señor, cuya estrella es no mil veces, sino infinitamente más importante que el Sputnik ruso lanzado con éxito y el fracasado Sputnik americano², el Señor del cielo y de la tierra, el Dios eterno, para el que no hubo inconveniente en hacerse nuestro, para que nosotros fuéramos suyos. El Señor, que al vivir y al morir siendo hombre como nosotros, amó al mundo y lo reconcilió consigo mismo (cf. Jn 3, 16; 2 Cor 5, 19). El Señor, que tomando sobre sí mismo todos nuestros problemas, todas nuestras cargas, se los llevó, para que nosotros pudiéramos vivir por él, con él y en él. ¡Gloria a Dios en el cielo, y paz en la tierra a los hombres, que él quiere tanto! (cf. Lc 2, 14).

Este Señor está cerca. Ninguno de los consuelos de las religiones está cerca de nosotros; son una señal más de que el hombre no se puede consolar a sí mismo. Ni tampoco la iglesia, con su enseñanza y su teología antigua y nueva, o con sus disposiciones y organizaciones, con sus tradiciones, está cerca de nosotros como tal. Como testimonio de sí misma no tiene valor, sino sólo como testimonio del *Señor*: que no está muerto, sino que vive, que no se ha ido ni ha desaparecido, sino que *viene*, y que, por cierto, viene ahora, y no sólo a otros, sino a *ti* y a *mí*: “¡Mira que estoy a la puerta llamando!” (Ap 3, 20).

El misterio de la gran dispensa es que *este Señor* está cerca. Como la tormenta de primavera derrite el hielo y la nieve, o como el fuego inflama la pila de leña, de una manera semejante esto pone fin a todas nuestras preocupaciones, las barre. No es preciso que nos agobiemos, porque hay quien se preocupa de nosotros, porque con todo derecho estamos libres de ello, porque sería injusto que, no obstante, quisiéramos preocuparnos.

Me pregunto: ¿y qué *nos queda* si no nos preocupamos? Entonces nace otro tipo de preocupación, una *oposición* más orgullosa, más obstinada, silenciosa y sin embargo muy vio-

2. El primer lanzamiento con éxito de un satélite artificial soviético (“Sputnik”) el 4.10.1957. Le siguió el 3.11 un segundo (“Sputnik II”). El 6.12.1957 falló un primer intento americano de lanzar un satélite, porque el cohete que lo llevaba explotó al ser lanzado.

lenta, como si hubiera sido herido lo mejor y lo más santo que hay en el hombre. Somos gente muy rara. Hablamos de nuestras preocupaciones, sufrimos por ellas, pero cuando se hace pública la dispensa, cuando suena la palabra: ¡no os agobiéis! entonces se pone en evidencia que nosotros tenemos en gran estima y apreciamos, sí, que amamos y cultivamos nuestras preocupaciones (y en ellas, a nosotros mismos). Nunca olvidaré una vez que me llamó una amiga y se me quejó de su pena –sufría mucho de asma y de depresión– y yo intenté consolarla recitando una antigua estrofa infantil: “El buen Dios piensa en mí / y me da mucha alegría / él me guarda y me bendice”³. Entonces se puso furiosa: “No, el buen Dios, *no* piensa en mí, no, no se preocupa de mí”. Amaba demasiado su agobio como para deshacerse de él (también podría ser que yo no hubiera encontrado las palabras de consuelo que le convenían).

¿Pero no podría haber algo justo e importante en esta oposición? Supongamos que condescendemos a la gran dispensa. Y entonces ¿qué? ¿Dónde están pues las sombras de las cuestiones y las cargas que nuestro Señor ha tomado sobre sí, si aun a pesar de que la preocupación que acarrear hubiera debido fundirse y quemarse como la pira de leña, están todavía ahí? ¿Estamos condenados a cruzarnos de brazos y a no hacer nada? ¿Podríamos soportar nuestra vida, por más que ésta fuera una vida noble, digna de un hombre? ¿No sería necesariamente una nueva preocupación mantenerse en esta actitud?

No, claro está que las cosas no pueden ser así. Por la *proximidad del Señor*, que cierra la puerta a la preocupación, se abre inesperadamente otra puerta, se nos pone bajo los pies un nuevo pavimento, sobre el que podemos y debemos hacer algo mejor que preocuparnos. Pablo describe esto “mejor” con las palabras: ... *en lo que sea presentad ante Dios vuestras peticiones*. Esto es lo propio de Navidad, que nosotros podemos, nos es dado, debemos hacer, como quienes hemos sido ya salvados y liberados por el Señor, emancipados de la preocupación. Esta es la puerta abierta al hermoso paraíso, que hemos cantado hace un

3. A. Burckhardt, Canción de cuna, estrofa 3, en: A. Burckhardt, *Kinderlieder. Eine Weihnachtsgabe für die Kinder und Mütter der Heimat* (1859), Nueva edición, Basilea 1926, p. 36.

momento⁴: No es que Dios tenga necesidad de que le expliquemos cuáles son las sombras que nos atormentan, pero sí nos es dado presentárselas para hablar con él de todo lo que nos concierne, lo grande y lo pequeño, las cosas importantes y las que no lo son, las inteligentes y las estúpidas; *en lo que sea* presentad ante Dios vuestras peticiones. Podemos decirle lo difícil que nos resulta todo, cómo las cosas y los hombres nos aparecen siempre de nuevo llenos de misterio, y sobre todo lo que nosotros nos hemos de reprochar, y lo poco que llevamos a cabo con los demás. Nos es dado presentar todo eso en la *oración*, y esto quiere decir, con una grande y sincera humildad, con *esa súplica*, y esto quiere decir con gran apremio y confianza infantiles, y con *acción de gracias*, que quiere decir, agradecidos porque esto *es* así, y porque nos ha sido dado saberlo: que por nuestro Señor Jesucristo ha sido ya todo restablecido, y agradecidos porque se nos permite estar en su presencia. Y todo esto junto es nuestra *petición*: que su rostro no deje de brillar aun en medio de las sombras que nos rodean, que no nos cansemos de esperar que se rasguen, y que se disipe la niebla y que se corra el velo, que todavía ahora nos atormentan. Esto es lo mejor que podemos hacer en lugar de la preocupación de la que hemos sido dispensados.

Así pues, ¿*sólo rezar*? ¡Sí, sólo rezar! ¿Es que tú ya lo has intentado, siquiera un poco, no por costumbre, sino porque el Señor está cerca, y porque tú, como hermano suyo, como hermana, como hijo de Dios, puedes y debes atreverte, pidiendo y suplicando, a presentarlo todo ante Dios en la oración? Quien lo ha intentado y lo ha hecho, sabe que una oración así, sólo oración, incluye también un *trabajo* silencioso, firme, constante. No se preocupa de que el rezar pudiera ser demasiado poco, hace mucho más, precisamente cuando reza; hace también en su vida, su pensamiento, sus palabras y sus obras, los *pasos correspondientes* a su oración: pasos pequeños, sin pretensiones, escondidos, pero decididos, y, en efecto, en todo aprieto, pasos alegres, joviales, con los que también sin quererlo en absoluto, sin proponérselo y sin quererlo, podrá ser y podrá esparcir un poco de *luz* en este mundo tenebroso.

4. Estrofa final del cántico 113, cantado como introducción: "Hoy abre de nuevo la puerta / del hermoso paraíso...".

Celebremos en este sentido una Navidad llena de alegría. Debemos y nos es dado hacerlo, y podemos también; todos nosotros tenemos un motivo para hacerlo: ¡el Señor está cerca! ¿Por qué no íbamos a celebrarlo con alegría?

¡Querido Padre, por Jesucristo nuestro Señor! Haz tú bueno aquello que los hombres no hacemos –también esta celebración con toda su imperfección– y también las muchas celebraciones navideñas a las que nos acercamos, entendiéndolas o sin entenderlas. Sí, tú puedes hacer brotar agua de la roca, convertir agua en vino, y de estas piedras, suscitar hijos de Abrahán, todo en la grande e incomprensible fidelidad que has jurado a tu pueblo y que siempre has mantenido. Te damos gracias porque esta fidelidad brilla para nosotros en el evangelio, y porque nosotros podemos atenernos a ella en todas las circunstancias. No permitas que nos endurezcamos ante ella. Despiértanos una y otra vez, del sueño de la indiferencia y de los malos sueños de nuestras piadosas y no piadosas pasiones y apetitos. No te canses de conducirnos de nuevo una y otra vez a tu camino.

Guárdanos de la locura de la guerra fría y de las mutuas amenazas que ponen en un peligro tan terrible a la población mundial. Da a los estados y a los responsables de la opinión pública la nueva sabiduría, paciencia y decisión, tan necesarias hoy día, para proporcionar a todos en esta tierra buena, que es tuya, aquello que es justo, y mantenerlo. Te pedimos que todo lo que se trabaja en nuestra ciudad, en nuestra iglesia, en nuestra universidad, en nuestras escuelas, no se haga sin tu luz y sin tu bendición, y pueda hacerse para el verdadero bien de los hombres y para tu gloria. Te pedimos sobre todo por los muchos a los que les será difícil disfrutar ahora de la Navidad: por los pobres conocidos y desconocidos, por los ancianos que sienten la soledad, por los enfermos, y los enfermos mentales, por los presos: que a pesar de todo, se serene un poco el cielo también para ellos. Para concluir, te encomendamos a nuestros parientes, los que están cerca y los que están lejos, y a todos nosotros: mantén benigneamente tu mano sobre toda nuestra vida y sobre nuestra muerte.

¡Señor, ten piedad de nosotros! Sea alabado tu nombre, ahora y por toda la eternidad. Amén.

Es él

Dt 8, 18

29 de diciembre de 1957, cárcel de Basilea

¡Señor, Dios nuestro! Nuestros años van y vienen. Y nosotros, vivimos y morimos. Pero tú eres y permaneces. Tu dominio y tu fidelidad, tu justicia y tu misericordia, no tienen principio y no tienen fin. Y así pues, tú eres el origen y el fin de nuestra vida. Tú eres el juez de nuestros pensamientos, nuestras palabras y nuestras acciones.

Nos sabe mal que, hoy también, solamente podamos reconocer que te hemos olvidado, negado, ofendido, tan frecuentemente, siempre de nuevo, hasta este momento. Pero también hoy nos ilumina y nos consuela la palabra, por la que nos das a conocer que tú eres nuestro Padre, que nosotros somos tus hijos, porque tu querido Hijo, Jesucristo, se ha hecho hombre, ha muerto y ha resucitado por nosotros y es nuestro hermano.

Te damos gracias, porque nos es dado, una vez más, en el último domingo del año, proclamar y escuchar este alegre mensaje. Haznos tú mismo libres para decir lo que es justo y lo escuchemos tal como conviene, para que esta hora sea para tu gloria y sirva para la paz y la salvación de todos nosotros. Padre nuestro...

*Acuérdate del Señor, tu Dios,
que es él quien te da la fuerza*

Queridos hermanos y hermanas:

Ojalá Dios que yo pudiese pronunciar este “Es él” de tal manera, y vosotros pudierais de tal manera oírlo, que lo que «supera en claridad a mil soles»¹ se hiciera presente

ante nosotros y cegara nuestros ojos, de manera que de pronto no pudieran ver ninguna otra cosa, y entonces, abrírnoslos totalmente renovados haciéndolos capaces de ver, y pudiéramos, fuésemos capaces, debiéramos necesariamente percibir: la eternidad de Dios y a nosotros mismos rodeados y llenos de ella; los caminos de Dios y, junto con ellos, nuestros caminos humanos; la verdad de Dios y, junto con ella, aquello que nosotros tenemos por la verdad; la vida de Dios, y nuestra vida humana, que él ha cargado sobre sí.

Pero en esta hora, tanto si yo hablo bien o mal, como si vosotros entendéis mejor o peor, se trata de que “es él quien te da la fuerza”, y esto está a punto para todos nosotros, nos espera, nos es dado y podemos entenderlo todos. No eres tú que te la das a ti mismo. Ningún hombre puede dártela. Ni las mejores circunstancias, ni la realización de tus más elevados deseos podrían proporcionártela. Es él quien te da la fuerza.

Estas palabras se encuentran en uno de los más hermosos y conmovedores capítulos del antiguo testamento. Os invito de todo corazón a que, cuando os encontréis solos, abráis vuestra Biblia, y lo leáis (está en el capítulo 8 del Deuteronomio). La palabra se dirige al pueblo de Israel, que ha dejado atrás sus largos y fatigosos caminos por el desierto, y tiene ante sí la tierra prometida de sus padres. Y entonces se le dice a este pueblo que no ha de figurarse de ningún modo que ha sido cosa suya haber llegado hasta allí, ni lo será entrar aquí. No, es el Señor, tu Dios, el que te ha probado y te ha sostenido al mismo tiempo en el desierto. Y es el Señor, tu Dios, el que te ha dado esta hermosa tierra. Y por esto te has de acordar de él: es él quien te da la fuerza.

Pero ahora, dejemos simplemente que esta palabra se nos diga a nosotros directamente. Pues, en un cierto sentido —¿verdad?— seguro que es válido para todos nosotros. El camino que hemos recorrido en este año que llega a su fin y en todos los años que le han precedido, también fue un camino como el que se describe en aquel capítulo: un camino a través de “aquel desierto inmenso y terrible, con dragones y alacranes, un sequedal sin una gota de agua” (Dt 8, 15). Y con mucha más certeza aún se nos puede aplicar lo otro, puesto que nos encontramos de tránsito a un futuro, en el que también nos ha de ir bien y, a decir verdad, muy bien: a un futuro en el que podremos respirar, en el que todos nosotros seremos consolados y reconfortados. Y precisa-

1. Alusión al título de un libro: R. Jungk, *Heller als tausend Sonnen. Das Schicksal der Atomforscher*, Bern 1956.

mente por esto nos interesa a todos nosotros, en esta mirada hacia nuestro pasado y en esta perspectiva de futuro que se nos ha prometido a todos nosotros, no olvidarnos, sino tener siempre presente que “es él quien nos da la fuerza”. Toda aflicción que hayamos podido ya soportar, la habiéramos sufrido por nada, y toda esperanza en la que ponemos la vista mirando adelante, sería una ilusión, una imaginación, si nos olvidásemos, si no pensáramos que “es él quien da la fuerza”. Pero ¿por qué íbamos a olvidarnos de eso? No hay ningún motivo. ¿Por qué no íbamos a pensar en esto, por qué no íbamos a querer atenernos a esto? Tenemos toda la razón para hacerlo así.

“¡Acuérdate del Señor, tu Dios!” Así pues, no de una manera general: ¡en Dios!, pensamos en algo general inmenso; en algo elevadísimo o profundísimo, en algo definitivo y trascendente. Pero mirad, esto sumamente elevado y trascendente podría ser también simplemente un destino que nos fuerza y nos domina con poder. Quizás podría ser también algún misterio majestuoso elevado por encima de las estrellas, o que vive en nuestros corazones. E igualmente podría ser también una invención humana. Sería una cosa completamente incierta el que este “Dios”, este Dios en general, nos diera fuerzas. ¿De dónde las sacaría? ¿Cómo habría llegado a ser el Señor, a ser tu Dios? Sí, y si él fuera tu Dios, podría tratarse de algo muy terrible; pues este “Dios” podría ser también un Señor malo, podría ser también tu peor, el peor enemigo de todos nosotros.

El Señor, tu Dios —éste es el Dios que tiene un nombre, que también tiene un rostro y un carácter. Y de su nombre, su rostro y su carácter se puede inferir, con toda certeza, que es en verdad un Dios severo, pero también bueno, auxiliador, fiel— un Dios “amable”, como lo llamábamos cuando éramos niños, y podemos seguirlo llamando ahora. Es un Dios que no tiene necesidad, y que no nos exige a nosotros, como cosa necesaria, que ante todo nos hagamos de él una opinión, un parecer, una teoría. Porque él es el Dios que desde siempre nos ha dicho y nos sigue diciendo y nos hace decir cómo y qué *hemos de pensar de él*. Y precisamente nos lo ha dicho de una manera singular, manifestándonos cómo y qué *piensa él de nosotros*. El podría muy bien habernos vilipendiado, rechazado, rehusado. Pero no lo hace: él tiene un elevado concepto de nosotros. ¿Quizás porque somos gente “bien”? ¡No, aunque nosotros, los

hombres, no seamos en absoluto gente “bien”! ¿Tal vez porque nos necesita? No, no nos necesita. Él puede muy bien prescindir de nosotros. Pero le llega al corazón el que *nosotros* necesitemos *de él*, lo necesitemos muchísimo, inevitablemente. ¿Acaso sólo de paso y desde arriba, de la misma manera que un gran señor puede ocuparse por una vez de un hombre de rango inferior? Ni hablar, lo ha hecho de tal manera, que él mismo se ha jugado la vida y se ha entregado totalmente por nosotros, se ha unido y se ha comprometido con nosotros para siempre. El es el Dios de Navidad, el Dios del que podemos cantar ahora de nuevo: “Se ha hecho un niño pobre, para apiadarse de nosotros”². En esto consiste su ser elevadísimo y profundísimo, su ser definitivo y trascendente, su ser eterno, omnipotente y magnífico, en que se apiada de nosotros, así es como él es el Señor. Y cuando se apiada de ti y de mí, es cuando él es *tu* Dios y *mi* Dios. Y cuando él hace esto, creer en él, esperar en él, y amarlo (amando por igual a nuestro prójimo), no es en absoluto una obra complicada, sino lo más natural del mundo. Él, *este* Dios, es quien te da la fuerza.

El te da la fuerza. La fuerza es una disposición, una capacidad, una libertad de poder hacer algo. Pero nuestra miseria humana consiste en que no podemos hacer cosas que deberíamos hacer, en no tener las fuerzas que necesitaríamos. Se necesita fuerza para vivir, y se necesita mucha más fuerza todavía para morir; con esto, no pienso sólo ahora en lo que nos sucederá a última hora, sino en el frágil desarrollo y en el fin que se sucede a lo largo de toda nuestra vida, y que ya empezó con nuestro nacimiento. Se necesita fuerza para ser joven y mucho más para llegar a la madurez y a la ancianidad. Se necesita fuerza para no amargarse ni dudar en los desengaños de la vida y en las desgracias, y se necesita fuerza con mayor razón, para no ser soberbios, vanidosos, estúpidos, cuando nos va bien, en la prosperidad. Se necesita fuerza para resistir a las tentaciones que todos nosotros conocemos, y se necesita tal vez mucha más fuerza, para no convertirnos en fariseos desprovistos de amor y que se justifican a sí mismos, cuando las resistimos. Seguro que se

2. Cf. cántico 114 (EKG 15) “Gelobet seist du, Jesu Christ” (1524) de M. Luther, estrofa 3: “Se ha hecho un niño, / que él sólo todo lo mantiene”; estrofa 6: “Ha venido pobre a la tierra, para apiadarse de nosotros”.

necesita fuerza para estar preso, como lo estáis vosotros en esta casa. Pero creedme, también se necesita fuerza, y tal vez mucha más todavía, para ser libre, y hacer buen uso de la libertad. Se necesita fuerza para andar de acuerdo con el prójimo, que tal vez me crispa los nervios y vive de forma que no me agrada, y quizás se necesita más fuerza todavía, para andar de acuerdo con uno mismo, para soportarse a sí mismo día tras día y año tras año. Se necesita fuerza para aquello que hace un momento he llamado lo más natural del mundo: para la fe, que es una alegre esperanza y que es fuerte en el amor (cf. Rom 12, 12; Gál 5, 6). Sí, se necesitan muchas y múltiples fuerzas, eficaces, constantes, que ninguno de todos nosotros tenemos, ni nos las podemos procurar, ni ningún hombre nos las puede dar, de manera que toda persuasión o estímulo como: "tienes la obligación... debes" es totalmente inútil. Lo que necesitamos, son las fuerzas que sólo puede darnos el que es el origen de toda fuerza, y que no las guarda para él, sino que nos las quiere dar y nos las da realmente.

Sí, cierto que no puedo describir ahora cómo lo hace. ¿Cómo podría uno describir lo que pasa, cuando Dios nos hace don de lo que es suyo, de lo que le pertenece? Lo cierto es que él hace penetrar las fuerzas que necesitamos en nuestra debilidad humana, en la tuya y en la mía: precisamente en aquellos momentos en que sea como fuere ya no sabemos qué decir. Por eso, cuando esto sucede, siempre es algo inesperado. Y siempre nos las da para la próxima etapa del camino que tenemos delante. Pero cada vez nos las da, junto con la promesa de que nos las volverá a dar, más numerosas, más grandes y, en todo caso, siempre nos irá dando de nuevo las fuerzas necesarias para el próximo futuro. Y cuando nos las da, la consecuencia es que, de alguna manera, podemos hacer aquello que antes no podíamos. Por cierto, no nos lo da todo de una vez, pero nos da por esta vez esto o lo otro, hasta la próxima. No que hayas de convertirme en un bravucón, pero tampoco que hayas de seguir siendo una persona débil y marioneta, frágil y que sólo puede caer de narices (¡nos ha pasado tantas veces!). Te las da de manera que puedas seguir siendo un hombre con toda la modestia, pero también con toda la decisión, que humilde sigue animoso adelante su camino, que con gratitud puede ser fuerte: fuerte por la omnipotente gracia de Dios, por la que está agradecido.

Así pues, *acuérdate* tú también ahora del Señor, tu Dios. Mis queridos amigos, estamos todos juntos —yo también, y tengo gusto en decir: yo, sobre todo— extraños parroquianos del buen Dios. Quiero decir: gente que nunca se dan cuenta de esto, tampoco están nunca agradecidos ni están dispuestos a recibir con las manos vacías lo que él nos da, lo que sólo él tiene, lo que sólo él puede y quiere dar: las fuerzas que necesitamos, y que en verdad no tenemos. Sí, todos nosotros somos estos extraños parroquianos de Dios. Pero ahora, no podemos darnos por satisfechos con esta confesión.

Acuérdate del Señor, tu Dios. Quiere decir: despierta del sueño de tu gran distracción. Despierta de los hermosos y no tan hermosos sueños de tantos pensamientos que bullen en tu cabeza. Despiértate a la inteligencia y al conocimiento de que es él quien te da la fuerza. Si tú despiertas a todo esto, entonces te asalará necesariamente la pregunta: ¿Cómo pude olvidarlo? ¿Cómo pude considerar todo lo demás más importante que él? ¿Cómo pude llegarme a poner yo de esta manera en el centro de todas las cosas? ¿Cómo pude llegar a considerar todo y a todos, a la medida de mis deseos y de mis opiniones? ¿Cómo pude considerarme a mí, como si fuera el meridiano de Greenwich, donde se sitúa el grado cero y donde también se separan el oriente del occidente? ¿Cómo pude yo hacer esto? Pero no perdamos tiempo, y clavemos fuertemente en la pared este clavo: ¡es él! Y entonces, todo queda inmediatamente colgado de este clavo: es él, el uno ante todos los ceros, y solamente detrás de él, pueden estos significar alguna cosa. Él mide con su medida infalible. Él juzga con justicia. Y sobre todo, él, solamente él da lo que nosotros necesitamos. Él lo tiene. En él tiene su origen. Él no nos lo quiere escatimar. Esto quiere decir: *acuérdate* del Señor, tu Dios.

Si lo haces así, cada vez que pienses en el Señor, tu Dios, empezarán las fuerzas que él da —a brotar, a fluir, a correr, como el agua de la roca bajo la vara de Moisés (Ex 17, 6), llenando tu corazón y tu vida de confianza, de alegría y de paz, también en este año que se avecina y en todos los años que todavía han de venir— ¡fuerzas para ti, precisamente para ti!

Tal vez os gustaría preguntarme si es posible y cómo es posible esto: acordarse del Señor. Para acabar, dos respuestas a esta pregunta:

La una es: cierto que acordarse del Señor es una cosa que uno, como todo lo bueno, debe empezar alguna vez, y no sólo empezar, sino también repetir; una cosa que uno ha de practicar. Y si me preguntáis cómo empieza, cómo repite y cómo practica uno esto, os puedo muy bien traer a la memoria que ésta es precisamente la manera como se forja la comunidad cristiana, comunidad que también existe aquí, en esta casa. En una discusión se me preguntó una vez aquí: ¿Qué es propiamente “la iglesia”? Podría daros ahora la simplicísima respuesta: la iglesia es nuestro intento comunitario de acordarnos del Señor, nuestro Dios. Para ejercitarse en esto, se predica y se escucha un sermón. Para hacer esto, celebramos la santa cena, tal como lo hemos vuelto a hacer aquí por Navidad, en la que, en cierta manera, queda de relieve el hecho de que es él quien nos alimenta, y nos da de beber y también nos da fuerza. Para acordarnos de él cantamos (con entendimiento y comprensión) los cánticos de nuestro libro. Para lo que precisamente se nos concede, podemos y debemos leer nuestra Biblia. Como por ejemplo el salmo 90(89) “Señor, tú has sido nuestro refugio de generación en generación”, el salmo 103(102): “Bendice alma mía al Señor, y todo mi ser a su santo nombre. Bendice alma mía al Señor, y no olvides sus beneficios”, o el maravilloso salmo 23(22): “El Señor es mi pastor, nada me falta”. Pero tendría que ir citando toda la Biblia, pues en cada página dice: “es él quien da las fuerzas”. Con todo lo que acabo de indicar, ¿lo has probado ya alguna vez seriamente? ¿quieres y puedes seguir diciendo seriamente: esto me es imposible?

Pero —y con esto vengo a la segunda respuesta— tampoco en el servicio religioso, ni en el sermón, ni cuando uno tiene en las manos la Biblia y el libro de cánticos, está de por sí en situación de acordarse del Señor. De aquí no se sacaría nada, si no fuera porque él mismo nos da la fuerza. Tendremos que pedirle, por encima de todo lo que nosotros podemos hacer, que él nos dé esta fuerza. Nos es lícito pedir esta fuerza. Y por último, os digo con toda confianza: no sólo necesitáis creer que esto es así, podéis saberlo. El Señor nuestro Dios, nunca ha dejado de escuchar a nadie que le haya pedido que le diera fuerza para acordarse de él. Amén.

¡Querido Padre, en Jesucristo tu Hijo, nuestro hermano y Señor!
Tú nos has juntado a todos aquí. Permanece con nosotros, vente con cada uno de nosotros a su lugar, ahora cuando nos separemos.

No nos dejes a ninguno de nosotros. No permitas que ninguno de nosotros se hunda del todo, se pierda del todo. Y sobre todo: no permitas que ninguno de nosotros, olvidándose de ti, deje de acordarse de ti. También ilumina, consueta, fortalece a nuestros parientes, los que están cerca y los que están lejos, a nuestros amigos y, con mucha más razón aún, a nuestros enemigos.

Querriamos presentarte también las preocupaciones, necesidades y miserias de todos los hombres, tanto las que nos son conocidas como las que desconocemos: las de las comunidades cristianas, aquí y en todos los países, las de los que en el este y el oeste tienen voz, dan consejo, tienen poder de decidir con responsabilidad, las de los humillados y oprimidos de todas partes, las de todos los pobres, enfermos y ancianos, las de todos los afligidos, los que están desalentados y confundidos, las de todo el mundo, que anhela la justicia, la libertad y la paz. Haz que muchos, todos, y así también nosotros, experimentemos en las manos de tu gracia omnipotente, que por último pondrá fin a toda injusticia y miseria, la creación de un nuevo cielo y una nueva tierra, en los que habitará la justicia.

Gloria a ti, Padre, Hijo y Espíritu santo, como eras en el principio, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.

Enseñanos a llevar buena cuenta...

Salmo 90(89), 12

16 de marzo de 1958, cárcel de Basilea

¡Señor, Dios, Padre nuestro! Te damos gracias porque nos es dado invocarte y escucharte aquí juntos. Ante ti todos somos iguales. Tú conoces la vida, los pensamientos, el camino y el corazón de cada uno de nosotros hasta lo más pequeño y escondido y, ante tus ojos, nadie es justo, ni uno siquiera. Pero tampoco ni siquiera uno de nosotros ha sido olvidado, rechazado o condenado por ti. Más bien, tú amas a cada uno de nosotros, sabes lo que necesita y estás dispuesto a dárselo, no ves sino las manos vacías que tendemos hacia ti, para llenarlas, no a cuentagotas, sino con abundancia. En la pasión y muerte de Jesús, tu Hijo amado, eres magnánimo y compasivo por encima de toda medida, te has puesto en nuestro lugar, has tomado sobre ti nuestra tiniebla y nuestra miseria y nos has hecho libres para poder llegar a la luz como hijos tuyos y ser felices.

En su nombre te pedimos ahora, que nos des a cada uno de nosotros algo de tu Espíritu, santo y bueno, para que en esta hora te entendamos a ti, y a nosotros mismos, y los unos a los otros, un poco mejor, y así de esta manera, refrescados y alentados, demos un paso adelante en el camino en que nos pusiste —tanto si nos damos cuenta como si no— entonces, cuando Jesús inclinó su cabeza en la cruz y expiró, y desde toda la eternidad. Amén.

Queridos hermanos y hermanas: en esta hora vamos a dejarnos interpelar por unas palabras, ya conocidas posiblemente por algunos de vosotros porque con frecuencia se oyen con ocasión de algún entierro. Se encuentran en el salmo 90(89), versículo 12:

*Enseñanos a llevar buena cuenta de nuestros años
para que adquiramos un corazón sensato*

Seguro que sabéis que el antiguo testamento fue escrito originalmente en hebreo. Por esto ante una traducción, uno puede preguntarse con bastante frecuencia, cuál es la versión que responde mejor al original. Habréis notado que en varias traducciones las palabras son algo diferentes. Pero objetivamente vienen a significar y a decir lo mismo: al contar sus días, uno considera que están contados; con otras palabras: considera que ha de morir. Y ser inteligente, bien entendido, quiere decir: adquirir un corazón sensato. En el lenguaje de la Biblia, el corazón es la estación central de la vida humana, desde la que se decide si todo el hombre es sensato o insensato. Pero ¿qué es lo que nos dice a nosotros esta frase?

Que *hemos de morir* - es una gran verdad: uno, tal vez, después de una larga enfermedad, otro, de repente, uno sin darse cuenta, otro en medio de grandes sufrimientos. Nadie puede evadirse de la muerte, tal como estaba representado en el muro de una plaza no lejos de aquí —todos vosotros la conocéis— que antes había sido un cementerio y que, a causa de estas pinturas, lleva todavía el nombre de “Totentanz” (Danza de los muertos)¹. Pero no es necesario que esto nos lo diga nadie, ya sabemos que hemos de morir. Para oír esto no necesitábamos reunirnos aquí, ni tenemos necesidad de la Biblia. Que el hombre tiene que morir, es cosa que pertenece, por decirlo así, a la historia de su naturaleza.

Pero ahora vamos a hablar de la *consideración* de este hecho ya conocido. Así pues, se nos invita a reflexionar sobre esto. Puede uno hacerlo en cualquier momento. Conozco un cuadro de un gran santo católico, que sostiene un cráneo en la mano y está meditando². Es claro que está con-

1. Danza macabra de Basilea: fresco en la parte interior del muro del cementerio de la iglesia de los dominicos de Basilea, realizado en el año 1440, derrumbado en 1805. La cárcel de Basilea no está lejos de este lugar.

2. No se puede comprobar con seguridad, cuál es el cuadro en que piensa Barth en su descripción, que prosigue más adelante. Los atributos de la calavera y el crucifijo juntos se encuentran frecuentemente en las representaciones de S. Jerónimo y de S. Francisco de Asís. Un cuadro que corresponde exactamente a la descripción de Barth, sin que exista, por otra parte, ningún punto de apoyo para probar que lo hubiera conocido, es la representación de S. Jerónimo de un anónimo holandés (?) del siglo XV (?) en la pinacoteca de Dresde, reproducido en la disertación de A. Strümpell, “*Hieronymus im Gehäuse*”, Marburg 1927. (Doy las gracias al Sr. Director Dr. P. Boerlin, en Basilea, por su amable información).

siderando que ha de morir. Y seguro que podría ser también para nosotros, que no somos ningunos santos, una cosa que siempre podría hacernos reflexionar de nuevo, el pasar por un cementerio, ver todas las piedras y cruces con los nombres de tantos, tantos hombres que vivieron y murieron después, y clarificarnos sobre el hecho de que un buen día será éste también nuestro caso. Pero preguntémosnos con toda honestidad: ¿podemos sacar gran cosa, cuando *nosotros* intentamos considerar que hemos de morir?, porque fundamentalmente ¿qué sabemos del morir? Que todo se acabará para nosotros, podemos saberlo, pero ¿qué puede ayudarnos el considerarlo? Tengo un apreciado amigo, que con frecuencia se goza en presentarse ante mí como un incrédulo³. Acostumbra entonces a mencionar que él también considera que hemos de morir, pero el resultado de su consideración es que se trata del tránsito o la vuelta del hombre a la naturaleza universal, que entonces caerá a la tierra como la hoja de un árbol, para convertirse él de nuevo en tierra. En esto no hay para él nada serio digno de consideración. No obstante, es un hombre que tiene un corazón no del todo insensato— si no fuera así, seguro que no sería mi amigo. Pero en todo caso, no ha ganado nada mediante una profunda y particular reflexión sobre la muerte.

Así pues, la frase que hemos oído seguro que no es la comunicación superflua de que nosotros hemos de morir como todos los hombres, ni tampoco la dudosa invitación a que nosotros (¡nosotros!) pensemos en esta realidad tan conocida. La cosa reza de una manera totalmente distinta. *Enséñanos* a considerar que hemos de morir, es lo que dice. Así pues, es un *discurso*, un discurso que se dirige a *Dios*, es una *súplica*, una oración. Y siendo así, uno no acostumbra a suplicar por algo que pueda hacer por sí mismo. Pero hay cosas que uno no puede hacer por sí mismo, y a éstas pertenece el contenido de estas palabras. Y es por lo que dice: *enséñanos*, como quien dice: dánoslo, otórganoslo, concédenoslo y haz que salga de nosotros el poder hacer esto: considerar que hemos de morir. Tú, Señor Dios nuestro, nos lo has de enseñar, como un maestro enseña a un niño el abecedario y la tabla de multiplicar, porque le es imposible hacerlo por sí solo. Esto es lo que te pedimos que tú hagas.

Esta palabra presupone que en aquel fragmento de la historia natural de la vida humana existe algo importante digno de consideración. Y aún más, que nosotros no podemos sacar de nuestra cabeza y de nuestro corazón, los pensamientos correctos respecto a esta cuestión. Y más aún, que no podemos renunciar a considerar esta cuestión que nos apremia, de otra manera, no seremos inteligentes ni obtendremos un corazón sensato. Y finalmente y por último, que no podemos hacer otra cosa sino dirigirnos a Dios para que nos dé, nos otorgue, nos conceda esto tan necesario: el poder considerar que hemos de morir. Las palabras que hemos oído, son las palabras de una oración y, cuando resueñan, nos invitan a que digamos, supliquemos y recemos todos juntos: ¡enséñanos a considerar que hemos de morir!

Y ahora se realiza el *cumplimiento* de esta súplica que ha sido *atendida*. Ahora podemos y nos es dado, de hecho, considerar, haciéndolo de una manera correcta y llena de sentido, que hemos de morir. Ahora Dios nos lo enseña, y nos da y nos concede la libertad para poder hacerlo.

No sabemos qué idea tenía de todo esto el hombre del antiguo testamento que escribió el salmo 90(89), de que Dios da libertad al hombre y lo hace sensato, ni cómo veía la correcta consideración que el hombre recibía de Dios, respecto al hecho de que hemos de morir. En este salmo, oímos a este hombre que solamente *suplica*. Esta súplica ya es, por cierto, algo *grande*, y con más razón sentirse invitado a pedir esto. Se puede decir muy bien que todo el antiguo testamento, es —no solamente en esta cuestión, sino también en sí mismo— una única gran súplica. Y sin orar juntamente con él, no se podría entender el nuevo testamento. Pero existe algo *mayor* que esta súplica: su aceptación y su realización, que se nos hace patente en el nuevo testamento y, precisamente en la cuestión de la que aquí estamos hablando, se nos hace patente con claridad. Existe una consideración correcta del hecho que hemos de morir, y existe un camino abierto por el que Dios nos lo indica. Sin esto mayor del nuevo testamento, lo grande del antiguo testamento nos quedaría necesariamente oculto. Por lo tanto, sea como fuere, cuando en el nuevo testamento se nos abre, se nos muestra y se nos pone ante los ojos este algo mayor, somos llamados con toda seguridad y con mayor razón a la demanda suplicante y urgente: “¡enséñanos a considerar que hemos de morir!”.

3. Dr. Hans Huber.

Pero ahora vayamos ya a la *aceptación* y a la *concesión* de esta súplica. Me gustaría decir en primer lugar, brevemente y con osadía: considera, considéralo bien, que el *nosotros* *debemos morir*, quiere decir: considera *que Jesús ha muerto por nosotros*.

Podemos y debemos reconocerlo y precisamente —tal como se nos insinúa de nuevo de una manera particular en el tiempo de pasión que estamos ahora a punto de iniciar— reconocerlo en su *pasión* y en su *muerte*; *entonces* experimentamos y sabemos la importancia que tiene nuestra muerte, y que va un poquitín más allá de un pequeño fragmento de la historia de la naturaleza. Ahora debo añadir algo a lo que decía hace un momento del cuadro de aquel antiguo santo: no lo muestra sólo con la calavera en la mano, sino que ante él tiene una cruz con la imagen del crucificado y, por encima de la calavera, dirige su mirada más allá, hacia él: hacia Jesús muriendo.

El pintor que ha pintado este cuadro, con toda evidencia sabía ya algo de esto, de que la correcta consideración de que hemos de morir, consiste en la consideración de que Jesús ha muerto por nosotros. Voy a intentar explicaros brevemente ahora, de dos maneras, el sentido de la muerte de Jesús por nosotros.

¿Sabéis vosotros lo que es la muerte de Jesús? ¿Qué sucedió, que se realizó en ella? ¿Una simple necesidad de la naturaleza? ¿Un accidente? ¿Una casualidad? No, la muerte de Jesús fue un *juicio* —esta es una de las cosas que en primer lugar hemos de decir y hemos de oír aquí—: la ejecución de una pena de muerte que se efectuó en él, en este Jesús, en lugar nuestro. *Nosotros* somos los que hemos sido juzgados en esta persona. *Nosotros* somos los que hemos sido condenados y ejecutados en su muerte. *Nosotros*: no nosotros mismos, es verdad, sino alguien que tiene mucho que ver con nosotros mismos, que está vinculado a nosotros muy íntimamente, a saber: el hombre viejo, que vive y mete ruido en todos nosotros. Este nuestro hombre viejo ha sido juzgado, condenado y ejecutado en la muerte de Jesús - y esto, de pies a cabeza: su corazón, su inteligencia, su voluntad, sus sentimientos; lo más bajo que hay en él, pero también lo más alto; lo superficial, pero también su más profunda profundidad; lo que hay de rastrero en él, así como también lo que hay de espiritual; sus malas obras, pero también sus buenas obras; su miseria, así como también su grandeza.

Dios ha dicho no a toda esta situación del hombre viejo en nosotros: no encuentra en él nada útil, por lo tanto se ha de acabar con él; lo único que puede hacer es morir. Y lo que Jesús tuvo que soportar en lugar de todos los hombres fue el “no” duro e inexorable que Dios dijo a éste nuestro hombre viejo. Él tomó sobre sí el morir, la muerte de este hombre viejo. Él ha sufrido realmente su muerte.

Y ahora, nuestro morir ocurre en la *fuerza* de este morir de Jesús en nuestro lugar. Ciertamente, sólo en su fuerza. Pues ningún otro hombre morirá ni puede morir por la muerte de otro, como esta muerte del juicio en lugar de todos los demás hombres. Y que ocurre en la fuerza, quiere decir: en la consecuencia, como imagen y semejanza de aquel “no” divino, del juicio, de la sentencia de muerte ejecutada en Jesús.

Precisamente esto es lo que pasa con nosotros, es decir, con el viejo hombre que vive y mete ruido en nosotros. No tiene ningún valor, se le anula, se le rechaza, se le clava en la cruz, y se le mata: exactamente como sucedió a Jesús en su cruz y como se hizo visible a todo el mundo.

Y ahora se trata de *considerar* que hemos de morir, que hemos de admitir la obra de esta fuerza de su muerte, que hemos de reconocer que esto es así para nosotros. Tan cierto como estuvo Jesús entonces en nuestro lugar, sufrió, fue crucificado, murió y fue sepultado - es cierto también que esto se verifica en nosotros. Así es el corazón sensato, el corazón inteligente, ese corazón que se trata de adquirir, simplemente el corazón *humillado* de un hombre, en el que está impreso cada vez con más fuerza y de una manera inolvidable, que nada tiene que decir ante Dios, nada puede exigirle ni hacerle valer nada —aunque fuera el mejor y el más piadoso—, nada tiene de qué jactarse. El corazón inteligente, el corazón sensato, es el corazón de un hombre que sabe que cuando haya de morir, sólo necesitará la gracia de Dios, siendo así que ya ahora solamente puede vivir de la gracia de Dios. El que sabe esto, es sensato, es inteligente. Esta es *una* de las explicaciones.

Pero ahora viene la *otra*, la que es *totalmente* otra: lo que ocurrió en la muerte de Jesús, ocurrió no contra nosotros, sino *por nosotros*. Lo que sucedió allá, no fue un acto de enemistad de Dios contra los hombres. No, todo lo contrario: porque Dios nos ha amado a nosotros —realmente, a todos nosotros— desde toda la eternidad en este único Jesús, porque Dios se escogió a sí mismo para ser nuestro Padre,

y nos ha escogido a todos nosotros para ser sus queridos hijos, para salvarnos a todos como a hijos queridos y atraernos a él: por esto es por lo que él ha rehusado, rechazado, ha clavado en la cruz, ha entregado a la muerte, en este único Jesús, a nuestro hombre viejo que, como quien tiene poder, vive y mete ruido en nosotros, sin que seamos nosotros. Precisamente por nosotros mismos, para que podamos vivir como hombres libres en la muerte de Jesús, ha quitado de en medio, ha echado afuera, ha deshecho en fuego, humo y cenizas, al hombre viejo que hay en nosotros. Para decirnos a nosotros, de una vez para siempre y de una manera incondicional su sí auténtico, ha querido decir de una vez para siempre e incondicionalmente un no a aquel socio que en absoluto nos pertenece, a todo nuestro ser envejecido y nuestro no-ser, y ha dicho no de una manera tan poderosa, como ha tenido lugar en la muerte de Jesús. Por esto es por lo que él lo ha hecho.

Y ahora tiene lugar *nuestra* muerte en la fuerza de la muerte de Jesús, muerte llena de gracia y de salvación, sufrida por nosotros. Y sólo en su fuerza, sólo en su eficacia, sólo a su imagen y semejanza. Porque ningún otro ha muerto ni muere de una manera tan llena de gracia y de salvación para el mundo entero. Y la fuerza de su muerte, llena de gracia y de salvación sufrida por nosotros, actúa irresistiblemente en nuestra vida, y en la muerte que nos viene al encuentro.

Así pues, nuestra vida y un día también nuestra muerte, pueden ir pasando y ocurrir en la fuerza del gran sí que Dios, en Jesús, en su muerte, ha pronunciado sobre nosotros. ¿Sabes tú, quién eres tú propiamente? ¿Quién serás, cuando hayas muerto? Porque tu hombre viejo —ya lo conoces bien— ha sido ya depuesto y exterminado en la muerte de Jesús, porque tú no puedes ya ser por lo tanto este hombre, y también porque por la fuerza de la muerte de Jesús ha sido así dispuesto para ti, tú mismo eres el hombre nuevo, amado, escogido, salvado, aceptado por Dios, a quien Dios ha dicho sí, dice sí, y dirá sí. Atente a esto: este hombre eres tú mismo —por ahora, en el trocito de vida, pequeño o grande, que tú puedas tener todavía ante ti—; definitivamente, en tu muerte: porque ocurrirá en la fuerza de la muerte de Jesús.

Y ahora se dice: *consideremos* que hemos de morir, que nos *alegremos* como es debido de la eficacia de esta fuerza,

que, agradecidos, nos alimentemos de ella, que con nuestra vida y nuestra muerte esto ha ido así: tan incomprensiblemente hermoso, victorioso y magnífico. Con la misma certeza que entonces Jesús, como creador de nuestra vida nueva y eterna, sufrió, fue crucificado, murió y fue sepultado por nosotros, con esta misma confianza podemos nosotros ahora mirar e ir al encuentro de nuestra muerte. Esto es lo que hemos de considerar. Considerar que hemos de morir quiere decir ir al encuentro de la muerte, considerándola como nuestra vida, nuestra vida eterna, porque ésta nuestra muerte ocurrirá en la fuerza de la muerte de Jesús. Así es el corazón *alegre* de un hombre, que tanto en la vida como en la muerte, sólo puede esperarlo todo de *Dios*; pero precisamente podrá esperarlo *todo* de Dios, aquel que realmente puede atenerse a su gracia, y que es sostenido por su gracia total y definitivamente: en las horas, en los días y en los años que tal vez nos quedan todavía por vivir, pero mucho más aún en nuestra muerte, porque ocurrirá en la fuerza de la muerte de Jesús.

Llego al final. Os he de decir todavía de una manera particular ¿cómo se las arregla Dios para enseñarnos a considerar que hemos de morir? Voy a dar la respuesta más simple: Dios nos lo enseña, *diciéndonos* y permitiéndonos escuchar lo que hemos intentado decir y escuchar ahora sobre la doble fuerza, la fuerza que mata y la fuerza vivificante de la muerte de Jesús en nuestra muerte.

Sin duda alguna, Dios nos lo *dice*. Dios *permite* que lo escuchemos. De su parte no falta nada. Él nos enseña a considerar, con todo el fuego de su Espíritu santo, que hemos de morir: que Jesús ha muerto por nosotros.

Queridos hermanos y hermanas, aunque sólo cayera una chispa de este fuego en el corazón de un hombre, este hombre, fuera quien fuera, y fuese como fuere, nada perdería y lo ganaría todo. Amén.

¡Señor, Dios nuestro! Nos presentamos una vez más ante ti, con la súplica cordial de que nos aceptes, y no permitirnos descanso alguno hasta que aceptemos llegar a reposar en ti, luchar contra nosotros y por nosotros hasta que tu paz se imponga y recupere sus derechos en nuestro corazón, en nuestras palabras y pensamientos, en nuestro ser y en nuestras relaciones mutuas. Sin ti no podemos nada, contigo y a tu servicio lo podremos todo.

Hazte presente y activo en todos los espacios de esta casa, y también en toda esta ciudad, en todos sus habitantes y, hoy particularmente, en todos los lugares en que se reúne tu comunidad. Permanece al lado de los enfermos y moribundos, de los pobres, oprimidos y de los que se precipitan en el error; permanece también al lado de los que nos gobiernan a nosotros y a los otros, a los grandes pueblos, que forjan su opinión pública y que tienen en sus manos los instrumentos del poder. Que de ti venga y actúe mucho amor contra tanto odio, mucha inteligencia contra tanta insensatez, y no sólo un par de gotas, sino una corriente de justicia contra tanta injusticia. Pero tú sabes mejor que nosotros lo que sucederá y lo que debe suceder con nosotros y en el mundo, estanto todo en último término determinado para tu gloria. Así, pues, lo ponemos todo en tus manos. Por lo tanto, cada uno en su lugar y a su manera, queremos con toda confianza, tranquilos y serenos, esperar en ti.

Te invocamos como nos lo enseñó a hacer tu querido Hijo, nuestro Señor Jesucristo: Padre nuestro...

Primicia de la sabiduría es el respeto del Señor

Salmo 111(110), 10

20 de julio de 1958, cárcel de Basilea

¡Dios santo y misericordioso! Qué grande es tu bondad, ya que nos permites vivir este día y nos traes aquí todos juntos para invocarte y escuchar tu palabra, que nos consuela y nos exhorta.

¿Qué somos nosotros, los hombres, ante ti? Cuánta presunción, dureza y mentira hay en nuestros pensamientos, palabras y obras, y, por lo tanto, aquí y en toda la tierra, cuánta desorientación y confusión, cuánto sufrimiento y cuánta miseria.

Pero por encima de todo, tu corazón paternal está abierto para nosotros, y tu mano permanece fuerte para sostenernos, guiarnos y liberarnos. Tú no olvidas ni rechazas a ninguno de nosotros. Tú estás cerca de todos nosotros. Tú nos llamas a todos.

Haz que todo esto lo notemos también en esta mañana del domingo. Haz que no sea en vano lo que aquí rezamos y cantamos, predicamos y escuchamos, sino que sea para tu gloria, y para que todos nosotros nos despertemos, seamos iluminados y elevados, por Jesucristo, en cuyo nombre te invocamos: Padre nuestro... Amén.

Primicia de la sabiduría es el respeto del Señor

Queridos hermanos y hermanas:

Oímos hablar aquí de la sabiduría. Es con toda evidencia, algo grande. Empecemos con algunas aclaraciones. La sabiduría es más, es algo distinto y mejor que la inteligencia. Hay quien es inteligente y, sin embargo, no es sabio. Pero la sabiduría es también algo más y mejor que la ciencia, tal como se puede adquirir en los libros, en la escuela o en conferencias. Podéis creerme, yo vengo de la universidad y

sé algo de esto: hay eruditos, hombres llenos de ciencia y que, sin embargo, de ningún modo son sabios. La sabiduría es también algo más y mejor que la astucia. Hay quien en ciertas situaciones es muy astuto, pero resulta que con toda su astucia, no es sabio de ningún modo, sino muy necio.

¿Qué es la sabiduría? Sabiduría es conocimiento de la vida, y también se podría decir: arte de la vida. Conocimiento (Kunde) y arte (Kunst) derivan de poder (Können). Y el mayor conocimiento y el arte más difícil es éste: poder vivir. No hacer de su vida una confusión que lleva a la calamidad, sino algo auténtico. El que puede vivir con autenticidad es un sabio. Pero ¿cómo se llega a esta sabiduría y, por lo tanto, a poder vivir?

Se oye decir que para eso sólo es necesario hacerse viejo. ¡No lo creáis! Yo ya soy un hombre bastante viejo, y precisamente por esto sé que haciéndose viejo no se hace uno más sabio. La edad no protege de la necedad. También se oye decir que son las experiencias las que hacen sabio a un hombre. Pero, ¡Dios mío!, cuantas experiencias no habremos hecho ya todos nosotros, y con todo ¿nos hemos hecho sabios? ¡Las experiencias que han llegado a tener los pueblos de Europa y del mundo en estos últimos cincuenta años!, y ¿se han hecho por esto más sabios? Todavía otra cosa: algunos de vosotros habréis oído ya alguna vez la palabra “psicología”. Así es llamada una ciencia que estudia la vida psíquica del hombre, y muchos creen firmemente que si se entiende y se sabe aplicar, se hace uno sabio y conocedor de la vida. No quiero decir nada contra esta hermosa ciencia, pero por lo que he constatado en hombres muy ocupados y metidos en esta materia, me veo obligado a no aceptar que por medio de la psicología pueda uno hacerse sabio y conocedor de la vida. No, “primicia de la sabiduría es el respeto del Señor” acabamos de escuchar. Pero ¿qué es precisamente la sabiduría? ¿el conocimiento de la vida? ¿Cómo se relaciona con el respeto del Señor? Sobre esto vamos a reflexionar un poco.

Permitidme empezar con el recuerdo de una historia del antiguo testamento. Seguro que todos vosotros ya habéis oído el nombre del rey Salomón, así como tampoco os será desconocida la sabiduría con que este hombre estaba agraciado. Ahora bien, en el tercer capítulo del primer libro de los Reyes, se cuenta de él, que cuando era todavía muy joven tuvo un sueño en la ciudad de Gabaón. Nada menos que

el mismo Dios se le apareció y le dijo: “Pídeme lo que quieras. ¿Qué quieres que te dé?” ¿Verdad que parece un cuento?, y sin embargo, fue una cosa muy seria. Entonces, el joven Salomón no dijo algo así como: dame riqueza, gloria, victoria sobre mis enemigos, una larga vida, sino que respondió así a Dios: debo ser el rey de este gran pueblo de Israel, y soy todavía un niño que no sé valerme. Concédeme saber distinguir lo que es bueno de lo que es malo. Dame inteligencia para comprender lo que es justo. Y gustó a Dios lo que pidió Salomón, y le prometió: “te daré una mente sabia y prudente, como no la hubo antes de ti ni la habrá después de ti”. Y además quiso darle también lo que no había pedido: riquezas y fama “mayores que las de rey alguno, durante toda tu vida”. Entonces Salomón se despertó de su sueño, se fue a Jerusalem, ofreció a Dios un sacrificio y organizó una gran fiesta para sus servidores (1 Re 3, 5-15). Esta es la historia de Salomón, de cómo llegó a ser el sabio Salomón, el conocedor de la vida. ¿Qué aprendemos de esta historia?

Por de pronto esto: que Salomón fue sabio y ya lo era, al no creerse, como muchos jóvenes (y aun no tan jóvenes y hasta ancianos), que ya era sabio, sino que no se avergonzó de reconocer: “soy todavía un niño que no sabe valerse”, y por lo tanto pidió a Dios: “dame la sabiduría”. Quien no sabe ni admite que es un niño, una auténtica alma sencilla, quien se cree que ya ha comprendido, entendido, visto, éste con toda seguridad no es sabio. “Pretendiendo ser sabios resultaron unos necios” (Rom 1, 22). Es sabio, el que sabe, que tanto si es joven como si es viejo, es un niño que no sabe valerse. Es sabio el que atiende a lo que dice la estrofa: “No puedo ir solo, ni siquiera dar un paso”¹. Así pasa con la sabiduría: nadie la tiene. Nadie ya es sabio: ni en la cabeza, y menos aún en el corazón. Todos pueden llegar a serlo. Todos pueden y deben recibir la sabiduría, pero sólo podrán y deberán recibirla todos realmente, cuando extiendan hacia ella las manos vacías, para que les sea dada. Se necesita el respeto del Señor para este principio de todo conocimiento de la vida. Quien no respeta al Señor, ya con esto se traiciona, pues cree que no necesita que nadie le diga nada, porque él ya está enterado, y ya sabe aconsejarse a sí mismo.

1. De la estrofa 1.^a del cántico “So nimm denn meine Hände” de J. von Hausmann (1826-1901).

¡Que le dejen hacer, y él ya seguirá su camino! Quien no respeta al Señor, piensa y habla así. El que lo respeta, extiende sus manos, para dejarse regalar la inteligencia, el entendimiento, la sabiduría y, por lo tanto, el conocimiento de la vida, porque todavía no lo tiene de ningún modo.

Salomón también fue sabio porque deseó algo que no iba a necesitar para sí mismo, sino para los demás. El debía ser rey y debía gobernar, y precisamente todos sus pensamientos se dirigían ahí. El entendió su vida como un servicio que había de prestar no a sí mismo, sino a su pueblo, al pueblo de Dios. Y así, su única cuestión fue cómo podría prestar correctamente este servicio, cómo podría llegar a ser un rey auténtico: no una quinta rueda en el carro, ni un parásito, ni uno de aquellos elegantes maniqués que se ven en los escaparates de las tiendas de confección, sino un hombre en pleno sentido de la palabra, es decir, uno que se siente responsable entre, con y para sus semejantes y está lleno de buena voluntad y dispuesto a actuar por ellos. Salomón fue un hombre que comprendió que sólo podría ser un hombre verdadero y auténtico, haciéndose solidario de sus semejantes. Pero también comprendió que para ser uno más para sus semejantes, tenía necesidad de un corazón sensato y comprensivo. Y además, comprendió que él no tenía un corazón así, sino que sólo podía aceptarlo, recibirlo como un regalo. Por esto rezó. Y en esto precisamente él fue sabio, y ya lo era. Las cosas son así con la sabiduría. Pero se necesita el respeto del Señor para este principio. Quien no respeta al Señor, pensará y hablará de una manera completamente distinta. Dirá tal vez: ¿Qué necesito? ¿Cómo me las arreglaré? ¿Qué es lo que me gusta? ¿Qué es lo que se me antoja exquisito y agradable? Esto es lo que se pregunta quien no respeta al Señor, el necio. Por el contrario, quien respeta al Señor, le resuena en sus oídos el precepto: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y a tu prójimo como a ti mismo!” (Lc 10, 27), se encuentra totalmente y de por sí al servicio de este prójimo y pregunta: ¿cómo puedo realmente servirle de la mejor manera?

Además, Salomón también fue sabio, al desear que le fuese dado poder distinguir entre lo bueno y lo malo: entre lo que está encima y lo que está debajo, entre lo que viene primero y lo que viene después, entre lo que puede ocurrir en todas las circunstancias, y lo que bajo ninguna circunstancia puede ocurrir. De por sí es incomprensible que el hombre

sepa distinguir de esta manera. Seguro que por sí mismo no lo sabe. Pero para vivir su vida al servicio de los demás y ser apto para ello, debía saber esto. De otro modo, ¿cómo podría servirlos? De no saberlo, lo único que haría sería causar perjuicios y faltas a su alrededor. Precisamente por eso, el hombre deberá extender continuamente sus manos vacías. Y esto es precisamente lo que podrá pedir. Salomón fue sabio al pedir a Dios poder distinguir lo que es justo. Pero para eso, para este principio de la sabiduría, para la comprensión de que esto es importante, de que lo necesito, es necesario el respeto del Señor. Quien no respeta al Señor, se comportará de una manera totalmente distinta a este respecto. O bien no pedirá por aquel discernimiento, “confundiéndolo todo, la mano derecha, la mano izquierda”², tomando continuamente lo malo por lo bueno, como un ebrio que sigue su camino tambaleándose. O bien proseguirá su ruta, con una opinión demasiado segura sobre el bien y el mal, tieso como una regla, un auténtico fariseo, juzgando y condenando a diestro y siniestro según su propio parecer. Tan malo es lo uno como lo otro. Quien respeta al Señor, deseará saber con toda seriedad, pero lo deseará saber de parte de Dios, cómo distinguirá correctamente. Así pues, se gira hacia Dios, para que se lo otorgue.

Y por último, vamos a decir todavía una cosa de Salomón. Él fue y era sabio, al no desear exclusivamente sino sólo esto: un corazón sensato para prestar su servicio. Así pasa con la sabiduría: el hombre se recoge, se concentra en ella, y con sencillez se orienta totalmente a lo único necesario (cf. Lc 10, 42). Todo lo otro que pudiera parecer o ser bueno, sano, alegre para él, será incluido y en cierta manera estará escondido en este único necesario. Hemos oído cómo Salomón de ningún modo anduvo corto en este camino, y cómo recibió lo que no había pedido. Lo recibió en abundancia, precisamente porque no lo había pedido. El pidió confiado solamente esta única cosa: un corazón sensato, dis-

2. De la canción estudiantil “Auf dem Heimwege”, de Heinrich von Mühlner (1813-1874), estrofa 1.ª:

“¡Salgo ahora de la taberna! / ¡Calle, qué maravillosa me parece! / la mano derecha, la mano izquierda, ambas confundidas.

Calle, me doy bien cuenta, estás embriagada” en *Zofinger-Liederbuch. Ein schweizerisches Studenten - Liederbuch*, editado por la Zofingia (sección alemana), Bern 1926, p. 630.

cernir lo justo, lo que le era necesario para prestar su servicio como rey. Y en esto consistió precisamente su sabiduría. Pero se necesita el respeto del Señor para un principio de la sabiduría como éste, y por lo tanto del conocimiento de la vida ¿Cómo podría saber el que no respeta al Señor, que una sola cosa, y sólo una sola cosa es necesaria? ¿Cómo no sería de la opinión de que debería ir tras esto o tras lo otro, abarcarlo todo, agitado, para no perder el negocio? El que respeta al Señor, no busca ni desea muchas cosas, sino simplemente lo único: con toda seguridad lo tendrá y lo recibirá todo.

Pero ¿qué es propiamente el respeto o temor del Señor, que es primicia de la sabiduría?

Hay muchos falsos temores, con los que no se debe confundir el temor del Señor, que mucho mejor se podrían llamar simplemente miedos: miedo de gente mala, peligrosa, miedo de los fantasmas, miedo de la muerte, miedo de la bomba atómica, miedo de los rusos, finalmente, miedo de sí mismo, porque uno no sabe valerse, y, con todo, no quiere admitirlo. Notad bien: todos estos temores no son la primicia sino más bien el fin de toda sabiduría. Nada tienen que ver con el temor (respeto) del Señor, nada en absoluto, tan cierto como en todos aquellos miedos nada tenemos que ver con Dios, el auténtico Señor, sino con toda clase de pequeños y falsos señores. Contra todos estos miedos podemos y es nuestro deber mantenernos en las palabras del evangelio, cuando dice que no hemos de tener miedo (Mt 10, 26.28, y otras). La sabiduría que viene del temor de Dios, es el fin de todos estos miedos.

Pero también existe un temor de Dios falso, sólo aparente, con el que con mayor razón no debe confundirse el respeto del Señor, un temor que podría llamarse mucho mejor un miedo: el miedo de Dios, porque es tan grande y fuerte, mientras que nosotros somos tan pequeños y débiles. O el miedo de Dios, porque nos podría acusar como un fiscal sobrehumano y condenarnos como un sobrehumano presidente de tribunal criminal, más alto que el cielo. O miedo de Dios, porque al fin, nos podría meter en el infierno para siempre. Todo esto nada tiene que ver con el temor del Señor, absolutamente nada. Cuando era niño, muy pequeño, tenía una maestra de escuela dominical, sensata pero algo imprudente, que consideraba correcto ofrecernos a nosotros, niños, una descripción exacta del infierno y de los castigos

eternos que esperan allí a los malos. Es natural que esto nos interesara y nos excitara también bastante. Pero ninguno de nosotros, entonces niños, aprendió de esta manera, por descontento, el temor del Señor que es primicia de la sabiduría. Cuando uno piensa así de Dios, seguro que se escapará por la pequeña puerta trasera, y podrá consolarse diciéndose que no debería ser todo tan malo. También se dice en el evangelio, contra este falso temor de Dios, ¡no temáis! Y cierto, la sabiduría es el fin de todos estos falsos temores de Dios.

¿Qué es el auténtico temor del Señor?

Permitidme volver al salmo 111 (110) que os he leído al principio. Es digno de notar, y sumamente importante, que este salmo que acaba hablando del respeto (temor) del Señor, empieza con las palabras: “¡Aleluya! ¡Doy gracias al Señor de todo corazón!” (v. 1) y prosigue: “ha hecho maravillas memorables, el Señor es piadoso y clemente: él da alimento a sus fieles (a los que le temen) recordando siempre su alianza” (v. 4s). Y entonces se dice más adelante: “Sus acciones son fieles y sinceras, todos sus preceptos merecen confianza” (v. 7) y más adelante, inmediatamente antes de nuestro texto: “envió la redención a su pueblo: ratificó para siempre su alianza” (v. 9). Y precisamente después de todo esto viene la palabra del temor (respeto) del Señor. Así pues, esto es lo que pasa con el temor del Señor: viene, nace, cuando un hombre descubre que Dios es *éste* y que hace *esto* que nosotros oímos decir en este salmo.

Se trata ya de un auténtico descubrimiento, cuando a un hombre súbitamente le es dado situarse ante todo esto como ante una realidad, como Colón, quien al querer alcanzar la India, dio al mismo tiempo con el continente americano. Yo no esperaba *esto*, no *lo* sabía, nadie me *lo* había dicho aún, nunca hubiera llegado *ahí* por mí mismo: que Dios es *quien* hace *esto*. Salomón se encontró ante esta realidad, ante todas las cosas buenas y magníficas que Dios había hecho a su pueblo, a su padre David y, por último, a él mismo. Ante esta maravillosa realidad respetó al Señor. Y en este respeto (temor) del Señor, llegó a ser el sabio Salomón.

El auténtico temor del Señor es el asombro, la admiración, y también el espanto, la sacudida que sobrecogen a los hombres que hacen el descubrimiento de que Dios desde la eternidad no los ha odiado ni amenazado, a mí y a ti, sino que los ha amado y escogido, que se ha unido con ellos,

conmigo y contigo, que fue su ayuda, mucho antes de que lo supiesen, y que quiere seguir siéndolo. El temor del Señor viene del descubrimiento de que el Dios altísimo y eterno, ha entregado por nosotros, por mí y por ti, a su querido Hijo, ha tomado sobre sí toda nuestra culpa, toda nuestra miseria, y de esta manera la ha apartado de nosotros; que él, de éste su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, ha hecho nuestro hermano, para que así podamos llamarlo a él nuestro Padre y nosotros podamos llamarnos hijos suyos. El temor del Señor viene del descubrimiento de que esto yo no lo he merecido, que me ha ocurrido por la simple y libre bondad de Dios, aparte y en contra de todo lo que yo hubiera podido merecer. El respeto del Señor viene del descubrimiento de que entre mí y Dios las cosas van así, de que realmente esto yo no lo he sabido, de que tal vez alguna vez lo haya percibido como de lejos, olvidándolo de nuevo y he seguido viviendo como si esto no fuera así y a mí no me incumbiese. Y entonces, el temor del Señor viene del descubrimiento de que ya es hora de despertarse del sueño, de levantarse, y de seguir viviendo como los hombres que realmente somos: hombres amados y escogidos de Dios, hermanos y hermanas de Jesucristo, librados por él de nuestros pecados y de nuestra miseria. El respeto del Señor viene del descubrimiento de que Dios nos llama a sí, y su llamada es lo suficientemente fuerte, para que nos sintamos obligados a despertarnos y a levantarnos, y para poder empezar a vivir como hijos suyos. Este ya es un auténtico temor, un auténtico espanto y horror, pero que nada tiene que ver con el miedo estúpido de que hablábamos antes, más bien está lleno de un gozo tranquilo y secreto. Es el temor que viene del agradecimiento. Este respeto del Señor es primicia de sabiduría: aquella primicia con la que todos podemos empezar. Todos, hasta el peor y el más necio de los hombres puede empezar simplemente así: hoy, mañana, todos los días, puede llegar a ser un conocedor de la vida; casi diría: un artista de la vida, un pequeño Salomón. "Aciertan los que lo traducen en obras (este respeto del Señor)", es lo que sigue a continuación de nuestro texto. Y más aún: "El elogio del Señor dura por siempre" (v. 10). En esta vida vive ya más allá de su muerte. Le es dado ya aquí y ahora empezar a vivir en la eternidad.

Y ahora, queridos hermanos y hermanas, sólo me queda una cosa por hacer: preguntaros a todos vosotros ¿Habéis

hecho ya vosotros también el descubrimiento del que evidentemente se sigue el respeto del Señor como primicia de sabiduría? ¿Qué me contestaríais? Pero una cosa es segura: no hay nadie entre nosotros que no pueda ni le haya sido dado hacer este descubrimiento y, por lo tanto, nadie que no pueda ni le haya sido dado conocer este temor del Señor, ni nadie que no pueda hacer de él el principio de la sabiduría y, por lo tanto, nadie a quien le sea negado vivir en este tiempo para la eternidad. Fiaros de lo que digo: ¡nadie! Tan cierto como Jesucristo ha muerto y ha resucitado por todos nosotros. Amén.

¡Señor Dios nuestro, nuestro querido Padre en Jesucristo! Esto que acabamos de hablar y que hemos escuchado, puede iluminarnos y afectarnos a todos nosotros ahora, al instante. Pero únicamente tú puedes hacer que esto suceda realmente. Y para que tú lo hagas, te pedimos: que nos permitas descubrir quién eres tú y qué es lo que tú haces, que suscites en nosotros tu temor, que proviene del agradecimiento, que se convierta en primicia de sabiduría este auténtico temor tuyo, y que por lo tanto podamos y nos sea dado levantar nuestras cabezas y vivir auténticamente. Sólo tú puedes darnos esto. Así pues, danoslo. ¡Oh tú, Dios nuestro, Dios de fidelidad!

Y ahora te pedimos además, que te intereses en tu gracia, grande y poderosa, por todos los hombres que viven en esta casa, también por sus familiares, por todos los demás que están atribulados, se sienten combatidos y tentados, por todos los enfermos, por los que se sienten solos y abandonados, por todos aquellos que en esta ciudad y en nuestro país han de gobernar, administrar, juzgar, enseñar y escribir en los periódicos, también por los poderosos y por los pueblos del Este y del Oeste: que no se provoquen a la guerra, sino que quieran pensar en la paz, y, finalmente, por todas las iglesias cristianas aquí y en todo el mundo, por nuestra iglesia evangélica, así como también por la iglesia católica y por todas las otras comunidades: que todas puedan servirte en orden, infatigablemente y con alegría a ti y a tu palabra, y de esta manera, a los hombres.

¡Oh Señor!, ¿qué sería de nosotros sin ti, y qué sería de todo lo que nosotros, los hombres, aquí y en todas partes intentamos hacer con tanta flaqueza y de una manera tan absurda? Nosotros solamente confiamos en ti, Señor, ten piedad de nosotros. Amén.

El que está de nuestra parte

Lucas 2, 7

Navidad de 1958, cárcel de Basilea

¡Señor, Dios nuestro! Tú no quieres habitar sólo en el cielo, sino también en la tierra, con nosotros; no quieres ser únicamente elevado y grande, sino pequeño y humilde como nosotros; no sólo dominar, sino servirnos; no sólo ser Dios en la eternidad, sino nacer, vivir y morir como hombre.

En tu querido Hijo, nuestro Salvador, Jesucristo, te has dado nada menos que a ti mismo a nosotros como un regalo, para que te perteneciéramos totalmente a ti. A todos nos interesa, no habiéndolo merecido ninguno de nosotros. ¿Qué más podemos hacer, sino admirarnos, alegrarnos, estar agradecidos, y mantenernos firmes en lo que tú has hecho en nosotros?

Nosotros te pedimos: haz que en esta hora, se realice esto de verdad entre nosotros y en todos nosotros. Haz que seamos una auténtica comunidad que celebra Navidad con oraciones y cánticos, hablando y escuchando en una actitud noble, abierta, espontánea, y que seamos una auténtica comunidad que celebra la cena del Señor, con un hambre intensa. Padre nuestro...

*Y dio a luz a su hijo primogénito;
lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre,
porque no encontraron sitio en la posada*

Queridos hermanos y hermanas:

Permitidme que empiece enseguida con lo principal. ¿Quién es el que entonces nació como hijo primogénito de María, fue envuelto en pañales y acostado en un pesebre? ¿Quién es? No digo: ¿Quién fue? Navidad no es el día del

nacimiento de un hombre, que vivió hace ya muchísimo tiempo, que murió y pasó volando, y al que cada cien años se le prepara un jubileo. Sí, él vivió en un tiempo, es verdad, murió –y de qué manera!–, pero también resucitó de entre los muertos, y vive y reina y habla, y en esta hora está aquí, en medio de nosotros, más próximo a cada uno de nosotros de lo que cada uno pueda serlo a sí mismo. Así pues: ¿Quién es? La respuesta a esta pregunta es el *mensaje de Navidad*.

Y por esta vez voy a dar ahora la respuesta de una manera muy sencilla: El que nació entonces, es el que está de tu parte –y de mi parte también–, es el que está de nuestra parte, de la de todos. No digo: *uno* que actúa así, sino que digo: *el que* está de nuestra parte. Y de qué manera lo hace: sin pensar en absoluto en sí mismo, y con gran poder, y sólo lo hace *uno*, solamente lo hace éste, precisamente él, el que nació entonces.

Permitid que lo diga de una manera totalmente personal: ¡él está de tu parte, y de la tuya, y de la tuya! Y si lo digo así, que cada uno de vosotros piense: esto, precisamente esto, me interesa. Así pues, él está de tu parte. ¿Verdad que te gustaría que alguien estuviese de tu parte de una manera tan auténtica? Esto es lo que tú anhelas fundamentalmente, esto es lo que tú deseas para ti. Tú no puedes existir sin un hombre que esté a tu lado. Y te preguntas: ¿Quién hay que pueda y quiera estar de una manera tan auténtica de mi parte? Y seguro que entonces se te ha presentado ya esta otra cuestión: ¿existirá uno, o no habrá nadie que para mí quiera ser o hacer esto? ¿Soy yo quizás indiferente para todos? ¿Pasan todos por mi lado de largo, como el sacerdote y el levita de la parábola (Lc 10, 31s)? ¿tal vez están todos contra mí? Y cuando tú te has preguntado todo esto, se ha precipitado sobre ti una gran soledad y te has sentido totalmente abandonado. Y entonces has andado cerca del gran error: nadie será ni hará esto para mí, por lo tanto voy a ser yo mismo quien esté de mi parte. Pero precisamente éste es el mayor, el máximo error. Uno que se está ahogando no se puede agarrar a sí mismo por los cabellos y sacarse del agua. Tú tampoco puedes hacerlo. Debes ser ayudado por otro.

Y he aquí el *mensaje de Navidad*: este otro que está de tu parte y te ayuda, vive y está aquí. El es el que nació entonces. Abre los ojos, los oídos, el corazón: te es dado

a ti ver, oír y experimentar, que él está ahí y que él está realmente de tu parte, como nadie puede hacerlo: ¡totalmente y para siempre contigo!

Y él está de tu parte sin segundas intenciones, sin pensar en sí mismo. Quizás te has preguntado hace un momento: ¿Es para tanto? Este o aquel hombre podrían estar ahí y ponerse de mi parte. Sí, no hay duda. Pero ¿no hay una sombra entre tú y él, aun cuando fuera el más amable de los hombres? Tal vez está de tu parte mientras esto le produzca satisfacción, quizás para que tú también te pongas de su parte, acaso porque le hace bien a sí mismo. Pero te das cuenta de que, fundamentalmente, él piensa primero en sí mismo, no está de mi parte, él es el prójimo para sí mismo. Y cuando tú lo constatas, tu soledad sigue ahí con mucha más razón aún.

Pero he aquí el *mensaje de Navidad*: el que nació entonces, está de tu parte, sin pensar en sí mismo. Absolutamente. Realmente no quiere nada de ti. Sólo te quiere a ti mismo.

Nada, nada te ha impulsado
a venir a mí, desde tu tabernáculo del cielo
sino tu amor fiel
con el que tan fuertemente
has abrazado a todo el mundo
en sus mil calamidades
y en su gran carga de lamentos,
amor que sobrepasa lo que hombre alguno pueda decir.¹

Precisamente él es el que nació entonces, y se hizo tu prójimo como ningún otro pudiera serlo: tu prójimo, tu amigo, tu hermano. El, con esto, no gana nada. El no piensa en sí mismo. El piensa en ti, y sólo en ti.

Y está de tu parte con gran poder. Sí, podría ser que, a fin de cuentas, hubiese alguien que sinceramente estuviera de tu parte. Pero en el mejor de los casos, sólo sería un hombre que no puede tener más poder del que un hombre puede tener. Querrá de verdad ayudarte y, en parte, lo hace. Pero en lo más profundo, aquel hombre podrá ayu-

1. Estrofa 5 del cántico 104 (EKG 10) "Wie soll ich dich empfangen" (1653) de P. Gerhardt (en el verso 7 "die kein Mund kann aussagen").

darle sólo muy poco y, en último término, absolutamente nada. Un ejemplo sencillo: tú estás ahí sentado, y yo estoy delante de ti. Y de todo corazón querría estar de tu parte, y tú puedes darle cuenta de esto, y puedes también creerme, y podría ser que yo ahora te consolara un poquitín, y comunicarte un poco de alegría explicándote algo de la Navidad. Pero que quede bien claro: en realidad y auténticamente, no te puedo ayudar. Yo no puedo arreglar tu vida. No te puedo salvar. Ningún hombre puede salvar a otro. En este sentido estricto, nadie puede estar de parte del otro.

Pero ahora veamos el *mensaje de Navidad*: el que nació entonces, no es solamente el hijo de María, sino que es el Hijo de Dios. Y si él está de tu parte, lo hace con el más elevado poder: con el poder para ayudarte en todas y cada una de las circunstancias, con el poder para hacerte totalmente transparente, para defenderte de cualquiera y, sobre todo, de tu peor enemigo, que eres tú mismo. El está de tu parte, para ayudarte auténtica y realmente, para apoyarte, para salvarte y, por lo tanto, para darte no sólo una pequeña alegría, sino la grande e inmutable alegría. Solamente él puede dártela, y puede dártela realmente. El está de tu parte, con el poder de ir guiándote a través de esta vida y para llevarte después, a través de la muerte, a la vida eterna.

Así pues, el que nació entonces es tu salvador, mi salvador, el salvador de todos nosotros: el primogénito de María, de quien la Biblia dice en otra parte: nacido antes que toda criatura (Col 1, 15). El, "Cristo el salvador está ahí".²

Pero escuchamos todavía otra cosa, sobre la que también debemos dirigir nuestra atención. A saber, se dice que José y María no encontraron sitio en la posada: no encontraron sitio para aquel que iba a nacer y realmente nació, no encontraron sitio para aquel que sin pensar en sí mismo, está de nuestra parte con el más elevado poder. Para él, no encontraron sitio en la posada.

La posada en aquel entonces, era algo así como lo que hoy día podríamos llamar un hotel modesto o, algo mejor, una hermosa, o no tan hermosa casa, con habitaciones para huéspedes, comedor y salas de estar, en la que también hoy podría haber un gran garaje. En todo caso, un lugar confor-

2. De la segunda estrofa de la canción "Stille Nacht, heilige Nacht", de J. Mohr (1792-1848).

table, donde uno podía parar, descansar y satisfacer cómodamente sus necesidades. Pues precisamente en este lugar bueno y confortable, por desgracia, no había sitio para el niño que entonces iba a nacer, no había sitio para este huésped. Claro está que había allá muchas otras personas, y mejores. ¡Lástima! ¡Lástima por esta posada! Por esto Jesucristo no pudo nacer allí, sino que fue a nacer en un lugar totalmente distinto.

Pero ¿cómo sucede esto hoy, aquí, ahora, con nosotros? El salvador no necesita volver a nacer. El nació una vez para siempre. Pero el querría *hospedarse* en nosotros, los hombres, estando como está de su parte de una manera tan fiel y poderosa, siendo como es su salvador. Pero ¿cómo andan nuestras diferentes posadas? El ayuntamiento, el casino³, la universidad podrían ser muy bien estas posadas. Lo mismo que las numerosas casas privadas y apartamentos, tabernas y comercios, tanto en la grande como en la pequeña Basilea⁴. O el palacio de la Confederación en Berna⁵, o el Kremlin en Moscú, o el Vaticano en Roma, o la Casa Blanca en Washington. Simples posadas en las que él desearía hospedarse. ¿Por qué no? En todas estas casas –también en esta casa, en sus talleres de trabajo y en sus celdas– viven hombres. Y él ha puesto sin duda alguna su mirada sobre los hombres, sobre todos estos hombres. Precisamente está él de su parte, de nuestra parte, con toda su gran fidelidad y poder.

Pero, ¿y si tampoco en estas posadas hubiera lugar para él? Porque en ellas podría haber gente mejor situada, mejor ocupada, mejor instruida, que no tienen sitio alguno para él, personas que no se dan cuenta en absoluto de quién es el que quiere hospedarse, precisamente aquel que está de su parte y de quien absolutamente todos tienen urgente necesidad. ¿Qué pasará si las puertas de todas nuestras posadas siguen cerradas para él? Y ¿qué, si allá adentro, por no poderse hospedar él con nosotros, todo, todo se queda en lo viejo? ¿Quizás también en esta casa, precisamente en la celda en que tú vives? Y ¿qué, si él pasara de largo, a lugares totalmente distintos, a gentes totalmente diferentes, muy

3. Edificio con tres salas de concierto y restaurante, en Basilea.

4. Gross - y Kleinbasel (grande y pequeña Basilea): las partes de Basilea a la izquierda y a la derecha del Rin, respectivamente.

5. Sede del gobierno de la Confederación Suiza.

lejos, tal vez a Africa o a Asia? En este momento pienso en un querido amigo en el Japón, que precisamente ha sido bautizado en estos días, después de haber estado pensando durante 25 años, si debía hacerlo o no⁶. Ahora lo ha hecho, y otros, lejos, muy lejos de aquí, hacen lo mismo. ¿Qué pasaría si él pasara de largo por nuestras posadas cerradas? ¿Qué diremos a eso?

Hay también un *mensaje de Navidad*, para las posadas y para los hombres que en ellas viven: “Mira que estoy a la puerta llamando: si uno me oye y me abre, entraré en su casa y cenaremos juntos” (Ap 3, 20). Así es, si... El mensaje de Navidad se convierte claramente en un gran interrogante, cuando uno piensa en nuestras diferentes posadas.

Pero no querría acabar yo ahora con este interrogante. Pues afortunadamente, hay una tercera cosa a tener en cuenta. El hecho de no encontrar sitio en la posada, no le ha impedido en modo alguno nacer en otra parte, en otra parte completamente distinta. Oímos hablar de un pesebre. Nos encontramos, es claro, en un establo, o en un lugar al aire libre, donde se da de comer al ganado; en todo caso, no se trata de ningún modo de un lugar bonito y confortable, en donde uno podría encontrarse a gusto como hombre porque parece agradable, cómodo y placentero, o digno de la condición humana. No, era un lugar, que, comparado con él, las celdas de esta casa, podríamos decir con toda verosimilitud, son lujosas; junto a los animales, tal como lo han representado muchos pintores: ¡el buey y el asno lo más cerca! En este lugar oscuro nació Jesucristo, como fue a morir en un lugar muy semejante, mucho más oscuro todavía. Allí, en el pesebre, en el establo, junto al ganado, ocurrió que el cielo se abrió sobre la tierra tenebrosa: que Dios se hizo hombre, para estar totalmente con nosotros y por nosotros. Esto es lo que allí ocurrió; nosotros recibimos allí a este hombre como nosotros, este prójimo, este amigo, este hermano. Allá ocurrió esto. Y a Dios gracias, los padres y el niño, que no encontraron sitio en la posada, recibieron y tuvieron este otro lugar, en donde pudo ocurrir y ocurrió esto.

Y gracias a Dios que, cuando se trata de hospedar al salvador en nuestra casa, también existe en nuestra vida un lugar totalmente distinto, en el que el salvador no pregunta

primero, ni se está afuera llamando a la puerta, sino que entra simplemente, allá donde él ya había entrado secretamente, y sólo espera que lo reconozcamos y nos alegremos de su presencia. ¿Cuál es este lugar en nuestra vida? No pienses en algo noble, hermoso, como podrías imaginarte, o en algo justo en tu vida y tu actuar, representándote a ti mismo, en todo caso, digno de confianza y preparado a recibir al salvador. Eso no. El lugar donde el salvador se hospeda con nosotros tiene de común con el establo de Belén que tampoco es hermoso, sino bastante abandonado: en absoluto íntimo, sino verdaderamente lúgubre, totalmente indigno de los hombres, y en la proximidad de los animales. Mirad, nuestras suntuosas o modestas posadas (y nosotros, los que en ellas vivimos) no son otra cosa sino la superficie de nuestra vida. Debajo está escondida una profundidad, un fondo, sí, un abismo. Y allá abajo, estamos nosotros, los hombres, todos sin excepción, cada uno a su modo, pobres mendicantes, moribundos; sencillamente, gente que ya no saben qué hacer.

Y precisamente en esta situación, Jesucristo se hospeda en nosotros, más aún: él ya ha entrado en nosotros allí. Sí, demos gracias a Dios por este lugar oscuro, por este pesebre, por este establo que existe también en nuestra vida. Allá abajo tenemos necesidad de él, y precisamente allí él puede servirse de nosotros, de cada uno de nosotros. Allí somos nosotros las personas adecuadas para él. Sólo espera que lo veamos, que lo reconozcamos, que creamos en él, que lo amemos. Allí nos saluda. Y no nos queda otro remedio que devolverle el saludo y darle la bienvenida. No nos avergoncemos de estar allá abajo muy cerca del buey y del asno. Precisamente es allí donde él está decididamente de nuestra parte. En este lugar tenebroso quiere él celebrar y celebrará con nosotros la santa cena, al igual que a nosotros nos es dado celebrarla con él. Y esto es lo que después, con él y todos juntos, podremos hacer. Amén.

¡Señor, Dios nuestro; Si tenemos miedo, no permitas que dudemos. Si estamos desengañados, no permitas que nos amarguemos. Si hemos caído, no permitas que nos quedemos en el suelo. Si ya no podemos más con nuestro entendimiento y con nuestras fuerzas, no permitas que perezcamos. No, haznos sentir entonces tu proximidad y tu amor, esta proximidad y este amor que tú precisamente has prometido a los de corazón humilde y destrozado y a los que respetan tu palabra. Sí, tu querido Hijo ha venido a todos los hombres,

a los que se encuentran en esta situación. Y precisamente porque todos nosotros nos encontramos en esta situación, ha nacido en un establo y ha muerto en la cruz. Señor, despiértanos a todos nosotros y manténnos atentos a este conocimiento y a esta confesión.

Y ahora pensamos en todas las tinieblas y todos los sufrimientos de este nuestro tiempo; en los muchos errores y equivocaciones, que nos azotan a nosotros, los hombres, como una plaga; en toda la dureza que han de soportar tantos, sin consuelo; en todos los grandes peligros que amenazan al mundo, sin saber de qué manera deberán afrontarlos. Pensamos en los enfermos y en los perturbados mentales, en los pobres, en los desterrados, en los oprimidos y en los que sufren la injusticia, en los niños que no tienen padres, o que si los tienen, son como si no los tuvieran. Y pensamos en todos los que tienen la vocación de ayudar, en cuanto a los hombres les es posible hacerlo: en los hombres de gobierno de nuestro país y de todos los países, en los jueces y funcionarios, en los maestros y educadores, en los hombres que escriben libros y han de escribir en los diarios, en los médicos y enfermeras en los hospitales, en los predicadores de tu palabra en las diferentes iglesias y comunidades, tanto las que están cerca como las que están lejos. Pensamos en todos ellos con la súplica de que la luz de la Navidad pueda brillar para ellos y para nosotros, clara, mucho más clara que hasta ahora, y así sirva de ayuda a ellos y a nosotros. Todo esto, en nombre del Salvador, en quien tú ya nos has escuchado, y quieres siempre escucharnos. Amén.

Muerte, pero vida

Romanos 6, 23

Domingo de Pascua, 29 de marzo de 1959, cárcel de Basilea

¡Señor, Dios nuestro! Te damos gracias porque podemos celebrar ahora juntos la pascua. Te damos gracias porque tú eres para nosotros un Dios inconcebiblemente grande, santo y misericordioso. Cuando nosotros, los hombres, rechazamos a tu querido Hijo, lo condenamos y le dimos muerte, tú estabas entonces actuando de verdad, para proporcionar en él paz al mundo, a todos nosotros. Y lo has resucitado de la muerte y del sepulcro para que fuese un eterno testimonio de que tú, el creador y Señor de todas las cosas, no estás contra nosotros, sino que estás por nosotros, hombres insensatos, malos y atribulados. Te damos gracias por esta palabra de tu poder, y porque nosotros, sin que ninguno de nosotros lo hayamos merecido, podemos hoy proclamarla y escucharla.

Y ahora, hazte presente tú mismo en medio de nosotros, y concede que aquí se hable y se escuche como es debido. Condúcenos tú mismo junto contigo y también con los demás, para que ahora, como un solo corazón, seamos libres y estemos abiertos, para amarte como tú nos has amado, nos amas y nos amarás; y por tanto, estemos y nos mantengamos atentos en humilde obediencia y con gozosa confianza.

Te lo pedimos en nombre de Jesucristo, según cuya enseñanza te invocamos ahora: Padre nuestro...

El pecado paga con la muerte, mientras Dios regala vida eterna por medio de Cristo, Jesús Señor nuestro

Queridos hermanos y hermanas:

¿Lo habéis oído bien? ¡*Muerte, pero vida!* Cuando en estos días nos deseamos mutuamente “buena pascua” o “fe-

lices pascuas”, tenemos que considerar que se trata de una cosa muy grande: muerte, pero vida. Estas son dos palabras que en la Biblia aparecen juntas en otros pasajes, de manera impresionante. Como en la segunda carta a Timoteo (1, 10), donde se dice: “Jesucristo ha aniquilado la muerte y ha irradiado vida e inmortalidad”. O en el evangelio de san Juan (5, 24), en palabras del mismo Jesús: “Quien oye mi mensaje y da fe al que me envió... ha pasado de la muerte a la vida”. O en la primera carta de san Juan (3, 14), en una confesión de fe de la comunidad: “Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida”. Y ahora en nuestro texto, en palabras del apóstol Pablo: “el pecado paga con la muerte, mientras Dios regala vida eterna por medio de Cristo Jesús, Señor nuestro”.

Fijémonos en la palabra “*mientras*”. Vida y muerte no son simplemente dos palabras, conceptos, ideas, sino que lo que con ellas se describe es un camino, una historia, ocurrida en nuestro Señor Jesucristo en la mañana de pascua, en su resurrección de entre los muertos. Ocurrida entonces de una vez para siempre, ocurrida entonces en él, pero también para nosotros, de manera que lo que sucedió entonces, es también nuestra historia: “muerte, pero vida, vida eterna”, y por esto: “nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida”.

Fijémonos también en el *orden de las palabras*. No se dice: vida y luego muerte. No se dice: de la vida a la muerte. Sí, a decir verdad, éste sería nuestro plan de viaje. Primero se es joven, después uno se hace mayor y llega a anciano; uno es un poco feliz, y también más a menudo, infeliz; se hace algo bueno y con mucha más frecuencia algo malo, para morir finalmente e ir a pudrirse en algún cementerio o ser esparcido a todos los vientos en el crematorio. Este es nuestro plan de viaje, pero el plan de viaje de Dios se presenta de otra manera. La historia de pascua empezó con muerte y sepulcro, pero entonces vino el “*mientras*”, entonces se dijo: ¡adelante! en una carretera de dirección única, en la que no había posibilidad de volver atrás, hacia la vida, la vida eterna. Como se dice en uno de nuestros cánticos de pascua:

Hubo una guerra fantástica,
lucharon la muerte y la vida;
la vida obtuvo la victoria
y se tragó la muerte.

La Escritura nos ha anunciado cómo una muerte devoró a la otra. ¡Aleluya!

Esto es lo que en la historia de pascua sucedió en Jesucristo. Pero vamos a reflexionar ahora sobre esto detalladamente y en particular.

El pecado paga con la muerte. Con este principio de la historia de pascua, tendremos que empezar también nosotros ahora.

A la *paga* del pecado se le llama la muerte. Se podría decir también: la recompensa, la remuneración, el sueldo que el pecado paga a aquellos que están a su servicio, que trabajan para él. Es digno de notarse que aquí el pecado se nos presenta como el aposentador en el ejército, o como el que proporciona trabajo en un comercio, o como su cajero que paga a sus trabajadores y empleados: aquí tienes lo que con todo derecho te pertenece, lo que has ganado con tu trabajo. ¿Concuerda la factura? Te aprecia exactamente según tu valor. Es exacta: esto es lo que tú te has merecido, aquí lo tienes: la muerte, ni más ni menos, sólo esto.

Pero ¿qué clase de aposentador o donador de trabajo es éste, el *pecado*, que paga de una manera tan espléndida? Podemos pensar ahora en todo lo erróneo, tergiversado, estúpido, egoísta, desagradable y malo que el hombre lleva a cabo, piensa, habla y hace. En todas estas cosas aparece el pecado en acción como en el árbol aparecen sus frutos. Pero todas estas cosas no son aún el mismo pecado, que paga con la muerte. El pecado no es solamente lo malo que nosotros hacemos. El pecado es lo malo en nosotros, lo malo que nosotros *somos*. ¿Lo llamaremos nuestro orgullo o nuestra pereza, o la mentira en que vivimos? Por esta vez llamémoslo con toda simplicidad la gran obstinación con la que todos somos y seguimos siendo siempre enemigos de Dios, de los demás hombres y de nosotros mismos. Ésta obstinación que hay en todos nosotros es el pecado, y es el señor y dueño a quien servimos, para el que trabajamos, y que nos paga con la muerte. Este señor y dueño no tiene otra recompensa para ofrecernos, sino la muerte, y nosotros no hemos

1. Estrofa 4 del cántico 159 (EKG 76) "Christ lag in Todesbanden" (1524) de M. Luther, con pequeñas variaciones textuales y dejando el último verso "ein Spott der Tod (EKG: aus dem Tod ist worden. Halleluja)" "La muerte se ha convertido en burla"; o "Se ha burlado de la muerte".

merecido otra. Pero él no nos queda a deber esta recompensa, y en esto no hay contradicción alguna.

Y ¿qué es la *muerte*, como recompensa con que nos paga el pecado? También aquí hemos de ir un poco más allá de lo que se nos ocurre en el primer momento, cuando oímos la palabra "muerte". No se trata de que hemos de morir. La muerte es algo mucho más grande y peligroso. La muerte es el gran no, que se levanta sobre nuestras vidas humanas como una sombra pesada y oscura, siguiéndola en todos sus movimientos, es el juicio que se formula así: Oh hombre, tu vida, o lo que tú consideras ser tu vida, no tiene ningún sentido, porque no tiene ningún derecho y, por lo tanto, no puede durar. Tu vida es una vida que ha sido negada, rechazada: una vida que no tiene ningún valor para Dios, para los demás hombres, para ti mismo. "Muerte" significa que este "no" ha sido pronunciado sobre nosotros. "Muerte" significa que nosotros sólo podemos pasar y corrompernos, convertirnos en polvo y ceniza. Esta es la muerte con que nos paga el pecado. Este no, este juicio, está en nuestra papeleta de pagos. Y por la muerte que tendremos que sufrir un día, aparecerá y se hará manifiesto: el pecado paga con la muerte.

Pues bien, precisamente, ésta es *nuestra* historia. Y también puede decirse con propiedad que toda la historia universal es una demostración única de que el pecado paga con la muerte. Pero dejemos ahora de lado la historia universal. Así y todo, cuando uno la comprende mejor, es cuando uno piensa en la historia de su propia vida. Y para todos nosotros está claro con toda evidencia que el pecado paga con la muerte.

Pero ahora, poned toda vuestra atención: mirad, Jesucristo estuvo en el sepulcro como un muerto al principio de la historia de pascua; sufrió, fue crucificado, murió y fue sepultado, porque quería que ésta *nuestra* historia se convirtiera en *su* historia, porque tomó sobre sí nuestro pecado, como si él lo hubiese cometido, y él se prestó y se dispuso a recibir del pecado, en lugar nuestro, la recompensa que el pecado paga. Esto es lo que él ha querido hacer. Por esto la historia de pascua empezó con Jesucristo yaciendo en el sepulcro. Todos nosotros yacíamos allí. La recompensa de *nuestro* pecado se pagó allí. *Nuestra* muerte ocurrió allí en lugar nuestro. El no que está en vigor y que nos toca a *nosotros*, hizo entonces irrupción violentamente en él, en este único que no era un pecador y que no había merecido la muerte, y se consumó en él hasta el desenlace fatal.

Mientras Dios regala vida eterna. Hemos hablado del principio funesto de la historia de pascua. Este es su magnífico fin, su avanzar maravilloso, la carretera de dirección única por la que transcurre esta historia, y a la que nosotros somos trasladados en esta historia: el camino en el que nosotros ya no podemos tener delante, sino que dejamos atrás, junto con el pecado, a la muerte, que es el sueldo del pecado.

Vida eterna: es a donde se dirigió el viaje, y es allí a donde se dirige nuestro viaje, porque la historia de pascua ocurrió también para nosotros. No retrocedáis, queridos hermanos y hermanas, no vayáis a parar de nuevo a una vida en donde de nuevo nos pusiéramos a trabajar en servicio del pecado, de nuestra mala obstinación, y tuviéramos que recibir de nuevo la muerte como recompensa del pecado. ¡No, al otro lado, hacia la vida eterna! Vida eterna es la vida del hombre a la que Dios ha dicho sí, y un sí definitivo, incondicionado y sin reservas, y del que nunca más podrá ya desdecirse. Vida eterna es la vida del hombre vivida con Dios en su luz resplandeciente, nutrida y alimentada por la vida del mismo Dios. Vida eterna es la vida del hombre, trasladada al servicio de Dios y, por lo tanto, al servicio también de los demás, del prójimo, y entonces, de esta manera, sin duda alguna, la vida de a quien le es dado vivir así, es servida de la manera más espléndida. Vida eterna es una vida fuerte, nunca más, débil; alegre, nunca más, triste, verdadera, nunca más, engañosa. Vida eterna, porque viene de Dios y por él es mantenida, es una vida humana indestructible: una vida que más allá de su término natural de la muerte, que de ahora en adelante no podrá ni será ya más muerte, tiene una existencia duradera.

Pero la vida eterna es un *regalo de Dios*. Por lo tanto no se trata de un sueldo, de un premio, de una recompensa, de una paga, como la muerte es el sueldo del pecado. Vida eterna no es nada que Dios pudiera debernos, no es nada que nosotros hubiéramos podido merecer, no es ninguna paga por servicios bien prestados. La vida eterna no consta en ninguna cartilla de pagos, como lo está la muerte en la cartilla de pagos del pecado. Pues Dios no es un gran apotentador, o donador de trabajo, o cajero con una factura en la mano, como lo es el pecado. Dios no echa cuentas. Dios es un señor grande y distinguido sobremanera, que se ha reservado para sí, poniendo en ello su alegría, alegría que no se

deja arrebatar, el regalar simplemente, el otorgar gracia según su complacencia. Así es como regala él vida eterna. Así, la vida humana como vida eterna, es su regalo totalmente gratuito y libre.

Bien entendido, ésta fue la meta de la historia de pascua, de la historia de Jesucristo, así como la muerte como sueldo del pecado, fue su principio. En la resurrección de Jesucristo de entre los muertos aconteció, vino el regalo de Dios, la vida eterna al mundo. A él, a su querido Hijo, a su Siervo fiel y obediente, que se ofreció a hacer suyos nuestros pecados y a morir nuestra muerte en lugar nuestro, Dios lo ha resucitado de la muerte y lo ha llamado afuera del sepulcro. Él fue a quien Dios revistió de vida eterna. Pero fijaos bien, queridos hermanos y hermanas, le revistió a él de vida eterna, para que nosotros —todos nosotros juntos y en particular— participáramos en él del regalo de vida eterna. Para que, por un cambio maravilloso, *su* historia fuese la *nuestra*, de la misma manera que antes la *nuestra* fue la *suya*. Esto es lo que ocurrió en la historia de Pascua cuando llegó a su término. Esto fue el gran “mientras” y “adelante” por cuya fuerza nuestra pecado y con él también nuestra muerte se hicieron cosa del pasado. Esta fue y es la luz clara, de la que ya habla la historia de la creación. “Dijo Dios: —¡Que exista la luz!— y la luz existió” (Gén 1, 3). Y existió la luz para todos nosotros en lo que allí, en Jesucristo, ocurrió por nosotros. Ocurrió que en él, todos nosotros, todos los hombres, fuimos liberados para la vida eterna. El Señor ha resucitado, de verdad ha resucitado, pero en él y con él hemos resucitado de verdad también nosotros. Esto no lo digo yo. Lo digo por boca del apóstol Pablo, que no se cansa de repetir. Y también, de acuerdo con la primera carta de san Juan: “Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida”.

¿Qué hemos de hacer nosotros si esto es así? No nos queda otra cosa sino observar, aceptar, acoger de corazón, admitir que esto es de verdad así: regalo de Dios, la vida eterna en Jesucristo, nuestro Señor. ¿Sabéis a quien nos asemejaríamos si no quisiéramos observar, aceptar, admitir esto? Nos asemejaríamos a un hombre loco, que en estos días empezase a decir: no ha llegado aún la primavera, todavía no florecen los cerezos, sigue lloviendo, siempre hará un poco de frío, y ¿quién sabe si todavía nevará? Quien así hablara ¿no sería un loco? Y también podría utilizar una

imagen peor aún: ¿No lo habéis leído recientemente en los diarios? En las Filipinas fueron hallados dos soldados japoneses, que todavía no habían oído, y no querían creer, que la guerra hubiera terminado hacía ya catorce años y, por lo tanto, vivían en una selva y disparaban a todos los que se les acercaban. Tipos curiosos, ¿verdad? Pues precisamente gente como ésta somos nosotros, si no queremos ver, aceptar y admitir lo que se nos dice en el mensaje de pascua como expresión de esta historia: que han terminado el pecado y la muerte, que lo que ahora está en vigor es el regalo de Dios: vida eterna para todos nosotros. ¿Es que nos resistiremos a que se nos diga llanamente: muerte - pero vida? Así pues: "Despierta, tú que duermes, levántate de la muerte y te iluminará Cristo" (Ef 5, 14).

¡Señor, Dios, Padre nuestro por Jesucristo, tu Hijo, en el poder de tu Espíritu santo!

¡Da luz a nuestros ojos, para que podamos ver tu luz, la luz clara e iluminadora de la reconciliación! Porque la gran calamidad es que de día no pueda uno ver la luz². Libranos de esta calamidad: a nosotros y a todos los cristianos que hoy celebran la pascua, tanto si lo hacen como es debido o no, a todos los pueblos, lejos y cerca, que siempre de nuevo se encuentran desconcertados y en peligro.

Bendice todo lo que sucede en nuestra iglesia, y también en las otras iglesias y comunidades separadas de nosotros, para testimonio de tu nombre, de tu reino, de tu voluntad. Ilumina al nuevo papa que está ahora a la cabeza de la iglesia católica³. Y rige también todos los esfuerzos honrados de las autoridades estatales, administraciones y administración de justicia aquí y en todo el mundo. Fortalece a los maestros en su importante tarea para con las nuevas generaciones, a las personas que escriben los diarios, en la conciencia de su grave responsabilidad para la opinión pública por ellos influenciada, a los médicos y a las enfermeras en la fiel atención a las necesidades de los que les han sido encomendados. Compensa tú con tu consuelo, tu consejo y tu ayuda, lo que hemos dejado de hacer nosotros a tantos que están solos, pobres, enfermos, extraviados. Y haz que tu misericordia aparezca también evidente y poderosa a todos los que están en esta casa, y a sus familiares.

Ponemos en tus manos todo lo que nos hace falta y lo que el mundo necesita. Esperamos en ti. Confiamos en ti. Nunca has hecho fracasar a tu pueblo, cuando te invoca seriamente y que lo que has empezado, lo lèves a su término. Amén.

2. De la estrofa 8 del cántico 308: "Hüter, wird die Nacht der Sünden nicht verschwinden?" (1698) de Chr. Fr. Richter (EKG 266, estrofa 7).

3. Juan XXIII fue elegido Papa el 28.10.1958

Alabado sea el Señor

Salmo 68(67), 20

14 de junio de 1959, cárcel de Basilea

¡Señor Dios nuestro! Aquí nos tienes reunidos para pronunciar y escuchar tu palabra, para invocarte, para alabarte, para pedirte lo que es bueno y saludable para nosotros y para todo el mundo.

Pero, ¿qué hemos de hacer para que esto ocurra como es debido? Tú ya sabes qué clase de gente somos. Nosotros también, pero en todo caso, no podemos negar ante ti: nuestros corazones duros, nuestros pensamientos impuros, nuestros deseos desordenados y todo lo que de ahí ha provenido y proviene - nuestros errores y transgresiones, tantas palabras y acciones que a ti no te gustan y con las que nosotros sólo podemos estorbar y destruir la paz sobre la tierra. ¿Quiénes somos nosotros, que en esta hora querríamos servirte, y ayudarnos realmente los unos a los otros?

No nos es posible, sin tu propio hablar y actuar en medio de nosotros. Sólo nos apoyamos en la promesa de tu gracia y de tu misericordia: Jesucristo, tu querido Hijo, que vino a traernos una gozosa noticia a nosotros, los pobres, a anunciar la libertad a nosotros, los cautivos, y a nosotros, ciegos, la luz de los ojos, a salvarnos a nosotros, pecadores. Y en esta hora, también nos apoyamos en esta promesa. Tú puedes lo que nosotros no podemos. Y tú también lo quieres. Creemos y confiamos: Tú lo harás, no porque nosotros seamos buenos y fuertes, sino porque lo eres tú. Padre nuestro...

Alabado sea el Señor cada día.

Dios lleva nuestras cargas, es nuestra salvación

Queridos hermanos y hermanas:

¿Puedo invitaros, exhortaros, pedir os unáis conmigo —no, no conmigo, sino con aquel que habla en la

sagrada Escritura— a este: “*Alabado sea el Señor cada día*”? Nuestros pensamientos y sentimientos acostumbran a ir en una dirección totalmente contraria. No alabamos al Señor, sino que todos nosotros —me incluyo yo— *murmuramos*.

Como diciendo: qué lástima y qué pena por mi suerte, qué mal se ha portado conmigo, que ha permitido que cayera en la trampa, sin saber hacer nada mejor por mí que traerme a donde estoy ahora. O de esta otra manera: censurados y acusados sean los hombres con los que he vivido, y que con sus acciones y permisiones han jugado así conmigo - el ambiente en que, por desgracia, he crecido, quizás hasta mis padres, que tan poco se preocuparon por mí, que no me educaron bien y que tan escaso amor me mostraron. O aún de otra manera: qué escandaloso, irritante y menospreciable es para mí este y aquel hombre con el que he de tratar cada día: este hombre con sus maneras, o más bien con sus malas maneras, con su carácter, o más bien con su falta de carácter. O todavía de otra: me tiraría de los cabellos o me daría una bofetada a mí mismo, cuando pienso en cierto tiempo oscuro, en cierta hora tenebrosa de mi vida, a partir de la cual todo me ha salido mal y al revés, cuyas consecuencias he de soportar hasta el día de hoy. O la murmuración podría extenderse también más allá: uno debería sentirse obligado a enfadarse y a protestar contra la gente que en éste nuestro tiempo envenenan y con radioactividad apestan nuestro hermoso aire libre con estúpidos experimentos y con los que quizás están preparando calamidades para futuras generaciones enteras, calamidades que posiblemente ya pesan sobre nosotros, aunque todavía no nos demos cuenta de ellas.

Sí, y uno estaría dispuesto a criticar de arriba a abajo a los cuatro hombres que hace ya cinco semanas que están sentados en una mesa redonda en Ginebra, para encontrar una palabra a favor de la paz, y así tomar una decisión sobre nuestro futuro, sin que hasta el momento hayan llegado a ninguna conclusión, repitiéndose en los mismos tópicos inútiles de siempre¹. Y de la misma manera —y más todavía— a los

1. Conferencia de los ministros de asuntos exteriores de los Estados Unidos, de la Unión Soviética, de Gran Bretaña y de Francia, con participación, como consejeros, de delegaciones de los dos estados alemanes. El objeto de las negociaciones fueron la cuestión de Alemania y de Berlín, y la seguridad europea. La conferencia no llegó a ningún acuerdo.

hombres que están detrás de ellos en Moscú, en Washington y en Bonn, y nuestros periódicos (y no en último lugar los suizos), que día tras día incitan a la guerra fría, y, finalmente, a toda la humanidad en oriente y en occidente, que parece precipitarse en el abismo como un rebaño de cabras, arrastrándonos a todos. ¿Y no podría ser que uno u otro tuviera ganas de protestar contra el cristianismo? También contra la iglesia, la evangélica y la católica, y contra sus representantes, que tan frecuentemente han aullado y aúllan todavía como lobos, y que, en todo caso, parecen ser tan débiles, que no son capaces de nada mejor que ir siempre ofreciendo piedras en vez de pan.

¿Debo seguir enumerando? Seguro que habría todavía muchas más cosas que decir, que lamentar, que acusar, y cada una de ellas con su característica particular. Y ojalá que el murmurar de esta manera en una dirección o en otra, o en todas al mismo tiempo, pudiera depararnos un maravilloso apaciguamiento y alivio. Y ojalá pudiéramos tener razón, punto por punto, en todo esto. ¿Y por qué no debería ser así?

Y ahora qué, ¿proseguiremos murmurando con osadía? ¿Debería decir yo amén a todo esto? Podría ser que alguno de vosotros estuviera contento, si yo realmente dijera ahora amén. Y pudiera ser muy bien que incluso lo elogiara: ¡hoy me he sentido, por vez primera, comprendido, él también piensa así!

No *sigas*: esto no es así. No se trata ahora de que nos comprendamos y nos sintamos comprendidos, sino de que todos nosotros aprendamos a comprender algo totalmente *distinto*. Y precisamente a causa de esto distinto, no puedo decir yo ahora Amén.

Esto distinto es: ¡*Alabado sea el Señor cada día*! Ya os dais cuenta de que esto *suen*a ya de una manera totalmente distinta. Sí, y esto *es* también algo totalmente distinto de nuestro murmurar en voz baja o a plena voz, justificado o injustificado. Esto se alza ante nuestros pensamientos y nuestros sentimientos como una montaña de 4.000 metros. Esto sacude como un terremoto toda la comarca de nuestro murmurar. Como un río impetuoso, esto rompe los diques de nuestras quejas, acusaciones, críticas y protestas. “¡Alabado sea el Señor cada día!”. ¡Ay, no vayáis a creer que ésta sea precisamente mi opinión! Si yo tuviese en cuenta ahora mi punto de vista, os podría decir claramente: yo también murmuré algunas veces, y lo hago con mucho gusto, y

también me parece cada vez que tengo buenos motivos para hacerlo. Pero hablamos de una opinión infinitamente más elevada y mejor que todas las mías y las vuestras. “¡Alabado sea el Señor cada día!” Esta es sencillamente la *verdad* que está *sobre* todos nosotros, *contra* todos nosotros, y que, antes que todo, está *a favor* nuestro. La verdad que quiere levantarse en nuestros corazones, tal como lo hace ahora el sol tan temprano que, cuando llega, todos los pájaros empiezan a gorjear, y todas las flores se inclinan hacia él. Ningún hombre vive de sus opiniones, por buenas y bien fundamentadas que estén. El hombre vive de la verdad. Aquí está: “¡Alabado sea el Señor cada día!”. Si aquí estamos de acuerdo, entonces entramos en la verdad, propiamente estamos ya en la verdad. Entonces se hará de día. Entonces empieza —sólo entonces— la verdadera vida. Porque esto es así, es por lo que no podía decir Amén hace un momento. Porque esto es así, es por lo que a pesar de todo me atrevo a invitaros, a intimaros, a pedirlos que digáis unánimes: sí, “¡alabado sea el Señor cada día!”. Permitidme que os lo explique brevemente.

¡Alabado sea el Señor! El Señor hace de la verdad el suelo sobre el que podemos estar y andar, el aire en el que podemos respirar. El Señor es el origen y el principio del que todos nosotros procedemos. El Señor es también la meta y el fin hacia el cual nos dirigimos todos. El Señor es el que no sólo es grande, sino el único grande; no sólo es bueno, sino que es el único que es bueno, de quien procede todo lo bueno. Él es el Señor libre, fuente de toda libertad. Él es el único Señor, porque es el creador de todas las cosas, porque todo le pertenece, porque todos nosotros somos suyos.

¡Alabado sea el Señor! “Alabar” significa sencillamente: dar razón, hablar bien; lo cual se hace imposible, cuando se trata del Señor, si no dejamos de darnos razón a nosotros, si no dejamos de hablar bien de nosotros. Dicho sea de paso: ¿Habéis notado lo que aparece en los cánticos de nuestro libro de cánticos de iglesia? En todos ellos se alaba al Señor de la manera que sea, se le da a él la razón, mientras que no se nos da a nosotros, los hombres. Hace un momento que hemos cantado cánticos de nuestro libro, y lo volveremos a hacer después. Mirad, ahí estamos propiamente ya de acuerdo: ¡Alabado sea el Señor! Y lo que ahora importa es que nos tomemos en serio esta nuestra unanimidad - sólo importa

que lo que corresponde a esto, lo pensemos seriamente, lo queramos, y también lo hagamos. Sea como fuere, no se trata de dar la razón a nuestro destino, ni a los hombres, ni menos aún, a los diarios o a algún partido. En estas cosas podemos comportarnos según nuestro deber y nuestro querer. Así pues, no se trata de alabar a cualquier criatura, ni la vida, ni el mundo, sino al Señor. Porque merece ser alabado —porque alabar lo no es una empresa artificial y piadosa, sino lo más natural, necesario y evidente—, porque él *tiene* derecho como ningún otro sobre todo nuestro pretendido derecho y contra toda nuestra injusticia. Y es bueno alabar lo, porque cuando lo hacemos, marchamos bien y, como dicen los ingleses, vamos por lo seguro (*on the safe side*): salimos del mundo de la mentira y entramos en el terreno de la verdad, en el que uno puede vivir.

Se habla de una alabanza que se ha de ofrecer al Señor *cada día*. Pero muchas cosas son imposibles hacerlas cada día. No es posible trabajar cada día bien de la misma manera, ni se puede estar cada día alegre y de buen humor. Y, afortunadamente, tampoco puede uno tomarse la vida a lo trágico cada día, ni poner cada día la misma mala cara. Pero hay una cosa que es posible y nos es dado hacer cada día, en todas circunstancias, tanto si brilla el sol como si llueve, si estamos contentos y alegres o algo atribulados o realmente tristes, tanto si nos va bien como si nos va mal. Alabar al Señor, darle la razón, esto es una cosa, *la gran cosa* para *cada día*. ¿Por qué? Porque él cada día es el origen del que procedemos, y cada día es él la meta hacia la que nos dirigimos. Porque cada día él es el único grande, el único bueno, el único libre que nos da también libertad a nosotros. En pocas palabras, porque cada día él es el Señor. Él, el guardián de Israel, no duerme ni dormita, como se dice en otro salmo (121 [120], 4). Él vigila, él actúa cada día hasta el fin de todos los días, y más allá de este fin, por toda la eternidad. Hasta en el hecho de tener que alabar al Señor cada día, hay una pequeña imagen de que también seguiremos existiendo más allá del fin: “hasta que yo, más allá de este tiempo, te ame y te alabe por toda la eternidad”.²

Pero después, ninguno de vosotros debe decir: hoy ha predicado que uno no *debe* murmurar, sino que más bien *debe*

2. Versos finales de la última estrofa del cántico 48 (EKG 232) “Soll ich meinen Gott nicht singen” (1653) de P. Gerhardt.

alabar al Señor. ¿Debe? Yo no he predicado esto. Lo que yo he predicado no es una ley, un trabajo penoso, una presión, con la que ahora vais a cargar, una contracción que tuvieráis que hacer ahora. Si alguien está de acuerdo, y por lo tanto alaba al Señor cada día, no quiere decir que deba o tenga la obligación de hacer alguna cosa, y que por lo tanto tenga que subir cuesta arriba jadeante al encuentro de un determinado ideal. Más bien alegre y con paso alado irá cuesta abajo. Pues si alguien hace esto, es porque le *es dado* hacerlo: no con una libertad que él se hubiese tomado o se hubiera podido tomar para ello, sino con la libertad que le será dada por la fuente de toda libertad: por Aquel que es el único libre, el gran libre.

Dios lleva nuestras cargas, es nuestra salvación. En la traducción de la Biblia de Lutero, esta frase suena algo distinto. “Dios pone un peso sobre nuestras espaldas, pero también nos ayuda” es lo que en ella se lee. Esto también es hermoso y es verdad y, ciertamente, ha habido miles y miles de hombres, que han recibido consuelo de este texto. Yo he reproducido aquí la frase, tal como está traducida en la Biblia de Zurich, porque me parece que de esta manera reproduce más exactamente lo que se quiere significar, y tal vez es más hermoso y más verdadero que lo que entendió Lutero. Porque, propiamente, Dios no pone un peso sobre *nosotros*, sino que nosotros somos el peso que *Él* ha tomado sobre *sí* y que él mismo lleva.

Que él lleva nuestras cargas, seguro que quiere decir también que él nos *soporta*. Dios podría muy bien encontrarnos insoportables y, en último término, no precisamente a causa de nuestra murmuración, con la que, por otra parte, no damos ninguna buena imagen. Él podría tratarnos de acuerdo con esto y dejarnos caer. Pero él no hace esto. Él es un gran Señor, que hasta nos puede soportar a nosotros, a mí y a ti, y nos quiere soportar, y lo hace realmente.

“Dios lleva nuestras cargas, es nuestra salvación”. Esto quiere decir que no nos soporta simplemente: nos *saca* del cieno de nuestra locura y de nuestra maldad, y de nuestras grandes y pequeñas tristezas. Él nos lleva *a través* de la maleza de nuestras imaginaciones y falsedades, que nosotros mismos hemos plantado. Él nos *saca* del dominio de la muerte, y nos lleva *hasta* la vida eterna: tal como intenté decíroslo aquí el domingo de pascua. En todas estas cosas no nos podríamos soportar a nosotros mismos. ¿Cómo po-

dríamos hacerlo? Pero él lo hace: “el que te conduce con seguridad como sobre las alas de un águila”³. ¡No he notado nada de todo eso! ¿Te parece a ti? Sí, hay muchas cosas que todavía no hemos notado, por eso nos equivocamos, y que, sin embargo, son verdad. Y a estas cosas pertenece también y sobre todo éste: “Dios lleva nuestras cargas, es nuestra salvación”.

¡*Es!* Así pues, no sólo es el que nos ayuda un poquito. Y no sólo el que alguna vez, más adelante, tal vez en el cielo, será nuestra salvación. No. *Él es* nuestra salvación. Entonces, él no es sólo Dios para sí mismo en un lugar elevado y lejano, en un misterio divino. Él es el Dios que, precisamente como tal, como Dios, es nuestra salvación. Hablamos del Dios —indiquémoslo brevemente— cuyo Hijo es y se llama Jesucristo: del Dios que en éste, se ha hecho semejante a nosotros, igual a nosotros, ha intervenido en favor nuestro y se ha entregado por nosotros. Hablamos del Dios que en éste, en cuanto somos sus hermanos y sus hermanas, ha hecho de nosotros sus propios hijos. Hablamos del Dios que, al llamarnos en Jesucristo y al ponernos en comunión con él, es nuestro Padre. En él, él es y sigue siendo nuestra salvación. Pensad en navidad, pensad en el viernes santo, pensad en pascua, pensad en la ascensión, entonces sabréis lo que quiere decir: Dios lleva nuestras cargas, es nuestra salvación. Y pensad también inmediatamente en el gran misterio de pentecostés. Pues es el Espíritu santo que, cuando viene sobre nosotros y ya no nos deja nunca más, nos hace auténticamente libres para alabar al Señor: Dios lleva nuestras cargas, es nuestra salvación.

Ya al final del todo, me gustaría volver otra vez a *murmurar* del que nos habíamos ocupado al empezar. ¿Cómo queda ahora?

En primer lugar, lo cierto es que Dios, el Señor, con toda seguridad, nos soporta en todas nuestras cosas, grandes y pequeñas, contra las que nos sentimos inclinados a murmurar, tanto si tenemos razón, como si no. Y más aún, seguro que nos soporta también en nuestro mismo murmurar, que por justificado que sea, no es nunca una cosa que quede muy bien. En el credo podemos decir: “creo en el perdón de

3. Cf. estrofa 2 del cántico 52 (EKG 234) “Lobe den Herrn, den mächtigen König” (1680) de J. Neander.

los pecados”, en lo que también se ha de entender con toda seguridad: creo también en el perdón de mi murmurar, de mis enfados y de mis protestas.

Pero supongamos ahora que hemos oído, que hemos entendido, que hemos aceptado este perdón. Supongamos que hemos hecho uso de la libertad que nos ha sido otorgada, de alabar al Señor, de darle a él la razón y no dárnosla a nosotros. ¿Qué nos tocaría hacer en esta situación? ¿Es que podríamos seguir murmurando como hasta ahora? En estos días leí en la prensa la curiosa noticia de un príncipe, el hermano del rey de Bélgica. Una ciudad de aquel país le regaló un fusil nuevo muy hermoso. Pero no aceptó este regalo, y daba la razón de que, sintiéndolo mucho, él no podía disparar. ¿Qué sucedería si cuando en mí se levantarán sentimientos que me instigaran a murmurar, en vez de empezar a hacerlo, dijese amablemente: “Lo siento, pero ya no me es posible murmurar más”? O digamos con circunspección: sólo puedo murmurar un poquitín. Propiamente, no me va bien, propiamente, me da vergüenza. De hecho, ya no es posible. ¡Gracias por el fusil! ¿Por qué, de hecho, ya no es posible? Ya no es posible, porque contra toda mi murmuración, se ha puesto para mí la verdad en primer término, la gran verdad libre y liberadora: Alabado sea el Señor cada día, Dios lleva nuestras cargas, es nuestra salvación. Amén.

¡Querido Padre del cielo! Te damos gracias. Y ahora, concédenos que en nuestros corazones, en nuestras palabras y en nuestras acciones te alabemos, te demos la razón cada día: también en este día, y por el poder de tu Espíritu santo, también mañana y pasado mañana. Sopórtanos y llévanos lejos: a cada uno y a cada una de nosotros. Todos lo necesitamos. Cada uno y cada una de una manera particular. Sé y no dejes de ser para nosotros, para todos los que están en esta casa, así como también para nuestros familiares, los que están cerca y los que están lejos, el Dios que es nuestra salvación.

Sé y sigue siendo tú el mismo en y por encima del humano hacer y acontecer de nuestros días, tan confuso y desconcertante, tan opresivo y oprimido. Di y manifiesta a todos, que para ti no están perdidos, y que no les es posible huir de ti. Muéstrate en todas partes como el Señor de los piadosos y de los sin Dios, de los prudentes y de los insensatos, de los sanos y de los enfermos, también como el Señor de los piadosos y de los sin Dios, de los prudentes y de los insensatos, de los sanos y de los enfermos, también como el Señor de nuestra pobre iglesia, de la evangélica y de la católica y de todas las otras, como el Señor de los buenos y de los malos gobiernos,

de los pueblos sobrealimentados y subalimentados, y también, en particular, como el Señor de las personas que hoy tienen la obligación de opinar, hablar y escribir tantas cosas buenas y no tan buenas, como el Señor protector de todos nosotros, a quien nos es dado obedecer, pero también como nuestro juez, ante quien en el último día, y ya hoy mismo, somos responsables.

Oh Dios grande, santo y misericordioso, anhelamos tu última revelación, en la que aparecerá claro ante todos los ojos, que todo el mundo creado y su historia, todos los hombres y la historia de sus vidas, han estado, están y estarán en tus manos bondadosas y fuertes. También te damos gracias, porque nos es dado alegrarnos de esta revelación. Todo esto, en nombre de Jesucristo, en quien tú, a nosotros, los hombres, nos has amado, escogido y llamado desde toda la eternidad. Amén.

El Señor, que te quiere

Isaías 54, 10

27 de diciembre de 1959, cárcel de Basilea

¡Señor, nuestro Dios, grande y bondadoso! Porque tú has venido a nosotros en tu querido Hijo, por esto nos es dado y queremos también nosotros venir a ti, escuchar tu palabra, levantar hacia ti nuestros sentidos y nuestros pensamientos, e intentar darte una respuesta con lo que estamos haciendo aquí todos juntos.

Sabemos bien lo mucho que nos hemos separado de ti, y lo poco que merecemos acercarnos a tu santa proximidad. Nos atrevemos a hacerlo, porque tú nos invitas y nos llamas como a hijos tuyos. Pero es necesario que tú mismo nos ayudes a hablar de ti y a escucharte como es debido. No permitas que estemos aquí distraídos e indiferentes. Pero no permitas tampoco que seamos inteligentes por nosotros mismos y queramos saberlo todo mejor. Muévenos, por el contrario, por medio de la fuerte y alegre voz de tu verdad, para que nos reúna y nos conduzca a ti, y nos guíe en estos días, a pasar del año viejo al nuevo con humildad y confianza, junto con todos los demás hombres.

Padre nuestro... Amén.

Aunque se retiren los montes y vacilen las colinas, no se retirará de ti mi misericordia ni mi alianza de paz vacilará —dice el Señor, que te quiere—

Queridos hermanos y hermanas:

Cómo me gustaría deciros ahora una buena palabra, que cada uno y cada una de vosotros pudiera entender y comprender, y os acompañara después consoladora y alentadora, en vuestras celdas, y en el nuevo año. Pero con las buenas

palabras que los hombres deberían y podrían intercambiar mutuamente, pasa una cosa. Pasa con ellas lo que en el texto que acabamos de oír se ha dicho de las montañas y las colinas: se retiran y vacilan desde la boca de un hombre a otro, como humo y sonido, y entrando por un oído, salen de nuevo por el otro. ¿Qué han sido, pues, estas palabras? ¿Qué se ha conseguido con ellas? Y esto es así, porque nosotros, los hombres, cuando hablamos y escuchamos, somos seres indecisos, vacilantes y cambiantes. Ahora voy a intentar explicaros un poco, lo que se nos atestigua como palabra de Dios en los antiguos profetas, por lo que yo, de verdad, me veo obligado a pedir —y vosotros también debéis pedir— que el mismo Dios, nos diga de nuevo lo que allí se ha dicho, y lo diga de tal manera, que nos sea dado y nos sintamos obligados a escucharlo y entenderlo.

“Dios”, acabo de decir. Sí, cuando uno va a la iglesia ¿verdad? —tanto si es la catedral, como ésta nuestra capilla— siempre esta palabra, una y otra vez, “¡Dios!” ¿Quién, cómo, dónde, qué “Dios”? piensa tal vez ahora alguno de vosotros. ¿Qué quiere decir, qué me dice a mí, de qué me sirve a mí: “Dios”? ¿No dijo un gran filósofo, que vivió aquí en Basilea, que Dios había muerto?¹ Con todo, la situación no es tan desesperada. Aunque Dios para muchos hombres, y algunas veces para nosotros mismos, fuera realmente un Dios muerto, esto no quiere decir, ni mucho menos, que esté muerto. Pero algo de esto hay: la palabra “Dios”, realmente, no está muerta, pero sí enferma, gravemente enferma, porque con frecuencia se usa equivocadamente y se abusa de ella, porque se ha hecho como una moneda gastada. La palabra “Dios” no aparece en absoluto en nuestro texto. En él recibimos una respuesta sobre quién es Dios: él es el Señor, que te quiere.

“El Señor, que te quiere”, en la boca del profeta, quiere decir: aquel que es grande y majestuoso, aquel que es precisamente el Señor - y que es el Señor grande y majestuoso, en cuanto se apiada de su pueblo, Israel, de este pueblo liberado de Egipto, conducido a través del desierto, y al que ha dado una tierra, al que siempre quiso sostener, conducir y proteger. Israel era un pequeño pueblo, y además malo, y,

1. Fr. Nietzsche, *Die fröhliche Wissenschaft* (1881/82, 1886), tercer libro, sección 125: “Der tolle Mensch” en: *Nietzsches Werke*, vol. 5, Leipzig, sin año, p. 163 s.

en aquel entonces, un pueblo muy desdichado. En aquel entonces todo estaba perdido para él: en primer lugar y por encima de todo, la fe en su Dios, en el Señor, que sin embargo lo quería, la obediencia a este Señor. Sí, existen tiempos así, en los que los hombres pierden su fe en Dios y la obediencia que se le debe. Y con ello, se pierde también todo el resto. Israel se había extraviado de la fe auténtica y de la obediencia: había perdido el poder y el esplendor del reinado de David, había perdido la patria, la tierra de sus padres, había perdido su libertad. Sólo le quedaba una cosa: el Señor, que le quiere. Pero éste le quedó, a pesar de su infidelidad y de su desobediencia, no dejó de quererlo, de vivir en medio de él, de actuar, de hablar, como acaba de hacerlo también ahora por medio de este profeta.

“El Señor, que te quiere”. Pero para nosotros, esto ha de significar más todavía: no en vano fue llamado el misericordioso; él ha realizado su misericordia con este pueblo. Y lo ha hecho, haciéndose hombre en medio de este pueblo, y en medio de todos los hombres: el hermano de todos los hombres, en medio de su naturaleza mala y de su gran miseria.

Una vez me preguntaron, cómo es que en la historia de Jesús narrada en los evangelios —pues él fue aquel hermano de todos los hombres— se habla mucho de enfermos y pobres, de pecadores y publicanos, pero apenas se habla expresamente de presos, es decir, de presos en el sentido estricto de la palabra, como lo sois vosotros aquí. Y es verdad: de entrada, parece que uno puede encontrar bien poco. Pero ¿es que tal vez los árboles nos impedirán ver el bosque? Toda la historia de Jesús, ¿no es, a decir verdad, la historia de aquellos a los que no se les presta atención? En ella, Dios, grande y eterno, se ha introducido en la prisión de la esencia y la existencia humanas, con todo lo que a ellas pertenece. Y finalmente ¿no ha sido puesto él también en la cárcel por los hombres en el sentido más literal, arrestado, puesto fuera de combate, interrogado, condenado y ejecutado como un delincuente? Si ha habido alguien que se haya hecho solidario de los presos, ha sido él. Y en esta solidaridad con ellos, este gran preso, condenado y ejecutado, ha traído la libertad, la salvación y la redención a todos los cautivos. Este es el Señor, que te quiere: este preso que es tu liberador, el liberador de todos nosotros.

Queridos amigos, ¿qué pasaría si cada vez que oímos esta palabra digna de consideración “Dios”, o la leemos, nos acostumbráramos a pensar en silencio inmediatamente: el Señor, que te quiere? Por lo tanto, aquel que ha actuado y ha hablado en la historia de Israel y en la historia del hombre, Jesús, y que hasta el día de hoy, lleno de vida, actúa también en nosotros y nos habla. ¡Este precisamente, es Dios! Ahí siempre tendríamos motivos suficientes para maravillarnos. Y estaríamos en el buen camino, en lo que se refiere a esta palabra “Dios”. Y quién sabe si esta palabra enferma “Dios”, pudiera suceder que empezara a recobrar la salud en nuestra boca y en nuestros oídos.

¿Qué es lo que dice el Señor, que te quiere? Es lo que vamos a oír ahora.

Esto es lo que él dice: *no se retirará de ti mi misericordia*. ¡Mi misericordia! Esto quiere decir: Yo, el Señor, soy bueno para ti. Pero no sólo soy bueno de lejos, sino que yo, el Señor, me vuelvo hacia ti, y no lo hago como un gesto hueco y con las manos vacías. Yo, el Señor, me intereso por ti, más aún, yo, el Señor, quiero tomar en mis manos tu causa, la causa de tu vida, y hacer de ella mi propia causa, y de esta manera, una causa noble. ¿Por qué tú eres una persona distinguida? ¿por qué te lo has merecido? ¡No, no, no por esto!, sino porque yo así lo he decidido, y quiero ser misericordioso contigo. “Mi misericordia” quiere decir: tu eres de verdad un siervo inútil, y como tal te quiero tomar a mi servicio. Tú eres para mí un amigo ciertamente dudoso —frecuentemente, más que mi amigo, mi enemigo—, pero yo quiero ser para ti un buen amigo, tu mejor amigo. Tú eres un niño desobediente —oh, sí, todos nosotros no somos más que sus hijos desobedientes—, pero yo quiero ser para ti un padre fiel. Esta es la misericordia que no se retirará de ti. ¿Por qué no? Simplemente porque es misericordia, no una misericordia humana, sino divina. Por esto no podrá retirarse de ti. Podrá ser tal vez una misericordia oculta para ti, pero no se retirará de ti. Además, podrá ser y deberá ser para ti una misericordia dura y severa, que algunas veces te hará daño, pero no se retirará de ti. Todos juntos no somos sino ignorantes desagradecidos hacia esta misericordia, pero ella no se retirará de ti, ni de mí, ni de ninguno de nosotros.

Lo otro que dice el Señor que te quiere es: *mi alianza de paz no vacilará*. Esto va de acuerdo con lo primero. Y no es capricho o casualidad, Dios no es injusto e impío, cuando

tiene misericordia con nosotros, sin haberlo merecido. No, él tiene misericordia con nosotros porque existe una alianza que él ha hecho, un tratado que él ha concluido, porque precisamente en esto está empeñada su voluntad eterna. Esta alianza no se puede romper, sino que se mantiene firme, este tratado se mantendrá, esta voluntad eterna se realizará. Y ésta fue y será su voluntad eterna decidida y realizada: Ella “estaba en Cristo, y reconcilió el mundo consigo” (2 Cor 5, 19). ¡Lo reconcilió consigo! Por esto “mi alianza de paz” quiere decir: de la paz conseguida por mí. Por esto no puede fallar, por esto es irrevocable. La semana pasada salió en el *National-Zeitung* una consideración sobre Navidad² —quizás alguno de vosotros la haya leído—, en la que se recordaba que en los años pasados, el hombre había conseguido llegar a la luna. No significa nada ni se puede cambiar nada por el hecho de que los rusos hayan enviado allí una cápsula desinfectada, que todavía sigue allí. Y entonces, prosigue el autor, hay algo que es todavía más maravilloso y seguro, a saber, que Dios (que está mucho más allá de la luna y el sol, la vía láctea y los mundos más allá de la vía láctea) ha hecho una poderosa incursión en la tierra, y que ha dejado en ella algo completamente distinto de aquella estúpida cápsula: la alianza de su paz, su reconciliación con nosotros, a Jesucristo, en quien se realiza esta reconciliación. Mirad, porque se ha concluido esta paz, la misericordia de Dios no podrá retirarse de nosotros. Porque está fundada en esta alianza, porque está fundada en este suceso único e irrevocable entre Dios y nosotros, y porque esta alianza no puede fallar, su misericordia no se retirará de nosotros.

Pero es inevitable que oigamos esto otro: *Aunque se retiren los montes y vacilen las colinas*. ¿Verdad? Esto no suena muy bien. Debió ser algo espectacular, cuando a principios del siglo XIX, la montaña que está por encima de Goldau en Suiza empezó a moverse y sepultó toda la aldea³. Sí, allí se retiró la montaña, allí vacilaron las colinas. Pero no queremos pasar por alto que también allí, aunque se hable de montañas que se retiran y de colinas que vacilan, el Señor,

2. R/olf/ E/berhard/, *Umkehr*, en: *National-Zeitung* (Basilea), año 117, n.º 597, 24.12.1959, edición navideña, p. 1.

3. Es el mayor desprendimiento de tierras en las montañas suizas, constatado en época histórica, quedaron sepultadas Goldau, y otras tres aldeas, y perdieron la vida 457 personas.

que te quiere, habla. Esto no será tampoco una mala cosa, aunque ante ello nos sintamos sobrecogidos, sino que en el fondo, será algo bueno. Si las montañas no se retirasen y las colinas no vacilaran, la verdad de que la alianza no falla y la misericordia no se retira, no tendría cabida en nuestros corazones.

Así pues, un par de palabras ahora sobre las montañas que se retiran y las colinas que vacilan.

Esta montaña es, por encima de todo, el *tiempo* que se nos da a nosotros los hombres. De aquí a unos días celebraremos san Silvestre, y esto significará: ¡Adiós 1959! Pasas y no vuelves. Y si algo seguro hay respecto al próximo año 1960, es que también tendrá un san Silvestre, vacilará, se retirará, y pasará. Y cuando nos llegue el tiempo de morir, será san Silvestre para todos nosotros. Y vendrá un tiempo también en que alboreará el gran día de san Silvestre, y cesará de existir el tiempo en el mundo. ¡Pero no se retirará de ti mi misericordia! Si uno se deja interpelar por esto, se siente fuerte para vivir en el tiempo que se retira, que vacila, que pasa, para disfrutarlo mientras se nos da, para utilizarlo, para darlo sin tristeza cuando pasa y no puede ser de otro modo, cuando se nos quita de nuevo.

Montañas que se retiran y colinas que vacilan son también las *relaciones humanas que comporta la vida* y la *constitución del mundo* forjada por los hombres, que en el curso de la historia, siempre van y vienen. Que un día vienen y otro día se van, con todo lo bueno y lo no tan bueno que han aportado a los hombres. En la historia del mundo no existen eternidades: no existe una Alemania eterna, así como tampoco existe una Suiza eterna, como se dijo ocasionalmente cuando la guerra, para darse un poco de ánimo. No existe ningún capitalismo eterno ni tampoco existirá ningún comunismo eterno. ¡Pero no se retirará de ti mi misericordia! Esto es lo que nos es dado escuchar en los cambios y en lo transitorio de las relaciones humanas y de la constitución del mundo. Y si lo escuchamos, podemos soportar en este nuestro tiempo, todo lo que nos pueda aportar, y no sólo soportar, en cuanto lo aguantamos tal como viene, sino compartirlo en el lugar que ocupamos, tanto si es grande como si es pequeño, llevando a cabo nuestra aportación, lo mejor que podamos: si no a la perfección, sí lo mejor posible. Quien escucha la palabra de la misericordia que no se retira, puede hacerlo, paso a paso, sin soberbia,

pero también sin miedo, en todas las situaciones y circunstancias, como un hombre que va seguro.

Junto con las montañas que se retiran y las colinas que vacilan, podemos y debemos pensar también en los *hombres*, y precisamente en los mejores, los más próximos y los más estimados, que están a nuestro alrededor. ¿No es verdad que también los mejores hombres tienen sus límites, y que de alguna manera llegan a decepcionarnos, de manera que, tanto si lo queremos como si no, hemos de mover la cabeza con respecto a ellos? También los hombres que en algún tiempo estuvieron más próximos, pueden hacérsenos lejanos y extraños. Y también los hombres más estimados pueden sernos un día arrebatados. “No confiéis en los hombres” (cf. Sal 146 [145], 3): se retiran, fallan. ¡Pero no se retirará de ti mi misericordia! Tomémosnoslo a pecho, y la consecuencia será que aprenderemos a ser agradecidos por los hombres que están con nosotros, y a tener paciencia con ellos, aceptándolos tal como son, con lo que también podremos dar gracias por la mucha paciencia de que nosotros somos objeto y nos es dado experimentar.

Permitid que mencione otra cosa, que también se retira y vacila: me refiero a lo que se ha dado en llamar el *trabajo de toda una vida*. Ciertamente, es hermoso haber llevado a cabo algo pequeño o algo grande en la vida. ¿Por qué no podría uno alegrarse de esto? Conozco a alguien que ha sido bastante diligente, ha escrito libros, y algunos voluminosos, ha dado lecciones a muchos estudiantes, ha aparecido frecuentemente en la prensa, y, finalmente, hasta en el “*Spiegel*”⁴. ¡Oh sí! Al fin y al cabo, ¿por qué no? Pero sólo una cosa es totalmente segura: también tiene él su tiempo, su tiempo y nada más. Vendrán otros que harán lo mismo mejor. Y vendrá un momento en que en absoluto no se sabrá más de él, aunque hubiere edificado las pirámides o el túnel del Gott-hard, o hubiese encontrado la desintegración del átomo. Y hay algo más seguro todavía, tanto si el trabajo de la vida de un hombre fue grande o pequeño, importante o insignificante, un día se encontrará ante el juez eterno, y todo lo que haya hecho, y haya llevado a cabo, no será más que un mon-toncito de tierra, y no le quedará nada mejor que confiar

4. La revista alemana “*Der Spiegel*” traía un artículo sobre Karl Barth en el n.º 52 del año 13, el 23.12.1959, p. 69-81.

en lo que no se ha merecido: no en una corona, sino con toda sencillez, en un juicio misericordioso, que no se ha merecido. Esto es lo único que contará. El trabajo de toda una vida va de aquí allá. ¡No se retirará de ti mi misericordia! El hombre vive de esto. Sólo puede vivir de esto.

Y por último: ¿No hemos pensado ya alguna vez que lo más seguro que uno puede tener es una actitud interior sólida, un carácter y, también, una cierta fe? Ciertamente, esto es algo bueno. Pero: “Quien crea estar en pie, mire no caiga” (cf. 1 Cor 10, 12). Queridos amigos, es incuestionable, básicamente todos nosotros vivimos al borde de un precipicio, y es espantoso el peligro que corremos de caer en el mal, la locura y la maldad, en pensamientos, palabras y obras. Y esto es igualmente válido por más que queramos y debamos ser cristianos: “inesperadamente ha venido ya la tentación sobre más de una persona piadosa”⁵. No, en realidad uno no puede creer en su carácter, en lo bueno que hay en él. No, uno no puede creer en su propia fe. Esto podría tener malos resultados. Sólo podemos creer que Dios está por nosotros. Tú sólo puedes creer que Jesucristo ha muerto y ha resucitado por ti. “La sangre y la justicia de Cristo —sólo ellos— son mi adorno, y mi vestido de honor”⁶. Tanto si soy fuerte como si soy débil, si estoy en pie como si caigo, si dudo como si tengo el corazón apaciguado, si sigo mi camino a oscuras o a plena luz: ¡no se retirará de ti mi misericordia! Atente a esto, a esto queremos atenernos todos nosotros.

Acabo. Es costumbre desearte cosas buenas por el año nuevo: felicidad, bendición, salud y días felices. Es hermoso y es correcto hacerlo así, y esto nos lo vamos a desear los unos a los otros: yo a vosotros y vosotros a mí. Pero básicamente sólo existe una cosa totalmente buena que nos podemos desear los unos a los otros: que lo que acabamos de escuchar nos anime realmente, nos sostenga, nos consuele y nos alegre: “No se retirará de ti mi misericordia, ni mi alianza de paz vacilará”. Esto es válido, porque no lo dice un hombre cualquiera, lo dice el Señor, que te quiere, que me quiere, que nos quiere a todos. Amén.

5. Final de la estrofa 1.ª del cántico 302 “*Mache dich, mein Geist, bereit*” (1695) de J. B. Frey (1671-1718). (Otra versión del texto en EKG 261).

6. Principio del cántico 265 (EKG273). Leipzig 1638 (las estrofas siguientes 2-8 en libro de cánticos suizo de N. L. Graf von Zinzendorf).

¡Querido Padre del cielo! Te damos gracias porque nos ha sido dado reconocerte, en cuanto tú mismo nos dices quién eres, y qué es lo que quieres. Te damos gracias, porque tú vienes a buscarnos a las alturas más elevadas y a todas las profundidades de nuestra vida. Te damos gracias, porque nos permites que te acojamos en la palabra, y tener en ti el firme fundamento y la fuente eterna de todo bien, y de tenerlo con todo el amor.

Líbranos de todo embrutecimiento, perturbación y ligereza, que pudieran ser una tentación para nosotros, tanto en el nuevo año, como en el viejo. Ayúdanos a esperar, allá donde no hay prisa alguna, a soportar lo que se nos ha impuesto, a no ignorar lo bueno, porque deseamos para nosotros algo mejor. Alégranos con la libertad, que ningún hombre puede dar a otro hombre, y que ningún hombre puede quitar.

Y ahora te invocamos y te pedimos todos juntos: por todos los que están en esta casa, por los presos de todo el mundo, por nuestros parientes, tanto los que están cerca como los que están lejos, por los enfermos y por los médicos y enfermeras que los cuidan, por todos los que se encuentran en la aflicción, por los maestros y sus discípulos y por los jóvenes que se encuentran en la edad crítica, por los que tienen la palabra en la prensa, por las autoridades de nuestra ciudad y de nuestro país, por los hombres de estado del este y del oeste, por las iglesias cristianas en sus diferentes formas, por el pueblo de Israel, por los predicadores del evangelio entre los no bautizados, así como entre los paganos bautizados de todo el mundo. Tú sabes lo que en todas partes es necesario. Y nosotros sabemos que en ti se da la plenitud de toda ayuda. ¡Abre nuestros corazones y nuestras manos no quedarán vacías!

Así damos gracias y así oramos en nombre de nuestro Señor Jesucristo, por quien nos has hecho posible estar en la tierra, ver el cielo abierto, y alegrarnos de que volverá con gran majestad, para renovarlo todo. Amén.

¡Tú puedes!

Jeremías 31, 33

3 de abril de 1960, cárcel de Basilea

¡Señor, Padre nuestro! Tú nos invitas, tú nos permites, tú nos llamas y nos ordenas que vengamos a ti, para que nos puedas hablar, para que nosotros podamos también hablar contigo.

Tú sabes la necesidad que tenemos de esto. Tú sabes de dónde venimos todos nosotros: de cuánto error y de cuánta perturbación, de cuánta infidelidad y superstición, de cuántas preocupaciones y tribulaciones. Tú sabes nuestras transgresiones y absurdos. Tú sabes también la medida de la culpa de cada uno de nosotros.

Y ahora queremos solamente fijarnos en esto: tú no permites que caiga ninguno de nosotros, tú nos has conducido y nos has soportado hasta aquí, y sigues conduciéndonos y soportándonos, para darnos tiempo de buscarte y de dejarnos encontrar por ti.

Esto es lo que querríamos hacer todos juntos en esta hora. Por esto te pedimos tu presencia, tu palabra, tu Espíritu bueno. Todo lo que nosotros pensamos, decimos y hacemos aquí, sería falso e inútil sin aquello que sólo tú puedes obrar en medio de nosotros. Y pedimos tu bendición, uniéndonos con todas las asambleas de tu pueblo en esta ciudad, en toda la tierra, para ellos también. Da a su testimonio y a nuestro testimonio luz, libertad, alegría, y también fecundidad.

Padre nuestro... Amén.

*Oráculo del Señor: Meteré mi ley en su pecho,
la escribiré en su corazón*

Queridos hermanos y hermanas:

Creo no equivocarme, al suponer que la palabra "ley", para la mayoría, probablemente para todos vosotros, tiene

algo de opresivo, de desagradable. En todo caso, a mí me deja intranquilo cada vez que la oigo o que la leo. Y esto tiene sus buenos motivos.

Solamente hay *una* ley, en la que esto no es así: que no es desagradable, sino que da alegría, que no nos lleva a una tierra extranjera, inquietante, sino a la patria; solamente *una* ley, que no nos limita, ofendiéndonos, ni es un peso molesto para nosotros, sino que más bien nos hace libres. Solamente hay *una* ley, que nosotros, los hombres, no transgredimos ni pasamos por alto, sino que la podemos observar y cumplir; solamente *una* ley, ante cuyo poder y validez, ante cuyo ojo—vosotros ya lo sabéis, que la ley tiene también un ojo—nos podemos escapar ni ocultar, ante la que no queremos darnos a la fuga, y esto, porque por nosotros mismos, sólo podemos decirle sí.

Ya lo veis, se trata de una ley completamente diferente de cualquier otra, diferente de la ley civil y de la ley penal, con la que como ya es sabido, se puede entrar en conflicto tan fácilmente y con tan desastrosas consecuencias, diferente de todas las leyes del estado, con sus órdenes y prescripciones pensadas y formuladas por los hombres, sus mandamientos y prohibiciones, diferente también de la ley de la buena sociedad, con sus distinciones entre lo que es decoroso o indecoroso, diferente, también, de lo que se acostumbra a caracterizar como la ley impresa en el hombre, de cara a nuestro discernimiento, a lo que tenemos por justo o injusto, pero también diferente de la ley natural, que, según dicen, determina y distingue en última instancia, lo que es necesario y lo que es imposible. Todas éstas, son leyes buenas, necesarias y, sobre todo, llenas de autoridad, que tanto si nos gusta como si no, hemos de observar y respetar. Solamente que, en definitiva, todas ellas nos limitan, porque se nos imponen desde afuera, desde una altura que nos es extraña y, por esto, despiertan en todos nosotros las ganas de evadirse de ellas, de esquivarlas, de forzarlas si es que no, de destruirlas, de escurrirse de ellas como por las mallas de una red, o de cerrar los ojos ante ellas, con el consuelo de que la auténtica vida empieza allá donde cesan todas estas leyes.

La ley totalmente distinta es la ley de *Dios*, cuando él la pone en nuestro interior, cuando la escribe en nuestro corazón.

¡Sí, *cuándo!* No se entiende de por sí, el que Dios haga esto. Y si lo hace, es por su gracia gratuita, que nadie puede merecerse, hacerse con ella, ni tomarse para sí. Se nos ha prometido. Está ante nuestros ojos en un lugar bien determinado, suficientemente claro, lo suficiente aún para darle alcance. Pero nosotros tendremos que pedir incesantemente por ella para recibirla, para vivir de ella.

Si Dios *no* nos otorga esta gracia suya, libre, *no* pone su ley en nuestro interior, *no* la escribe en nuestro corazón, más bien: si nosotros no comenzamos a percibir que él está ya a punto de hacerlo, sí, entonces su ley, su ley buena y santa está ante nosotros, por encima de nosotros, frente a nosotros, como la cumbre de una alta montaña, que se halla cubierta por una oscura niebla. Y entonces, la ley de Dios aparece extraordinariamente semejante a aquellas otras leyes, sólo que, por el hecho de ser la ley de *Dios*, en este encubrimiento actúa de una manera más poderosa, más apremiante, más amenazadora que aquellas otras, pues ante ella no hay escapatoria.

¿Y qué es lo que nos dice la ley de Dios, cuando él *no* la pone en nuestro interior, *no* la escribe en nuestro corazón? Nos dice de una manera cortante, enérgica y estremecedora: ¡*Tú debes!* Sí, tú *debes*—esto es lo que oímos—reconocer lo que has hecho mal, *debes* arrepentirte, en cuanto te sea posible *debes* repararlo y entonces acomodar tu vida a otra norma, que sea mejor, tú *debes* escoger el bien y rechazar el mal, tú *debes* ser puro, sincero, y sin egoísmo (y todo esto, de una manera absoluta en la medida de lo posible, como lo proclama la gente del “rearme moral”¹). Y más aún: tú *debes* ayudar a los demás, hasta *debes* de ser para ellos un buen ejemplo. Y además: *debes* creer, *debes* rezar, *debes* leer la Biblia, *debes* ir a la iglesia. ¡Debes, debes, debes! Así suena la ley de Dios, así es como la oímos, si Dios no la pone en nuestro interior, no la escribe en nuestro corazón. Su voz habla así desde aquella nube.

¿Y qué hacemos nosotros entonces? Damos a la voz de Dios la respuesta lastimera: ya querría, pero no puedo, soy demasiado débil para una cosa así. O la respuesta frívola:

1. Los cuatro “absoluta” del rearme moral: absoluta nobleza, pureza, desinterés y amor absolutos. Cf. B. Fr. N. D. Buchman, *Für eine neue Welt*, 1949 p. 14.57.

oigo muy bien lo que debo hacer, y también podría hacerlo, pero no tengo ningún interés; hay otra cosa que me gusta mucho más. O la respuesta tozuda: podría muy bien, pero no quiero, y no quiero porque precisamente este “tú debes” no lo puedo tolerar. Y la peor respuesta será: oh, al fin y al cabo, no es para tanto. Yo ya oigo: ¡Tú debes! y podré muy bien hacerlo, cumpliré lo que se me exige, podré dejar satisfecho a Dios, quien me lo exige. Ante la montaña del Señor, edifico ahora de una manera totalmente artificial mi propia montaña: la montaña de mi honradez, de mi virtud, de mi justicia, quizás también de mi piedad. Y en la cumbre de esta mi montaña, me sentaré, para estar con él allá, de igual a igual, a la misma altura. ¿Sería posible que él no se sintiera obligado a reconocerme, a alabarme, a retribuirme tal como, a ojos vistas, lo merezco?

Pero: ¡Alto! Por aquí, no pasamos. Pues a través de todas nuestras lamentaciones, nuestra frivolidad y nuestra tozudez y, sobre todo, a través de toda nuestra autojustificación, sigue sonando la voz de la ley de Dios: nada de esto cuenta, todo esto son excusas y pretextos. Pero tú no te me escapas. Tú oyes y sabes bien lo que debes hacer, lo que yo quiero de ti. Y no lo haces y, como mínimo, te imaginas que lo haces. Pero no lo haces, y por lo tanto, eres un miserable, un condenado, un hombre perdido. Sí, tanto si estamos de pie, como si nos acurrucamos, como si nos echamos sobre las espaldas: bajo esta acusación, esta amenaza, en la gran indigencia en que la ley de Dios nos pone necesariamente, si él no la pone en nuestro interior, no la escribe en nuestro corazón, y que es tanto mayor, cuanto menos lo notamos, ésta es la gran indigencia en que nos encontramos, ésta es nuestra grande y terrible indigencia.

Esta es nuestra situación sin la libre gracia de Dios: cuando la ley de Dios habla desde la nube, cuando él no pone su ley en nuestro interior, no la escribe en nuestros corazones.

Pero ésta es su promesa: él quiere hacerlo y lo hará. Cuando Dios habla así, es una cosa totalmente distinta de cuando uno de nosotros se lo propone y dice que hoy por la tarde va a hacer esto y esto otro, no sabiendo qué es lo que le puede suceder mientras tanto, y ni siquiera si hoy por la tarde estaremos aún vivos. Cuando Dios da su promesa y dice: quiero hacerlo, lo haré, entonces hace lo que ha dicho que haría. Más aún, ya empieza a suceder lo que él dice.

Escuchemos ahora algo de lo que nos pasa, cuando esto sucede. Desgarra la nube que ocultaba a nuestros ojos la montaña de su ley. Lo vemos a la clara luz del sol, tal como es. La misma ley de Dios nos dice entonces algo totalmente distinto de lo que parecía decirnos antes, de lo que nos parecía escuchar antes. Ahora ya no dice más: ¡Tú debes!, sino ¡Tú puedes! ¿Qué acabas de decir? ¿no puedo? ¿no tengo ganas? ¿no quiero? ¿Qué has intentado sobre el monte que tú mismo te has hecho y has escalado, el monte de tu propia justicia? ¿Por qué tienes miedo de mí? Y al mismo tiempo ¿por qué vienes a mi encuentro tan orgulloso? ¿Por qué me quieres engañar de esta o de otra manera? ¿Qué hay de toda esta comedia que tú estás representando ante mí? De esta manera lo único que harás es dar vueltas entorno a mí y a mi mandato, mientras sigas creyendo que *debes* obedecerme. Todo esto es falso de arriba a abajo. Ningún hombre está obligado a creerse en la obligación². Y respecto a Dios, seguro que no. “El cumplimiento de un deber”, como se dice en los estados del Este, no es precisamente la obediencia que Dios exige. Obedecer significa: *poder* obedecer, en *libertad*, obedecer desde el interior de uno mismo, desde el interior de uno mismo escoger el bien y evitar el mal. Esto es lo que pasa con la montaña de la ley de Dios, cuando se retira la nube, cuando podemos verla a la luz del sol tal como es y como aparece en realidad.

¿Qué quiere Dios de nosotros? ¿Qué exige su ley? Que quede bien entendido: la ley ya es buena; exige algo de nosotros, nos manda y nos prohíbe algunas cosas, se nos ofrece para que nosotros la observemos y la cumplamos. Pero ¿qué exige?

Si nosotros escuchamos y entendemos correctamente lo que nos manda, dice así: con toda sencillez déjate ahora amar por mí y, a tu vez, ámame. Con toda sencillez, esto es “lo bueno”, si así lo haces. Muy sencillo, esto es la raíz, esto es el sentido, ésta es la fuerza de los diez mandamientos. “¡Ama, y haz lo que quieras!”³, ha dicho un gran padre de la iglesia. Una palabra atrevida, pero verdadera. Porque la

2. G. E. Lessing, *Nathan der Weise*, (1779), primer acto, escena tercera: “Kein Mensch muss müssen, und ein Derwisch müsste?” (Ningún hombre está obligado a tener la obligación, y ¿lo estaría un derviche?).

3. S. Agustín, *In Epistolam Ioannis ad Parthos*, tratado VII. n. 8 (PL 35, col. 2033).

cosa es así: quien se deja amar por Dios y, a su vez, puede amarlo, y a partir de este amor, hace lo que quiere, con toda seguridad, hace lo que es bueno. Así son las cosas.

Y la prohibición de Dios suena así: no te defiendas más del amor con que te amo y con el que tú puedes amarme a mí. Porque ponerse a la defensiva contra eso es el mal, es el pecado, es la transgresión de los diez mandamientos, de la que proviene toda desolación y todo mal. Cuando te pones a la defensiva, no te dejas amar, y no haces ningún uso de la libertad de poder devolver el amor, por más que seas el más honrado, hábil y serio de los hombres, lo mejor que tú quieras hacer resultará falso y al revés. Así son las cosas.

Así pues, cuando Dios pone en tu interior su ley, su mandamiento y su prohibición, cuando la escribe en tu corazón, entonces puedes observarla. Tú *puedes* dejarte amar, y *puedes* devolver el amor: a Dios, y por lo tanto también a tu prójimo. También puedes, de una manera muy imperfecta y muy insegura, y con toda modestia, emprender el cambio de rumbo del camino que hasta ahora habías seguido, entonces podrás, no en seguida de una manera "absoluta", pero sí, al menos, ser un poco más puro, más sincero, menos egoísta, ayudar un poco al menos, aquí y allá, y aun hasta ser un poco de ejemplo para los demás. Sí y, además, también podrás creer, y rezar, y leer la Biblia, y hasta podrás venir a la iglesia. ¡Ah sí, confío muchísimo que vosotros habéis venido aquí, no porque os habéis visto obligados, sino porque os ha sido dado poder hacerlo! Tú puedes: éste es el mandamiento nuevo y verdadero, la ley de Dios puesta en nuestro interior, escrita en nuestro corazón. Sencilla y simplemente, es nuestra propia libertad para él, para hacer con obediencia su voluntad.

Pero me preguntaréis: ¿Es que esto existe? ¿Cómo lo vamos a pensar? ¿Una ley, que a diferencia de todas las otras leyes, no significa ninguna opresión, ninguna calamidad, nada que nos sea extraño, sino que es la ley que nos hace libres para la libertad de prestar obediencia a Dios, saliéndonos de dentro, de buen grado y con disponibilidad? La obediencia en libertad es la que a él le gusta. ¿Cómo procura y da Dios esta libertad? ¿Cómo lo hace para poner en nuestro interior su ley santa y elevada, para escribirla en nuestro corazón, de manera que nos salga de dentro cuando la observemos y la cumplamos? Sí, sólo Dios puede procurar y dar esto. Tú no puedes, ni tampoco puedo yo, todos

nosotros no podemos. Como decía al principio: es la obra y el don de Dios en nosotros, su libre gracia. Pero, precisamente, esto *es* su gracia libre, esto lo *procura* él, lo *da* él.

Para acabar, me gustaría añadir aún lo más importante y definitivo. Existe realmente un lugar, en el que vemos, lo podemos ver con los ojos, y podemos agarrarlo con las manos, cómo Dios lo procura y lo da, cómo se realiza la obra de su gracia gratuita. Ahora volvemos a entrar de nuevo en el tiempo en que se recuerda la *historia de la pasión*, en la que Dios, en la persona de su querido Hijo, se ha hecho nuestro prójimo, nuestro hermano, totalmente igual a nosotros, hasta en la merecida muerte del más grande pecador: se ha hecho totalmente nuestro, para que nosotros, todos los hombres, podamos ser los suyos, hijos ya de Dios. En esta historia sucedió que la nube que cubría la montaña de la ley de Dios, se rasgó. En ella se verificó: "Yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo" (cf. Jer 31, 33c). En ella se hizo patente la nueva, la verdadera alianza: la alianza entre Dios y nosotros, tal como Dios lo piensa, lo quiere y lo establece, en la que ya no se dirá más ¡tú debes!, sino que se dirá como en el cántico que vamos a cantar después todos juntos: "amablemente, amigablemente, hermoso y magnífico, grande y poderoso, rico en dones, elevado, alto y admirable"⁴: Tú *puedes*, tú eres libre, en cuanto yo te hago libre. Pues en esta historia, en la persona de este Unico, que responde de todos nosotros, Dios ha puesto su ley en nuestro interior, la ha escrito en nuestro corazón, nos ha liberado para la libertad de que ahora hemos oído hablar: para la libertad de dejarnos amar, de poder amar. La historia de la pasión y de la victoria de aquel único, nuestro Salvador Jesucristo, no es una historia que ocurrió en cierta ocasión —como historia pasada, no puede interesarnos—, ocurrió para todos nosotros una vez para siempre. Si queréis entenderla correctamente, en ella ocurrió hace ya tiempo la historia de todos nosotros, la historia de nuestra salvación, de nuestra paz con Dios y entre nosotros: la historia de nuestra liberación. Amén.

¡Dios, santo y misericordioso! ¿Qué son todas nuestras palabras, y qué podrán ser todas nuestras acciones de gracias y alabanzas, por

4. Final de la estrofa 1.^a del cántico 255 (con diferencias textuales en el EKG 48) "Wie schön leuchtet der Morgenstern" (1599) de Ph. Nicolai (1556-1608).

serias que sean, frente a lo que tú has hecho, haces y quieres hacer aún por nosotros y con nosotros? ¿frente a la nueva alianza, en la que ya nos es dado estar a todos nosotros? ¿frente a la gracia, por la que tú ahora quieres poner tu ley en nuestra mente, escribirla en nuestros corazones? ¡Hospédate en nosotros! Despeja del camino todo lo que pueda impedirte. Y entonces, sigue hablando con nosotros, condúcenos adelante en tu camino, el único buen camino, aunque después tengamos que separarnos, para volver a nuestra soledad y, mañana, a nuestro trabajo.

Da impulso también a tu obra fuera de esta casa, en todo el mundo. Ten piedad de todos los enfermos, los que pasan hambre, los exiliados, los oprimidos. Apíadate de la incapacidad en que se encuentran los pueblos, los gobiernos, la prensa y, por desgracia también, las iglesias cristianas, y todos nosotros, frente al océano de culpa y miseria de la vida de la humanidad, hoy día. Apíadate de la incomprensión en la que hoy día muchos de los más responsables y poderosos se ven arrastrados a jugar con fuego, a desencadenar nuevos y mayores peligros.

Si tu palabra no estuviera en liza, ¿qué otro remedio nos quedaba, sino desanimarnos? Pero tu palabra está en el campo de combate, con toda su verdad y, por lo tanto, no podemos desanimarnos, podemos y queremos confiar, aunque la tierra tiemble bajo nuestros pies, en que todas las cosas, en todo su devenir, están en tus manos fuertes y amables, y que nosotros llegaremos finalmente a ver que tú ya nos has reconciliado contigo, así como también has reconciliado nuestro mundo tenebroso, dándole la paz y la salvación a pesar de todo el orgullo y toda la desesperación de los hombres: en Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor y Salvador, muerto y resucitado por nosotros, y por todos. Amén.

¡Invócame!

Salmo 50 (49), 15

11 de septiembre de 1960, cárcel de Basilea

Señor, estamos aquí reunidos para servirte, tal como tú quieres y ordenas que te sirvamos, en cuanto abrimos nuestros oídos y nuestros corazones a lo que tú vas a decirnos de tu amor y de lo que tú esperas de nosotros. Pero esta gran obra de la obediencia, no puede hacerla ni la hará ninguno de nosotros a partir de su propio conocimiento y de su propia fuerza. Sólo tú mismo puedes hacernos libres y alegres, dóciles y aptos para esta obra. Pues nuestros pensamientos, por su naturaleza siguen caminos totalmente distintos, y nuestro deseo nos arrastra, lo hemos de confesar sinceramente, en una dirección completamente diferente. Así pues, te pedimos y suplicamos ahora, que en esta hora estés tú entre nosotros, y quieras llevar tú la palabra en cada uno de nosotros. Y también te pedimos que cuando nos separemos, quieras acompañarnos y dirigirnos en la nueva semana que hoy empezamos, para que la vida de cada uno de nosotros reciba también en esta casa el buen sentido que le conviene y para que también nosotros andemos de acuerdo mutuamente, amablemente y con afabilidad, nos tengamos en consideración y nos respetemos los unos a los otros y, en cuanto dependa de nuestras fuerzas, podamos ayudarnos. Todo esto, por tu libre gracia, que tú nos has procurado en Jesucristo. Rezamos con las palabras que él nos enseñó: Padre nuestro... Amén.

¡Invócame el día del peligro: yo te libraré y tú me darás gloria;

Queridos hermanos y hermanas:

“¡Invócame!” dice aquí. Esto me recuerda muy bien lo que pasa cuando alguien me “llama” por teléfono, me interrumpe

y me distrae de mi trabajo, o en medio de una conversación, o en el momento en que deseo escuchar música, y me empieza a preguntar: cómo me va, y me expone alguna petición, me explica una larga o corta historia, y dice al final: llámame tú también alguna vez. Aquí, en nuestro texto, es totalmente distinto. También alguien me llama y me interrumpe en mis ocupaciones. Pero no se entretiene preguntándome cómo me va, porque lo sabe mejor que yo mismo. Y tampoco me ha de exponer ninguna petición. ¿Qué podría hacer yo por él? Ni tampoco tiene una historia importante para explicarme, porque la única historia realmente importante, empieza con su llamada. Y lo que en el teléfono es lo último, es aquí lo primero; lo que allí es algo secundario, es aquí lo principal, incluso lo único: ¡llámame tú!

¿Quién dice esto? ¿Dios? ¡Sí, Dios! Pero la palabra Dios se usa tanto, está gastada como una moneda vieja, y cada uno la entiende a su manera. ¡Y existen también tantos dioses...! Por decirlo de alguna manera, digámoslo así: quien me llama y me dice que también yo lo llame es el Otro: el que es completamente distinto de ti y de mí, de todos nosotros, del mundo entero. El es aquel a quien tú perteneces. Porque tú no te perteneces a ti mismo, sino a aquel que ha creado todo el mundo desde el mosquito más pequeño hasta los planetas y las estrellas fijas, y te ha creado a ti, sin el cual, nada existiría, y sin el que tú no existirías en absoluto. El, el Señor de todas las cosas, es también quien piensa y hace todo lo que es bueno en todo y, así también, en nosotros, en ti y en mí: bueno, aunque nosotros no siempre sepamos comprender que es bueno lo que él cree que ha de hacer con nosotros. El es nuestro Padre. También es nuestro hermano. Y, por supuesto, también es nuestro juez, ante quien ninguno de nosotros podemos salir airosos, ante quien todos nosotros, sin excepción, somos culpables y permanecemos culpables, porque no pensamos ni hacemos lo que es correcto, ni con él ni con nuestro prójimo, ni tampoco con nosotros mismos. Pero él es quien, sin embargo —¡oh milagro de todos los milagros!—, nos quiere y nos conserva, y no permite que caigamos, tal como mereceríamos, y tampoco permite que nos escapemos; quien con una gran paciencia y, al mismo tiempo, una gran severidad, está ahí esperándonos, de quien no podemos deshacernos con nuestra tozudez patente u oculta ni con nuestra indiferencia, ni podemos saciarlo con afrentas y maldiciones, ni tampoco con palabras piadosas.

No podemos dominarlo, porque él siempre está ahí, el primero, como nuestro dueño. El es el Otro, que nos llama.

Y ahora precisamente te llama a ti, y a mí también. Adán, ¿dónde estás? (Gén 3, 9). ¿Me oyes? ¡Sí, tú bien me oyes! Hay muchos otros y muchas otras cosas que tú no puedes oír, ni tampoco lo necesitas. Pero a mí, tienes la obligación de oírme. Y tú me oyes realmente. Tú no serías un hombre, ni yo sería Dios, si tú no me oyeras.

Pero ¿qué es lo que nos dice, llamándonos a voces? En realidad, todo lo incluye en esto, sólo en esto: ¡invócame! Este es el permiso indulgente que te doy. Pero también es la orden estricta, promulgada de mi parte: yo te hago libre y tú eres libre para que puedas y debas hacerlo, y lo hagas como es debido: ¡invócame el día del peligro!

El día del peligro. La palabra “peligro” es una palabra que todos nosotros entendemos. Peligro quiere decir apuro, opresión, sufrimiento, de los que querriamos vernos libres y no podemos. Por todas partes hay mucha miseria: dentro de los muros de esta casa y fuera, en la ciudad de Basilea y en todo el mundo.

Pero, ¿no es cierto?, tú piensas ahora en primer lugar en *tu* peligro, tu peligro propio y personal, que tal vez es pequeño, pero quizás sea también muy grande, tal vez sea fácil de soportar, tal vez, muy difícil. Y a veces las pequeñas miserias son las que pueden llegar a ser las mayores y más pesadas. Tu peligro es quizás un peligro pasajero, tal vez un peligro que dura mucho tiempo, tal vez se presente simplemente bajo la forma del tiempo que estás obligado a permanecer en esta casa. Puede ser un peligro del cual tú tienes la culpa, pero también puede haber sido causado por las circunstancias y los hombres; tu peligro exterior y tu peligro interior, y no hay peligro interior que no lo sea también exterior, ni peligro exterior, que no lo sea también interior. Dios conoce y ve también tu peligro personal, y te dice que precisamente debes invocarle en este peligro tuyo particular.

Pero no olvides que no estás solo, sino que eres uno de los muchos que están en peligro. Si uno lo considera como es debido, toda la humanidad es propiamente una gran comunidad que se encuentra en peligro. Y nuestro peligro *común* y *general* —tal como cada día se va viendo más claro— es que nosotros sabemos dominar cada vez mejor la técnica de la vida, pero cada vez plasmamos peor nuestra propia vida y nuestra vida en común. Este es un peligro que no se puede

encubrir, ni menos aún puede uno librarse de él por la Fasnacht ni por la Mustermesse¹, ni por un jubileo², si es que vuelve a darse uno, ni tampoco por la maravillosa olimpiada³, ni por el comunismo y el anticomunismo, ni por un rearme moral, tal como lo hacen en Caux, junto al lago de Ginebra, ni por una impresionante evangelización, como hace poco hemos vivido en Basilea⁴. Es un peligro que, sencillamente, está ahí y que, una y otra vez, aparece en forma de grandes úlceras: bien en Argelia, o en el Congo, en Cuba, o en Berlín⁵. Es un peligro que tal vez es más amenazador allá donde uno no se da cuenta de él, donde uno se cree que basta con abrir el paraguas y dejar pasar la tormenta, tal como hacemos en nuestra querida Suiza, y lo hacen los de afuera, en la República federal alemana con su milagro económico. Y no debes decir tú ahora, este peligro de la humanidad no me incumbe. Te afecta muchísimo: tú te encuentras en este peligro común y general. También es cosa tuya. Por lo tanto: ¡invócame, no sólo en tu peligro personal, sino también en este peligro de toda la humanidad!

Pero el peligro en que nos encontramos, es todavía mucho más hondo y alcanza mucho más. El peligro *propriadamente dicho*, el *verdadero* peligro en que nos encontramos, que-

1. Punto culminante del año en Basilea. Fasnacht (sic) del lunes al miércoles después de Invocavit (!), Mustermesse en primavera. (Invocavit / propriadamente: invocabit / es la primera palabra del introito en latín de la misa del primer domingo de cuaresma [N. T.]).

2. Desde finales de junio hasta primeros de julio de 1960, la universidad de Basilea celebró el quinto centenario de su existencia.

3. Los juegos olímpicos del año 1960 se celebraron en Roma desde el 25.8 hasta el 11.9.

4. Evangelización llevada a término por Billy Graham en el campo de fútbol de St. Jakob de Basilea el 30 y 31.8.1960, con 12.000 y 18.000 participantes respectivamente.

5. Los disturbios en Argelia —oposición de los residentes blancos contra la política argelina del presidente francés Charles de Gaulle— alcanzaron un punto culminante con el levantamiento de una barricada (18.1 - 1.2.1960). Después de haber obtenido su independencia la colonia belga del Congo el 30.6.1960, estallaron motines y contiendas entre las tribus, así como excesos contra los blancos que se habían quedado en el país. El 2.7.1960 los Estados Unidos restringieron sus importaciones de azúcar de Cuba en un 95%. La "guerra del azúcar" que degeneró en un conflicto entre Washington y Moscú, llevó a la ruptura de las relaciones diplomáticas entre los Estados Unidos y Cuba en 1961. Las autoridades de la República Democrática Alemana cerraron la entrada al Berlín oriental, a los habitantes de la República Federal. Pocos días después, se introdujo el uso de un permiso para pasar al sector oriental.

ridos amigos, consiste sencillamente en que el hombre es tal como es, y en que él mismo no puede cambiarse. Este es su propio peligro. Lleva en sí mismo su sufrimiento. "¡Oh hombre, llora abundantemente tu pecado!"⁶, tal como se dice en un antiguo cántico. El hombre ha caído, es un ser desquiciado. No se trata de los pecados que hemos cometido y que cometemos, sino del pecado del que provienen todos los otros pecados, y así, pues, del peligro en el que todos nuestros peligros, los personales y los generales, tienen su fundamento, de la misma manera que la mala hierba ha de ir creciendo siempre de una raíz de mala hierba. El hombre mismo es propiadamente el peligro, el verdadero peligro. Quien no está enterado de esto, no sabe propiadamente lo que es peligro, aunque suspire y se queje en voz alta de lo que personalmente lo amenaza como un peligro, aunque estuviera tan furioso y desesperado por lo que se lee en la prensa. ¡Invócame en este peligro profundo, verdadero, auténtico!

¡Invócame! Recurre a *mí*, en tu propio peligro, y en el peligro general, y también en el peligro verdadero y auténtico, en que te encuentras también tú. En una llamada telefónica, todo depende de que uno dé con el número correcto. No recurras a aquello que llaman el destino: el destino es un ídolo ciego, sordo y mudo, del que no has de esperar nada. No recurras a éste o a aquel hombre, aunque se tratara del más poderoso y el mejor. Él también está sujeto a su propio peligro, y al peligro general, y al profundo peligro inherente a la condición humana; lo mismo que tú, él sufre por sí mismo. Ni invoques tampoco a los grandes hombres de la historia: todos ellos no fueron sino hombres, y si fueron santos, fue porque me invocaron. Y caerías en el peor de los males, si te invocases a ti mismo, si quisieras apoyarte en tu buen entendimiento y en tu buena voluntad, en tu buena conciencia y en tu derecho. Esta es precisamente la raíz de la mala yerba. No invocaría sino a aquel que es precisamente tu peligro más profundo. ¡Invócame a *mí*: el único Dios, el único salvador! ¡Invócame! Queridos amigos, si oyéramos este "a *mí*", estaría ya todo ganado.

Pero ¿qué viene a significar *invocar* a Dios? Tal vez piensas que quiere decir: rezar, rezar bien, piadosamente, ordenadamente. Sí, cierto, esto puedes y debes aprenderlo. Pero

6. Principio del cántico 140 (EKG 54) (1525) de S. Heyden (1494-1561).

¿de qué te ayudaría el rezar más hermoso, más piadoso, más ordenado, si no fuese llevado y dominado por la invocación de Dios, que no es algo particularmente hermoso, ni tampoco algo particularmente piadoso y ordenado, sino que es lo más sincero y auténtico que nosotros podemos hacer? “Desde la más profunda miseria, te *grito*” hemos cantado hace un rato. La invocación de Dios es realmente un grito. Es el grito de: yo te doy gracias, porque tú —por encima de todo peligro, pero también en todo peligro, eres Dios— quieres ser y serás mi Dios y el Dios de todos los hombres y de todo el mundo. Es el grito de: yo no lo he merecido, ninguno de nosotros lo hemos merecido el que tú seas nuestro Dios y quieras seguir siéndolo: lo único que nosotros podemos hacer es avergonzarnos ante ti. Y más aún, es el grito de: yo confío en ti; yo confío en la promesa que me ha sido dada al querer tú hablar conmigo, al querer ponerte abiertamente de mi parte, y al poderme poner yo también abiertamente de tu parte. Y finalmente es el grito de: yo te pido: ¡pon fin, oh Señor, pon fin a toda nuestra miseria!⁷, cámbianos a todos nosotros, haz que cambie de rumbo mi tribulación. Hazlo con todos, pero sobre todo, cámbiame a mí, revuélveme, conviérteme, renuévame. Acaba con nuestro peligro y emprende con nosotros un nuevo principio. Resumiéndolo todo, tal como lo hizo el apóstol Pablo, profiramos el grito: ¡Padre! ¡Mi Padre! (Rom 8, 15; Gál 4, 6). ¡Padre nuestro, en Jesucristo, tu Hijo, nuestro hermano! Este grito es lo que Dios nos permite y nos manda. Todos conocéis la frase; “la necesidad enseña a rezar”. Creo que se puede decir sin consideraciones que esta frase es una mentira. La necesidad no ha enseñado todavía a nadie a rezar. Pero el mismo Dios nos enseña, y lo hace, cuando nos permite y nos ordena invocarlo: ¡Padre! Lo que tú no has de hacer es avergonzarte y adoptar una falsa modestia, no has de ser demasiado humilde, así como tampoco, demasiado orgulloso, ni demasiado piadoso, ni poco piadoso (cf. Ecl 7, 16 s), para usar este permiso de gritar pidiendo con agradecimiento, humildad y confianza: “¡Padre!”.

Y ahora viene aquello de: *Yo te libraré*. Cuando en la Biblia aparece esta palabra “librar”, siempre se da a entender

7. Principio de la estrofa 12 del cántico 275 (EKG 294) “Befiehl du deine Wege” (1653) de P. Gerhardt.

que Dios ya está ahí para salvar, pues él ya te ha librado. Cuando Dios quiere algo, lo hace. “Librar” puede significar también: consolar, estimular, dar ánimos, ayudar. ¿A quién? ¿A los piadosos? ¿A los que se portan bien? ¿A los hábiles en la vida? ¿A los justos? ¿A los héroes, grandes y fuertes? ¡Ay!, pero ¿quiénes son los piadosos, los que se portan bien, los hábiles en la vida, los justos, y como si fuera poco, los héroes? Los que se creen ser todo esto, no acostumbran a gritar a Dios. Y Dios precisamente libra sólo a los que le gritan. Como se dice en otro salmo: “cerca está el Señor de los que lo invocan, de los que lo invocan sinceramente” (Sal 145 [144] 18). Él está cerca de ellos como salvador, y es precisamente su salvador, porque está cerca de ellos: de los que se tienen por completamente pobres, enfermos, necesitados, los que sólo pueden y quieren dirigirse a él, y que no tienen ninguna otra posibilidad que lanzarle un grito. Sí, él libra a estos, él ya los ha librado. En el peligro, ya han sido sostenidos por él, y ya han sido sacados por él de su peligro. Siendo aún pecadores, ya son justos; estando todavía tristes, ya están alegres; estando aún en la muerte, ya están en la vida, y estando aún en la tierra, están ya en el cielo. Porque para los que se comportan así, los que llaman a Dios de esta manera, Dios, el salvador, se ha puesto ya a su lado, en Jesucristo, su querido Hijo, que como Señor de la gloria, en la cruz, al final, sólo gritó: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Mc 15, 34). A los que gritan así, como él, junto con él, Dios les ha hecho, precisamente en él, en este único, otro hombre, un hombre nuevo: Dios ha hecho de ellos ciudadanos de un nuevo mundo, en el que él enjugará todas las lágrimas de sus ojos, y no habrá ya ni llanto, ni dolor, ni gritos (Ap 21, 4). “Él que no perdonó a su propio Hijo, ¿cómo no nos ha de dar con él todas las cosas?” (Rom 8, 32).

Y ahora, lo último y lo mejor: *Y tú me darás gloria*. El sentido no es: debes, tienes la obligación, sino: ¡tú me darás gloria! Tú —¿a mí? ¿Tú, hombre pequeño, malo, atribulado en tu gran miseria— a mí el Dios grande, santo, religioso y justo? Sí; tú debes glorificarme, tú me glorificarás, me ensalzarás, me alabarás. ¿Cómo? Sólo por el hecho de invocarme, y sólo por el hecho de que al invocarme, yo te salvo. Cuando ocurre esto, entonces soy glorificado, alabado, ensalzado. Precisamente ahí está toda mi gloria. Estará en tu vida. En tu vida, tú serás mi testimonio, un pequeñísimo

reflejo de mi gran luz en este mundo oscuro, en este siglo oscuro. No puede ser de otro mundo: en cuanto tú me invocas y en cuanto yo te salvo, te conviertes en este testimonio, en este reflejo. ¿Tú? ¡Sí, precisamente tú! ¿Nosotros, aquí? Sí, precisamente nosotros aquí, la parroquia de esta cárcel.

Y con esta promesa, podemos y queremos acercarnos a la santa cena. Y haciendo esto, no hacemos otra cosa sino proferir una llamada y un grito común de agradecimiento, de humildad, de confianza y de súplica. Si nosotros recibimos la santa cena con esta disposición, el nombre de Dios es santificado aquí y ahora. El reino de Dios viene a este lugar en esta hora. Y se hace la voluntad de Dios entre nosotros y a través de nosotros: así en la tierra como en el cielo (cf. Mt 6, 9s). Amén.

¡Señor, Dios nuestro, nuestro Padre en Jesucristo! Nos volvemos a ti una vez más, tal como nos lo has permitido y nos lo has mandado hacer. Sigue siendo para nosotros, de ahora en adelante, el que en tu gran poder y misericordia has sido para nosotros, y eres hoy día. ¡Ilumínanos tú, y resplandeceremos! ¡Despiértanos, y nos mantendremos vigilantes! ¡Conviértenos tú, y nos convertiremos!

Y ahora te pedimos de todo corazón, que tanto en tu bondad como en tu severidad, te manifiestes activo entre todos los hombres: entre los jóvenes y los de edad, los enfermos y los sanos, los poderosos y los débiles, los cristianos y los no cristianos, los portavoces y dirigentes responsables de los pueblos del este y del oeste, así como entre los innumerables que los escuchan y los siguen, y que de esta manera, son también corresponsables de lo que pasa y de lo que puede sobrevenir. Todos ellos, todos nosotros, estamos en el peligro del que tú solo puedes salvarnos, y quieres hacerlo. Y ellos, todos nosotros, estamos dispuestos a alabarte, a darte gloria. Haz que ellos, haz que todos nosotros consideremos y experimentemos, que a ellos, a nosotros y a todo este nuestro pobre mundo, nos has reconciliado y nos has unido contigo y los unos a los otros, en la sangre de tu querido Hijo, derramada en la cruz: que nuestra salvación, en él, está cerca de nosotros, y que tú has derramado tu Espíritu santo sobre toda carne, para que él también nos vivifique. Amén.

Mi tiempo está en tus manos

Salmo 31 (30), 16

31 de diciembre 1960, cárcel de Basilea

¡Señor, Padre nuestro! Nos hemos reunido aquí en este último atardecer del año, porque queremos estar contigo, no sólo nosotros solos, sino todos juntos. Y ahora deseamos oír alguna cosa mejor que lo que nos decimos a nosotros mismos en nuestros corazones, o lo que alguien aquí o allá nos susurra en los oídos, o nos dice a voces, o lo que oímos por la radio o podemos leer en los libros y en los diarios. De todas estas cosas no podemos vivir. Querríamos oír tu palabra, a ti mismo, tu consuelo, tu exhortación. Creemos que tú estás vivo en medio de nosotros, y que quieres darnos lo que necesitamos, lo que no tenemos ni podemos procurarnos. Por esto te damos gracias, y ahora, sólo te pedimos una cosa, que reúnas nuestros pensamientos dispersos y, en primer lugar, hagas desaparecer toda la tozudez, confusión y estupidez que pudiera estorbarnos, para que ahora volvamos a estar abiertos a ti de la misma manera que tú, año tras año, estás abierto a nosotros en tu inagotable bondad. Padre nuestro... Amén.

Mi tiempo está en tus manos

¡Queridos hermanos y hermanas!

Tuve una vez un amigo bueno, inolvidable. Era un párroco y profesor francés. Por el año nuevo del 1956, por lo tanto hace cinco años exactamente, en una iglesia reformada de Africa del Norte, predicó sobre estas palabras: "Mi tiem-

po está en tus manos”¹. Fue un sermón muy cálido, muy rico, muy movido y conmovedor. Cuando volví a leerlo estos días, lo encontré tan bueno, que estuve pensando por un momento traerlo aquí simplemente, y léeroslo. Fue el último sermón de este hombre: cinco días después, de vuelta ya a París, murió de una manera totalmente inesperada. ¿Qué sé yo, si éste no será también mi último sermón? ¿Qué sabemos todos nosotros si, de aquí a un año, o de aquí a cinco días, estaremos aquí todavía? “En medio de la vida, estamos rodeados por la muerte”.²

“Mi tiempo está en tus manos”. Seguro que esto quiere decir también: mi tiempo no me pertenece, sólo se me ha prestado, y en cualquier momento puede serme reclamado y tomado. Y entonces se me preguntará: ¿Quién has sido tú propiamente en tu tiempo? ¿Qué has hecho tú con el tiempo que te ha sido dado? ¿Qué vamos a contestar? A ninguno de nosotros le será posible escabullirse a base de rodeos, disimulos y excusas. Pues él, —aquél en cuyas manos está nuestro tiempo—, él contestará. Y para nosotros, todo dependerá de lo que él responda. Y si debiéramos anunciar algo, sólo podría ser esto:

La sangre de Cristo, y su justicia
es mi adorno y mi vestido de gala
con él me sostendré ante Dios
cuando vaya al cielo.³

¡Solamente esto! Valdría bien la pena reflexionar sobre ello. Y estando aquí ahora todos juntos, seguro que esto también nos servirá para acordarnos de esta verdad, y para dejarnos decir esta verdad, cosa que todos necesitamos.

Pero ahora, antes que nada, querría poner en claro una cosa completamente distinta: *no* se dice: nuestro tiempo humano —aquello que nosotros llamamos el tiempo— está en las manos de Dios. Dios es su Señor, empieza en él y acaba en él. Esto sería también verdad, y hermoso. Esto sería una

1. P. Maury, *Mes temps sont dans Ta main*, en: *Antwort. Karl Barth zum siebzigsten Geburtstag am 10 Mai 1956*, Zollikon-Zürich 1956, p. 938-942.

2. Principio del cántico 295 (EKG 309), de antes de la reforma, según la antifona “Media vita in morte”.

3. Estrofa 1.ª del cántico 265 (EKG 309), Leipzig 1638 (las estrofas 2.ª-8.ª que vienen a continuación se encuentran en el libro de cánticos suizo de N. L. Graf von Zinzendorf).

afirmación importante en una buena conferencia religiosa, y sería una noticia saludable sobre nosotros mismos y nuestro tiempo, y sobre Dios. ¿Por qué no tendríamos que permitir que se nos diera?

Pero la palabra del salmo suena de otra manera: “*Mi tiempo está en tus manos*”. ¿Notáis la diferencia? Tal como está ahí, esta frase es una alocución, un fragmento de una historia: *no de una historia que escuchamos o leemos, o que podemos contemplar en el cine, la televisión o el teatro, sino un fragmento de una historia, en la que nos encontramos nosotros mismos, y en la que nos es dado y debemos participar*. Ahí estoy yo con mi tiempo, y ahí está Dios, y él me ha dicho algo abiertamente, y ahora tengo yo la palabra, ahora me es dado y debo decir también lo que sé. *No se trata de decir algo del tiempo en general, sino de mi tiempo, ni algo sobre un gran desconocido, que ahora, de una manera convencional, lleva el nombre de “Dios”. Sobre todo, no se trata de decir algo sobre Dios (siempre es peligroso, cuando nosotros, los hombres, hablamos sobre Dios), sino algo a Dios, que se me presenta lleno de vida: a Dios, que yo conozco y que, sobre todo, también me conoce él a mí, y a quien puedo dirigirme como “tú”, así como él me llama “tú” a mí, y que precisamente ahora espera que yo le hable, que yo hable con él.*

Esta es nuestra situación, en esta tarde de san Silvestre, cuando nos colocamos bajo esta palabra. Nos encontramos en medio de esta historia, de esta conversación. Más aún; ahí estamos nosotros en nuestro tiempo, y ahí está Dios, lleno de vida, que de tantas maneras nos ha hablado (por ejemplo, en Navidad), a quien podemos y debemos responder ahora, frente a quien podemos nosotros ahora decir y declarar lo que ahora nos ocurre: que *mi tiempo está en tus manos*.

“*Mi tiempo*”. ¿Qué es esto? Ahora, mi tiempo, es simplemente el tiempo de mi vida; así pues, mi pasado a partir de mi nacimiento, y mi futuro hasta mi muerte, y lo más digno de consideración: mi presente, el tránsito constante del pasado al futuro, el instante ahora, que sin cesar va y viene, este instante, hoy por la tarde, al final del año 1960, y muy cerca de la venida del año 1961. El tiempo de nuestra vida es el espacio que se nos da a todos, la oportunidad para la vida que se nos ofrece a todos. Un espacio estrecho, una oportunidad única y pasajera para la vida. Pues cuando viene

la muerte, ya no tenemos más este espacio, ha pasado esta oportunidad. Este tiempo de mi vida, corto o largo, está en tus manos.

“Mi tiempo” quiere decir algo más que esto. La palabra que Lutero ha traducido por “mi tiempo”, quiere decir propiamente: mi talento. Mi tiempo, por lo tanto, es la historia de mi vida: lo que pasa en el tiempo de mi vida, todo lo que he hecho y he omitido, y todo lo que todavía haré y omitiré, tal vez lo que precisamente en esta hora estoy haciendo u omitiendo. Mi tiempo es la historia de toda mi vida, con todo lo que he sufrido y he hecho y, tal vez, tendré que sufrir y hacer, la historia de mi vida, con todo lo que fui, soy y seré. Esta historia de mi vida, ¡está en tus manos!

Finalmente, puede uno resumir todo esto y decir simplemente: “Mi tiempo” —que soy yo: que he vivido, vivo y me gustaría vivir todavía un poco—, yo mismo, con todo lo que entiendo y no entiendo, lo que puedo y no puedo, con mis lados fuertes y mis lados frágiles, con mis buenas y no tan buenas peculiaridades. Mi tiempo soy yo mismo con mi elevada determinación de amar a Dios, mi Señor, con todo mi corazón, con todo mi afecto y con todas mis fuerzas, y a mi prójimo como a mí mismo (cf. Lc 10, 27). Mi tiempo soy yo mismo, con el abismo de mentira y absurdo que hay en mí. Y ahora, por lo tanto: yo, tal como fui, soy y seré, y tal como tú también me conoces— yo mismo, estoy en tus manos.

Vale la pena examinar aquí un poco más detenidamente la palabra “*está*”. Mi tiempo, por lo tanto, no está por ahí en alguna parte, como una bolsa de mano que alguien hubiese perdido o hubiese olvidado en el tranvía, o en cualquier otra parte. Ni va rodando como una bola echada por una mano invisible. Ni tampoco tiembla como una hoja al viento. Ni tampoco vacila ni se tambalea como un borracho. Está. Está sostenido, llevado, asegurado. No se mantiene en pie porque yo sea un mozo fuerte: ninguno de nosotros lo es. Se mantiene en pie porque está en tus manos. Lo que está en tus manos, se mantiene en pie. Por lo tanto, ahí está mi ayer, mi hoy y mi mañana, con todo lo oculto y manifiesto que hay en ellos. Allí estaba mi tiempo, la historia de mi vida, yo mismo, mucho, muchísimo tiempo antes de que yo naciera, en tu decreto, desde toda la eternidad. Y allí estará, no sólo hasta mi muerte, sino más allá de ella, para siempre. Nada, absolutamente nada de lo que vino, y todavía viene

y ahora existe, se perderá, se olvidará o se extinguirá. Yo soy, yo viviré, aunque muriese ahora mismo (cf. Jn 11, 25), porque mi vida está en tus manos.

Pero ahora viene ya lo principal: “Mi tiempo está *en tus manos*”. Si alguna cosa está en las manos de alguien, se ha de suponer que por el momento le pertenece, que, por de pronto, la usa y la ha usado y, por lo tanto, se preocupa de ella. Pero nosotros no hablamos de las manos de un cualquiera, sino de las tuyas, de las manos de Dios. Mi tiempo está en tus manos y, por lo tanto, te pertenece desde el principio y definitivamente, y tu quieres utilizarlo una y otra vez, siempre de nuevo. Y tú te preocupas de él y de mí, ilimitadamente, sin cesar.

Mi tiempo está en *tus* manos. No en las manos de un destino oscuro, sordo, del que uno debería temer y espantarse, con el que uno podría reñir y luchar, con el que uno tuviera que pelearse tanto interiormente como exteriormente. Con el destino podría arreglármelas. Contigo, oh Dios, no me las puedo arreglar, lo único que puedo hacer es estar junto a ti.

Mi tiempo no está en las manos de cualquier hombre, grande o pequeño, contra el que más tarde o más temprano sentiría la necesidad de rebelarme o de liberarme poco a poco, paulatinamente.

Y lo más importante: mi tiempo no está en mis propias manos. Es de verdad una suerte el que no cuente sólo con mis recursos como persona respetable, cuya sabiduría tuviese que admirar y respetar, pero que finalmente me viese obligado a dudar de ella y a asustarme en cada momento de sus locuras. Es bueno que yo no sea mi propio señor, que mi tiempo no esté en mis manos. Sino que mi tiempo, la historia de mi vida, yo mismo, estemos en tus manos.

Bueno, me preguntarán ¿Es que Dios tiene manos? Sí, Dios tiene manos, mucho mejores, mucho más hábiles, mucho más fuertes que las nuestras, que son como pezuñas. Y ¿qué significa esto de las manos de Dios? Primero, déjadmelo decir así: las manos de Dios son sus hechos, sus obras, sus palabras, que nos envuelven y nos rodean por todas partes, nos llevan y nos sostienen a todos nosotros, tanto si queremos saberlo, como si no. Pero esto podría ser dicho y entendido todavía sólo de una manera gráfica, simbólica. Existe un punto, en que lo gráfico y lo simbólico cesan, y que las manos de Dios adquieren un sentido totalmente literal

con toda seriedad y donde todos los hechos, obras y palabras de Dios tienen su principio, su punto medio y su fin: "Tus manos" son las manos de nuestro salvador Jesucristo. Son las manos que él extendió ampliamente cuando gritó: "Acercaos a mí todos los que estáis rendidos y abrumados, que yo os daré respiro" (Mt 11, 28). Son sus manos, con las que bendijo a los niños. Son sus manos, con las que tocó a los enfermos y los curó. Son las manos con las que partió el pan y lo repartió a los cinco mil en el desierto, y una vez más aún a sus discípulos antes de su muerte. Finalmente y sobre todo, son sus manos clavadas en la cruz para nuestra reconciliación con Dios. Hermanos y hermanas, éstas, éstas son las manos de Dios. Las manos paternas, fuertes, las manos maternas suaves, delicadas, las manos del amigo, fieles, dispuestas a ayudar, las misericordiosas manos de Dios en las que está nuestro tiempo, en las que estamos nosotros mismos. De él, de éste nuestro salvador, se ha dicho que, cuando vino, se cumplió el plazo (Gál 4, 4), y esto quiere decir que en él, el tiempo —todo tiempo y ¡por lo tanto, también el tiempo de cada uno de nosotros!— ha obtenido su sentido, su dirección y su finalidad. Dejémoslo ahí: en tus manos —en las manos de tu querido Hijo— está mi tiempo, está mi vida, puedo estar yo. Él, tu querido Hijo, ha dicho: "Nadie me las arrancará de la mano" (Jn 10, 28). Oíldo: nadie, ningún hombre, ningún ángel, y ningún demonio, ni tampoco mis pecados y mi muerte. Nadie podrá arrancármelas de la mano.

En estas tus manos divinas estoy cobijado, bien atendido, custodiado, salvado. En estas tus manos estuvo mi año 1960, con todo lo que me trajo y me quitó, con todo lo bueno y lo malo que yo fui e hice. Y porque las cosas han sido así en este año que acaba de pasar, es por lo que en todas circunstancias ha sido un año de salvación, un año de gracia. Si no lo hemos sentido ni lo hemos notado, queremos decir ahora en éstas sus últimas horas: ha sido un año de salvación y de gracia, porque estaba en tus manos. Y también estará en éstas tus manos mi año 1961, con todo lo que pueda o no sobrevenir, y lo bueno o malo que yo pueda ser o hacer, con todo lo que me resultará fácil o difícil, quizás, muy difícil. No será un año cualquiera, sino también tu año, será también un "año del Señor". Y también está esta hora en ésta tu gracia y poder, hora en la que nos encontramos juntos, nuestra misteriosa presencia entre el pasado y el

futuro: el misterio de este instante. ¿Sabéis cual es su misterio? La llamada suave, quizás fuerte también, que precisamente ahora viene a todos nosotros: "Si hoy oís su voz, no endurezáis el corazón" (Heb 4, 7). Porque mi tiempo, porque precisamente esta hora está en tus manos, es esta hora para mí, para ti, para todos nosotros, una hora decisiva.

Llego a la conclusión, con un consejo o con una súplica:

¿Qué pasaría, si nosotros —cada uno y cada una de nosotros— esta noche, antes de dormirse, dijese una vez más a Dios, en voz alta o en voz baja, lo que ahora acabamos de oír: "Mi tiempo está en tus manos"? Si esto fuese lo último del año viejo, daríamos fin al año diciendo la verdad. Porque ésta es la verdad: "¡Mi tiempo está en tus manos!", y Dios espera que finalmente —aunque no fuera sino en nuestra última hora— digamos la verdad. ¡Qué final de año!

¿Y qué pasaría, si, mañana por la mañana, al despertarnos, en voz alta o en voz baja, dijéramos exactamente lo mismo: "Mi tiempo está en tus manos"? ¿Qué pasaría si lo primero del nuevo año fuera que dijéramos una vez más la verdad, ahora de cara al futuro? Dios espera que empecemos de una vez a decir la verdad, y ésta es la verdad: "Mi tiempo está en tus manos". ¡Qué entrada del año! Sí, ¿qué pasaría? ¡Qué final, qué comienzo! Amén.

¡Señor, Padre nuestro! Tú nos dices hoy, lo mismo que ayer, y nos dirás mañana, lo mismo que hoy, que tú nos has amado en todo tiempo, y nos has atraído a ti por pura bondad. Nosotros te escuchamos, pero haz que te escuchemos bien. Creemos en ti, pero ayuda nuestra falta de fe. Querríamos obedecerte, pero acaba con todo aquello que en nosotros es demasiado blando o demasiado duro, para que podamos obedecerte realmente como es debido. Nosotros ponemos en ti nuestra confianza, pero echa de nuestros corazones y nuestras mentes todos los fantasmas, para que confiemos en ti llenos de alegría. Nos refugiamos en ti, pero haz que dejemos atrás con toda seriedad, lo que ha de quedar atrás, y haz que miremos y vayamos adelante con gozosa confianza.

Ayuda a todos los que están en esta casa, a todos los extraviados, atribulados, amargados, desesperados de esta ciudad y de todo el mundo, también a todos los demás presos, también a los enfermos en los hospitales y frenopáticos, también a los que en la política llevan la palabra y tienen el poder, también a los pueblos que piden pan, justicia y libertad, y que luchan para ello con sano criterio o imprudentemente, también a los maestros y educadores y a la juventud que les ha sido confiada, también a las iglesias de toda denominación y dirección: que custodien y esparzan la luz pura de tu palabra.

Vemos tantas cosas, cerca y lejos, que podrían entristecernos o desanimarnos, o también enojarnos, o dejarnos indiferentes. Pero en ti están el orden, la paz, la libertad, la alegría perfectas. Tú fuiste nuestra esperanza y la esperanza de todo el mundo en el año que ha pasado, tú lo serás también en este nuevo año. Levantamos nuestros corazones. ¡No, levántalos tú hasta ti! A ti, Padre, Hijo y Espíritu santo, sea la gloria: hoy, como ayer, mañana como hoy, y así, por toda la eternidad. Amén.

El instante

Isaías 54, 7-8

Domingo de Pascua, 2 de abril 1961, cárcel de Basilea

¡Señor Dios, Padre nuestro! Tú eres la luz, en la que no hay tiniebla alguna, y ahora has encendido en nosotros una luz, que ya no podrá extinguirse, y que al fin y por último alejará todas las tinieblas. Tú eres el amor sin frialdad, y ahora, tú también nos has amado, y nos has concedido la libertad de poderte amar a ti y de podernos amar los unos a los otros. Tú eres la vida, que se burla de la muerte, y tú nos has abierto también la entrada a esta vida eterna. Tú has hecho todo esto en Jesucristo, tu Hijo, nuestro hermano.

No permitas que nosotros, ninguno de nosotros se haga indifere- ne y sordo a este don y a esta revelación tuya. Haz que percibamos al menos en esta mañana de pascua algo de la riqueza de tus bienes, haz que algo de esta riqueza entre en nuestros corazones y en nues- tras conciencias, y que nos ilumine, enderece, consuele y amoneste.

Ninguno de nosotros somos grandes cristianos, sino cristianos muy pequeños. Pero nos basta tu gracia. Despiértanos a la pequeña alegría y agradecimiento de que somos capaces, a la fe vacilante que podemos revivir, a la obediencia imperfecta, que no te podemos negar y, con ello, a la esperanza de todo lo grande, total y perfecto que nos has preparado a todos nosotros en la muerte de Nuestro Señor Jesucristo, y nos lo has prometido en su resurrección de entre los muertos. Te pedimos que esta hora nos sirva para esto.

Padre nuestro... Amén.

*Por un instante te abandoné, pero con gran cariño te reuniré.
En un arrebató de ira te escondía un instante mi rostro, pero
con misericordia eterna te quiero —dice el Señor, tu redentor*

Queridos hermanos y hermanas:
“Con gran cariño te reuniré”. A ti, pobre pueblo disper- so, a ti, pobre hombre disperso: te reuniré allí, en el lugar

al que tú perteneces. Este es el mensaje de pascua, su augurio, su promesa. Y “con misericordia eterna te quiero”. Esta es la historia, éste es el acontecimiento del día de pascua. No por un humor y disposición casual, sino por misericordia eterna, por una donación inalterable, se ha apiadado Dios de su querido Hijo en el día de pascua. De tal manera lo ha glorificado, se ha declarado partidario de él, lo ha llevado a la luz como a su Hijo, Nuestro Señor, que lo ha arrancado de la muerte que domina a todos los hombres y del sepulcro que nos espera a todos y, así, lo ha proclamado de una manera inequívoca salvador de todos los hombres.

El lo ha querido y, en su persona, ha querido al pueblo de Israel, infiel, obstinado, infeliz, y de nuevo, en su persona, en la persona de su Hijo, Nuestro Señor Jesucristo, ha querido a toda la humanidad, extraviada y desconcertada, y además, en su persona, también te ha querido a ti y a mí, a cada uno de nosotros en nuestro personal error y abandono. Esto es lo que Dios ha *hecho* el día de pascua: él nos ha querido en Jesucristo. Y esto es lo que nos ha *dicho* el día de pascua, la palabra pascual que podemos oír ahora: que él nos reúne, y que él nos quiere reunir y nos reunirá en la gracia que ha manifestado a Jesucristo.

No entenderíamos la gloria, la alegría y la esperanza del día de Pascua, si no quisiéramos volver a pensar ahora en el viernes santo, que ha precedido a este día. Lo que sucedió en el día de pascua, fue la explicación, la revelación del misterio, de lo que había sucedido antes en el viernes santo. “Viernes santo” (Karf Freitag), significa: día de la lamentación. Puesto que el claro resplandor del día de pascua fue la explicación y la revelación de lo que sucedió en el Viernes santo, “día de la lamentación” no resulta un nombre apropiado para este día. En todo caso: la gracia eterna, con la que Dios se apiadó de Jesucristo en su resurrección de entre los muertos, de hecho valió para él, para el Hijo del hombre crucificado en el Gólgota y que acabó miserablemente en la cruz, valió, en su persona, para el pueblo de Israel, precipitado de lo más alto a lo más bajo, valió y sigue valiendo en su persona para la humanidad, cuya historia, desde el principio hasta estos días, fue y es una historia escrita con mucha sangre y muchas lágrimas. Y así, la gracia eterna de Dios valió y vale también para cada uno de nosotros, no en nuestra prudencia, bondad y habilidad, sino en el último y más

profundo desconsuelo y absurdo de nuestra existencia, que podría muy bien convertir el día de nuestra vida en un día de lamentación. Así como un viernes santo sin día de pascua, podría llamarse, de hecho, un día de lamentos, así también un día de pascua sin viernes santo, podría ser solamente un día de fiesta vacío, tal como, por desgracia, ha venido a ser para tantos hombres. Nosotros queremos celebrarlo como es debido. Por lo tanto, acordándonos de la muerte de aquel que, en este día, ha resucitado de entre los muertos.

Así pues ¿qué sucedió el viernes santo? ¿Cómo fue aquel instante que según la palabra del profeta, fue corto, sumamente terrible, pero que pasó rápido, ya que lo llama un instante superado y superado con creces por su gracia eterna? Así lo describe el evangelista en la historia de la pasión: Desde el medio día hasta la media tarde toda aquella tierra estuvo en tinieblas. A media tarde gritó Jesús muy fuerte: “¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?” (Mt 27, 45 s.). Y más adelante: “Jesús dio otro fuerte grito y exhaló el espíritu” (Mt 27, 50). Uno se admira y se escandaliza con frecuencia de que Jesús al morir haya gritado y haya preguntado precisamente así, cuando, al iniciar su camino hacia la muerte, lo hizo con la oración y la disponibilidad: “Que no se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lc 22, 42). Y ahora: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”. Pero no se ha de cambiar nada; precisamente aquí debemos pararnos, y tomarlo con toda seriedad: así y precisamente esto gritó e interpeló realmente allí Jesús. Al pie de la letra se oyó decir y debió oír: Yo, Dios, te he abandonado a ti, Jesús, por un breve instante. Yo, Dios, te he escondido mi rostro, a ti mi querido Hijo, en este instante de la ira. Fue terrible lo que Dios hizo allí: este abandono, este esconder su rostro en el instante de la ira —no a algún malvado, sino al único hombre verdaderamente puro, santo, fiel— a su propio querido Hijo. Y su respuesta no podía ser así porque Jesús lo hubiese abandonado a él, y de hecho no lo fue. La cosa fue así; Jesús, precisamente al no abandonar a Dios, siéndole sólo a él obediente, sólo quería que se hiciese su voluntad, y entró en el camino, y lo siguió, que debía llevarlo y realmente lo llevó al fin amargo en que su Dios debía abandonarlo, quiso abandonarlo y realmente lo abandonó. Este fue el breve instante, esto fue lo que sucedió en el viernes santo.

¿Qué camino fue éste, que lo llevó hasta lo terrible de este breve instante? Hermanos y hermanas, éste fue Jesús, éste fue el camino de Dios hacia *nosotros*: hasta el lugar tenebroso en el que se encontraba Israel a causa de su gran infidelidad, en el que se encuentra toda la humanidad, por su continua frialdad y rebelión hacia su creador y Señor, en el que todos nosotros nos encontramos, siempre que hemos abandonado a Dios, y seguimos abandonándolo una y otra vez. Enviado por su Padre, vino Jesús a nosotros y, por lo tanto, a este lugar de la ira y del alejamiento de Dios. Y precisamente la voluntad de su Padre se realizó cuando él echó a andar por este camino entrando así en nuestro abandono de Dios. Y esto, ¿para qué? Clara y sencillamente: para ser el objeto de la ira de Dios y el abandonado de Dios, a favor de su pueblo de Israel, a favor de toda la humanidad, en lugar de cada uno de nosotros, para que fuera de él, ningún otro pudiera serlo. Penetró en el abandono de Dios que nos correspondía a nosotros, para tomarlo sobre sí, para soportarlo, para llevárselo con el poder divino que le había sido dado, para que este abandono no pudiera, no debiera afectarnos a nosotros nunca más. Gritó y preguntó: “¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?”, para que nosotros nunca más debiéramos preguntarlo, para que dejara de ser justo, necesario e inevitable que un hombre cualquiera gritase y preguntase tal como él lo hizo allí. ¿Por qué es superfluo y está prohibido para todos nosotros? Porque él lo hizo en lugar nuestro una vez para siempre. Así fue: allí estuvo él entonces en nuestro lugar. Entonces estuvo él allí, en nuestro lugar tenebroso, entonces debió él allí elegir y preguntar de esta manera, tal como lo hizo. Este fue el viernes santo, éste fue el breve pero terrible instante. Pero digámoslo mejor aún: el gran instante, el instante eterno y eternamente saludable para el mundo y para todos nosotros. Esta fue ya la luz del viernes santo, que se descubrió y se hizo patente y visible en el día de pascua. Este fue el sí que Dios le dijo en su resurrección de entre los muertos, que Dios dijo a su obediencia, a su fidelidad y, en su persona, a su pueblo Israel, a todos los hombres y, que por lo tanto, ha dicho a cada uno de nosotros, en aquel breve instante. Éste sí de Dios a todo el mundo, y también a nosotros ¿no fue ya pronunciado cuando Dios ofreció a este hombre único emprender este camino tenebroso por nosotros? Y de esta manera, en el final más tenebroso de este camino ¿no ha dicho

ya él “no” a nuestro abandono de Dios? Lo que sucedió el día de pascua, no fue nada nuevo, fue simplemente el destello de esta luz, encendida en aquella oscuridad y cubierta por ella: la expresión del gran sí que Dios nos dijo allí, y del gran no que él dijo a nuestro abandono de Dios, se convirtió entonces en un hecho y en un acontecimiento.

Y ahora nos es dado celebrar la pascua. ¿Qué quiere decir celebrar la pascua? Quiere decir: ver esta luz del viernes santo. Está ahí, brilla, sólo espera que nuestros ojos la miren. Podemos, debemos, queremos abrir nuestros ojos para verla. Celebrar la pascua quiere decir: escuchar el sí y el no, que Dios dijo en lo que realizó el viernes santo: el sí a todos nosotros y el no a nuestra alienación de él, que es nuestra desdicha.

Es cierto que en toda la historia de Israel, la gran sombra del abandono de Dios planeó sobre este pueblo. Y también es cierto que no podemos conocer la historia del mundo hasta el día de hoy, ni leer diario alguno o escuchar la radio, sin dejar de recordar el gran abandono de Dios de la existencia humana. Y con toda seguridad, no hay vida en que no falten, también en la vida de cualquiera de nosotros, instantes, qué digo, horas, días, semanas, quizás años, en que sentimos no podernos defender del pensamiento de que podríamos estar dejados de la mano de Dios, nosotros, que lo hemos abandonado tan a menudo, que siempre una y otra vez lo hemos vuelto a abandonar. Para que me entendáis correctamente: cuando digo esto, yo no me excluyo, sino que me incluyo. Durante mi vida he sido párroco doce años y dentro de poco hará cuarenta años que soy profesor, pero nunca he dejado de tener horas, días y semanas, y sigo teniéndolas, en que me siento abandonado por Dios, en las que me parece oírle decir: te he abandonado. Te he escondido mi rostro, por la ira de que tú me has abandonado. Así pues, en este asunto nos encontramos juntos, queridos amigos, y ninguno de vosotros debe pensar que en este aspecto es diferente de mí. Pero nos equivocamos absolutamente todos, si sentimos y pensamos así, y si esto siguiera siendo para nosotros algo tan terriblemente serio. El abandono de Dios, por virtud de la historia de pascua y del mensaje de pascua, y a la luz del viernes santo, sólo puede ser una sombra, un recuerdo cruel, una pesadilla. Podría ser muy bien verdad, pero no lo es ni para ti ni para mí, ni para ninguno de nosotros, el que Dios nos pudiera haber abandonado. La verdad es ésta —no por cierto la verdad

de nuestros corazones intranquilos y de nuestras conciencias oprimidas, sino la verdad del día de pascua, así como la verdad del viernes santo—: que Dios está de nuestra parte, seamos quienes seamos y tal como somos, sintamos lo que sintamos y pensemos lo que pensemos, por difícil que nos resulte el hoy como el mañana, por el hecho de haberlo abandonado, y de seguir abandonándolo una y otra vez. El está presente, él no nos deja, aunque nosotros pudiéramos considerarnos abandonados. Y su rostro nos ilumina, aunque nosotros nos pensemos que no lo vemos porque está muy lejos y porque tenemos buenos motivos para pensarlo. La verdad es que él es totalmente el Nuestro, y que a nosotros nos es dado ser totalmente los Suyos. Este es el mensaje de pascua. Y celebrar la pascua significa que nosotros admitimos esta verdad de la pascua.

¡Tú, el único, nuestro único Dios, fuerte en tu bondad, santo y glorioso en todo tu obrar! Nosotros venimos una vez más a ti, como gente que no tiene otra cosa para ofrecerte, sino la confesión de que querríamos vivir de tu misericordia, grande y libre. Te damos gracias, porque también tú nos invitas y nos alientas a que queramos depender de ella. Tú, que no te olvidas de nosotros, no permitas que nosotros nos olvidemos de ti. Tú, que no te cansas, haz que no estemos soñolientos. Tú, que eliges y quieres lo que para cada uno de nosotros es bueno y saludable, impide nuestro elegir y nuestro querer arbitrarios.

Querríamos ofrecerte también aquí en la oración los deseos, los problemas y las necesidades de tantas otras personas. Acuérdate de todos aquellos que están presos en esta casa y en cualquier otro lugar. Acuérdate también de nuestros parientes, tanto de los que están cerca como de los que están lejos. Consuela y alivia a todos los que están enfermos de cuerpo y alma, a todos los necesitados; en particular, a los que no tienen amigos y a nadie que los ayude. Ayuda a los fugitivos y a los exiliados, y a todos los que sufren injusticia en todo el mundo. Instruye a los que han de enseñar, y rige a los que han sido destinados y llamados a regir. Suscita en todas las iglesias testigos alegres y valientes de tu evangelio, también en la iglesia católica, también en las comunidades libres. Acompaña e ilumina a los misioneros y a las jóvenes comunidades, a las que querrían ayuda. Haz que actúen todos los que esperan en ti, mientras para ellos es de día, y haz que den buenos frutos todos los esfuerzos serios de los que no te conocen, o no te conocen todavía o no te conocen correctamente. Tú, que escuchas a los de corazón sincero, haznos también sinceros, para que puedas escucharnos.

Tú fuiste Dios desde toda la eternidad, tú lo eres y tú lo serás. Estamos contentos, porque podemos confiar en ti y contar contigo. Amén.

Conversión

1 Juan 4, 18

6 de agosto de 1961, cárcel de Basilea¹

¡Señor, Dios grande, santo y misericordioso! Tú has creado todo el mundo. Te pertenece. Está sometido a tu buena voluntad. Y así, todos los hombres, y también nosotros, somos tu posesión, elegidos por ti para glorificarte, para utilizar nuestro tiempo y nuestras fuerzas inteligentemente, y para estar juntos como hijos tuyos en un mismo espíritu. Para acordarnos de esto nos hemos reunido aquí en esta mañana del domingo.

Sabemos y confesamos que en todos nosotros hay mucha contradicción y resistencia, mucha apatía, mucha autosuficiencia y mucho sabelotodo. Perdónanos. No nos pagues como muy bien mereceríamos. Derroca todos los muros que nos separan de ti y de los demás.

Hazlo también en esta hora. Haz que ahora no se diga nada erróneo y no se entienda nada equivocadamente. Acepta también con paciencia nuestra pobre oración y nuestro pobre canto. Ciertamente que nosotros hacemos bastante mal lo que tus ángeles hacen tan bien. Sin embargo, hazte presente entre nosotros y sé indulgente. Y haz esto también en todos los lugares en que tu pueblo se reúne en este domingo.

Esto es lo que te pedimos, al invocarte en nombre de nuestro Señor Jesús, tu querido Hijo, con sus mismas palabras: Padre nuestro... Amén.

1. El servicio religioso en que se predicó este sermón, fue grabado en un disco: *Gottesdienst in der Strafanstalt*, EVZ Zürich 1961.

En el amor no existe temor; al contrario, el amor perfecto echa fuera el temor

Hermanos y hermanas:

Seguro que todos vosotros ya habéis oído la palabra “*conversión*”. “*Conversión*” quiere decir: cambio de dirección, empezar de nuevo, entrar en otro camino mejor en la vida de un hombre. Entre los cristianos de todos los tiempos se ha reflexionado y se ha hablado mucho sobre esta palabra y sobre su significado. Por lo tanto, podría muy bien ser que alguien hubiera dicho, alguna vez, a alguno de vosotros: lo que tú propiamente necesitarías es que te convirtieras muy en serio. Bien, en verdad esto es lo que todos nosotros necesitamos, más que cualquier otra cosa, convertirnos, no sólo una vez, sino cada mañana, cada día de nuevo. Así lo ha dicho el reformador Martín Lutero: Dios quiera que la vida de un cristiano sea una penitencia diaria². Y penitencia quiere decir precisamente: cambio, conversión.

Si se entiende bien, en la frase que acabamos de oír se habla también de esto; todo lo que en ella se lee del amor y del temor desemboca en que debemos y estamos obligados a convertirnos. Pero está como escondido; podríamos decir que se halla entre líneas, y por esto no volveré a hablar de ello hasta el final. Detengámonos primero en lo que aparece a primera vista.

“En el amor no existe temor”. *¡En el amor!* Fijaos: Como si fuera un sitio, una casa, en la que uno pudiera estar, habitar, sentarse, estar de pie y caminar. A la Biblia también le gusta hablar así en otras ocasiones. No es raro leer que esto o esto otro ocurre o debería ocurrir en la fe, en el Espíritu, en el Señor, en Cristo. Y, con palabras distintas, se describe cada vez el mismo sitio, la misma casa, como aquí, cuando se dice: “en el amor”.

Y es claro que esta casa tiene también un orden —sabéis muy bien lo que es esto—, y en este orden, la primera frase es: “en el amor no existe temor”. Con otras palabras, el temor no ha de venir a buscar nada en esta casa. El temor no se encuentra aquí, está excluido. Uno pensaría enseguida

2. M. Luther, *Disputatio pro declaratione virtutis indulgentiarum* (1517), WA 1, 233: “Dominus et magister noster Jesus Christus diciendo «Poenitentiam agite etc.», omnem vitam fidelium poenitentiam esse voluit” (la primera de las 95 tesis).

en el letrerito del tranvía: “Prohibido fumar”, o en el que se encuentra en muchos solares en construcción: “Prohibida la entrada a personas ajenas a la obra”. Pero aquí no se pronuncia sólo una prohibición. Aquí se dice simplemente: en el amor *no existe* temor. El amor —el amor perfecto— *echa fuera* el temor. Algo así como se echa afuera el aire enrarecido de una habitación, abriendo puertas y ventanas y estableciendo una buena corriente de aire. O, usando una hermosa comparación, como cuando en el teatro cesa el charlar de la gente al levantarse el telón, o en un concierto al comenzar la música. “En el amor no existe temor”. Una buena frase ¿verdad?; un buen comienzo en el buen orden de una buena casa.

Pero si ahora queremos entenderla, hemos de examinarla un momento: ¿Qué queremos decir propiamente, cuando hablamos de amor, de lo que nosotros conocemos como amor, como amor humano? De esto habría mucho, muchísimo que decir. Ahora sólo voy a intentar dar a entender lo que en el *mejor* de los casos podría significar el amor humano que, en cierta manera, nos es bien conocido. Podría ser muy bien una relación íntima y hermosa entre hombres, quizás en todo un grupo de hombres. Y podría ser que los hombres, en esta relación, ya no se sintieran más alejados, extraños, indiferentes o acaso molestos los unos para con los otros. Han aprendido tal vez a conocerse, hasta han llegado quizás a comprenderse. Y esto les sienta bien: tan bien, que no les es posible prescindir al uno del otro. Se buscan. Se desean. Les falta algo cuando están separados. Querrían estar juntos, estar el uno para el otro. No quieren cerrarse en sí mismos. Quieren ofrecerse el uno al otro. Descrito en un par de frases, esto podría ser, en el mejor de los casos, el amor humano que nosotros conocemos.

¿No es esto hermoso? Sí, hermoso de verdad, casi demasiado hermoso para ser verdad. Pues en la vida real, ¿no es verdad?, aun en el mejor de los casos, nos encontramos sólo con un poquito de este amor, de vez en cuando, en momentos felices, pero básicamente, muy pocas veces, y está muy lejos de parecerse a lo que con toda evidencia debería suceder y debería ser. Algo así como cuando uno, en una mala fotografía, sólo con mucha atención puede reconocerse a sí mismo o a los demás.

Y ¿no podría ser que uno u otro de entre vosotros, realmente triste y algo encolerizado objetase: en mi vida no existe en absoluto esto de lo que tú estas hablando? Nadie me

quiere, y tampoco quiero yo a nadie, y me callo la manera de cómo podría explicarlo. Me siento solo, completamente solo, solo como una piedra en un mundo sin amor, en el que los hombres están lejos los unos de los otros y se sienten extraños, y prescindan los unos de los otros, y viven los unos contra los otros.

Y una cosa puede afirmarse con toda seguridad: el amor del que hablamos y que nosotros conocemos *no* echa fuera el temor. En la casa de este nuestro amor humano, hasta en el mejor de los casos, hay mucho temor: temor de los engaños que, a pesar de todo, podría uno sufrir de parte de los demás, temor de perder a los demás. Temor del propio pasado y del propio futuro, que se proyectan sobre nuestras vidas como dos grandes sombras. Temor de la gente. Temor de sí mismo. Temor del destino. Temor de la muerte, y también temor del diablo. En la casa del amor humano, en el mejor de los casos, vive también el temor bajo muchas formas. Sin embargo, puede ser aún una casa realmente hermosa, o una casita con su huerto, hermosa de verdad. Pero, por desgracia, seguro que *no* es la casa que posea lo básico del orden doméstico: en el amor no existe temor.

Permitidme decir algo ahora de una casa totalmente diferente, o sea, de un amor totalmente diferente, del "*amor perfecto*", que no es un amor pasajero, sino el amor total y que permanece siempre y, sobre todo, el amor, en el que no hay temor alguno. Hasta los que de entre vosotros están tristes deben escuchar ahora: hasta aquellos que se creen no saber nada de una casa o una casita hermosa del amor humano.

El amor perfecto es también una relación perfecta. Pero la expresión "relación" es demasiado débil para describirlo. Es un *pacto* y, por esto, desde el principio, una cosa firme, clara y ordenada. Un pacto, a diferencia de una simple relación, es algo en lo que uno puede y le es dado abandonarse a ¡este pacto! Y ¿quién se ha unido en este pacto? De una parte, *Dios*: él, el Señor y Creador, libre, altísimo; sin él, nadie ni nada puede existir y subsistir. El, Dios, funda y mantiene este pacto. Y de la otra parte —para un pacto son necesarios dos— *nosotros*, tú y yo, todos nosotros.

¿Cómo es posible que Dios venga a querer, a fundar, a establecer y a mantener un pacto entre él y nosotros? ¿Quizás porque somos tan fuertes, tan distinguidos y tan buenos?

No, nosotros no somos nada de eso. ¿Tal vez porque tuviera necesidad de nosotros para utilizarnos de cara a algún proyecto conjunto? No, Dios no sería Dios, si tuviera necesidad de nosotros. ¿O porque hubiéramos actuado bien, o al menos hubiéramos opinado tan bien, hasta el punto de merecer estar unidos con Dios en un pacto? No viene al caso: nosotros no merecemos esto en absoluto. La verdad es que Dios ha fundado y concluido este pacto, y lo mantiene, sólo por la libre bondad y la libre voluntad de su misericordia omnipotente. El lo hace por nada, "gratis", como acostumbramos a decir. El nos hace un regalo de esto que es incomprendible, de esto que nosotros no hemos buscado ni merecido. "Por esto existe el amor: no porque amáramos nosotros a Dios, sino porque *él nos* amó a nosotros" (1 Jn 4, 10). Y "tanto amó Dios al mundo —nosotros!— que *dio* a su Hijo único" (Jn 3, 16). "El Hijo de Dios" es Dios mismo, a saber, Dios, que no quiere estar solo, aislado, encerrado en sí mismo, allá en un lugar elevado y eterno, y que, por lo tanto, tampoco quiso dejarnos solos a nosotros, sino que vino a nosotros y estuvo junto a nosotros y con nosotros, haciéndose semejante a nosotros, nuestro prójimo, nuestro hermano, haciéndose él mismo hombre: el niño en el pesebre, en Belén, y el hombre crucificado en el Gólgota. Este Dios es el amor acabado. En este su amor acabado, Dios nos conoce. En él nos desea, nos busca y nos encuentra. En él, es él el nuestro, y en él, somos nosotros los suyos. "Aquel que no perdonó a su propio Hijo, ¿cómo no nos ha de dar con él todas las cosas?" (Rom 8, 32).

En esta casa del amor perfecto no existe ningún temor. Este echa fuera el temor. Precisamente Dios nos ama, y en su Hijo se ha dado a sí mismo, para que nunca más temiéramos, para que no tuviéramos ocasión y motivo alguno de temor. En cuanto Dios nos ha amado y nos ama, en cuanto entregó a su Hijo por nosotros, ha sido dejado de lado todo motivo de temor, quitado, borrado, destruido y reducido a la nada. ¿Qué podríais temer? ¿Este o aquel hombre de quien tienes la impresión que no piensa bien de ti, que ya te ha dirigido tal vez malas palabras, y de quien esperas que pudiera querer hacerte daño? Pero ¿por qué le tienes miedo? ¿qué puede hacer contra Dios? Y si no puede hacer nada contra Dios, ¿qué puede hacer contra ti? El no será de verdad ningún motivo para que abrigues temor. O ¿temes que un hombre al que amas, que te es indispensable, pudiera

abandonarte, que de una manera u otra pudieras perderlo? Con toda seguridad, Dios no puede perder a este hombre tan valioso para ti. Y como él no lo pierde, tampoco te pierde ni te perderá a ti. O ¿te da miedo tu pasado, tu futuro, tu muerte? Mira, con tu pasado, con tu futuro y en tu muerte, tú eres el hombre a quien Dios ama, y lo serás también más allá de tu muerte. ¿Qué has de temer tú en todo esto, estando Dios contigo y por ti, siendo tu aliado? O tú te tienes miedo —y éste podría ser el motivo más fuerte para temer—, miedo de tu propia debilidad, o tal vez, de tu propia maldad, de las tentaciones que pudieran ser demasiado fuertes para ti. Tienes miedo de las caídas e ideas diabólicas que pudieran pasar por tu cabeza. Este motivo tampoco cuenta. Porque Dios, el Dios que está de tu parte, es más grande que tu corazón (cf. 1 Jn 3, 20) y que tu cabeza, y porque esto es así, puedes y debes atreverte tranquilamente a hacer cara, con un poco de valentía y confianza, a lo malo que pudiera surgir de ti mismo y amenazarte. Tampoco puede existir un motivo para temer, ni un permiso o una orden. O ¿deberías temer al diablo? De hecho, tienen miedo al diablo muchos más hombres de lo que se piensa. Pero precisamente el Hijo de Dios ha aparecido para destruir las obras del diablo (cf. 1 Jn 3, 8). El las *ha* destruido, y ahora nosotros queremos y debemos confiadamente dejarlas destruidas.

¿Podrían darse otros motivos para temer? Cierto, muchos aún, pero ninguno que tenga lugar y pueda aguantarse en la casa del amor perfecto. Y por lo tanto no existe ningún temor para temer a algo o a alguien, que no haya sido echado fuera por el amor, el amor perfecto. Así es.

Sí, quizás alguno de vosotros piense ahora: todo esto es muy bonito y está muy bien escucharlo en la iglesia el domingo por la mañana. Pero ¿quién se encuentra dentro de esta casa del amor perfecto? ¿tal vez yo? ¡Yo, seguro que no! Así que puedes decir: “Así es”. Pues a pesar de todo, yo tengo miedo, de este, de aquel, y esto, día y noche. Y del hecho de que tengo miedo, he de concluir que yo no estoy en esta casa, sino que me encuentro en alguna parte, fuera, en la calle, donde continuamente he de estar mirando a la derecha y a la izquierda, porque alguna cosa viene haciendo ruido y podría atropellarme. ¡Alto, amigo!, así piensa y habla un hombre que no se ha convertido. De nuevo y con mayor razón el hombre no convertido sigue pensando: podría ser realmente hermoso vivir en esta casa. ¿Cómo

podría entrar? ¿Qué arte, qué esfuerzo será el mejor medio para trasladarme al lugar donde no tendré miedo nunca más? Alto, queridos hermanos y hermanas, esto no va. No se trata de que de una manera u otra, por nosotros mismos, entremos a empujones en la casa del amor perfecto, sino que de lo que se trata es de que este amor perfecto ha venido a nosotros. Se trata del Salvador que ha aparecido por nosotros y está ahí. Se trata de la casa que Dios ha edificado en el cielo para todos los hombres de toda nuestra pobre tierra, y en la que por lo tanto estamos nosotros incluidos, y que nos envuelve de tal manera que ninguno de nosotros puede estar en otra parte sino precisamente ahí, en esta casa, en el reino del amor acabado.

¿Sabéis lo que nos falta? Lo que nos falta es que nosotros no sabemos —y por esto el hombre no convertido piensa, habla, obra y vive así— en dónde estamos, de que realmente ya estamos adentro. Pero no nos damos cuenta porque dormimos y, mientras dormimos, soñamos, y soñando, nos equivocamos. Y el error de nuestro sueño es que nos creemos estar en otra parte: precisamente fuera, sin Dios en el mundo (cf. Ef 2, 12) y, por lo tanto, allí donde hemos de temer toda clase de peligros que nos amenazan, mientras que en el lugar donde realmente nos encontramos, no se da ninguna ocasión y ningún motivo para el temor.

Por lo tanto, ¿qué quiere decir *conversión*, cambio de dirección, empezar de nuevo, seguir adelante por otro camino mejor? Quiere decir claramente despertarnos de nuestro mal sueño. Convertirse significa: abrir los ojos, como cuando los abrimos por vez primera después de nacer, siendo aún bebés, y luego descubrimos, como en un segundo y nuevo nacimiento, dónde estábamos. Convertirse significa precisamente esto: descubrir que de verdad no estamos fuera, sino que estamos en el amor perfecto, en el que no existe ningún motivo para el temor: que estamos envueltos y rodeados por él, instalados en él como en nuestra verdadera casa paterna.

Esto sucede, cuando el Espíritu santo sugiere en el corazón de un hombre este descubrimiento, este nuevo nacimiento, esta conversión, y con ella, este fin de todo temor. Porque esto dice el Espíritu santo en el interior de nuestros corazones: “Despierta tú que duermes, levántate de la muerte, y te iluminará Cristo” (Ef 5, 14). Y todavía: “No temas, que te he redimido, te he llamado por tu nombre, tú eres mío” (Is 43, 1). Hermanos y hermanas, Dios nos da la

gracia para que esto ocurra así. El nos hace el obsequio de esto a ti y a mí, a todos nosotros, ya hoy, y mañana de nuevo. Amén.

¡Querido Padre del cielo! Te damos gracias por la palabra eterna, viva y salvadora, que nos has dicho y nos dices todavía a nosotros, los hombres, en Jesús. No permitas que la escuchemos distraídos, y guárdanos de toda pereza para obedecerla. No permitas que caigamos; permanece, más bien, con tu consuelo, junto a cada uno de nosotros, y con tu paz, entre cada uno de nosotros y su prójimo.

Haz que siempre de nuevo se haga un poco más de claridad en nuestro corazón, en este establecimiento, y en casa, con los nuestros, en esta ciudad, en nuestro país, en la tierra entera. Tú conoces los errores y maldades, que hacen que la situación actual vuelva a ser otra vez en todos los aspectos tan oscura y peligrosa. No obstante, haz que sople un viento fresco que pueda disipar, al menos, la niebla más espesa de la cabeza de aquellos que gobiernan el mundo, y también de los pueblos que se someten a su gobierno y, sobre todo, de la cabeza de los que forjan la opinión pública. Y apiádate de todos los enfermos de cuerpo y alma, de los muchos que sufren en la vida, que están equivocados y confusos, por su propia culpa o por culpa de otros, y particularmente de aquellos que, en una tal situación, no tienen ningún amigo ni nadie que les ayude. Muestra también a nuestra juventud cuál es la auténtica libertad y la auténtica alegría. Y no dejes a los ancianos y a los moribundos sin la esperanza de la resurrección y de la vida eterna.

Pero tú eres el primero que se preocupa solícitamente de todas nuestras necesidades, y tú eres el único que les puede poner remedio. Por lo tanto, nosotros podemos y queremos levantar nuestros ojos sólo a ti. Nuestra ayuda viene de ti, que has creado el cielo y la tierra. Amén.

Lo que permanece

Isaías 40, 8

31 de diciembre de 1961, cárcel de Basilea

¡Señor, Dios del cielo y de la tierra! Aquí estamos por última vez en este año que toca a su fin, para escuchar juntos lo que tú nos has dicho y no dejas de decirnos, para alabarte juntos, tan bien y tan mal como nos es dado entender y como podemos, para invocarte juntos, y pedirte que nos des lo que sólo tú puedes darnos.

Necesitamos perdón por lo mucho de equivocado que hemos hecho también en este año, y luz en la gran tiniebla que nos rodea y nos llena en estas sus últimas horas. Necesitamos nuevos ánimos y nuevas fuerzas, para ir avanzando desde donde nos encontramos ahora, y llegar finalmente al término fijado por ti. Necesitamos mucha más fe en tus promesas, mucha más esperanza en tu obrar benévolo, mucho más amor a ti y a nuestros prójimos. Estos son nuestros deseos para el nuevo año, que sólo tú puedes satisfacer.

Así pues, hazte presente entre nosotros una vez más en esta hora. Muéstranos una vez más, que no estás lejos de nosotros, de cada uno en particular, sino cerca, y que quieres oír y oírás nuestras súplicas, mucho mejor de lo que pudiéramos pensar o suponer. Y en esta tarde, para los muchos que sin ti no saben qué hacer, sé tú también el Dios fiel, que fuiste, eres y has sido para el mundo entero.

Padre nuestro... Amén.

Se agosta la hierba, se marchita la flor, pero la palabra de nuestro Dios permanece para siempre

Queridos hermanos y hermanas:
Cuando reflexionaba conmigo mismo sobre qué deciros esta tarde, cuál podría ser la noticia dirigida a todos

nosotros, y también a vosotros, para comunicároslo, mi atención se ha dirigido continuamente a tres frases de la Biblia. La primera se encuentra en el Salmo 102 (101) v. 28: “Tú, en cambio, eres aquel cuyos años no acabarán”; la segunda, en la primera carta a los de Corinto (13, 13): “Así que esto queda: fe, esperanza, amor; estas tres”. Y luego, precisamente, la frase del libro de Isaías: “Pero la palabra de nuestro Dios permanece por siempre”.

¿Os habéis fijado que en estas tres frases, después de una expresión conjuntiva, aparecen con fuerza y de forma decisiva, las expresiones: *no acabar, quedar, permanecer?* Según la primera frase Dios permanece siendo siempre el que es, sin que sus años acaben, y según la segunda, permanece de una manera asombrosa, también en nosotros, la chispa de la fe, la esperanza y la caridad, que arde latente en alguna parte, en nuestro interior. Y según la tercera, permanece la palabra de nuestro Dios, y por siempre. He escogido la tercera frase, porque en cierta manera, está como en el medio de las otras dos, las une y las resume. Aquél, que siempre permanece el mismo, revela y crea en su palabra lo que también permanece en nosotros.

Así pues, *la palabra de nuestro Dios* permanece por siempre. No he olvidado que en esta cita hay escrita otra cosa primero: “Se agosta la hierba, se marchita la flor”. También tendremos que hablar de esto, pero aquí, tal como sucede muy a menudo en la Biblia, sólo puede entenderse lo primero, después de haber oído y entendido lo segundo. Por esto, primero y por encima de todo: “la palabra de nuestro Dios permanece por siempre”.

¿Qué palabra es ésta? ¿Qué se nos dirá y se nos dice en ella? Sí, ojalá pudiéramos declararlo en un par de palabras. Es imposible. Pues la palabra de Dios es infinitamente rica y variada. Lo envuelve todo, la totalidad. Es toda la verdad. ¿Quién podría declarar toda la verdad en un par de palabras?

Sin embargo voy a intentar dar a entender de una manera comprensible para cada uno de vosotros, lo que se acaba de decir. Básicamente y de una manera muy simple, se podría decir que Dios no es un “altísimo”, un “omnipotente”, como acostumbraba a decir Hitler, o algo así como el destino o algún misterio supremo, sino que él es *nuestro* Dios, de manera que nosotros, los hombres, grandes y pequeños,

ancianos y jóvenes, no somos una especie de seres vivientes dotados de un poquitín de entendimiento y de mucha falta de juicio, sino los hombres de este Dios, que dice espontáneamente: ¡Yo soy vuestro Dios! En la palabra de Dios se dice: que él no quiere ser Dios sin nosotros, sino sólo con nosotros, de manera que a nosotros tampoco nos es de ninguna utilidad ser hombres sin él. En la palabra de Dios se dice: que Dios ha establecido y ha mantenido un pacto entre él y nosotros hasta el día de hoy, de manera que nosotros no tengamos que vivir fuera, en alguna parte, expuestos al frío, sino que en esta alianza nos sea dado estar como en casa, y realmente lo estemos. En la palabra de Dios se nos dice lo incomprendible: que Dios nos ha amado a todos nosotros, nos ama y nos amará, mañana lo mismo que hoy, y pasado mañana lo mismo que mañana, todo el tiempo que estemos ahí, así como también cuando hayamos dejado de estar ahí, tanto si somos listos como si somos estúpidos, tanto si somos felices como si somos infelices. Lo que hace que seamos hombres, es el hecho de ser amados por Dios. Y porque nos amaba, se entregó por nosotros, de manera que ya no nos pertenecemos a nosotros mismos, sino a él, ya no somos dueños de nosotros mismos, sino que estamos a su servicio, ya no necesitamos preocuparnos de nosotros, sino que nos confiamos a su cuidado, ya no hemos de responder por nosotros, sino que él es el que responde. Esto dice la palabra de nuestro Dios.

Pero uno se pregunta aún otra vez: ¿Qué palabra es ésta? ¿Dónde se nos dirá y se nos dice, de manera que podamos oírla? Intento una vez más responder con toda sencillez: Dios ha dicho su palabra, al *hacer* lo que ha dicho. Y sucedió que él apareció, actuó y obró en medio de nosotros, como nuestro Dios. Sucedió que él estableció la alianza con nosotros. Sucedió que él nos amó a todos nosotros, y a cada uno de nosotros, tal como somos y tal como él nos conoce, y que él se entregó por nosotros. La palabra de nuestro Dios se pronunció, y permanece pronunciada en lo que sucedió en la noche de navidad. Fue pronunciada, cuando él, el Dios altísimo, se hizo hombre como nosotros, nuestro hermano, haciendo suyo nuestro negocio malo y sucio, tomando y cargándose nuestra carga, para librarnos de ella, la carga de nuestros pecados, la carga de todo lo falso y equivocado que llevábamos en las espaldas de nuestra vida, para que nunca

más nos oprimiera. Nuestro Dios pronunció su palabra al hacer de nosotros, los extranjeros, los paganos, los sin Dios, sus hijos, dándonos a Jesucristo como hermano nuestro. Haciendo esto, nos ha dado *su palabra*. Y su palabra nos dice que él hizo esto. No es una mera palabra. Es la palabra de Dios que nos envuelve y soporta a todos nosotros y al mundo, que suena fuerte e inteligible para todos en lo que sucedió en la noche de navidad.

Esta palabra de nuestro Dios *permanece por siempre*. "*Permanecer*" quiere decir: resistir, durar, mantenerse, salir airoso. Pero en la Biblia, esta palabra tiene un matiz, un sentido y un acento muy patricular. No se trata de un permanecer por un tiempo, por un rato, como los cirios de navidad, que ahora arden, pero pasado un tiempo estarán totalmente extinguidos, como el árbol de navidad, que después de la fiesta acostumbran a tenerlo todavía un poco, o como las ramas de abeto, que hace un momento he visto y tanto me gusta ver en vuestros pasillos. Y tampoco, como siempre pasa inevitablemente con la alegría de los regalos de navidad, grandes y pequeños: que primero es muy grande y muy viva, pero que después puede ir perdiendo fuerza y finalmente extinguirse, y también es bueno que esto sea así. La palabra de Dios *permanece por siempre*: a través de todos los tiempos, por encima de todos los tiempos. Abarca todos los tiempos: todo el mundo, toda su historia y, por lo tanto, también la historia de la vida de cada uno de nosotros.

Ella y solamente ella obra así. Existen otras palabras de las que no se puede decir esto. Como las palabras que leemos en los libros y en los periódicos o escuchamos por la radio. Pueden muy bien ser palabras interesantes, importantes, buenas, pero no son tales que permanezcan por siempre, aunque fuesen las palabras de los grandes poetas y pensadores. Esto vale también para las palabras de Kennedy y de Kruchev (por más que golpee la mesa con su zapato)¹, y

1. John F. Kennedy había empezado a ejercer el cargo de presidente de los Estados Unidos en enero de 1961. Todos los discursos y comunicados de su primer año como presidente están publicados en: *Public Papers of the Presidents of the United States. John F. Kennedy. Containing the Public Messages, Speeches and Statements of the President. January 20 to December 31, 1961*, Washington 1962. El primer ministro soviético Nikita S. Kruchev, durante la 15 asamblea plenaria de las Naciones Unidas en New York, el 12.10.1960, había exigido

también para las palabras de paz y de amenaza de un Nehru y un Sukarno² y, hablando con respeto, para las palabras del papa y de nuestro presidente de la Confederación suiza, que vamos a oír mañana. Y permitidme ser claro: también las palabras que os digo ahora, no son palabras que permanezcan por siempre, como tampoco lo son las mejores palabras de todos los mejores predicadores cristianos. Ciertamente que entre todas estas palabras hay también buenas palabras, palabras esclarecedoras y de gran ayuda. Pero en el mejor de los casos, sólo pueden referirse a un tiempo determinado, cobrando significado respecto a una determinada situación. Pero si los tiempos cambian y la situación varía, las palabras deben corregirse y mejorarse, y en su lugar se han de poner otras palabras, se han de pronunciar otros discursos, se han de escribir otros libros y otros artículos. No hay ningún hombre cuyas palabras, pasado un tiempo, no deban superarse, refundirse o substituirse por otras. Sería el mejor de los logros, si unas palabras humanas pudieran ser un eco, un testimonio, un espejo de la palabra de nuestro Dios que permanece por siempre. Y no son muchas las palabras humanas que respondan a eso. Y ninguna palabra humana puede ser algo más que eso.

Pero la palabra de nuestro Dios permanece por siempre. Tiene fuerza, validez y peso, se conserva y se renueva incesantemente, sin agotarse y sin reforzarse, sin necesidad de enmendarla: sin que pueda ni deba ser substituida o suplantada por otras palabras. ¿Por qué permanece por siempre? Porque es la palabra de aquel que siempre permanece el mismo, tal como es, y cuyos años no tienen fin (cf. Sal 102 [101], 28). Y porque fue pronunciada por él, no sólo una vez, sino una vez por todas. Y porque no fue una palabra pronunciada por él por añadidura, como una ocurrencia, sino su primer pensamiento original en el que creó el mundo

la abolición del sistema colonial y atacado a las potencias occidentales. Cuando el delegado de Filipinas, Lorenzo Sumu Long, pidió que la discusión sobre la liberación del colonialismo se extendiera también a los países de la Europa oriental, Kruchev acompañó sus palabras con puñetazos contra su pupitre y finalmente empezó a golpearlo con su zapato.

2. La fama mundial del primer ministro indio Jawaharlal Nehru, como político de la no-violencia, decayó cuando el 17.12.1961 hizo ocupar por tropas indias el enclave portugués de Goa, y se lo anexionó. El jefe de estado indonesio Ahmed Sukarno, desde el 18.12.1961 empezó a amenazar de muchas maneras con acciones militares a las colonias holandesas de Nueva Guinea (Irán-occidental).

según su voluntad. "Al principio ya existía la palabra, la palabra estaba con Dios y la palabra era Dios. Mediante ella se hizo todo; sin ella no se hizo nada de lo hecho" (Jn 1, 1.3). Por esto permanece, por esto es el principio, el medio y el fin a través de todos los años, centurias y milenios y, por lo tanto, también principio, medio y fin de la vida que tú y yo hemos de vivir.

Permanece, y esto quiere decir: no envejece, siempre y en todas partes es joven, fresca y nueva, pronunciada para cada hombre en todos los tiempos, para cada hombre y para cada tiempo nuevo en su situación precisa. Es tan rica, que puede ser y es para cada uno, la palabra precisa que le interesa, le ilumina y le salva. Por esto permanece, y al mismo tiempo es el juicio y la gracia de todo lo que nosotros, los hombres, somos y hacemos. Permanece en y detrás de todas las historias y pequeñas historias que nosotros nos montamos, tal como era antes de que éstas existieran, e igualmente, antes, en y después de la historia de la vida de cada uno de nosotros, y de la historia del mundo entero. Así es como permanece por siempre.

Y así, tenemos aquel *pero* digno de consideración, que planta cara triunfante a las muchísimas dificultades que nos amenazan por todas partes. Sí, ahora se ha de decir también: se agosta la hierba, hasta la hierba más jugosa y provechosa. Se marchita la flor, hasta la flor más fragante y más hermosa. Y esto se aplica no sólo a nuestras palabras, sino a toda nuestra vida, aunque se tratase de la mejor y quizás más brillante vida humana. "Se agosta la hierba, se marchita la flor". ¿Qué hemos de decir ahora, al final de este año de 1961 que se acaba? Cuántas alegrías y tristezas, cuántas esperanzas y temores, cuánta agitación y cuánta calma nos han sobrevenido; y ahora quedan ya lejos todas estas cosas, como si nunca hubieran sucedido, para hacer sitio a otras, que de una manera semejante desfilarán ante nosotros en el año 1962. Pero nosotros también pensamos en este y en aquel hombre, que hemos apreciado y estimado, que quizás también hemos temido y evitado, que en este año murió, se fue, desapareció totalmente del ámbito de nuestra vida. Y consideramos sencillamente que, en este año, hemos envejecido, cosa que no nos ha hecho más fuertes, y que deberíamos aprender a retirarnos, a resignarnos, y que en el próximo año todo seguirá adelante en la misma línea. Y es así: nuestra vida humana tiene ya en sí misma, en cierta

manera, la muerte, el agostarse, el marchitarse y, por lo tanto, ve aproximarse todas estas cosas con una inquietante seguridad. Y es así: como si todos nosotros viajáramos en una pequeña barca sin timón, sin remos y sin motor en la corriente poderosa de un ancho río que, sin poder evitarlo, nos arrastrará a una catarata del Rin o del Niágara. Y entonces, ¿qué? No hace mucho que un taxista me preguntó si yo no pensaba también que el fin del mundo estaba ya cerca. Lo que ha ocurrido en el año 1961, y los presagios que en él se han insinuado, pueden llevar muy bien a uno a pensar así. Y podría muy bien ser que el año 1962 nos acercara mucho más aún a este pensamiento. Pero ¿por qué son así las cosas? ¿por qué está todo, lo grande y lo pequeño, destinado a agostarse y a marchitarse, y está ya todo marcado por la sequía y la muerte? Con seguridad no porque nuestra existencia, nuestra vida y nuestro mundo sean simplemente malos, perversos y peligrosos. Juntamente con el cielo, Dios ha creado también nuestra tierra y a nosotros como criaturas suyas, y tal como lo dice expresamente la Biblia: lo hizo todo muy bueno (Gén 1, 31). Y es con toda seguridad imposible que también en este año de 1961 no hayamos tenido ocasión de estar agradecidos por haber podido ver en este fragmento de tiempo de nuestra vida, una u otra lucecita de esperanza y aliento. Y seguro que tampoco podrá dejar de ser así en el año 1962, y que nos será dado ver de nuevo ciertas luces, teniendo así ocasión de estar agradecidos. No es en vano que resplandezca ahora la gran luz de la palabra de nuestro Dios, que permanece por siempre, sobre todas las cosas pasajeras de este mundo y sobre nuestra propia existencia. Todo pasa: pero todo pasa al reflejo de esta luz eterna. Precisamente por encontrarse con esta luz, todo *ha* de pasar. El mundo pasa, porque viene su Señor. La hierba ha de agostarse, la flor ha de marchitarse, porque estamos destinados a una vida eterna, que no se agosta ni se marchita, y porque la buena voluntad de Dios está con nosotros. Y el suelo que pisamos ha de irse retirando de nuestros pies, cada día y cada año de una manera más clara e intensa que antes, para que no nos olvidemos, sino que podamos aprender mejor a mantenernos en, y a vivir de lo que permanece por siempre y, por lo tanto, a vivir en la fe, la esperanza y la caridad, que suscita en nosotros la palabra de nuestro Dios. Sólo debe quedar lo que realmente permanece: la palabra de nuestro Dios y su obra. De aquí este gran ir pasando,

de aquí este río en el que nos vamos precipitando hacia el fin. Para nosotros, está bien así, no podría sucedernos nada mejor.

Voy a acabar. Algunos de vosotros estaban ya aquí en la noche de san Silvestre del año pasado, y tal vez se acuerden de lo que entonces escuchamos y reflexionamos juntos: “Mi tiempo está en tus manos” (Sal 31 [30], 16). Y algunos de vosotros se acordarán muy bien de que entonces os di el consejo de que precisamente antes de irse a dormir en el año viejo, y otra vez, al despertarse en el nuevo, os dijeseis en voz alta a vosotros mismos: “Mi tiempo está en tus manos”. Podría proponeros hoy el mismo ejercicio. Pero hoy se trataría de la frase: “La palabra de nuestro Dios permanece por siempre”. Sí, hermanos y hermanas mías, estaría bien irse a dormir hoy con estas palabras y despertarse mañana con ellas. Una cosa es segura: todos juntos hemos vivido el año 1961, y hemos visto que estas palabras son verdad. E igualmente es seguro que viviremos el año 1962 y que volveremos a ver la verdad de estas palabras. Podría ser muy bien que la miseria y la confusión, tanto en nuestra vida como en el mundo, fueran mayores en este año que viene, que nos pudiera traer el estallido de una tercera guerra mundial y la gran bomba. También pudiera ser que, de hecho, en este año llegara el fin del mundo, o que fuese el año de la muerte de este o aquel de entre nosotros y, entonces, decididamente, sería para él —para ti o para mí— el fin del mundo. Pero en todas las circunstancias, todos nosotros podemos vivir de la palabra de nuestro Dios, porque permanece por siempre; vosotros, los presos, aquí, y nosotros fuera, nosotros todos, que también a nuestra manera somos prisioneros. Quien hace la voluntad de Dios, lo que quiere decir que escucha la palabra de Dios, y como oyente se atiene a ella, y por lo tanto deja crecer y da valor a lo que esta palabra obra en él —un poco de fe, un poco de esperanza, un poco de caridad—, éste *permanece* ya ahora, y también permanecerá por siempre (cf. 1 Jn 2, 17).

Me gustaría acabar con los versos de un cántico. Están en un cántico matutino, no vespertino, por lo tanto no miran atrás, sino adelante, y dicen:

Todo pasa
sólo Dios permanece
sin que nada vacile;

sus pensamientos,
su palabra y su voluntad tienen un fundamento eterno.
Su salvación y su gracia,
no sufren perjuicio,
curan en el corazón
los dolores mortales,
nos mantienen sanos en el tiempo y en la eternidad.³
Amén.

¡Señor, Dios nuestro! Sí, te damos gracias porque tú permaneces, tú eres, y tus años no tienen fin, porque también a nosotros nos quieres conceder y nos concedes el permanecer, porque tu palabra, en la que para nosotros se abre tu corazón y habla a nuestro corazón, permanece. Otórganos la libertad de mantenernos en ella, y sólo en ella, allá donde todo pasa.

Y haz que con esta libertad demos hoy el último paso en el año viejo, y el primero mañana en el año nuevo, y todos los demás a lo largo de nuestro modesto tiempo, quizás largo todavía, tal vez corto.

Y ve despertando e iluminando siempre nuevos hombres, aquí y allá, a la misma libertad —viejos y jóvenes, importantes y humildes, inteligentes e insensatos— para que puedan ser testimonios de lo que permanece por siempre. Da un poco, quizás será mucho lo que darás, de la claridad matinal de la eternidad⁴ dentro de las cárceles de todo el mundo, en las clínicas y en las escuelas, en las salas de consejos y en los gabinetes de redacción, en todos los lugares en que los hombres sufren y trabajan, hablan y deciden, y tan fácilmente olvidan que tú llevas el mando y que ellos son responsables ante ti. Y haz entrar también esta claridad matinal en los corazones y en las vidas de nuestros parientes en casa y de tantos pobres, abandonados, desconcertados, hambrientos, enfermos y moribundos, conocidos y desconocidos. No nos la niegues tampoco a nosotros, cuando suene nuestra hora.

Oh gran Dios, nosotros te alabamos. Sólo confiamos en ti, haz que no nos perdamos⁵. Amén.

3. Estrofa 8 del cántico 77 (EKG 346) “Die goldne Sonne” (1666) de P. Gerhardt.

4. Cf. el cántico 80 (EKG 349) “Morgenglanz der Ewigkeit” (1654) de A. Ph. Knorr von Rosenroth.

5. Principio de la estrofa 1.^a y final de la estrofa 8.^a (última) del cántico 59 “Grosser Gott, wir loben dich” de I. Franz (1719-1790).

Doble mensaje de adviento

Lucas 1, 53

23 de diciembre de 1962, cárcel de Basilea

¡Señor, Dios nuestro! Tú nos mandas esperar y apresurarnos en vistas al gran día de tu manifestación total y salvadora en el mundo, entre nosotros, los hombres, en tu comunidad, también en nuestros corazones, y en nuestra vida también. Nos miramos en el vacío cuando dirigimos la vista a este día de la luz eterna. Tú ya lo has hecho apuntar, al nacer como el débil y todopoderoso niño Jesús, haciéndote hombre como nosotros. Y ahora vamos a celebrar pronto una vez más la Navidad, pensando en este apuntar de tu gran día.

Ayúdanos, haznos el regalo de que nos reunamos una vez más como es debido, en este último domingo de adviento, que reflexionemos y examinemos cómo debemos ir a tu encuentro, ya que tu venida es ahora ya inminente, para que después, nuestra celebración de navidad no se reduzca a un teatro estéril, sino que por el contrario, sea un esplendoroso, serio y gozoso encuentro contigo.

Nos es necesario sentirnos sacudidos por estas reflexiones prenavideñas, y ponernos en movimiento. Pero, con toda seriedad, sólo tú puedes hacer esto en nosotros. Por esto te pedimos que no nos dejes solos en esta hora, sino que te hagas presente con tu fuerza. Te invocamos con las palabras que, por medio de tu mismo Hijo, has puesto tú en nuestros labios: Padre nuestro...

*A los hambrientos los colma de bienes y
a los ricos los despide de vacío*

Queridos hermanos:

La semana pasada, en el diario Migros "Wir Brückenbauer" (Nosotros, constructores de puentes), bien conocido

de muchos de vosotros, leí en un reportaje, bajo el título "Navidad de los presidiarios"¹ (por otra parte, inmediatamente después de un artículo mío de navidad²), la frase: "La fiesta del amor y de la paz no es que encaje muy bien en una prisión"³. Lo que uno seguía leyendo, era ciertamente muy conmovedor, pero sin fuerza alguna, y estoy contento de que aquí no me parezca tan deplorable, como me pareció lo que describe este artículo. Se ha de protestar contra aquella frase. No estoy del todo seguro de que la celebración de la navidad encaje en la Seo o en la Engelgaskapelle⁴, donde la celebran las personas más distinguidas. Pero estoy completamente seguro de que aquí encaja y, por lo tanto, de que encaja en una prisión. Estuvo bien que ya hubiera escogido antes mi texto para este domingo. Escuchadlo otra vez: "A los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide de vacío".

Él ha hecho esto: él, que se ha interesado por su pueblo de Israel, y con él, de toda la tierra, sin merecerlo, por pura bondad. Él, que quería mantener y consumir fielmente la alianza establecida con los hombres. Él, que no sólo ha expresado en palabras, sino que ha puesto en obra con poder, su gran amor al mundo creado por él. Él, que hizo brillar su luz en medio de nuestra tiniebla. Él, que ha dado una esperanza eterna a todo lo que vive. Él ha hecho esto, al hacerse hombre, al hacerse niño, como uno de nosotros, en la ciudad y en el pesebre de Belén. Él ha hecho esto. Y no dice que él quiere hacerlo y lo hará, sino que él ya lo *ha hecho*. Por lo tanto, fijaos bien: si eres un hambriento, ya *te ha colmado* de bienes. Si eres un rico, ya *te ha despedido* de vacío. Así es como sucedió allí, así se decidió y se realizó la separación al nacer el Niño Jesús. De esta manera se hizo allí la selección y, por lo tanto, se dijo sí y no, se amó y se odió, se aceptó y se rehusó. Los hambrientos fueron colmados allí

1. Artículo no firmado *Weihnacht der Sträflinge*, en: Wir Brückenbauer (Zürich) año 21, n.º 51, 21.12.1962, p. 3

2. K. Barth, *Gottes Geburt*.

3. Del arranque redaccional del artículo citado en la nota 1: "Pero la fiesta del amor y de la paz - no encaja bien en una prisión".

4. Una fundación creada por familias burguesas pudientes de Basilea preocupadas por una genuina predicación del evangelio en la época del liberalismo que iba en aumento, estableció en una capilla levantada en 1882 en la Engelgasse servicios religiosos dominicales. La capilla fue derrumbada en 1970.

de bienes, y los ricos fueron allí despedidos de vacío. Y el doble mensaje de adviento es éste, que se proclamó allí y se proclama hasta el día de hoy, que Dios se porta así con los hambrientos y con los ricos.

Hambrientos. ¿Qué gente son ésta? Un hambriento es evidentemente uno a quien le hace falta lo más necesario. No alguna cosa bonita y hermosa de la que quizás pudiera estar privado, sino lo más necesario, de lo que no puede privarse. Y además, no tiene medios ni posibilidades de procurárselo. No puede sino derrumbarse y precipitarse hacia la muerte. Entonces tiene hambre. Y está sobrecogido del temor de morir de hambre.

Lo más necesario para él puede ser un pedazo de pan y un plato de sopa, como para tantos en Asia lo es un par de manos llenas de arroz. Todos vosotros ya habéis visto fotografías de mujeres y niños hambrientos en la India, en Argelia o en Sicilia. ¿Ha sufrido quizás uno u otro de vosotros alguna vez hambre semejante? Pero me parece que por el momento, desde que estáis en esta casa, vuestro problema no es éste. Lo más necesario que puede faltarle a un hombre, puede ser también una vida que él considere que vale la pena ser vivida. Pero lo que él ve, es una vida mal empleada, perdida y corrompida. Entonces tiene hambre. Lo más necesario que le falta, podría ser simplemente un poquitín de alegría. Mira alrededor, y no encuentra nada, absolutamente nada, que realmente pudiera causarle alegría. Y tiene hambre. Lo más necesario podría consistir sencillamente en que nadie lo ha amado de verdad. Y no se encuentra nadie que pueda apreciarlo. Y así tiene hambre. ¿Y si lo más necesario que le faltara fuera una buena conciencia? ¿Quién no desearía y debería tener una buena conciencia? Pero ¿y si uno sólo puede tener una mala conciencia? No puede sino tener hambre. Lo más necesario para él podría ser el poder estar completamente seguro de alguna cosa. Pero en él sólo hay dudas, y alguna vez le amenaza la desesperación. Por esto tiene hambre. Pero lo más necesario de todo podría ser para él, arreglar cuentas con Dios. Pero lo que hasta ahora ha oído decir de Dios, no le dice nada; a partir de aquí, no puede empezar a hacer nada, ni quiere saber nada de eso. Y ahora tiene hambre de estas cosas tan importantes.

De estos hambrientos oímos decir ahora: “los *colma de bienes*”. Por lo tanto no les ha dado sólo un “engaña bobos”,

ni solamente un bocado, ni se ha limitado a un regalo de Navidad, barato o caro, ni a las migajas que caían de la mesa del señor (cf. Mt 15, 27), como las que recibió el pobre Lázaro (Lc 16, 21). No, él los ha alimentado y los ha deleitado hasta la saciedad. Como se dice en uno de nuestros cánticos: “les ha enviado desde el cielo una lluvia torrencial de amor”⁵. De ellos, de los más pobres, ha hecho los más ricos. Y lo ha hecho haciéndose su hermano, convirtiéndose él mismo en un hambriento, que ha gritado por ellos y a favor de ellos: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? (Mc 15, 34). Él se puso en lugar de ellos, poniendo a ellos en su lugar, para quitar de ellos y tomar sobre sí toda su debilidad, todo su error, todo su pecado, toda su miseria. Él, a sus expensas, intervino a favor de ellos contra el diablo, contra la muerte, contra todo aquello que entristecía su vida y la hacía perversa y tenebrosa. Ha quitado de ellos todo esto y lo ha tomado sobre sí, para darles a cambio lo que era suyo: la majestad, la gloria, la alegría de los hijos de Dios. A un hambriento, como aquel cobrador de impuestos pecador, lo hizo bajar del templo a su casa, transformado en un hombre justo y cabal (Lc 18, 14). A un hambriento como aquel pobre Lázaro, lo elevó como a un verdadero santo, al seno del santo padre Abrahán (cf. Lc 16, 22). Lo llamó a su servicio, como hizo entonces con Pedro, después de haber salido a pescar inútilmente durante toda la noche (cf. Lc 5, 5.11). Le dio la bienvenida en la casa paterna como hijo pródigo: no con la mirada aniquiladora de un maestro de escuela severo, sino, tal como se menciona expresamente en la historia de aquel hijo, con el alborozo de la música y haciendo sacrificar el ternero cebado (cf. Lc 15, 22 s.).

Él nos ha hecho todo esto
para mostrarnos su gran amor.
Por esto se alegra toda la cristiandad
y le da gracias por siempre.⁶

¿Qué sociedad es ésta: “la cristiandad”? Nada menos que la comunidad de los hambrientos, que pueden alegrarse y

5. De la estrofa 4.^a del cántico 52 (con diferencias textuales en el EKG 234) “Lobe den Herrn, den mächtigen König der Ehren” (1680) de J. Neander.

6. Estrofa 7.^a del cántico 114 (EKG 15) “Gelobet seist du, Jesu Christ” (1535) de M. Luther.

dar gracias de que Dios los haya colmado de bienes. ¿Por qué precisamente a ellos? Pues porque están hambrientos y se sienten perdidos, y porque él ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido (Lc 19, 10).

¿Quiénes pueden ser esos ricos de quienes se habla a continuación? “Ricos”: cuando oímos esta palabra, lo primero que pensamos es en gente que tienen un montón de acciones, una gran cuenta corriente en el banco, una hermosa casa aquí en Basilea o en las cercanías, con cuadros auténticos, antiguos y modernos, en las paredes y, probablemente, también una casa de vacaciones junto al lago de Vierwaldstatter o en el Tessin, quizás también, un Mercedes fenomenal, y un televisor de los más caros, y de cosas agradables como éstas, todas las que queráis. Si todo esto les basta, si con todo esto se consideran consolados y seguros, si consideran que el sentido de la vida es buscar estas cosas, tenerlas y disfrutarlas, en este caso, pertenecen sin duda alguna a aquellos de quienes se habla aquí.

En el sentido aquí indicado, los ricos no son solamente éstos, sino que, tanto si tienen cuentas corrientes o cosas por el estilo o no, son todos los que con su sabiduría y poder, creen que pueden dominar la vida, “manipularla”, como se dice hoy día. Ricos, en el sentido que se indica aquí, son todos los que se tienen por sabios e inteligentes, por buenas personas (cf. Rom 12, 16). Todos los que, como el fariseo en el templo “se sienten seguros de sí pensando estar bien con Dios” (Lc 18, 9), todos los que se creen que han de dar gracias a Dios porque no son como estos o aquellos bribones, y piensan poder anunciar a los cuatro vientos lo bueno que han hecho o hacen (cf. Lc 18, 11 s), todos los que andan por ahí con la pretensión de que Dios y los hombres deberían estar de veras contentos de ellos. Estos son los ricos de quienes se habla aquí.

Y precisamente se dice ahora de ellos: los *despide de vacío*. ¡Los pobres ricos! No les ha hecho nada malo. No les ha quitado nada de sus riquezas. Pero tampoco les ha manifestado nada bueno. Sólo los ha despedido, como se despide a uno que se ha equivocado de número de teléfono, o al que en la calle ha ido a dar con una dirección equivocada. Solamente los ha dejado estar y los ha dejado marchar con todos sus trastos. No los encontró interesantes, no podía emplearlos. No tenía nada que decirles y que darles ¡a los pobres

ricos! Sí, entonces fue así: lo que sucedió en el establo de Belén, no importó nada a estos ricos. Y lo mismo ha seguido pasando hasta el día de hoy, Navidad no puede hacer feliz a estos ricos. Se puede decir que la fiesta del amor y de la paz no encaja con ellos. Los *pobres ricos*, a quienes sólo les es dado oír esto en el último domingo de adviento.

Pero con esto, hermanos míos, no hemos acabado aún con el doble mensaje de adviento, y os pido de todo corazón que prestéis atención, que reflexionéis, que os toméis en serio aquello en que vamos a seguir fijándonos.

En primer lugar: No todos los que aparentemente tienen hambre son *realmente* hambrientos. Hasta en la más grande miseria, en una grave enfermedad y hasta en la cárcel, uno puede ser una persona contenta y satisfecha sin que los demás se den cuenta de ello. Hasta en el borde de la muerte, hasta en los lugares más impensables en que los hombres pueden encontrarse, existe gente más que satisfecha de sí misma, gente que se siente segura, sanos y felices de sí mismos. Y bastantes también, que se creen ser justos. Y hasta existe algo enormemente malo, y es, que uno puede hasta coquetear con su miseria, y reconocer y hacer constar casi con satisfacción, que uno es un pobre y perdido pecador. No sólo existen fariseos normales y corrientes. Existen también —yo ya me he encontrado con algunos de ellos— *publicanos* fariseos. Dios los ha despedido también de vacío hace tiempo, por más que adopten actitudes lastimosas y por bien que se encuentren. Estos hambrientos aparentes no han de maravillarse, si la navidad no les dice ni les trae nada. La navidad sólo tiene algo que decir y que traer a los que realmente están hambrientos.

En segundo lugar: Los pobres ricos, de la clase que sea, *actúan*, y sólo pueden *actuar* así, como si fueran ricos, siendo en realidad también ellos, muy, pero muy pobres. Con su riqueza se engañan a sí mismos, a Dios y los demás, aparentando lo que no son. Pues ningún hombre estará satisfecho de verdad, de lo que él es y de lo que tiene, aunque tenga la cuenta corriente en el banco, o su mercedes, o su honradez o su piedad. Nadie es de verdad su propio dueño, nadie se forja su felicidad, o, díganlo como quieran todas estas expresiones, nadie es su propio salvador. Mientras no actúe así, o si creyendo ser algo y durante el tiempo que actúa así desprecia a Dios, es uno a quien Dios, como prueba de su gran bondad para con todo el género humano, ha pasado por

alto, ha despedido de vacío. Mientras haga esto, sólo podrá ver cómo Dios colma de bienes a los demás, a los hambrientos, pero no puede celebrar navidad con alegría, para él han cantado en vano los ángeles.

En tercer lugar: Pero existe también una esperanza para los ricos de todas clases, despedidos de vacío provisionalmente. El pobre rico no debería actuar como si tampoco le faltase a él lo más necesario, como si tampoco fuera él un hambriento. Bastaría con que reconociese y confesara que tampoco él es una persona inteligente, sabia y distinguida, y muy de veras se reconociera como una criatura muy infeliz, inútil y miserable. Sólo le bastaría con colocarse, abierto y sinceramente, al lado del publicano —del publicano auténtico, naturalmente, no al lado de aquel falsificado—: allá, donde también el salvador está directamente a su lado. Por lo tanto, sólo le bastaría querer saber y estar convencido de esto: ¡Dios mío, ten compasión de mí, pecador! (Lc 18, 13). De un solo golpe quedaría transformado. Ya no sería más un *pobre* rico, sino un *rico* pobre, uno de los que se dice en el evangelio: *dichosos* vosotros, los pobres (Lc 6, 20). También él sería colmado de bienes. Entonces oíría y captaría lo que decía el ángel a los pastores: “Os traigo una gran alegría que lo será para todo el pueblo. Hoy os ha nacido un salvador” (Lc 2, 10). Y entonces podría juntarse a la alabanza de todas las legiones del ejército celestial: “Gloria a Dios en el cielo y paz en la tierra a los hombres, que él quiere tanto” (Lc 2, 14). Por otra parte ¿sabéis cual es la señal segura de que uno está liberado de su mentira, es un auténtico hambriento y, por lo tanto, un hombre ya colmado de bienes, un *rico* pobre? Si tiene manos y corazón para los demás hambrientos de toda clase. Por ejemplo, el que en la India, Argelia, Sicilia y en otras partes, haya millones que no tienen pan, sopa y arroz, no os interesará sólo un poquitín, sino que os importará de una manera totalmente inmediata. Vuestro problema será también entonces su propio problema. Entonces reconocerá en este hombre a su hermano y a su hermana, y actuará de acuerdo con esto. Haciendo esto, podría celebrar y celebraría para sí una navidad gozosa.

Y ahora pues, la invitación a celebrar la Navidad se nos dirige a todos nosotros. Mira, voy a llegar enseguida (Ap 22, 7.12), dice el Señor —el Señor Jesucristo, el Señor Sebaot, junto al cual no existe ningún otro Dios⁷— y prosigue:

7. Cf. Estrofa 2 del cántico 342 (EKG 201) “Ein festes Burg ist unser Gott” (1529) de M. Luther.

“Acercaos a mí los que estáis rendidos y abrumados, y yo os daré respiro” (Mt 11, 28).

Venid acá,
los pobres y miserables,
colmad libremente
las manos de vuestra fe.
Aquí están todos los buenos regalos
y el oro,
es con ellos con los que debéis
solazar vuestro corazón.⁸

Venid tal como sois, como auténticos hambrientos. No actuéis como si no lo fuerais. Y ahora ya podemos acoger la desconsoladora frase que mencioné al empezar y metérnosla en la cabeza: en una casa habitada por gente fatigada y agobiada, por pobres y miserables que tienen hambre de verdad —por lo tanto, en una casa como ésta en que nos encontramos— encaja tan bien la fiesta de navidad. ¡Sólo en una casa como ésta! En una casa como ésta, con toda seguridad. Amén.

¡Señor, soberano y salvador nuestro! Haz que nos vayamos acercando a estas fiestas, no con ideas equivocadas, sino abiertos a tu palabra, a tus promesas, a tus mandamientos. Nuestras quejas y nuestras cuestiones, nuestras faltas y nuestros errores, nuestra inseguridad y nuestra terquedad, nos darán también mucho que hacer en estos días, y a ti mucho más todavía. Pero también tú, en estos días, quieres acogernos y recibirnos, y lo harás, tal como somos, nos dirás sí, a condición de que nos sintamos hambrientos y no nos tengamos por ricos.

Nos acercamos a ti con la súplica de este conocimiento tan necesario para todos los hombres; te pedimos por todos los atribulados, faltos de consejo, desconcertados: en esta casa, en nuestra ciudad, en nuestro país, en toda la tierra, por los enfermos y perturbados mentales en sus clínicas, y por sus médicos, enfermeros y enfermeras, por los maestros, y por los niños y adolescentes en nuestras escuelas, por nuestras autoridades, por nuestros políticos y periodistas, por las iglesias cristianas aquí y en todas partes: para que el evangelio sea proclamado con más claridad y más alegría, por tu libre gracia, entre los católicos, y tanto más, totalmente renovado, entre nosotros, los protestantes, y llegue a ser la sal, que la tierra tanto necesita.

Y haz que tengamos una buena Navidad. Mirando hacia adelante, y más allá de sus luces pasajeras, dirigimos la vista al pleno oriente de tu luz eterna. Amén.

8. Estrota 8.^a del cántico 119 (EKG 27, estrofa 9) “Fröhlich soll mein Herze springen (1653) de P. Gerhardt.

Lo que basta

2 Corintios 12, 9

31 de diciembre de 1962, cárcel de Basilea

¡Señor, Dios nuestro! Nos permites acabar ahora una vez más, un año de nuestra peregrinación por el tiempo que nos ha sido concedido. Tú nos has concedido la libertad y la posibilidad de dar los grandes y los pequeños pasos que en él hemos dado. Tú los has acompañado con fidelidad, los has gobernado y dirigido. Y tú estuviste presente con tu palabra, con tu promesa, con tus mandamientos. Y todo lo que tú en este año has pensado de nosotros, has hecho en nosotros y por nosotros, estuvo bien, y bien hecho.

No lo fueron así nuestros pensamientos, palabras, comportamientos y acciones. Y mientras podamos darte gracias, hemos de reconocer abiertamente ante ti y ante los demás, lo mucho que, una y otra vez, hemos hecho con negligencia, equivocadamente y al revés. Hubiéramos merecido muy bien que tú acabaras hoy con nosotros, en vez de permitirnos pasar a un nuevo año. Pero si ahora te comportas así con nosotros, lo único que podemos hacer es alabar tu inagotable misericordia. Y para esto nos hemos reunido ahora una vez más como comunidad tuya. Que también en esta hora se pueda decir correctamente lo que es justo y pueda ser escuchado como es debido. Danos la fe, la esperanza y el amor que para esto nos son necesarios y que sólo tú puedes darnos. Esto es lo que solicitamos de ti, en nombre de nuestro Señor Jesucristo, y con sus mismas palabras: Padre nuestro...

Te basta con mi gracia

Queridos hermanos:

Este en un texto muy corto —sólo cinco palabras—, quiero decir el más corto de todos sobre los que yo haya

predicado jamás. Tiene la ventaja de que vosotros podréis retenerlo mucho mejor. Dicho sea de paso, cada vez que me es dado estar aquí, lo que yo más deseo es que, no tanto mi sermón, sino la frase bíblica que lo precede, penetre en vosotros y os acompañe después. Y esta vez es: Te basta con mi gracia. Por otra parte, en su brevedad está precisamente la maravillosa gracia de este texto; en cierta manera, reproduce en sí mismo lo que expresa. Estas cinco palabras bastan. Quizás algunos de vosotros hayáis oído campanas respecto a los muchos y en parte voluminosos libros que he escrito en los últimos cuarenta años. Pero he de admitir francamente, libremente y también con alegría, que las cinco palabras: “Te basta con mi gracia”, dicen mucho más, y muchísimo mejor, que el enorme montón de papeles con que yo me he rodeado. Bastan, cosa que no puedo decir ni por aproximación de mis libros. Todo lo que de bueno pudiera haber en mis libros, a lo más, podría apuntar pero, de lejos, a lo que dicen estas cinco palabras. Y cuando hayan sido superados en todos los aspectos y hayan sido ya olvidados, junto con todos los libros del mundo entero, siempre resplandecerán con eterna plenitud estas palabras: Te basta con mi gracia.

Y ahora, una advertencia previa todavía: si después queréis volver a leer este texto en vuestras biblias, encontraréis que en la traducción de Lutero, que es la más difundida, suena de una manera diferente de la que yo he citado; en ella se dice: “Conténtate con mi gracia”. Esto también es hermoso y es verdad: con lo que te basta, puedes y debes *contentarte*. Pero el sentido original es todavía mejor. Tanto si te contentas, tanto si te satisface como si no: te *basta* con mi gracia. Ahí está como una torre sólida, o como el monte Cervino o la estrella polar, alrededor de la que todo nuestro universo parece ir dando vueltas: Te *basta* con mi gracia. En todos los casos, te basta, *por esto* puedes y debes contentarte con ella: tanto hoy como ayer, lo mismo mañana que hoy. Te bastó en el año 1962. También te bastará en el año 1963. Ahora vamos a tratar de esto más directamente.

Una cosa en primer lugar, y muy importante: ningún hombre puede decirse a sí mismo: te basta con mi gracia. Pues nadie puede conferirse gracia a sí mismo. El que uno piense bastarse a sí mismo, es siempre un error espantoso. Todos nosotros sólo podemos dejarnos decir que existe algo que llamamos gracia, y que con esto nos basta. Pero no son otros hombres los que pueden decírnoslo. Ningún hombre

posee la gracia y ninguno está en situación de conferir gracia a los demás. En tiempos pasados había ciertas personas importantes que se hacían llamar “gracioso señor” (gnädiger Herr), y alguno que otro potentado, hasta “graciosísimo Señor”. Y en Alemania, puede uno oír de vez en cuando todavía “gracioso señor” y también “graciosa señorita”. Seguro que también os son conocidas palabras como “recurso de gracia”, “indulto (gracia)” y otras semejantes. Pero básicamente, todo esto era y es un contrasentido. Ningún hombre, fuera de Uno solo, tiene gracia para conferir. De ningún hombre, fuera de Uno solo, se ha de esperar gracia. Tampoco puede ningún hombre, fuera de Uno solo, decir a los demás: “Te basta con mi gracia”. Sólo Uno puede decir esto. Sólo uno puede decírnoslo.

Esta frase se la hemos de agradecer al apóstol Pablo. Pero él escribe textualmente: “*El* me ha dicho: te basta con mi gracia”. “*El*” es el único hombre que tuvo el derecho y el poder de decir esto a los demás y que lo sigue teniendo hasta el día de hoy; el hombre Jesús, que para Pablo no era sólo un nombre santo, ni sólo una gran figura, de la que hubiera oído hablar a otros, que hubiera leído en otros, sino una persona viva, que se le había revelado, se le había dado a conocer como el hombre verdadero, que era también el verdadero Dios, como el Señor y Salvador de todos los hombres, de todo el mundo, y que ahora andaba con él, como un rey con su más fiel mensajero. Él, este único, ha dicho a Pablo esto: “Te basta con mi gracia”. Cuando le dijo esto, su vida se encontraba en una situación singular, misteriosa, llena de contradicciones: en aprietos entre dos experiencias totalmente opuestas, una magnífica y otra terrible, poderosamente conmovedora la una, la otra profundamente deprimente. Os ruego que lo leáis después en el capítulo correspondiente. Hoy nos llevaría demasiado lejos, si quisiera intentar exponeros y explicaros estas circunstancias. Ahora, más bien, vamos a oír sencillamente lo que el Señor dijo a Pablo en esta extraordinaria circunstancia de su vida. Él lo ha dejado por escrito, pero no como una palabra suya, sino como la palabra que su Señor Jesucristo le dirigió a él. Así es como él la ha transmitido. Así podemos también nosotros dejar que se nos diga, como dirigida también a nosotros, y válida también para nosotros.

Él, este Señor, está lleno de gracia y en situación de ejercerla y de decir: Te basta con mi gracia: él solo, ningún

otro hombre, nadie se lo puede decir a sí mismo. Él también quiere decírnoslo a nosotros. Pero también quiere hacerlo. El nos lo *ha dicho*, durante todo el año 1962. Y nos lo volverá a decir de nuevo, durante todo el año 1963. La verdad y la fuerza, el profundo consuelo y el maravilloso estímulo de estas palabras consisten en que *El* las ha dicho, y nos *las ha dicho* también a nosotros.

Si uno le *basta* a otro con lo que es para él, lo que hace para él, lo que le da, es claro que le proporciona y le provee de todo lo que *necesita*, ni más ni menos, y no de algo distinto. Pero ¿qué es lo que necesita este otro? ¿qué estaría obligado uno a ser, hacer y dar, para bastar a otro? Si reflexionamos un poco sobre esta cuestión, descubriremos que cada respuesta parece escapársenos entre las manos.

Necesitamos *tantas cosas* y *tan diferentes*: ahora *esto*, ahora *aquello*, grande y pequeño, pero también alimento para el alma, el corazón, los sentimientos, alimento humano, pero también espiritual. Pero de todas estas cosas, ¿qué es lo que ahora necesitamos propiamente y realmente? Si llegáramos a tener todas estas cosas ¿cuál de ellas nos bastaría realmente?

Y todo lo que necesitamos, nos es necesario en *variedad*: no sólo trabajo, sino también descanso y distracción, no sólo este gusto, sino también aquel, no sólo la familia, sino también buenos compañeros y amigos, no siempre las mismas caras, sino también alguna vez, caras totalmente distintas, no sólo la patria, sino también las tierras lejanas y extranjeras. Hasta lo más hermoso nos resultaría insípido, si no hubiera nada más. Así se da el caso de que muchos sólo pueden imaginarse el cielo y la eternidad como algo bastante aburrido, porque se piensan que allí no tendrán otra cosa que hacer sino cantar salmos y corales sin cesar. Pues bien, en el aparentemente inacabable film de nuestra vida con todos sus cambios ¿dónde se encuentra lo que propiamente necesitamos, aquello que nos fuera suficiente y que, por otra parte, no nos causara aburrimiento?

Algo más aún: es sabido que todo lo necesitamos siempre de nuevo: en un puro *ir repitiéndose*. Esto es lo que pasa con los alimentos y con el sueño. Si tenemos una alegría, nos gustaría volver a tenerla. Si en una ocasión somos consolados, ya pedimos ser consolados de nuevo. Si alguien nos cae en gracia y sentimos aprecio por él, no nos conformamos con decirle ¡hasta la vista! Si se nos ha dado tiempo (por

ejemplo ahora un nuevo año), sabemos perfectamente que esto no basta, que deberíamos tener más tiempo todavía (un “buen año nuevo”). Lo que nosotros necesitamos propiamente sería siempre más que lo que sólo ocurre una vez. Pero entonces, ¿qué es lo que necesitamos? ¿qué es lo que puede bastarnos y nos bastará siempre?

Volvamos a lo que el Señor dijo a Pablo, y asimismo a nosotros: lo *suficiente* de que se habla, es con toda seguridad lo que nosotros *necesitamos*. Fuera preocupaciones por esto. No nos quedaremos cortos. Sólo que lo que necesitamos y nos basta, parece algo distinto y, por supuesto, es también algo diferente de lo que nosotros podamos pensar. Pablo lo ha descrito en un fragmento anterior de la misma carta, con esta frase singular: “... de modo que, además de tener siempre y en todo plena suficiencia...” (2 Cor 9, 8). Esto suena diferente ¿verdad? Y es también muy diferente.

Lo que nosotros necesitaríamos sería: un *todo*, en el que estuviera también contenido lo mucho y diverso que necesitamos, en el que estuviera incluido, convenientemente reunido, ordenado y acrisolado. Esto es lo que propiamente necesitamos. Esto es lo que nos bastaría.

Lo que nosotros necesitaríamos sería además: algo *único*, que en la huida singular de nuestros años, de sus apariciones y sus formas, en todo cambio, se mantuviera firme, diera un sentido a lo que varía, y diera interés a cada una de las cosas (lejos de todo aburrimiento). Esto es lo que propiamente necesitamos. Esto es lo que nos bastaría.

Lo que nosotros necesitaríamos, sería, y esta es la característica decisiva, algo *eterno*, que en medio de la serie de repeticiones necesarias, él en sí no tuviera necesidad de repetición alguna, que se nos hiciera presente, no una vez, sino una vez y para siempre, que permaneciese y siempre fuese algo nuevo: ayer, hoy y mañana, en 1962 y en 1963. Esto es lo que necesitamos. Esto es lo que nos bastaría.

El Señor ha hablado a Pablo precisamente de esto, y precisamente de esto nos habla ahora también a nosotros. Tal vez ahora ya lo entendáis mejor. Por nosotros mismos nunca hubiéramos venido a parar en que esto es lo que nos basta, lo que propiamente necesitamos. Se trata de esto único, esto eterno, y esto existe, y existe, en efecto, para nosotros, y sólo puede decírnoslo quien lo sabe, porque es su propio reino, el reino de su poder y de su gloria.

Te basta con *mi gracia*, le dijo a Pablo, y también nos lo dice ahora a nosotros.

Mi gracia. Esto es lo que *sólo yo* te puedo dar, no un amigo, por querido que sea, ni un bienhechor, por generoso que sea, ni tampoco ningún párroco, por serio y elocuente que sea, ni el mundo entero. ¿Por qué no? Porque el ser lleno de gracia y el impartirla es un asunto totalmente mío, que Dios me ha confiado.

Mi gracia: esto es lo que yo realmente *quiero darte*; más aún: lo que yo ya te *he dado*, tanto si te das cuenta y lo agradeces, como si no, y te *estoy dando* ahora, y no dejaré nunca de *darte*.

Mi gracia es aquello que a ti no te pertenece en absoluto, lo que tú no has merecido, de lo que no eres digno, pero que sin tu intervención, por pura liberalidad de mi parte, debe ser *tuya*, debe *pertenecerte*.

Mi gracia soy *yo mismo*: es decir, yo para ti, yo como tu salvador. Yo, que te he liberado del pecado, de la culpa, de la miseria y de la muerte, tomándolos sobre mí y quitándolos de ti. Yo, que te muestro al Padre y te abro el camino hacia él. Yo, que te hago oír el gran sí, que él desde toda la eternidad ha dicho para ti, precisamente para ti. Yo, que de esta manera te pongo y te incluyo en el servicio religioso, disponiéndote para que también en este servicio seas útil y lo cumplas de buena gana.

Esta es mi gracia: *Y con ésta mi gracia te basta*. Esta es lo que tú propiamente y realmente necesitas, y lo que tú también puedes y debes tener. A la que puedes atenerte, y con la que puedes vivir. Y también con la que puedes morir. Con ella te basta ahora, y te bastará también por toda la eternidad.

Queridos hermanos, es la tercera vez que estoy aquí entre vosotros en el día de san Silvestre. Hace dos años, también el año pasado, os di como una consigna para el camino, la palabra bíblica que os estuve exponiendo y explicando. “Mi tiempo está en tus manos” (Sal 31 [30], 16) fue la del 1960. “La palabra de nuestro Dios permanece por siempre” (Is 40, 8) fue la del 1961. Y hoy, 1962, será como un retruécano a lo que hemos escuchado sobre lo que nos basta: nuestra *respuesta* a lo que el Señor dijo a Pablo, y nos ha dicho también a nosotros: “*Me basta con tu gracia*”. Queridos hermanos, que sea ésta la última cosa que digáis en el año viejo, y la primera en el nuevo. Decídselo en voz baja, tímidamente,

modestamente. ¿Quién podría decírselo de otro modo? Por otra parte, somos hombres, probablemente demasiado orgullosos para decir una cosa así en voz alta. Pero, ¡decídselo! Él lo oye y se alegra de escucharos. Él no espera de vosotros ni de mí cosas mayores, sino sólo que le digamos como un eco de lo que él nos dice: "Sí, me basta con tu gracia". Amén.

¡Dios y Padre eterno, santo y bondadoso! Ya no está lejos la primera hora de un nuevo año. Tú conoces las buenas oportunidades que nos puede aportar, así como también los enigmas, tentaciones y peligros. En todos los casos, tú serás quien nos vengas al encuentro en todos los cambios de los tiempos y las circunstancias. Tú, como fuente inagotable de toda suficiencia, de todo lo que necesitamos. Haz que desde el principio e incesantemente vayamos a tu encuentro con confianza y obediencia filial: agradecidos por todo de antemano, porque en todo quieres engrandecer tu gloria y manifestar nuestra salvación.

Y ahora ponemos en tus manos todas las preocupaciones y esperanzas que nos asaltan como inmersos en los acontecimientos mundiales de estos tiempos. Ilumina a los hombres que tienen la responsabilidad tan grave de ir plasmando día a día las disposiciones de los pueblos de esta tierra. Pero despierta también a los mismos pueblos para que no sólo anhelan la paz, sino para que intervengan con fortaleza y solicitud a favor de la misma. Impide y destruye la auto-satisfacción, tanto del este como del oeste, cuya duración e incremento podría llevarnos a la guerra, a la guerra atómica. Protégenos de la propaganda mentirosa y demagógica de ambas partes. Alivia y sana a los millones de hombres que han de sufrir por las circunstancias actuales, y también a aquellos que tanto hoy como siempre se sienten solos, pobres, enfermos, están en prisión, y, por lo tanto, andan desanimados y tristes. Y si es posible que se haga sin perversión de la verdad, haz que en este nuevo año, en la comunidad de fe en Jesucristo, se llegue a una más grande aproximación y comprensión, entre las iglesias que llevan su nombre.

Sé tú, y sigue siendo tú, Padre, Hijo y Espíritu santo, alabado por nosotros siempre que nos sentimos débiles: ayer, mañana, y por siempre. Amén.

Ante el tribunal de Cristo

2 Corintios 5, 10

24 de febrero de 1963, cárcel de Basilea

¡Señor, Dios nuestro! Aquí venimos. Aquí estamos. Y tal vez, el motivo sea no quedarnos solos con nuestros pensamientos, al menos por una hora. Quizás, sólo porque nos gustaría escuchar algo distinto de lo que tenemos para contarnos los unos a los otros, o de lo que podemos leer en los libros y en los diarios. Acaso porque nos imaginamos, que a un día de trabajo como es debido, tendría que corresponder también un domingo como es debido. Pero en todas estas cosas, podríamos haber percibido ya tu voz, tu llamada, y tener, por lo tanto, toda la razón. Si estamos contigo, seguro que ya no estamos solos. Y si escuchamos tu voz, sea como sea, escuchamos algo totalmente diferente y nuevo. Si nos es dado celebrar contigo este domingo, será un domingo que, sin estridencias, marcará las horas de cada día.

Tú nos conoces mejor que nosotros mismos. Con nuestra poca fe, no iremos muy lejos. Acepta, sin embargo, la súplica de todos nosotros, y escúchala, como si fuera la profesión de una fe rica y fuerte. Ponte en medio de nosotros y háblanos tú mismo. Abre tú mismo nuestros oídos y nuestros corazones, para que seamos libres al escucharte. Haz tú mismo que nuestras palabras, oraciones y cánticos, con los que intentamos responderte, concuerden, aunque sea de lejos, con la alabanza más digna de tus santos ángeles. Y que ocurra lo mismo en todas partes donde se ruine en este gran día tu comunidad aquí en la tierra, para dar testimonio de las grandes gestas de tu misericordia.

Te lo pedimos en nombre de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, con sus mismas palabras: Padre nuestro...

*Todos tenemos que aparecer como somos
ante el tribunal de Cristo*

Mis queridos hermanos:

Todos sabemos lo que quiere decir: comparecer *ante el tribunal*. Sin duda alguna puedo incluirme también yo mismo. Pues pronto hará treinta años que, en tiempos de Hitler, en Colonia, junto al Rin, comparecí también yo una vez ante el tribunal. Fui acusado allí por un fiscal perverso, y se me mostró lo que yo hice y que no se podía hacer en la Alemania de entonces, y lo que no había hecho y lo que en la Alemania de entonces se debía hacer. Tres jueces estaban sentados ante mí, y me miraban con cara seria y desconfiada. Un joven hábil abogado estaba sentado a mi lado, y puso todos sus esfuerzos en demostrar que la cosa no era tan grave. Pero pasó lo que tenía que pasar. Fui declarado culpable y condenado: fui depuesto como funcionario del estado no digno de confianza, y como mal educador de la juventud alemana¹. De esto hace ya mucho tiempo y, como veis, he salido bien librado.

Sólo os lo explico para recordaros lo que vosotros mismos sabéis mejor que yo: cómo van las cosas cuando uno comparece ante un tribunal *humano*. En medio de muchos hombres, está sentado allí el acusado —y los ojos de todos se dirigen hacia él— y otros hombres van a pedirle cuentas de lo que ha hecho. Entonces se comprobará lo que en su causa es evidente según la comprensión humana. Y se reconocerá lo que por ello le corresponde, según el juicio humano. Y tanto si le cae bien como si le cae mal, tendrá que contentarse con ello. Quizás quiera y pueda apelar, pero esto sólo quiere decir que tendrá que presentarse ante otro tribunal humano. Y la vida sigue su curso: para todas las personas que han tomado parte y también para él, el acusado y, ahora, condenado. Y siguen ocurriendo otros sucesos, y ¿quién sabe, si más adelante, en vez de un castigo, recibirá ocasionalmente un premio - bien entendido: según una apreciación humana?²

1. El proceso tuvo lugar el 20.12.1934. Cf. E. Busch, *Karl Barths Lebenslauf*. Nach seinen Briefen und autobiographischen Texten, München 1975, ³1978, p. 269 ss.

2. El 16.12.1963 el rector de la universidad de Copenhague había comunicado a Barth, que se le había concedido el premio Sonning de cultura europea. El 19.4.1963 Barth recibió el premio en Copenhague.

Qué pequeño es todo esto, casi ridículo; cómo se va a pique todo esto comparado con lo que ahora nos declara el apóstol Pablo en nuestro texto: *Todos tenemos que aparecer como somos ante el tribunal de Cristo*.

Cuando esto sucede, la vida no progresa ni en profundidad ni en importancia. Lo que ahora es y pasa, llega con esto a su fin. Todo, el cielo y la tierra en su actual forma visible, la historia universal, tal como la vemos y la juzgamos ahora, nosotros mismos, con todo lo que fuimos, somos y seremos, todo esto pasará, es decir, desaparecerá. También pasarán todas las escenas de juicios y entrega de premios humanos; entonces sólo serán cosas que fueron. Todo será reducido a un gran ayer. Un sueño, como ya dijo alguien muy bien³. ¡Pero no! No fue ningún sueño, fue nuestra vida real, sólo que entonces quedará atrás irrevocablemente concluida, será un ayer que ya ha sido.

Y entonces, ¿qué? Oigámoslo: ésta nuestra vida real, convertida ahora en algo que pertenece totalmente al pasado, se *revelará* entonces tal como fue. Sobre ella se extiende ahora un *cobertor*. Ahora vemos muchas cosas, las más, en apariencia; todas, no tal como son en realidad: tampoco nos vemos a nosotros mismos tal como somos en realidad. Ni nos ven los demás. Pero Dios sí que nos ve ahora tal como somos: ve lo que pasa en nuestro más íntimo interior, ve lo que pensábamos y queríamos desde nuestra juventud, y lo que queremos y pensamos hoy, ve cómo fue, es y será nuestra situación entre nosotros y nuestros prójimos, ve lo que hemos alcanzado y conseguido, y lo que todavía hemos de alcanzar y conseguir, ve quiénes y qué somos propiamente. Nosotros, ahora, no lo vemos así. Según otras palabras del apóstol Pablo, lo vemos sólo como en un espejo, sólo como un gran enigma (cf. 1 Cor 13, 12) - y si también somos (o fuéramos) cristianos, lo vemos sólo en la fe, no en la visión (cf. 2 Cor 5, 7). Este es el cobertor. Pero entonces, este cobertor *será quitado* de un tirón. Entonces quedaremos en *evidencia*. Entonces no quedará nada escondido de lo que fue y sucedió en nuestra vida: ni a nuestros ojos ni a los ojos de los demás. Todo vendrá entonces a la luz y estará en la luz: nada olvidado, nada turbio y de doble sentido, nada equívoco. Todo el gran ayer de nuestra vida real se hará allí patente como un libro abierto, todo exactamente tal como fue.

3. Cf. el drama *La vida es sueño* de P. Calderón de la Barca (1636).

Quiere decir que *todos* nosotros hemos de *aparecer* como somos. Por lo tanto, no habrá ningún juego al escondite, como el que quiso jugar Adán en el paraíso (cf. Gén 3, 8). La luz que brillará entonces, iluminará irresistiblemente a todos y todo, todo será expuesto a pleno día. Nadie será más una persona privada, nadie podrá hacer de sí mismo una excepción, nadie podrá substraerse a la irrupción de luz y, por lo tanto, a la publicidad: tampoco ninguno de los muchos que nunca han comparecido ante un tribunal humano. Y nadie podrá tampoco entonces hacer una excepción, dejando de lado esto o esto otro, apoyándose en que se trata de un asunto privado que no le incumbe más que a él. Ahora podemos intentar actuar así. Pero entonces, todo se hará público y todo será público.

Y ahora viene lo principal: precisamente en este hacerse patente seremos *juzgados* , y nuestra vida real de ahora. La penetrante luz que irrumpirá, manifestará si nuestra vida, tanto en concreto como en general, ha sido una vida sincera o falseada, hermosa o confusa, vivida en el amor o en la indiferencia o el odio, útil o inútil. Se realizará entonces la crisis. “Crisis” significa separación. Así pues: una *separación* irá penetrando a todos y todas las cosas, como un cuchillo afilado. Y con la mayor precisión se emitirá la sentencia⁴: quiénes y qué fuimos nosotros, si nos hemos de poner al lado derecho, el bueno, o al izquierdo, el malo.

Seguro: entonces el juicio será divino, no humano, y entonces ya no se separará, se decidirá y se sentenciará según una sabiduría y justicia humanas. Y esto significa que se nos dará oportunidad de asombrarnos al ver cuántos de los primeros aparecerán allí como últimos, y cuántos de los últimos aparecerán como primeros (cf. Mc 10, 31), y también de maravillarnos al ver cómo tantas cosas que ahora son grandes aparecerán allí como muy pequeñas, y cómo tantas cosas que ahora son pequeñas aparecerán allí como muy grandes. Confiemos que, en todo caso, todo se hará en orden y de acuerdo con la justicia. Pero confiemos también en que allí se juzgará, se discernirá, se decidirá y se sentenciará realmente, y confiemos además que también quedará allí comprobado lo que tocará a cada uno como resultado de la sen-

4. Juega con las palabras *Scheidung* (= separación) y *Entscheidung* (= decisión, sentencia judicial) (N. T.).

tencia pronunciada sobre él. “Y cada uno recibirá lo suyo, bueno o malo, según se haya portado mientras tenía este cuerpo”, así dice la continuación de nuestro texto. Y confiemos finalmente en que ya no habrá más condenas condicionadas, posibilidad de apelación, libertal condicional, así como tampoco reincidencias. Estaremos ante el más alto juez. El juicio a que seremos sometidos, será el último, el definitivo, el eterno. Entonces la vida dejará de ir adelante.

¿Qué vamos a decir a esto? ¿Cómo saldremos airosos? ¿Qué será allí de nosotros? ¿Es consolador el que la vida nos lleve inevitablemente al encuentro de este juicio? Para recibir una respuesta, hemos de volvernos a fijar de nuevo y de una manera particular en lo que dice: todos tenemos que aparecer como somos ante el *tribunal de Cristo*. Así pues, no ante el trono de un elevadísimo y desconocido juez del mundo, como se lo han imaginado con temor y temblor muchos paganos. No, sino precisamente ante Aquel que nos ha amado y nos ha atraído hacia él por pura bondad desde la eternidad, en su nacimiento en el establo de Belén y en su muerte en cruz en el Gógota (cf. Jer 31, 3). Ante Aquel, en quien Dios ha concluido su alianza con nosotros los hombres, manteniéndola y cumpliéndola fielmente. *Este* será nuestro juez: *su* luz será la luz del último día, en el que todos nosotros hemos de aparecer tal como somos; *su* obra, el separar y el decidir a lo que entonces seremos sometidos; *su* palabra, la sentencia que se dictará sobre nosotros. De verdad, no será sólo *un* consuelo, sino el gran, el poderoso consuelo: tener que aparecer como somos ante *su* tribunal. Sí, pero precisamente porque él es el gran, el poderoso consuelo, no es ningún consuelo barato.

Consideremos, pues, que entonces se pondrá de manifiesto, que nosotros cada día y cada hora hemos pecado *contra él*, este mediador de nuestra salvación. Que precisamente hemos prescindido de *él*, para esperar ansiosamente en y preguntar a otros dioses, que no eran sino ídolos. Que hemos pasado de largo junto a *él*, *lo* hemos menospreciado, odiado, en nuestros prójimos, sus hermanos y sus hermanas, estas criaturas frecuentemente tan cargantes, tan malas, tan estúpidas, y siempre tan pobres. Que precisamente lo hemos rechazado a *él*, rechazando la gracia que libremente nos otorga, al no querer edificar y porfiar en él, sino sobre nuestra propia inocencia, honradez, y también ¿cómo no? piedad. En pocas palabras: hemos vivido como *enemigos suyos*.

Y hemos de aparecer precisamente ante su tribunal. Si esto ha de ser para nosotros una consoladora perspectiva, tendremos que reconocer y conceder que hemos pecado y seguiremos pecando precisamente contra *él*, y que ante *él*, como juez nuestro, somos totalmente inexcusables. Sólo será para nosotros consoladora aquella perspectiva, si nos atenemos solamente a esto, sí, que *él* ha aceptado precisamente a aquellos que no se lo habían merecido, que *él* perdonó a los que le clavaron en la cruz, y que, una vez crucificado, se burlaban de *él* (cf. Lc 23, 34), que también *él* nos ha amado, nos ama y nos amará, precisamente como a enemigos suyos. El gran y poderoso consuelo en vistas al juicio venidero: que el juez es *éste*, que se porta así con nosotros, que nosotros creemos en *él*, que es *éste*, esperamos en *él*, que es *éste*, y podemos amarlo. A menos precio no se puede tener este precioso consuelo. Así se obtendrá: sin demora, totalmente y con toda seguridad.

Consideremos aún lo mismo de otra manera: entonces se revelará que *él*, Jesucristo, el verdadero Hijo de Dios y el verdadero Hijo del hombre, y que entonces será nuestro juez, ha entrado previamente allí, donde por derecho nos tocaba entrar a todos nosotros: bajo el juicio de Dios y la sentencia de muerte, al lado izquierdo, el de los malos, en medio de los condenados y perdidos para siempre. Esta es nuestra situación. Este es nuestro sitio, el lugar que nos toca, y *él* ha entrado por nosotros en este lugar. Una vez más, sólo podrá ser consoladora la perspectiva de aparecer como somos ante su tribunal, en cuanto comprendamos y admitamos lo que tenemos merecido, pero ateniéndonos también a que *él*, cuando vuelva a descender otra vez hasta nosotros como nuestro juez, lo hará para estar a favor nuestro, para ponerse en nuestro lugar y para manifestarse como nuestro único y victorioso abogado. El grande y poderoso consuelo: poder reconocerle y confesarle como a nuestro auténtico juez, y como tal, creer en *él*, esperar en *él*, amarlo. No es posible obtener por menos precio este precioso consuelo. Es así como se obtendrá, y ahora mismo, totalmente y con toda seguridad.

Acabo. *¿Miedo* de aquella luz y de aquel juicio? Os habéis dado cuenta muy bien de que podríamos tener muy buenos motivos para tener miedo. Pero si nos aferramos al grande y poderoso consuelo, no dando valor a ningún otro consuelo,

ni en muerte ni en vida⁵, todo motivo de temor se derrumba, por serio que pueda ser. Entonces tendremos un motivo para *alegrarnos*, no para alegrarnos de nosotros mismos, sino para alegrarnos de *él*, de Jesucristo, que fue ayer, sigue siendo hoy y seguirá existiendo por toda la eternidad (cf. Heb 13, 8); motivos para alegrarnos de que todos nosotros tendremos que aparecer como somos *ante su tribunal*. *¿Tendremos que aparecer?* No, nos será dado. Amén.

¡Señor, Dios nuestro y Padre nuestro! Te damos gracias porque la palabra que tú nos has dicho en tu Hijo, Jesucristo, es exigente, pero también tan amable, es humillante, pero también tan conmovedora. Te damos gracias, porque no tenemos más remedio que inclinarnos ante ti, haciéndonos libres y dándonos la alegría de enderezarnos y de dirigir nuestras miradas con toda confianza hacia la revelación de tu reino. Muévenos por tu santo Espíritu, para que en estas dos cosas seamos, siempre de nuevo, obedientes.

Y ahora, pensemos en las grandes y pequeñas necesidades de éste nuestro tiempo y nuestro mundo presentes: en los muchos millones de hambrientos, en comparación con los que nos va tan bien, en la negra amenaza que la bomba atómica ejerce sobre nuestra hermosa tierra, en el desamparo en que se encuentran los grandes hombres de estado, ante la tarea de decirse los unos a los otros una palabra razonable, en los dolores de los enfermos y en la confusión de los enfermos mentales, en los muchos fallos de nuestro orden público, y en la insensatez de la mayoría de nuestros usos y costumbres, en tanta vanidad y vacío hasta en nuestra vida espiritual y cultural, también en la inseguridad y debilidad de nuestra organización eclesiástica, en tantas preocupaciones y complicaciones en nuestras familias y, finalmente, también en todas aquellas cosas particulares que pudieran hoy afligir y sobrecargar a cada uno de nosotros.

Y ahora te pedimos: Señor, haz que se haga de día. Señor, pulveriza, rompe, destruye todo poder de las tinieblas⁶. Señor, sánanos tú, y quedaremos curados, y si no puede ser aún en todo, que sea en las cosas pequeñas y pasajeras: como signo de que vives y de que nosotros, a pesar de todo, somos tu pueblo que, a través de todas las cosas, conduces tú hacia tu gloria. Sólo tú eres bueno. Sólo a ti te corresponde la gloria. Sólo tú puedes ayudar y ayudarás. Hemos de aprender de nuevo a gritarte desde lo más profundo de nuestro corazón: ¡Tú solo! Amén.

5. Cf. Catecismo de Heidelberg (1563), Pregunta 1.ª: "¿Cuál es tu único consuelo en muerte y en vida? - Que yo en cuerpo y alma, en vida y en muerte, no me pertenezco a mí, sino a mi fiel salvador Jesucristo."

6. Principio de la estrofa 4.ª del cántico 306 (EKG 262, estrofa 6) "O Durchbrecher aller Bande" (1698) de G. Arnold (1666-1714).

Arrimad todos el hombro

Gálatas 6, 2

19 de mayo de 1963, cárcel de Basilea

¡Padre nuestro del cielo! Nuestra vida está llena de confusión: muéstranos el orden que tú le has dado y que quieres volverle a dar de nuevo. Nuestros pensamientos están dispersos: reúnelos de cara a tu verdad. Nuestro camino se abre oscuro ante nosotros: precédenos con la luz que tú también nos has prometido. Nuestra conciencia nos acusa: haznos reconocer que podemos levantarnos para servirte a ti y a nuestro prójimo. Nuestro corazón está intranquilo¹: Señor, danos tu paz.

Tú eres la fuente de todo bien, tú mismo eres el bien, junto al cual no existe otro. Para entender esto con más profundidad, para reconocerlo con más sinceridad, nos hemos reunido a estas horas de la mañana. Tú no quieres que cada uno te busque para él solo, y emprenda la tarea de resolver él solo sus problemas. Tú voluntad es que en nuestra miseria y en nuestra esperanza, seamos un único pueblo de hermanos². Como tal, nos damos la mano para darte gracias juntos y para volver a extender de nuevo una vez más hacia ti nuestras manos vacías. Endereza todo lo que podamos hacer equivocadamente en ésta nuestra obra del domingo. Habla de tal manera con nosotros, que podamos y nos sintamos obligados a escucharte siendo como somos tan inmensamente débiles.

En nombre y por mandato de Nuestro Señor Jesucristo, tu querido Hijo: Padre Nuestro...

1. Cf. S. Agustín, *Confessiones* I, 1, 1: "... fecisti nos ad te; et inquietum est cor nostrum, donec requiescat in te".

2. Cf. el juramento de Rütlich en Fr. Schiller, *Wilhelm Tell*, V. 1448 (acto segundo, escena segunda): "queremos ser un único pueblo de hermanos..."

Arrimad todos el hombro a las cargas de los otros, que con eso cumpliréis la ley de Cristo

Mis queridos hermanos:

Antes en Alemania había unos vagones de cuarta clase, muy curiosos —no sé si esto existe aún hoy día—, en los que, por ejemplo, los campesinos cuando iban al mercado, podían exponer y desplegar sus sacos y sus cestos y otros bultos semejantes, y que llevaban escrito en el exterior: "Para pasajeros con carga". Está bien claro que todos nosotros tenemos que ser pasajeros de éstos. Unos lo saben, otros no. Unos lo son a todas luces, otros a escondidas. Unos sólo se dan cuenta más adelante, cuando llegan a los años de los que decimos: "No les saco gusto" (Ecl 12, 1); otros empiezan a notarlo ya desde la juventud. Unos ponen buena cara, otros mala, triste. Pero todos lo son. Cuando se oye por vez primera, esto no aparece como algo hermoso. Y ahora nos persigue hasta en nuestro texto en esta mañana del domingo, en una forma muy curiosa: "Arrimad todos el hombro a las cargas de los otros". Pero, atención, precisamente de esta manera podría indicárse nos algo muy hermoso. La continuación suena alentadora: "Que con eso cumpliréis la ley de Cristo". Vamos a reflexionar sobre lo que con todo eso se nos dice.

Empecemos con el *final*, como es aconsejable hacer frecuentemente en la explicación de la Biblia, para poder entender el principio a partir de ahí.

Se habla de una "ley". No es que esto suene muy bien, porque nos hace pensar con disgusto en letras, frases, parágrafos, a los que uno debería atenerse, pero que uno tal vez pasa por encima o bien evita dando un rodeo, con lo que fácilmente puede uno entrar en conflicto y ser atropellado por su poderosa fuerza. Pero aquí no se habla de una ley cualquiera, sino de una muy particular, es decir, de la "ley de Cristo". Fijémonos en seguida que no se dice: *debéis* cumplirla, con lo que queda abierta la cuestión de si queremos hacerlo, o si estamos dispuestos a hacerlo. Se dice, como si fuera lo más natural del mundo: *la cumpliréis*. Y consideremos lo que el mismo Nuestro Señor, Jesús, ha dicho de esta ley suya: "Cargad con mi yugo... encontraréis vuestro respiro... pues mi yugo es llevadero y mi carga ligera" (Mt 11, 29). Esto cambia el cuadro. Es claro que no se exige demasiado de nadie. No hay motivo alguno para oponerse. Tampoco será

nadie atropellado. Ahí da la impresión de que ser obediente es algo bueno. Sabe a libertad.

De hecho, la ley de Cristo es la ley de *la gracia* de Dios, *libre y libertadora*. Jesucristo la ha establecido (por eso se llama *su ley*) y la ha puesto en vigor. Esto ocurrió en todo lo que hizo y sigue haciendo por el mundo, como Hijo y enviado de Dios y en su nombre, es decir, por su reconciliación con Dios, y por cada uno de nosotros, es decir, por su salvación. Lo *hizo* y lo *hace* como el único y verdadero en su especie *mozo de cuerda, grande* e incomparable. Así es como lo ha visto Juan el Bautista: “Mira, este es el cordero de Dios que lleva a costas el pecado del mundo” (Jn 1, 29). Sucedió que todos los pecados, transgresiones, faltas, extravíos, absurdos, del mundo entero, de todos los países y de todos los tiempos (incluyendo los nuestros), fueron cargados encima de él, como si se hubiese hecho culpable de ellos. Lo que pasó fue que él no se quejó ante este mar de horrores, y no protestó contra esta inaudita exigencia, sino que de buena voluntad tomó sobre sí esta carga, haciendo suyos nuestros pecados, haciendo suya nuestra aflicción. Sucedió que él soportó toda esta carga, la “subió a la cruz”, como se dice en otro lugar (1 Pe 2, 24). Sucedió que, muriendo en la cruz, se la llevó, la abolió, la extinguió, *libró* de ella al mundo y a todos nosotros. Esto es lo que sucedió.

Pero sucedió mucho más aún: habiéndose convertido en este gran mozo de cuerda y poniendo así por obra el amor omnipotente con que Dios ha amado al mundo y a nosotros (cf. Jn 3, 16), resucitó de entre los muertos, vive, ilumina y gobierna ahora y siempre, por toda la eternidad. Como tal, se hizo y es el Señor y Soberano, Rey y Juez: no como un poderoso conquistador, sino como este gran mozo de cuerda. Como tal, ha hecho del mundo su reino y su propiedad y nos ha llamado a todos nosotros a ser miembros de este reino. Como tal, dice lo que es orden y desorden, decide sobre lo que es justo e injusto, bueno y malo. Precisamente como tal, nos da al mundo y a nosotros su ley. Así pues, como nuestro *libertador* fue y es nuestro *legislador*. Y lo que su ley quiere de nosotros, nos prescribe y nos manda, es sencillo: que podemos y debemos vivir como gente puesta en libertad por él, el gran mozo de cuerda. Por tanto dice que su yugo es llevadero y su carga ligera. Por eso, al llamamiento a observar su ley, sigue inmediatamente la *promesa*: “encontraréis vuestro respiro”.

Pero pasemos ahora al *principio* de nuestro texto y, por lo tanto, a nosotros, ¡*pequeños mozos de cuerda!* Nosotros sólo podemos ser y seremos siempre *pequeños* mozos de cuerda: no hay punto de comparación con él, ni en lo que somos, ni en lo que podemos y nos es dado hacer. Nunca será una obra divina, sino que siempre y solamente será una obra humana muy modesta y quebradiza. Con lo que nosotros hemos de cargar, no será nunca el peso de los pecados de todo el mundo: ya será bastaste con que nos carguemos ciertas sombras oscuras de una pequeñísima parte del peso que él soportó y soporta. Ni siquiera nos es dado ponerlas de lado: a nosotros sólo nos corresponde ir andando con estas sombras como personas que han sido puestas en libertad por él. Pero esto, nos *corresponde*. Y esto es lo que la ley de Cristo, lo que él, el gran mozo de cuerda quiere de nosotros, los pequeños mozos de cuerda, lo que nos prescribe y nos manda.

Pero ¿qué son las *cargas* que nos toca llevar? Las acabo de llamar sombras. Se puede decir mejor aún: son los *residuos* provocados por las repetidas *recaídas* totalmente anacrónicas a que se va a parar el mundo, por más que Jesucristo haya eliminado y haya subido a la cruz el peso de su pecado, lo mismo que nosotros, los que hemos sido puestos en libertad por él: recaídas en los antiguos errores y maldades, absurdos y bajezas, pasados ya de moda, en las obras y costumbres ya hace largo tiempo superadas, del orgullo, la pereza y la mentira. Como cuando uno que sufrió una fractura de brazo en el último otoño³ y que ya hace tiempo se encuentra perfectamente restablecido, ha de notar de nuevo en ciertas ocasiones (como cuando cambia el tiempo) que algo le ha sucedido. Ahí están de nuevo, de una manera totalmente inexplicable e incomprensible, los grandes y pequeños pecados, por más que haga ya largo tiempo que fueron echados al fuego y liquidados por Jesucristo, por más que nosotros pudiéramos vivir de una manera totalmente sencilla y natural el hecho de que nos hayan sido perdonados. Ahí están de nuevo, los fantasmas –los fantasmas sin sentido y endiablados, evocados por nosotros–, nuestro pasado, el tiempo *antes* del nacimiento de Cristo. Sus acciones son las cargas que hemos de sobrellevar.

3. El 16.5.1962, durante una estancia en Walchsee (Oberbayern) por vacaciones, se cayó y se rompió el brazo derecho.

Pero hasta ahora no llegamos a lo más notable de nuestro texto: se nos ordena que *no* sólo cada uno cargue con su *propia* carga sino que cargue también con la de los *otros*. Seguro que ahí están nuestros propios pecados, que es lo mismo que decir nuestras cargas. Y es cierto que también habría mucho que decir de la manera de tratarlos. Según nuestro texto, que vamos a seguir ahora, lo propio y decisivo de la obediencia a la ley de Cristo no es ocuparse de ellos, sino que más bien consiste en que *uno* esté dispuesto a cargar de buena voluntad con las cargas de los *otros*, y que realmente lo haga.

Sí, este *otro*: tu semejante, tu prójimo, este que está simplemente demasiado cerca de ti, con el que has de vivir ahora, tal vez por mucho tiempo, quizás por toda tu vida. Oh, ese otro con sus recaídas y anacronismos, con todo lo fantasmagórico de su manera de ser, de su hablar, de su obrar, de su comportamiento. Oh, cómo te salta a la vista, cómo ensordece tus oídos, cómo te da qué pensar hasta en tus sueños y cómo te da quehacer a manos llenas. Oh, cómo te crispa los nervios. Qué ejemplar de la humanidad más inculto, que no puede hacer uso alguno de la libertad que le ha sido otorgada. Qué *pesado* se te hace, este compañero de viaje con sus cargas, sus cestos y sus sacos. ¡Hasta qué punto llega a hacértelo pesado! ¿Qué hacer en esta mala situación? ¿Lo vas a *pasar por alto*, vas a querer que se salga del camino, lo menospreciarás? Ah, así no vas a cambiar nada en absoluto: nada en él, y en lo que a ti toca, tampoco. Apenas lo has pasado por alto, y ya vuelve a estar ahí en esta forma o en aquella, como quien ahuyenta una mosca y ya la vuelve a tener encima una y otra vez. O ¿piensas echarle en cara quién es él, vas a arreglártelas con él, a decirle sin tapujos lo que piensas? De esta manera te darás una bocanada de aire, esto lo hace uno a gusto, pero al hacer esto, se la quitas al otro. El sigue siendo como es. También siguen ahí sus cargas. Y también queda aquí la molestia que te ocasiona. O ¿sientes el deseo de *castigarlo* según el dicho "de tal palo tal astilla": Lo que tú me haces a mí, te lo hago yo a ti? ¡Qué pena! ¿A dónde iremos a parar? No evitarás con ello tus propias recaídas. Y de esta manera, con toda seguridad, ni con mucho van a cambiar y a mejorar las cosas. En realidad, con *todos* estos métodos, lo único que quedará en evidencia es que tú, al menos, eres un ejemplar salvaje de una

humanidad tan falta de libertad, a pesar de haber sido librado, como el otro. ¿Qué se seguirá de aquí? Con todos estos métodos lo único que se puede conseguir es que la miseria sea aún mayor.

Nuestro texto nos muestra un camino *mejor*. ¡Que *cada uno arrime el hombro*, dice, a las cargas de los *otros*!

Este camino ya es el mejor, porque se presupone, francamente, que tanto el uno como el otro se encuentran en la misma barca, y que yendo juntos, son solidarios y responsables. *Ambos* son claramente personas que recaen y, por lo tanto, que llevan su carga. Así pues, *ambos* se hacen pesados el uno al otro. Y sólo pueden ayudarse los dos juntos. Es así, precisamente, como pueden y deben ayudarse. Por lo tanto conjuntamente, y no a cada uno por separado se les dirige la palabra y se les llama a una acción conjunta: *¡arrimad todos el hombro!*

Y el camino mostrado aquí es mejor que todos los demás, porque *ambos* son llamados a una acción llena de sentido, caritativa, llena de promesas. No se trata de una acción caritativa magnífica, radical: Nadie puede apartar las cargas del otro, ni tampoco la molestia que él le provoca. Ni tampoco *debe* querer desembarazarse de ellas. *Arrimar el hombro* significa precisamente: soportar la mutua molestia alternativamente, resistirla, sufrirla. *Arrimar el hombro* quiere decir: permitirse la posibilidad de perdonarse mutuamente la molestia experimentada. *Arrimar el hombro* quiere decir: tratarse mutuamente con una pizca de bondad, no como quien trata con hombres incultos y malos, sino con hombres pobres y enfermos, algo así como lo que sucede de una manera tan natural entre los pacientes de la misma sala de un hospital. Así pues, arrimar el hombro es todo lo contrario de ceguera e indiferencia frente a las mutuas recaídas y pecados, y también lo contrario de toda furiosa acusación y acometida a golpes. *Arrimar el hombro* consiste en ayudarse mutuamente, recibiendo y aceptando las cargas mutuas sin excepción, como compañeros de ruta en un camino emprendido conjuntamente, y que sólo conjuntamente será posible proseguir y llegar hasta el final. Con toda certeza y de una manera particular forma parte de *arrimar el hombro* el descubrir la viga en el propio ojo, encontrando eso mucho más interesante que la mota en el ojo del hermano (cf. Mt 7, 3), el estar dispuesto a buscar la culpa, y por lo tanto la necesidad de perdón, mil veces más en sí mismo que en aquél. De esta

manera nos ayudamos mutuamente, y cada uno se ayuda también a sí mismo. Así todos juntos nos proporcionamos aire, mientras que todo lo demás, sólo puede llevar a nuevas calamidades. De esta manera, no se cambia todo, pero sí alguna cosa.

Sólo se trata de una *pequeña* ayuda que nosotros, *pequeños* mozos de cuerda, escogemos y podemos poner por obra. Pero esta pequeña ayuda tiene, y aquí llegamos a la conclusión de nuestro texto, la *gran promesa*, que no tiene cosa alguna, ni la acción más excelente: *con eso cumpliréis la ley de Cristo*.

Al arrimar el hombro a las cargas de los otros, hacéis una cosa que si bien no es igual a la acción del gran mozo de cuerda, se le asemeja como la imagen de un espejo o como un eco. También se puede decir así: cuando obráis de esta manera, hacéis en pequeño y en particular, lo que él, en grande y totalmente, ha hecho y hace: él, como el Hijo de Dios y salvador perfecto, vosotros como hombres muy imperfectos, hijos suyos. Cuando hacéis esto, cuando os ejercitáis en este arrimar el hombro, podéis obedecer humildemente, pero también resueltamente a la ley de la gracia, libre y liberadora, que se ha manifestado en él. De esta manera, por lo tanto, vivís y actuáis en su compañía, en comunión con él, imitándolo: como quienes han sido descargados por él de toda ilusión fantasmagórica, de todas sus recaídas en la obstinación; por él han sido liberados, salvados, guardados para la vida eterna. Entonces podéis muy bien cantar en coro, el cántico de iglesia:

Yo también en los escalones más bajos,
quiero creer, testimoniar, invocar,
aunque sea todavía un peregrino:
Jesucristo domina como Rey.
¡Que todo le sea sometido!
¡Glorificadlo, amadlo, alabadlo!⁴

En la comunión e imitación del gran mozo de cuerda, esto es, por pequeño que sea, en principio y de forma incoactiva, nuestra participación en su magnífico cumplimiento del mandamiento: “¡Amarás a tu prójimo como a ti mismo!” (Mc 12, 31). Amén.

4. Estrofa 11.^a del cántico 336 (EKG 96 estrofa 10 - con diferencias en el texto) “Jesus Christus herrscht als König” (1758) de Ph. Fr. Hiller (1699-1769).

Señor, tú ves y conoces toda la miseria que hay en la tierra y en la vida de todos nosotros, cómo nos fastidiamos a nosotros mismos y a los otros, cómo vamos viviendo prescindiendo de los otros y haciéndonos la contra, cómo siempre queremos tener razón, y precisamente de esta manera estamos continuamente cometiendo injusticias y causando desgracias. Te damos gracias porque no sólo nos has mostrado el otro camino, el mejor camino, sino que nos lo has abierto. Danos valor para emprenderlo y recorrerlo, haciendo uso de esta manera de la libertad que nos ha sido otorgada en la entrega de tu querido Hijo.

Dáselo a muchos hombres y, finalmente, dáselo a todos: a los que están cautivos aquí y en todas partes por culpa propia o ajena, a los demasiado sin Dios y a los demasiado piadosos, a los pobres y a los ricos, a los que están enfermos en el cuerpo y en el alma, a los ancianos y a los jóvenes, que olvidan tan fácilmente que un día les llegará también su turno. Dáselo a los miembros de nuestra administración, de nuestros tribunales y redacciones de periódicos, y dáselo también a cada uno de los ciudadanos en el cumplimiento de sus deberes y en el uso de sus derechos en el estado y en la sociedad. Dáselo al pueblo y, muy particularmente, a los párrocos de nuestras comunidades parroquiales y de comunidades eclesiales de todo género, y no en último lugar, al papa y a los demás que en la iglesia católica se enfrentan con nuevas responsabilidades, tan importantes⁵. Haz que todos nosotros, también allí donde todavía no somos uno, estemos unidos en el conocimiento de la necesidad de un nuevo despertar y una nueva conversión al evangelio —con la alegría de soportar recíprocamente todo lo que en todas partes nos impide y nos estorba— pidiéndote tu Espíritu santo, sin cuya obra y asistencia nada de todo esto puede ocurrir. Encomendamos nuestros caminos y todo lo que mortifica nuestros corazones a tu fidelísima atención⁶. Amén.

5. El 29.9.1963 empezó la segunda sesión del Concilio Vaticano II. (El Papa Juan XXIII murió el 3.6.1963).

6. Cf. el principio del cántico 275 (EKG 294) (1653) de P. Gerhardt: “Encomienda tus caminos / y lo que mortifica tu corazón / a la fidelísima atención / del que dirige el cielo...”.

Pero, ¡ánimo!

Juan 16, 33

24 de diciembre de 1963, cárcel de Basilea¹

¡Oh Dios, grande y santo! Tú mismo has andado en medio de nosotros como uno de nosotros, te has hecho totalmente nuestro en tu querido Hijo, nuestro Señor Jesucristo, para que nosotros podamos ser totalmente tuyos. De esta manera nos has dado el permiso, el mandamiento y el poder, de reconocerte, de amarte y de alabarte.

Para hacer esto todos juntos, nos hemos reunido a esta hora del atardecer en la vigilia de tu nacimiento. Querríamos alabarte por la obra de tu misericordia omnipotente. Por supuesto que, al instante, hemos de reconocer que nosotros, nuestros pensamientos, nuestras palabras, nuestra vida, complicados e ignominiosos, siempre quedan atrás, después de lo que tú eres y haces por nosotros. Y así, sólo podemos pedirte, que no retires de nosotros tu mano fuerte y bondadosa, para sernos en adelante Padre y Hermano, Salvador y Señor.

Otórganos también en esta hora algo de la gracia incomprensible e inmerecida de tu presencia. Y que a la luz de tu palabra y por la fuerza de tu Espíritu, aprendamos a comprenderte mejor a ti, a comprendernos mutuamente, y cada uno a sí mismo y, de esta manera, adquiramos un nuevo consuelo, nuevos ánimos, una nueva paciencia y una nueva esperanza. Que así sea hoy y mañana, en todas partes donde hay hombres que esperan –tanto si lo saben, como si no– que se les revele el misterio de Navidad como su salvación y su vida. Padre nuestro... Amén.

En el mundo tendréis apreturas, pero, ánimo, que yo he vencido al mundo

Queridos hermanos:

Nos hemos reunido en esta santa vigilia para prepararnos juntos a escuchar el mensaje de navidad. Sabéis que esta vez, sin que lo veamos, muchos otros hombres escuchan por la radio cómo rezamos aquí, cómo cantamos y cómo dejamos que la palabra de Dios nos hable: afuera en la ciudad, en el resto de Suiza, y también en una gran parte de Alemania. Esto no nos ha de estorbar, sino alegrar. “Todo el aire se alegra y grita: Cristo ha nacido”, acabamos de cantar. Así saludamos también a los radiooyentes que están con nosotros.

Yo he vencido al mundo. Este es el mensaje de navidad. ¡Yo! El niño en el pesebre de Belén nos lo dice, con gran humildad, pero también con gran poder y decisión. Yo, el Hijo de Dios, del Padre todopoderoso, del creador del cielo y de la tierra. Yo, a quien él ha entregado a vosotros, los hombres, hecho Hijo de hombre como vosotros mismos, para que él sea vuestro Dios y vosotros seáis su pueblo, para que venga sobre vosotros la salvación, la paz, la alegría de esta alianza. *Yo he vencido al mundo.* No vosotros, hombres malos, ni vosotros, hombres buenos, no vosotros, los estúpidos, ni vosotros los inteligentes, no vosotros, los creyentes, ni vosotros, los no creyentes. Ningún papa y ningún concilio, ningún gobierno y ninguna universidad ha hecho esto, ninguna ciencia y ninguna técnica, aunque pudiera conseguir que vosotros, pasado mañana, fuerais a patinar a la Milchstrasse. *Yo lo he hecho.*

Yo he vencido al mundo. En el mensaje de navidad se trata del mundo. El mundo: nuestra gran vivienda, tan bien y magníficamente edificada y ordenada, como creación de Dios, pero ahora tan llena de tinieblas, un lugar tan lleno de maldad y tristeza. El mundo somos nosotros mismos; nosotros, los hombres, asimismo bien creados por Dios, y destinados desde el principio, a ser sus hijos, y ahora separados de él, somos sus enemigos, y por esto, enemigos los unos de los otros, y por lo mismo, cada uno es su propio enemigo. Pero precisamente Dios ha amado tanto y de tal manera a este mundo, que quiso regalarme a su Hijo –así habla el niño de Belén– y me lo ha regalado (cf. Jn 3, 16).

1. El servicio religioso en que se predicó este sermón fue retransmitido por diferentes emisoras de radio.

Yo he vencido al mundo, dice este niño. ¡Bien se necesitaba a un gran señor para hacer esto! Sí, y aquí está. Por cierto, un gran señor, totalmente diferente de los otros grandes señores, que, al menos, vencen, someten a esta o aquella parte del mundo, pensando poder tenerlas a sus pies con astucia y fuerza. Un señor que, como hijo de pobres, nacido en un lugar extraño, en un establo, fue puesto en un pesebre, cerca de un buey y de un asno, y quién sabe si la madera de este pesebre no fue tomada del mismo bosque en el que más tarde se abatieron árboles para hacer una cruz de su madera. Porque este niño venció al mundo, entregándose a una muerte ignominiosa por sus pecados y por su culpa. Así es como lo sacó de la corrupción. Así lo reconcilió con Dios. Así lo ganó para Dios. Así es como lo restauró. Así es como a nosotros, los hombres, a nosotros mismos, nos ha enderezado con una magnificencia mucho mayor que la anterior.

Yo he vencido al mundo, oímos. No es que vaya a ser alguna vez, sino: se ha llevado a cabo (Jn 19, 30), ha sucedido, yo lo he hecho. A vosotros no os queda sino daros cuenta, contar con y estar preparados a vivir en el mundo que ha sido vencido por mí, de que ya sois unos hombres vencidos por mí.

Este es el mensaje de navidad. En esta santa vigilia vamos a disponernos todos juntos a escuchar esto, a admitirlo, a recibirlo en nosotros, a vivir en ello: Yo he vencido al mundo.

Pero, ¡alto! Si no fuera él, Jesucristo, quien nos lo dijera, esto sería demasiado hermoso para ser verdad. Pero precisamente él nos dice, tal como lo hemos oído –y lo dice antes–, algo muy distinto: *En el mundo tendréis apreturas* (miedo).

“Miedo” está muy relacionado con estrechez. Miedo es estrechez, opresión, apuro, provocados por un peligro que nos amenaza. Y ahora el Señor no nos dice que podríamos, deberíamos o tendríamos que tener miedo. Y no nos reprocha de nuevo el que tengamos miedo. Lo que hace es constatar con toda sobriedad: en el mundo tendréis apreturas (miedo).

¿Quizás prefiriésemos no oír nada de esto? ¿Pensamos tal vez que esto se ajusta mal a este tiempo de navidad, a nuestras canciones navideñas, a nuestras luces, a nuestros regalos navideños? Mirad bien, queridos hermanos, todo nuestro ambiente navideño podría ser poco sincero, una gran imaginación, si tampoco nosotros quisiéramos oír esto:

en el mundo tendréis apreturas. Precisamente el niño en el pesebre de Belén, precisamente el crucificado en el Gólgota, nos dice las dos cosas: “Yo he vencido al mundo” y “en el mundo tendréis apreturas”. Si quisiéramos cerrar los oídos a esto, tampoco oiríamos ni entenderíamos aquello. Por lo tanto, estamos sinceramente dispuestos a que se nos diga: tendremos apreturas (miedo), también los que son fuertes de entre nosotros, y ahora, en esta santa vigilia.

Existe ya un miedo en muchos jóvenes: de sí mismos, de la vida que se presenta ante ellos con sus inquietantes dificultades que, tal vez, sólo sospechan, o que tal vez ya conocen demasiado bien.

Existe un miedo en los ancianos: por la excesiva multiplicación de sus debilidades y fatigas corporales y espirituales, del pensamiento de que todo su futuro lo han dejado ya atrás, y de que ya no sirven para nada bueno.

En todas las edades existe lo que se llama muy bien “agorafobia”: miedo de la gente, tal vez, precisamente, de los que están más cerca, que siempre quieren algo de uno, que van siempre demasiado cerca de uno; el miedo de la muchedumbre, en medio de la cual uno se encuentra, de una forma curiosa, completamente solo y perdido.

Existe un miedo muy bien fundado de las graves responsabilidades que pueden afectarnos: no es necesario ocultarlos que, en lo que puedo acordarme, siempre, tanto ayer como hoy, he tenido miedo ante el deber de predicar.

Existe el miedo –y esto es también una cosa muy seriadel incesante fluir del tiempo, de los días, de las semanas y los años de esta nuestra corta y única vida. ¿No lo pasamos como un charlatán? ¿No es como si nos fuésemos volando? (cf. Sal 89 [90], 9s).

Y luego, el miedo de ciertos sucesos peligrosos y perniciosos que se nos vienen encima, como de una sospechosa enfermedad mortal que acecha furtivamente. El miedo imaginable de aquellos ochenta hombres que se encontraban en el avión que se estrelló en Dürrenäsch², en los minutos y en los segundos en que se dieron cuenta de lo que se les echaba encima inevitablemente, así como de los hombres en Skoplje, cuando sobrevinieron los terremotos, uno tras

2. Caída de un avión de pasajeros de la Swissair en Dürrenäsch (Cantón de Aargau) el 4.9.1963.

otro³, así como de los hombres en el Piavetal, cuando se rompió el dique e irrumpieron las aguas sepultando aldeas enteras.⁴

¿Y no fue también un gran miedo el que nos sobrecogió, en aquella tarde, hace un mes, cuando corrió la noticia del asesinato del presidente de los Estados Unidos, y algunos días después, la desagradable noticia del asesinato de su asesino?⁵ Miedo por lo que pueda ocurrir y, simplemente, el miedo de las espantosas posibilidades que en cada instante pueden hacerse realidad, abiertamente, en la vida de la sociedad humana.

¿No es para tener miedo el ver cómo ciertos errores y mentiras, que se tenían por superadas, superadas quizás hace ya siglos en la historia de la humanidad, también de la humanidad ya cristianizada, van apareciendo siempre de nuevo y van ganando fuerza? ¿No se apodera de nosotros a veces la idea de que nos encontramos en una única gran casa de locos? Y éste ¿no es un pensamiento como para meter miedo?

Y aquí estamos ya con el miedo de la bomba atómica, que afecta hoy día a tantos hombres, abiertamente o en secreto, miedo que con toda seriedad podría afectar profundamente a muchos hombres más. Es bueno y hermoso, que exista ahora un convenio, según el cual, en el futuro, los experimentos que se hagan con este diabólico instrumento, deberán practicarse sólo bajo tierra⁶. Y es bueno y hermoso que, de acuerdo con las resoluciones de estas últimas semanas, nuestra querida Suiza se haya adherido también a este

3. Skoplje, capital de la república yugoeslava de Macedonia, fue parcialmente destruida por un terremoto el 26.7.1963.

4. Un desprendimiento de tierras en el territorio de Oberetsch, ocasionó que grandes cantidades de agua desbordaran el dique de contención de Vaiant, en la noche del 9 al 10.10.1963, por lo que fueron destruidas o gravemente damnificadas por inundación siete aldeas. Perdieron la vida alrededor de unos 2.500 hombres. (La noticia de que el dique se había derrumbado fue desmentida después como un error).

5. El 22.11.1963 fue asesinado el Presidente de los Estados Unidos John F. Kennedy, en Dallas (Texas), y al día siguiente, fue asesinado también su supuesto asesino.

6. El 5.8.1963 los Estados Unidos, la Unión Soviética y Gran Bretaña firmaron el acuerdo sobre el cese parcial de los experimentos de armas atómicas en la atmósfera, en el espacio y debajo del agua. El 10.10.1963 entró en vigor este acuerdo, al que fueron uniéndose poco a poco casi todos los estados.

convenio⁷. Pero ¿no han sido ya utilizadas existencias demasiado grandes de este instrumento diabólico, con la frecuencia suficiente como para extirpar toda vida de la superficie de nuestra tierra? Y todo este asunto ¿no nos recuerda con pena la historia de Jeremías Gotthelf, que valdría la pena volver a leer, de la araña negra y mortalmente venenosa, que, por cierto, uno había cuidado solícitamente en un agujero de la pared cerrado con un tapón, hasta que un buen día vino un loco, que arrancó el tapón, dejando libre el camino a la destrucción?⁸. Alguien nos ha enseñado muy acertadamente que nosotros, hoy, hemos de “vivir con la bomba”⁹. Está bien, pero esto quiere decir también que precisamente hoy hemos de vivir con este miedo.

Aún otra cosa: Alguno de vosotros ¿no va a sentir también el miedo, precisamente antes de navidad, el miedo de los recuerdos dolorosos de otras navidades mejores, el miedo del abandono, que precisamente ahora podría llegar a sentir, el miedo ante la invitación de estar hoy alegres, donde no se puede estar contentos de ningún modo, el miedo ante Dios, con el que en navidad hemos de tratar con una intimidad y una franqueza tan particular, y con quien no tenemos aclarado en absoluto nuestras cosas?

En una palabra, así son ya las cosas: en el mundo tendréis miedo. En efecto, es necesario que admitamos la palabra del Señor y estemos de acuerdo con ella seriamente. Pero las cosas son ya así, y todo aquello a lo que he hecho alusión, podríamos reducirlo a un solo nombre: tenemos miedo a la vida, que igualmente podemos llamar también miedo a la muerte, porque es el gran miedo de la amenaza en que vemos envuelta nuestra vida por la muerte, por su fin total, que se insinúa por todas partes, por su entrega sin salvación a la nada. Tenemos miedo a la noche, cuando nadie puede actuar (cf. Jn 9, 4). Ciertamente existen también toda clase de pequeños miedos irrelevantes y pasajeros, pero estrictamente también son signos; en cierta manera, síntomas del gran miedo a la vida y a la muerte, que

7. El 18.12.1963 el Parlamento suizo ratificó la entrada de Suiza en el tratado de Moscú, que ya había sido firmado por el gobierno el 23.8.1963.

8. J. Gotthelf, *Die schwarze Spinne* (1842).

9. C. F. von Weizsäcker, *Mit der Bombe leben. Die gegenwärtige Aussichten einer Begrenzung der Gefahr eines Atomkrieges* (separata de artículos del ZBIT) Hamburg 1958.

todos tenemos: profundamente escondido, tal vez, pero que tenemos todos nosotros.

Queridos hermanos, a la santa vigilia, a la preparación para escuchar el mensaje de navidad pertenece irremisiblemente el que aceptemos y admitamos que en el mundo tendremos miedo.

Pero ya hemos dicho bastante sobre este capítulo. Siempre es él mismo quien nos dice una y otra vez a la cara que en el mundo tendremos miedo y, una y otra vez, el niño del pesebre y el hombre crucificado prosigue y grita de manera que es imposible no oírlo, hasta penetrar en el mar agitadoísimo de nuestro miedo: pero, ¡ánimo!

Aquí tenemos de nuevo el poderoso, el magnífico *pero* que nos viene al encuentro en muchas otras citas de la Biblia. De verdad nos darán qué pensar frases como “humanamente eso es imposible” (Mt 19, 26), o “aunque se retiren los montes y vacilen las colinas” (Is 54, 10), o “el cielo y la tierra pasarán” (Mt 24, 35), o “me escarmentó el Señor” (Sal 118 [117], 18). Pero entonces, a esta frase se le opone otra que, por cierto no niega la primera y, por lo tanto, no la tacha ni la suprime simplemente, pero que, de un trazo, la hace aparecer pequeña, y la pone totalmente en la sombra, como: “pero para Dios todo es posible” (Mt 19, 26), o “no se retirará de ti mi misericordia” (Is 54, 10), o “pero mis palabras no pasarán” (Mt 24, 35), o “pero no me entregó a la muerte” (Sal 118 [117], 18). Y también aquí: “en el mundo tendréis miedo, *pero, ¡ánimo!*”.

¡Animo! no quiere decir: pensad en otra cosa, saltad por encima de lo que os causa miedo, huid de vuestro miedo distraiéndoos, ocupándoos en algo con interés o embarcándoos en una empresa fantástica. No podéis escaparos ni os escaparéis de este miedo, así como tampoco podéis escaparos de vosotros mismos. Y mirad, el querer darse a la huida irrealizable y, por lo tanto, innecesaria del miedo, suele ser en cierta manera la causa de todo mal y de todo nuevo sufrimiento.

¡Animo! quiere decir: abrid los ojos y mirad hacia arriba, a las montañas de donde os viene la ayuda (cf. Sal 121 [120], 1), y mirad adelante, a los dos escalones siguientes de vuestro camino. Y entonces, caminad firmes y cobrad ánimo. Estad alegres, y todo esto exactamente en el lugar en donde os encontráis, y por lo tanto en medio del miedo, del gran miedo de la vida y de la muerte, que sin duda alguna tenéis.

Sí, pero ¿es esto posible? ¿No serán más que los buenos consejos y palabras alentadoras de un hombre bien intencionado, inútiles en la práctica, con los que no se puede hacer nada? Respuesta: cierto, *nadie de por sí*, por propia invención, inteligencia y decisión, puede aspirar a tener ánimo, por no decir puede tenerlo. Pero sin excepción alguna, cada uno lo puede, en cuanto se deja decir que él puede y debe tenerlo por aquel que como verdadero Hijo de Dios y del hombre, ha penetrado él mismo en el mundo en el que nosotros tenemos miedo, y en el que también él mismo ha tenido el máximo miedo —“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Mc 15, 34)—, aquel que precisamente de esta manera ha vencido al mundo, lo ha reconciliado con Dios, poniendo así un límite al miedo que nosotros tenemos. Desde este límite que él ha puesto, nos brilla a nosotros, al pueblo que anda en las tinieblas, una gran luz (cf. Is 9, 1). En cuanto vemos esta luz, la seguimos, en cuanto miramos hacia él, que nos la hace brillar, nos dirigimos a él, creemos en él; como nos dice, por su palabra, seremos libres para tener ánimo: libres para una gran calma, no antes ni después de la tormenta, sino en medio de la tormenta de nuestro miedo, precisamente “cuando nos encontramos en la mayor necesidad, *sin saber qué hacer*”.¹⁰

A la cuestión de si, tal como nos lo dice el Señor, puede uno tener ánimo, hemos de dar ahora una segunda respuesta. Así como nadie por sí mismo puede tener ánimo, tampoco *nadie* puede tenerlo *para él solo*. Pero sí, sin excepción, cada uno, en cuanto se deja incorporar al pueblo, al que se ha dicho —no privadamente a éste o a aquél, sino en la unidad de todos sus miembros— que puede y debe tener ánimo: al pueblo, al pueblo para quien, en las tinieblas de su miedo a la vida y a la muerte, brilla la gran luz. ¿Es que tú realmente, en medio del miedo, puedes oír a los ángeles cantar y decir: gloria a Dios en las alturas? Haz la prueba. Puedes hacerlo, si oyes también lo otro que han cantado y han dicho: paz en la tierra (cf. Lc 2, 14). Paz también en esta casa. Paz entre ti y aquel que está sentado en el banco a tu lado o detrás. Paz entre el hombre que está en esta celda y el que está en aquella. Paz entre los presos y los funcionarios. Y paz entre cada uno de los que están aquí y sus parientes

10. Principio del cántico 297 (EKG 282) (1566) de P. Eber (1511-1569).

en casa. ¿Puedes mirar tú realmente hacia arriba y hacia adelante? Puedes hacerlo, si no pasas por alto el mirar a la izquierda y a la derecha, a los prójimos, que también mirarían con gusto hacia arriba y hacia adelante, y que tal vez necesitan tu ayuda para hacerlo. ¿Podrías tú atenerte a Jesucristo como a tu salvador, creer en él? Lo harás, si no consideras a los que te rodean, tanto si te son agradables como si no, como un montón de "gente" cualquiera, sino que encuentras en ellos la comunidad amada y llamada por Jesucristo, que es su Salvador. ¿Es completamente seguro que en medio del mundo y, por lo tanto, en medio del miedo, tú puedes llamarte y ser un hijo de Dios? (cf. 1 Jn 3, 1). Tú puedes y debes con toda seguridad llamarte y ser hijo de Dios, cuando tratas a los otros como a tus hermanos, porque también ellos son hermanos de Jesucristo y, por lo tanto, hijos de Dios. Esto es siempre y para todos, la prueba por el ejemplo. Y ¿por qué no íbamos a superar esta prueba?

Para esto, por lo tanto, vamos a prepararnos en esta santa vigilia: para escuchar que, en medio del miedo que tenemos, podemos y debemos tener ánimo. Y para permitir que se nos diga que esto lo llegaremos a oír en comunidad con todos aquellos a los que el Señor y Salvador se lo promete y quiere írselo prometiendo una y otra vez.

Todos los años volvemos a celebrar otra vez la santa vigilia. La celebramos hoy, la celebramos el año pasado y, si aún contamos con vida, la celebraremos también al año que viene, y cada vez, el día antes de la fiesta de navidad. Respecto a esto, permitid que os diga una última cosa: es bueno considerar que toda nuestra vida en este tiempo puede y ha de ser propiamente como una única santa vigilia, para prepararnos a la gran, definitiva y eterna fiesta de navidad, que es el fin de todos los caminos de Dios con el género humano, y también de todos sus caminos con cada uno de nosotros. Así pues, voy a leer ahora algunos versículos del final del último libro de la Biblia, que tratan de esta navidad eterna: "Vi entonces un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían desaparecido y el mar ya no existía. Y vi bajar del cielo, de junto a Dios, a la ciudad santa, la nueva Jerusalén, ataviada como una novia que se adorna para su esposo. Y oí una voz potente que decía desde el trono: Esta es la morada de Dios con los hombres; él habitará con ellos y ellos serán su pueblo; Dios en persona estará con ellos y será su Dios. El enjugará las

lágrimas de sus ojos, ya no habrá muerte ni luto ni llanto ni dolor, pues lo de antes ha pasado. Y el que estaba sentado en el trono dijo: ¡Todo lo hago nuevo!" (Ap 21, 1-5). Amén.

Señor Jesucristo, si no ha de ser todo en vano, ahora tú mismo has de venir a nosotros, y has de hablarnos de la magnificencia de lo que tú fuiste e hiciste por nosotros, eres y haces todavía, y vas a ser y a hacer de nuevo, también de la austera verdad de que en el mundo tendremos miedo, pero, sobre todo, de la gozosa esperanza, en la que nosotros ahora y por siempre podemos dirigirnos a ti. Somos gente tan pobre, tan sordomuda. Abre nuestros oídos, para que podamos oírte, y nuestra boca, para que podamos ser tus testigos los unos para los otros.

Dinos a todos nosotros tu palabra, de manera que habiendo sido todos por ti llamados, formemos totalmente tu pueblo, tu comunidad. Manifiéstala a cada uno de nosotros, para que no sólo seamos llamados cristianos, sino para que podamos serlo, continuamente renovados. Habla a todos nuestros parientes de casa. Habla a todos los presos en todas las cárceles de todo el mundo. Habla a los enfermos, a los que sufren, a los moribundos allá en las clínicas. Habla a los muchos que en estos días de navidad se sentirán agitados, atormentados, cansados. Habla a los tristes y a los obstinados, a los demasiado superficiales, a los demasiado pensativos, a los demasiado fieles y a los demasiado infieles. Habla a los padres y a los hijos, a los maestros, a los escritores y a los periodistas, a nuestras autoridades y a los miembros de nuestros tribunales, a los párrocos y a sus comunidades, a los grandes y fuertes y a los pequeños y débiles de todos los pueblos. Todos nosotros tenemos necesidad de que nos la digas, tal como tú solo puedes decírnosla. Y así, concédenos a todos unas buenas navidades: mañana, y al fin y al término de nuestros días.

Cristo, tú, cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros, danos tu paz. Amén.

Se alegraron de ver al Señor

Juan 20, 19-20

Domingo de Pascua, 29 de marzo de 1964, cárcel de Basilea

¡Querido Dios y Padre todopoderoso! Si reconociéramos como es debido lo que tú hiciste por tu pueblo, por todo el mundo y, por lo tanto, también por nosotros, cuanto tú resucitaste a Jesucristo de entre los muertos a los que también él fue asociado y lo revestiste de vida inmortal para tu gloria y nuestra salvación! ¡Si estuviéramos agradecidos por la promesa, el consuelo y la instrucción que de esta manera nos has dado a nosotros, los hombres, una vez para siempre! ¡Si quisiéramos aceptar y acreditar en todo lo que nosotros somos, hablamos y hacemos, que el día de pascua es el verdadero cumpleaños de todos nosotros, al que se tendría que agregar el resto de nuestros días como días de libertad, de paz y de alegría!

Haz que nos demos cuenta un poco de todas estas cosas, cuando en esta hora rezamos juntos, cantamos, e intentamos anunciar tu palabra y escucharla. Tú sabes muy bien que por más profundas que sean nuestra seriedad y nuestra diligencia, y por más grande que sea nuestra atención, no nos es posible formar ahora una auténtica comunidad pascual. La luz necesaria para esto, tanto aquí como en todas las iglesias de esta ciudad y de todas partes, sólo puede venir de ti. Nosotros te pedimos sin pretensiones, pero con confianza filial, que en ninguna parte falte esta luz y tampoco entre nosotros. Padre nuestro... Amén.

Al anoecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa con las puertas atrancadas por miedo a las autoridades judías. Jesús entró, se puso en medio, y les dijo: Paz a vosotros. Dicho esto, les enseñó las manos y el costado. Los discípulos se alegraron mucho de ver al Señor

Mis queridos hermanos:

Estamos aquí para celebrar el recuerdo de “aquel día”, de aquel primer día de la semana. En lugar del sábado judío, que era el séptimo, en la comunidad cristiana este primer día de la semana se convirtió en el verdadero sábado y así llegó a ser el día festivo de la semana. Su motivación y su origen están en aquel día. En las lenguas germánicas se le llama de una manera un tanto pagana: “Sonntag” (día del sol). Pero ya que en aquel día salió el sol de justicia (cf. Mal 3, 20) en medio del mundo tenebroso de la injusticia, puede seguirsele llamando ahora también “Sonntag”. Sin embargo, las lenguas románicas lo llaman con más acierto “día del Señor” (Dominica-domingo): porque él, el Señor, es el sol de justicia que amaneció en aquel día.

Aquel día fue un día como todos los otros de nuestro calendario. Lo que lo convirtió en aquel día único fue lo que en él sucedió: la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, el despertar de este muerto, su salida del sepulcro en el que había sido puesto dos días antes, después de morir crucificado.

Queridos hermanos, cómo pudo suceder esto y cómo sucedió: esta superación y supresión, esta muerte de su muerte, cómo fue revestido y lleno no de su vida mortal anterior, sino de una nueva vida inmortal, de ello sé tanto como vosotros. No hay nada más sencillo que decir: esto no se puede creer. Ya entonces esto no pudo ser contado, por no decir descrito y explicado. Ni tampoco existe ningún pasaje en el nuevo testamento, en que se intentara algo semejante. La resurrección de Jesús fue totalmente y solamente una acción de Dios, y, como tal, inmensamente bien hecha, pero también inmensamente incomprensible. Un tal acontecimiento, ya entonces, sólo podía ser reconocido, declarado, testificado y anunciado. “¡Jesucristo ha resucitado!”, con esta frase se saludan hoy día los cristianos en Rusia unos a otros, a lo que el otro responde: “¡Realmente, ha resucitado!”. Pero precisamente, esto no es explicar, esto es testimoniar y anunciar.

Del acontecimiento de aquel día, sólo se podría explicar lo que siguió a la resurrección de Jesús: que se apareció a sus discípulos, que les salió al encuentro (bien entendido: no sólo en pensamiento, en sueños, o de cualquier manera espiritual, sino también visible, audible, sí, tangible corporalmente): este hombre que había muerto, vivía ahora en el

poder y de la manera que Dios vive, junto a él y con él y, por esto, viviendo una vida inmortal, imperecedera, incorruptible. Así se presentó Jesús a sus discípulos en aquel día. En todo caso, seguro que esto podía ser explicado, aunque no fuese sino balbuceando. Y precisamente en esta explicación estuvo y estará lo que no se podía ni se puede explicar: la resurrección de Jesús, testimoniada y proclamada, entonces y hasta el día de hoy.

Así pues —tal como dice la narración y el testimonio—: “Al anochecer de aquel día, Jesús entró”. ¿Tal como se había previsto y esperado? No. Sí, tal como había sido prometido por él anteriormente, pero antes ¿Cómo se podía aceptar esto, cómo era posible siquiera entenderlo? ¿Cómo se presentó! Viniendo de la región donde domina la muerte que somete a todos los hombres - vino del sepulcro, que todavía no había devuelto a nadie que hubiera muerto realmente. Así pues, vino de allí, del lugar de donde ninguno ha venido: una venida totalmente imprevista e inesperada. Pero él, Jesús, vino de allí. ¿Realmente el mismo Jesús de Nazaret, que habían conocido antes? Sí, conocido, pero en su esencia de ningún modo reconocido. Por lo tanto, el mismo, pero ahora, el mismo en su gloria; quiero decir: el mismo revelándose ahora como el verdadero Hijo de Dios e Hijo del hombre, a quien antes no lo habían visto con sus ojos, no lo habían oído con sus oídos (cf. Mt. 13, 13). Así pues, el mismo, pero ahora de tal manera que se les abrieron los ojos y los oídos, cuando él se los abrió.

Este Jesús resucitado de entre los muertos entró, y “se puso en medio”. Nos vamos a entretener ahora un poco con esta expresión tan curiosa.

En primer lugar dice: entró, se puso en medio de sus discípulos. Entró precisamente en el sitio que ellos veían vacío durante las largas horas desde la tarde del viernes santo, donde sólo podían percibir la nada: sólo el recuerdo de su cuerpo desclavado de la cruz, empapado de sangre, sólo su sepulcro y, con esto, sólo sus propios errores e ilusiones pasadas, sólo el final de todas las cosas.

No nos hagamos una falsa representación de estos discípulos de Jesús. Eran tan poca cosa como nosotros aquí, una reunión de gente piadosa, creyente o, también sencillamente, valiente, inteligente: y en aquel día, más apocados que nunca. Estaban sentados allí, como gallinas en el palo, cuando ha tronado —o dicho de una manera algo más bonita,

como un grupito de niños que acaban de perder a su padre y a su madre—, o como un destacamento de soldados huyendo después de la derrota. Había sucedido lo más terrible: los otros habían ganado la partida. En resumidas cuentas, Jesús ya no estaba. ¿Y ellos? Con cuánta frecuencia lo habían confundido todo, pensando, hablando y viviendo de manera completamente distinta de sus enseñanzas. Y al llegar la gran prueba, uno de los suyos lo traicionaría por 30 monedas de plata (Mt 26, 15). Todos lo abandonarían y se darían a la fuga (Mt 26, 56). Hasta el más fuerte de sus hombres, Pedro, el hombre-piedra (roca), sobre quien Jesús quería edificar su comunidad (Mt 16, 18), lo negaría tres veces (Mt 26, 69-75). ¿Qué sería de ellos? Allá estaban sentados, con las puertas cerradas, bien atrancadas por miedo a los judíos, que habían condenado a Jesús, lo habían entregado a los paganos para que lo mataran - por miedo de que algo semejante les pudiera pasar a ellos. Remordimientos, tristeza, miedo, esto es lo que les quedaba: un montón de deshechos. No, no eran ningunos santos, ningunos héroes.

Vino a ellos, entró y se puso en medio, Jesús, el resucitado. ¿Para qué? Para hacerse el jefe, por el poder de la gran misericordia de Dios, su Padre, de este grupo perdido, de esta gente rendida y abrumada (cf. Mt 11, 28), de estos atribulados, aterrorizados, cobardes, para hacerse la cabeza de este cuerpo, enfermo de arriba abajo (cf. Col 1, 18). Y lo hizo de la manera más sencilla que pudiera pensarse: “¡paz a vosotros!”, les dijo y, en el lenguaje de aquel tiempo, esto significaba ni más ni menos lo que significa entre nosotros el “buenas tardes (o buenos días)”, que se dirigen dos personas cuando se encuentran. De una manera tan humana, tan semejante a la suya, entró Jesús y se puso en medio de ellos. Pero cuando dos hacen lo mismo, no es lo mismo. Jesús no sólo deseó a sus discípulos lo que decían aquellas simples palabras: paz, una buena tarde, un buen día, sino que les aportó el contenido de su significado, de estas palabras hizo para ellos una realidad. Y lo hizo cuando les mostró sus manos perforadas, su costado abierto, las señales de su muerte en la cruz. De esta manera se reveló a sí mismo, no sólo como aquel que por un destino sufrió ser así golpeado, herido y muerto, sino, más bien, como aquel que, en la libertad de la obediencia a Dios, su Padre, lo asumió; y su ignominia, Dios la transformó en su gloria. Precisamente como cordero inmolado en la cruz, se manifestó a sí mismo

como león de Judá, vivo y victorioso (cf. Ap 5, 5 s.): como salvador de todo el mundo que Dios ama y, por lo tanto, también como vuestro salvador. Así es como se apareció Jesús resucitado y vino al encuentro de los suyos: como profeta de la verdad de Dios, una, inmutable e infalible, que ahora asumía real y definitivamente la instrucción, el orden, la organización y el gobierno de aquel grupo perdido, de su comunidad. Así hizo a este pequeño pueblo en toda su impotencia, más poderoso que todos los pueblos del mundo. Así deseó, llevó y realizó para él la paz, las buenas tardes, los buenos días, cuando entró y se puso en medio.

Debemos añadir algo todavía: entró, cuando se puso en medio de ellos, en la vida de cada uno: tanto si se llamaba Pedro o Juan, Andrés o Santiago. ¡Paz a vosotros! ¡Buenos días a todos! Esto quiso decir inmediatamente: ¡paz precisamente contigo, precisamente a ti los buenos días de este nuevo día! Si él ha muerto y ha resucitado como cabeza de todo su cuerpo, también lo ha hecho como cabeza de cada uno de sus miembros, también lo ha hecho para tu justificación ante Dios, también lo ha hecho para la santificación de tu vida. Su pueblo, cuando él entró y se puso en medio, ya no está ante su cadáver, ante su tumba, ya no está ante un montón de deshechos - ni tampoco tú, más bien, tú, por su resurrección, has nacido de nuevo a una esperanza viva (cf. 1 Pe 1, 3). Su comunidad como tal, recibe su permiso y su mandato de rezar: “¡Padre nuestro, que estás en el cielo!” (Mt 6, 9), por lo tanto, tú, precisamente tú, puedes y debes invocar a Dios como a tu Padre, puedes y debes saber que precisamente tú eres su querido hijo. Todo esto que se refiere al encuentro del resucitado con sus discípulos, se refiere infaliblemente a ti. “Señor mío y Dios mío!” (Jn 20, 28), exclamó Tomás, cuando después, y con todos los otros, lo reconoció.

Aquí puede y debe añadirse algo más: Quien aquel día entró y se puso en medio de sus discípulos, haciendo eso, entró y se puso en medio, subió al trono que le correspondía en medio de todos los acontecimientos del mundo. Entonces, Jesús deseó, trajo y realizó la paz, los buenos días para todos los pueblos y tiempos de toda la tierra, de todo el mundo visible e invisible. En medio de todo el género humano, exaltado ya por una inmensa alegría, afligido ya hasta morir¹, en

1. Cf. J. W. Goethe, *Egmont*, tercer acto (de la canción de Klärchen): “exaltada por una inmensa alegría, / afligida hasta morir / el alma que ama, / ella sola es feliz”.

aquel día, Jesús, el crucificado y el resucitado, entró y se puso en medio de todos los que son demasiado estúpidos y demasiado listos, demasiado seguros y demasiado pusilánimes, en medio de toda la gente religiosa y no religiosa. En medio de todas las enfermedades y catástrofes naturales, de todas las guerras y revoluciones, de los tratados de paz y de su ruptura, de todo el progreso, estancamiento y retroceso, de toda la miseria humana, culpable y sin culpa, ocurrió a su tiempo que él se manifestó y se reveló como el que era, es y será: “¡Paz a vosotros!, y les mostró sus manos y su costado. Confiemos en que lo que ocurrió en aquel día, fue y quedó como el centro alrededor del cual todo se mueve, del que para empezar todo procede, y al que para acabar, todo se precipita. Hay llamas muy reales y evidentes, muy claras y muy turbias: pero ésta es la que arderá por más tiempo: aun después que todas las demás hayan llegado a su término y se hayan extinguido. Pues toda cosa dura el tiempo que tiene asignado, pero el amor de Dios, que actuó en la resurrección de Jesucristo de entre los muertos y en ella habló, dura por siempre². Porque esto sucedió una vez, no hay ya ningún motivo para dudar, y se dan todos los motivos para esperar - hasta cuando se lee el periódico con todas sus noticias desconcertantes y terribles, y también para la historia, inquietantemente matizada de tantos colores, que nosotros llamamos la historia del mundo.

Así pues, entró Jesús, el único gran mediador entre Dios y nosotros los hombres (cf. 1 Tim 2, 5), resucitado de entre los muertos, y se puso en medio de su comunidad, y de la vida de cada uno de los hombres, y de todo el acontecer del mundo. Así es como dijo él, y sigue diciendo desde aquel momento, la primera y la última palabra. Pero volvamos otra vez a los discípulos en aquel día, el buen día del Señor, el primer domingo. Oímos decir de ellos al final de nuestro texto: “Se alegraron mucho de ver al Señor”. Esto no quiere decir que desde aquel momento instantáneamente se hubieran acabado las cuestiones y las quejas, o que definitivamente se hubieran convertido en unos grandes santos y héroes. Lo que quiere decir es que se sintieron consolados, anima-

2. Cf. el refrán del cántico 48 (EKB 232) “Sollt ich meinem Gott nicht singen” (1653) de P. Gerhardt: Cada cosa dura su tiempo / el amor de Dios, por siempre.

dos, firmes sobre los pies, que con toda humildad podían levantar un poco la cabeza y mantenerla erguida. Lo que oyeron, cuando vieron al Señor, fue una llamada irresistible, totalmente práctica, la vocación a servir como testigos suyos en el mundo, entre los otros hombres. Lo que recibieron entonces, fue la visión de un futuro claro y pleno de su existencia en el tiempo, en toda su limitación. Y lo que oyeron además, al ver al Señor, fue el hermoso y fuerte acento de eterna esperanza para ellos y para toda la creación. “Muerte, ¿dónde está tu victoria? ¿dónde está tu aguijón? Demos gracias a Dios que nos da esta victoria por medio de nuestro Señor, Jesucristo” (1 Cor 15, 55-57). Recibieron la visión de una ruptura final de todas las ataduras, de una solución final y definitiva de todos los enigmas, de un conocimiento y un ser en el reino de la luz eterna, cuyo primer rayo los había alcanzado e iluminado a ellos precisamente ahora, en aquel día. Por todo esto se alegraron mucho de ver al Señor. Que se alegraron mucho, quiere decir ciertamente para ellos, que si no siempre abiertamente, sí podían desde entonces reírse siempre un poco, al menos, interiormente.

Queridos hermanos, nosotros no estábamos allí, cuando Jesús resucitado, a pesar de toda la insensatez y tristeza de sus discípulos, a pesar de aquellas puertas cerradas por puro miedo, entró y se puso en medio. Nosotros no podemos verlo ahora tan directamente como lo vieron ellos, y no lo veremos hasta que al final de los días, venga a juzgar a los vivos y a los muertos. Pero a nuestra manera, indirectamente, podemos y nos es dado también a nosotros verlo ya ahora, en el espejo de las narraciones y de los testimonios, de la confesión de fe y de la proclamación de la primera comunidad. Muchos de nosotros, todo un pueblo de hombres y mujeres, lo hemos visto así y nos hemos alegrado. Precisamente celebramos la pascua, la conmemoración de aquel día, para juntarnos a aquel pueblo, y también para ver al Señor y, por lo tanto, para estar también alegres. Sin ver al Señor, nadie puede estar alegre. Quien lo ve, se alegra. ¿Por qué no puede pasarnos esto también a nosotros: la pequeña comunidad pascual de presos en la Spitalstrasse de Basilea con su párroco y su organista, con todos los habitantes y empleados de esta casa y también con el viejo profesor (yo también me siento un poco incluído) que ocasionalmente puede visitaros? Todos nosotros podemos ver también al Señor. Por esto podemos también estar contentos. ¡Qué Dios conceda que así sea! Amén.

¡Señor Jesucristo! Tú sabes lo que quiere decir ser un hombre y encontrarse en la miseria. Tú has sido golpeado hasta morder el polvo, has bajado libremente hasta lo más profundo, has sido abandonado como el más grande pecador, traicionado, negado, condenado, ejecutado, has estado totalmente entre los muertos, para ser totalmente nuestro hermano. Pero tú sabes también lo que significa ser un hombre con Dios. Como tal has sido resucitado por el poder de tu Padre y de su Espíritu santo, has resucitado de entre los muertos y te has hecho la luz de tu comunidad, de cada hombre y de cada cristiano, del mundo entero. Así sigues actuando para arrancarnos del abismo y levantarnos a las alturas. Te damos gracias por todo esto. Te pedimos que esto no haya ocurrido en vano para nosotros, y que siga ocurriendo aún.

Junto con todos aquellos que también te han visto y te han reconocido como al Señor, te pedimos esto, sobre todo por aquellos, que no te han conocido o ya no te conocen como tal. Mantén abiertos nuestros ojos, y ábreles también a ellos los ojos: a los indiferentes, a los que dudan, a los ateos de hecho y sutiles, a los escépticos o llámense como quiera, para que se pongan alegres - en el fondo, están todos ellos tan tristes...

Haz que la luz de tu resurrección brille en las iglesias de toda clase y dirección, también en todas las otras cárceles, en los hospitales y manicomios, en las salas de consejo y en los despachos de deliberación de nuestras autoridades, también en las redacciones de nuestros diarios, en nuestras escuelas, en todas las casas privadas y familias, en las que existe tanta necesidad, desconcierto y preocupación, manifiestas o encubiertas. No en último lugar, pensamos en nuestros parientes, tanto cercanos como lejanos: sé tú su amigo y su consuelo, su consejero y su ayuda.

Y cuando las sombras de la muerte se acerquen todavía más a nosotros, sé y sigue siendo para nosotros el Todopoderoso, háblanos entonces lo único que entonces tendremos que oír: que tú vives y que nosotros también viviremos. Amén.

Para festividades de la Iglesia Donde se da el Espíritu del Señor, hay libertad

(Pentecostés, 1957)

Audaz, ligero, suave y abierto, sumamente preciso, pero de ningún modo natural y mecánico, realmente espiritual y libre es lo que resumen en una frase estas palabras de la segunda carta a los corintios (3, 17): donde está el Espíritu del Señor, también se da la libertad. Es evidente e infalible, que estas dos cosas van juntas siempre y en todas partes. De esto ¿qué es lo que podríamos deducir, explicar, concluir? Si Dios y el hombre están el uno junto al otro —y esto es de lo que aquí se trata—, esto es algo enormemente maravilloso, porque Dios no tiene ninguna obligación de estar junto al hombre, y porque el hombre no puede llevar a cabo, ni siquiera puede esperar estar junto a Dios. No se puede concluir nada. Lo que pasa es sólo esto: Donde se da el Espíritu del Señor, hay libertad. Así pasó en pentecostés. Así se formó entonces la comunidad cristiana, a partir de 12, 120, 3.000 personas. Así puede y debe formarse hoy día. Así es como sucede el que también haya cristianos que se comportan como hijos de Dios, y como portadores de misivas de Dios al mundo.

Donde se da el Espíritu del Señor, hay *libertad*. En el lenguaje de la Biblia, libertad es una potencia, un ser capaz, un poder, en cuanto es “un arte”. No un poder y un arte cualesquiera - no digamos, el poder y el arte de escoger al azar, por casualidad o antojo, esto o esto otro, ni la libertad de la estatua en el puerto de New York, ni la libertad de Hércules

en la encrucijada. No, de lo que se trata es de la libertad, el poder y el arte de reconocer, de tomarse en serio, de poner por obra, que Dios ha amado, ama y amará el mundo (cf. Jn 3, 16). Los cristianos son hombres que tienen esta libertad. La comunidad cristiana vive, en cuanto fomenta esta libertad. En donde se da el Espíritu del Señor, allí él se preocupa de que haya cristianos, de que haya comunidad cristiana: en esta libertad, atestiguada por sus obras.

Los cristianos son hombres que han encontrado a su Señor: más aún, es él quien los ha encontrado. No tienen necesidad alguna de otros señores, autoridades, salvadores o espíritus protectores. Esto no quiere decir que sean gente irrespetuosa, sin maestro. Pero sí quiere decir que han sido liberados definitivamente y con gozo de toda servidumbre, magia y dictadura: de la de sus diarios, de la de los juicios de la gente, de la de la tendencia dominante y la opinión pública, de la de determinadas fuertes personalidades, ideologías, principios y sistemas - también de lo absoluto y determinante de las propias convicciones, posiciones y derechos. En toda su impotencia, tienen el poder de temer y amar a Dios sobre todas las cosas¹. Esta es su libertad.

Por esto son hombres que sólo tienen una preocupación: que pudieran pensar y esperar demasiado poco de Dios, de sus bienes y de su poder, ser demasiado tímidos y atreverse a poco respecto a él y a sus mandatos en pensamiento, palabra y obra. Por lo demás, no han de tener ningún miedo, ni por el futuro de la historia de sus vidas, ni de la historia del mundo y de la iglesia, ni de la enorme insensatez y maldad de quien sea, ni de la suya propia, ni del envejecer, ni del quedarse solo, ni tampoco de la muerte, de ningún destino y de ningún diablo. Ciertamente que cada día más de una vez tienen que hacer uso de su poder. Ciertamente que el miedo los hará sucumbir constantemente, y con bastante frecuencia. Pero tienen poder sobre él, y este poder pueden actualizarlo. Esta es su libertad.

Pero unos hombres así, no han de estar ahí para sí mismos - precisamente en su libertad, pueden estar ahí para los otros, para el mundo. Para el pueblo de Israel, para todos los pueblos, para dar testimonio y ser luz ante ellos, nació

1. Cf. M. Luther, *Kleiner Katechismus* (1528/29), explicación del primer mandamiento: “Debemos temer y amar a Dios y confiar en él por encima de todo”.

y fue instituida entonces, en el día de pentecostés, la comunidad libre de los cristianos libres. Los cristianos tienen el poder de hacer visible el amor de Dios en el pequeño o gran círculo de su existencia, a aquellos que no lo conocen o no lo conocen como es debido, con toda modestia, pero también con todo el gozo y, sobre todo, con toda decisión. Para esto han sido liberados de toda servidumbre y de todo temor. Les es dado servir. Dios puede servirse de ellos. No es que necesite servirse de ellos. Pero se sirve de ellos realmente, y precisamente así hace que sus vidas no sean ni les puedan parecer nunca aburridas, superfluas y sin sentido. Precisamente la misión que han recibido los llevará siempre de nuevo: hasta en alas de águila (cf. Ex 19, 4). Sólo se derrumbarían y tendrían que derrumbarse, en el caso que tuvieran que estar —¡terrible palabra!— “libres de servicio”. Pero precisamente su libertad consiste en esto: que para ellos, eso de estar libres de servicio, ni hablar. Justamente su salvación está en poder estar sencillamente ahí para la gloria de Dios. Esta es su libertad, y podrá muy bien llamarse la corona de su libertad.

Pero ahora hemos de reflexionar también sobre lo otro. En donde se da el *Espíritu del Señor*, ahí (¡y sólo ahí!) hay libertad. Hay también otros espíritus, humanos e inhumanos, también sobrehumanos, personales e impersonales colectivos: espíritus de las casas, de los pueblos, de razas y de clases, espíritus de asociación, de partido, también espíritus religiosos, y además también espíritus de iglesia. En Basilea, por ejemplo, hay un espíritu particular de la noche de carnaval (Fasnacht) saludado con tambores y toda clase de discursos. Parece que también se habla de un espíritu general de Dios, que gobierna y se revela en la naturaleza. Pero de todos estos espíritus no se puede decir que donde estén ellos esté también la libertad. Ciertamente no *pueden*, pero lo que *sí pueden* todos juntos es desenmascarse y manifestarse también como malos espíritus, como aquellos espíritus que en vez de sacar a los hombres de la servidumbre, del miedo, de su concha de caracol, los meten más profundamente en ellos y, por lo tanto, en la falta de libertad. Ellos, propiamente, en el mejor de los casos, sólo pueden *llevar a ser* buenos espíritus que llevan a la libertad siempre que, en todo caso, algo del Espíritu de Señor pudiera estar presente y actuando con ellos y entre ellos. De por sí y en sí, tanto más podrán reconocerse como espíritus malignos, cuanto

más grandes se hacen a sí mismos, queriendo reclamar para sí, tal vez, una especie de dignidad y santidad divinas. Y la Biblia nos advierte que, precisamente aquel universal espíritu divino del mundo, tan frecuentemente exaltado, no podría ser en absoluto un buen espíritu, sino un mal espíritu, un auténtico duende (cf. 1 Cor 2, 12). En donde está él, no hay ninguna libertad. El Espíritu del Señor, a diferencia de todos los otros espíritus, es la obra que Jesucristo, resucitado y vivo, realiza entre nosotros, los hombres: su historia, su presencia, su palabra y su acción sobre la tierra, no interrumpidas por su ascensión, sino continuadas y, aunque se hayan hecho provisionalmente invisibles, no por eso son menos inmediatas y activas.

El Espíritu del Señor es el mismo Jesucristo, que una y otra vez viene siempre de nuevo a su comunidad, hace morada en ella y actúa, está en camino con ella y con todo el género humano hacia el término de su obra, en que se revelará a todos los hombres como el que fue y como el que es: como juez y mediador entre Dios y ellos, y con esto se acabará y llegará a su plenitud el acontecer del mundo. El Espíritu del Señor es el amor del Padre, inflamado y resplendente, afirmándose como tal en este tránsito, y el de su Hijo, ofreciéndose a sí mismo y sacrificado por nosotros. En donde está éste, el Espíritu santo, donde éste se hospeda, habla, actúa, impulsa, conduce y gobierna, allí está la libertad: allí y sólo allí.

¿Cómo se le distingue de los otros espíritus? Se nos exhorta a que pongamos a prueba a los otros espíritus (cf. 1 Jn 4, 1), es decir, que comprobemos si tienen algo que ver con éste, con el Espíritu santo, y hasta qué punto. Si directa o al menos indirectamente pueden confesar que Jesús es el Señor (cf. 1 Cor 12, 3). Si allá donde se encuentran, hay algo de libertad o puede entreverse. Pero, ¿cómo puede uno equivocarse en esto, hasta en las pruebas más serias y sólidas y con cuánta frecuencia ha sucedido esto! La diferencia propia e infalible entre el Espíritu del Señor y los otros espíritus, a los que, según mi leal saber y entender, sólo podemos atenernos después de haberlos discernido, es evidentemente ésta: la de la libertad, realizada por él y presente donde él está. ¿Por ventura no lo hace? ¿No es por ventura Jesús y su obra —sólo con que miremos y escuchemos atentamente— inequívocamente diferente de todos los otros espíritus y sus obras? Y así también la libertad que existe en donde se rea-

liza su obra, ¿no es inequívocamente diferente de todas las cautividades que pudieran repartírse nos camufladas de libertad? Los hombres de pentecostés supieron muy bien que se trataba del Espíritu del Señor. El mismo Espíritu del Señor se lo notificó, cuando se dio a conocer, sencillamente, como el autotestimonio, inconfundible con cualquier otro, del Señor Jesucristo, sufriente, muerto, pero también resucitado, vivo. Y la propia libertad que allí y entonces sintieron, cuando éste se puso en medio de ellos, fue la confirmación de que realmente no se habían engañado. Podemos contar tranquilamente con que también hoy, también entre nosotros, él se da a conocer, sin que pueda confundírsele con ningún otro, y que su presencia se confirmará con nuestra libertad, que la acompañará maravillosamente, pero también con toda sencillez, paso a paso.

El gran sí

(Adviento de 1959)

Es sabido que sí quiere decir: ¡de acuerdo! ¡Así está bien! Yo tenía un nieto pequeño —ya se ha hecho bastante mayor— cuya primera y única palabra inteligible, por un buen tiempo, fue la corta palabra *sí*: al despertarse y antes de dormirse, cuando estaba solo o con otras personas, lo único que decía era un sí verdaderamente intenso y, sobre todo, amable. Parecía no conocer la posibilidad de que al lado de este sí pudiera decir también no, o de que pudiera en general decirse no. Es claro que estaba de acuerdo con todo lo que veía y oía a su alrededor. Todavía me alegra y me consuela pensar en esto porque, para mí, es un recuerdo pequeño y lejano del gran sí.

A diferencia del sí de aquel chiquitín - el gran sí tiene sin duda también en sí, un *no* claro y distinto: no junto a sí, sino también en sí. No, quiere decir: ¡no estoy de acuerdo, falso, equivocado, malo! En el gran sí está contenido este no. Y no existe un no tan riguroso como el que está contenido en el gran sí. En donde suena y se escucha el gran sí, allá se ponen en entredicho el orgullo, la estupidez, el engaño y

el engañarse a sí mismos del mundo y del hombre, allá se condena y se juzga, allá se da al traste con toda autosatisfacción y vanidad, porque ante este gran sí, nadie se puede justificar y alabar a sí mismo. Si a uno le es posible considerarse justo y bueno, esto es un signo seguro de que todavía no ha oído el gran sí.

El gran sí, es un sí *a pesar de todo*. Sí, tú, mundo, sí, tú, hombre, suena así: sí, tú eres el mundo que yo quiero, tú eres el hombre a quien yo quiero; sí, estoy de acuerdo contigo, me gustas, a pesar de que tú no lo mereces en absoluto, a pesar de que yo, propiamente tenga todos los motivos para lo contrario. Yo te digo sí a ti; en cuanto a los buenos motivos que tengo para decirte no, opongo el motivo todavía mejor de mi magnífica, justa y santa obstinación, la obstinación de mi gracia. Precisamente y sólo en esta obstinación mía te digo sí. Pero escucha también el no, que también te digo al decirte sí. Tú no me oirías, si no oyese también el no que en mi sí está escondido.

El gran sí, es un sí *porque* sí al mundo, al hombre, y suena así: tú eres, a pesar de todo, el mundo que yo quiero, tú eres el hombre a quien yo quiero, a pesar de todo estoy de acuerdo contigo, a pesar de todo me gustas: porque yo, antes que nada y a fin de cuentas, tengo misericordia de ti. Y yo me compadezco de ti, porque te soy y te permanezco fiel. Y te soy y te permanezco fiel, porque me acuerdo de que yo soy tu creador, y seré tu salvador que te llevará a la plenitud, porque quiero ser fiel a mí mismo. Este motivo de mi sí —mi misericordia, mi fidelidad, mi pensamiento— es aún más profundo y más fuerte que el profundísimo y fortísimo motivo que tengo para decirte no. Por este motivo, le pongo delante mi magnífica, justa y santa obstinación. Por este motivo me encolerizo contra ti, pero, con la cólera del gran amor con que vengo a visitarte, te digo ciertamente no, pero es un no que no se oye en cualquier parte junto a mi sí, sino que sólo resuena y se oye contenido, encerrado y escondido en mi sí.

El gran sí, es un sí *para*, es decir, para un determinado fin y objetivo. Sí, tú, mundo, sí, tú, hombre, suena así: yo tengo misericordia de ti, yo te soy fiel, yo me acuerdo de mi bondad como creador y salvador tuyo, y porfío con el motivo que ciertamente tendría para comportarme contigo de una manera totalmente diferente, para llamarte, para con-

vertirte e invitarte a venir a mí, para arrancarte de tu error, para transformarte en un nuevo mundo, en un nuevo hombre. Esta voluntad mía hace inevitable, por cierto, mi condena y mi juicio sobre ti y, por lo tanto, mi no. En ésta mi buena voluntad, sólo puedo encerrar mi no en mi sí. A causa de esta mi buena voluntad, mi no no puede ser mi primera palabra, así como tampoco mi última, tampoco puede oírse junto a la palabra de mi gracia ni como oponiéndose a ella, sólo puede poner de manifiesto que mi gracia es una gracia real y libre. Mi voluntad es iluminarte, ayudarte, salvarte. ¿Qué otra cosa sino mi sí, mi gran sí, podría ser para ti luz, ayuda y salvación?

Hablamos del sí de Dios. Y siendo éste su sí, es el sí pronunciado a *pesar de todo*, es pronunciado *porque*, y es pronunciado *para*, el gran sí, que se diferencia de todo *pequeño* sí, porque no sólo tiene incluido en él el no, sino que también en él está el no superado. “Ni hombre alguno ha imaginado” (1 Cor 2, 9). Así pues, ningún hombre de por sí, puede decir este gran sí: ni al mundo, ni a sí mismo ni a sus prójimos. Pero Dios lo ha dicho y lo dice. Ha bajado como una palabra de gracia a nosotros, los hombres. Es el gran sí de navidad, del viernes santo, de la mañana de pascua, de pentecostés. *Jesucristo* es el gran sí. En Jesucristo se hace visible de una manera terrible el no de Dios al mundo y a los hombres, su condenación y su juicio sobre ellos. Pero incluido también en su misericordia, en su fidelidad, en su pensamiento, en su bondad, está cautivo en su benevolencia para iluminarnos, para ayudarnos, para salvarnos. En Jesucristo Dios está claramente de acuerdo con nosotros, claramente somos de su agrado. Oigamos a Pablo una vez más: “El Hijo de Dios Jesucristo... no fue un ambiguo sí y no; en él ha habido únicamente un sí, es decir, en su persona se ha pronunciado el sí a todas las promesas de Dios, y por eso a través de él respondemos nosotros a la doxología con el amén a Dios” (2 Cor 1, 19-20).

¿Nosotros? Sí, nosotros, en cuanto dejamos que se nos ruegue, invite y exija que aceptemos y admitamos el gran sí pronunciado en Jesucristo, como dicho a *nosotros*, y vivamos de él como de nuestro pan de cada día, repartido a los hambrientos. Honradamente no podríamos hablar de esto como de una opinión, doctrina y teoría encontrada y aducida por nosotros; a otros podría también sólo hacerles mover la cabeza: demasiado hermoso para ser verdad, demasiado triunfal

para poderse utilizar, una cosa para niños pequeños como entonces mi nieto, o una cosa para cristianos u otros optimistas, pero no para hombres sobrios y maduros, que luchan por la vida, y que por lo tanto saben que no hay ningún sí sin un no al lado, o detrás, latente, o a veces también, llenándolo todo con su vociferación. Seguro, seguro. Existen todos los motivos para desconfiar de nuestras opiniones, doctrinas y teorías cristianas. Pero no existe ninguna dificultad, duda u objeción contra el gran sí, que es y se llama Jesucristo. Con la verdad y la fuerza de este gran sí, todo “no” que se pueda alzar y de hecho se alza con demasiados buenos motivos contra el mundo y contra cada uno de nosotros, se convierte en un *pequeño* no. En este gran sí, el mundo y cada hombre, en medio del combate del que nadie se escapa, humilde pero seguro y a salvo, pueden sentirse al mismo tiempo habilitados para una vigorosa oposición al pecado, a la muerte y al demonio. En este gran sí, se nos llama a voces con un irresistible ¡adelante!, el de la libertad de los hijos de Dios (cf. Rom 8, 21-25). Uno puede y le es dado *vivir* de este gran sí, como hombre sobrio y maduro, sólo de él.

Si pudiera acabar con un suspiro, con un anhelo en este tiempo de adviento, no podría ser sino: ¡Ah, si la voz de la iglesia en el mundo (la teología de sus teólogos, la predicación de sus predicadores, la palabra práctica y eficaz de los cristianos entre ellos, y a los otros) se manifestará mucho, muchísimo más con la voz de los testigos de esto único, necesario (cf. Lc 10, 42), de este gran sí, que incluye en él todo no (que en él se ha hecho pequeño) y que además lo vence!

¿En dónde está Jesucristo?

(Navidad de 1961)

Ha resucitado. Vive y reina “a la diestra de Dios Padre”¹, es decir, exactamente allí, en las alturas, desde donde

1. Confesión de fe apostólica.

el mundo es regido tanto en las cosas grandes como en las pequeñas: Él, el mismo que nació en Belén, y que murió en la cruz en el Gólgota, él, el Señor y Salvador, la única y total palabra del Dios que ha amado, ama y amará al mundo (cf. Jn 3, 16), él, hermano e intercesor de cada uno de los hombres. A él le ha sido dada toda autoridad (cf. Mt 28, 18).

Así lo dice la confesión de fe cristiana. El saber que él está allí no es un consuelo pasajero, ni tampoco una esperanza por añadidura. Más bien es el abc de la fe cristiana. Y precisamente allí donde uno conoce y practica este abc, donde uno, por lo tanto, cree y sabe que Jesucristo está allí, no sólo está *allí*, sino que él mismo está también aquí, en medio de nosotros. A los que por el poder del Espíritu santo les es dado creer y saber esto, se les dice: "Mirad que yo estoy con vosotros cada día, hasta el fin del mundo" (Mt 28, 20).

¿Somos nosotros, los cristianos, personas a las que por el poder del Espíritu santo les ha sido dado creer y saber esto? Sí así fuera, la respuesta a nuestra cuestión podría ser sencilla: Jesucristo está en todas partes en donde hay cristianos. Ojalá pudiera uno darse por satisfecho con esta respuesta. Ojalá pudieran los hombres simplemente mirar y darse cuenta de que donde hay cristianos, allí está el mismo Jesucristo y, por lo tanto, luz, amor y vida para todos ellos.

Pero precisamente en nosotros, los cristianos, se da tanta oposición orgullosa, perezosa y estúpida, contra el Espíritu santo. Por esto hay tanta fe y conocimiento aparentemente cristianos, que en realidad están muertos, y viéndolos, ningún hombre puede llegar a pensar que Jesucristo ha resucitado, está a la diestra de Dios y al igual que *allí*, está también aquí para todo el mundo. Quizás los cristianos pidamos demasiado poco los dones del Espíritu santo. Tal vez por esto no nos atenemos a la idea —o sólo a medias— de que Jesucristo ha resucitado y vive. Tal vez por esto tengamos tan poca fuerza y alegría para mostrar a los otros dónde se lo ha de buscar y encontrar: en qué altura y en qué profundidad.

Es cosa segura que, nosotros cristianos, no tenemos nunca razón cuando nos lamentamos de la falta de fe, de la ignorancia, de lo mal que va el mundo. "¡Dadles vosotros de comer!" (Mc 6, 37). En el ambiente que rodea a diez, cinco o a un sólo cristiano sincero, aunque totalmente imperfecto, la cuestión ¿en dónde está Jesucristo? acostumbra a reducirse por sí misma al silencio, o a hacerse muy tenue.

Una palabra para el nuevo año¹ (Año nuevo de 1962)

Queridos paisanos y cristianos, los que estáis cerca y los que estáis lejos:

Permitidme ser sincero: la preocupación, sí, el miedo, con que también nosotros, los suizos, entramos en este nuevo año, es más fuerte, aunque esté profundamente escondido en nosotros, que los buenos deseos y augurios que también hoy, como de costumbre, nos dirigimos los unos a los otros. El horizonte de las relaciones mundiales que hoy día nos rodea, no podría ser ya más oscuro. ¿Llegará a detenerse el impetuoso movimiento que hoy se ha apoderado de los pueblos? ¿Será posible protegerse de los medios con los que se amenazan y nos amenazan? ¿Resistirá nuestra democracia, nuestra neutralidad, nuestra prosperidad, resistiremos nosotros, suizos y suizas jóvenes y ancianos, la tormenta, mucho peor que todas las anteriores, cuando se desencadene?

Con toda seguridad, sólo resistirán los corazones firmes (cf. Heb 13, 9). Son firmes los corazones de los hombres que hoy no abrigan odio, cuando la mayoría odian, sino que aman, cuando sólo son pocos los que aman. Son firmes los corazones de los hombres, que son más dichosos dando que recibiendo (cf. Hech 20, 35), que tienen por más importante tener preparado el pan para los hermanos², que empuñar nuevas armas, más espantosas aún, para defenderse. Son firmes los corazones de los hombres, que confían en que todo lo que debido a nuestra locura humana está pasando y puede seguir pasando, tiene sus límites y su objetivo en las firmes y amables manos de Dios. Los corazones firmes de estos hombres resistirán también lo que el año 1962 pueda traernos, resistirán por siempre.

En el año pasado se ha establecido un nuevo himno nacional, por cierto ya conocido de antiguo³. Me parece que

1. Alocución por radio Beromünster.

2. "Brot für Brüder" (pan para hermanos) es el nombre de la organización eclesial de ayuda para el tercer mundo, que en Suiza corresponde al "Brot für die Welt" (pan para el mundo) de Alemania.

3. No existiendo hasta entonces en Suiza ningún himno nacional, sino que prácticamente ejercían esta función diferentes canciones que se iban haciendo la competencia, el gobierno decidió el 12.9.1961 introducir provisionalmente el

en él, se habla quizá demasiado de aurora sonrosada, mar de niebla, viejos Alpes y cosas por el estilo. Pero en él hay una frase buena. Dice: “¡Reza, Suiza libre, reza!”. El suizo que ahora reza, es un suizo libre, tiene un corazón firme y, por lo tanto, amable, abierto, confiado, y que se mantendrá firme también en el 1962. ¡Padre nuestro que estás en los cielos! ¡Santificado sea tu nombre! ¡Venga a nosotros tu reino! ¡Hágase tu voluntad! ¡Así en la tierra como en el cielo! (Mt 6, 9 s).

Nacimiento de Dios

(Navidad de 1962)

Precisamente en estos días, ha venido a parar a mis manos por casualidad un pergamino escrito, provisto de un sello; un documento de hace casi 600 años. Su contenido, con todas las formalidades exigidas ya en aquel tiempo, se refiere a la venta y compra de una casa. La fecha se expresa como sigue a continuación: “Dado en Basilea, en el lunes siguiente al día de san Urbano, papa, en el año que a partir del *nacimiento de Dios* se cuenta como el mil trescientos setenta y uno”.

“¡Del nacimiento de Dios!” Los hombres de la edad media no eran en absoluto tan infantiles, como uno se imagina frecuentemente, ni tampoco eran mejores y más piadosos que nosotros. Pero su pensamiento y su manera de hablar tenían a ojos vistas una dimensión que, si bien no se ha perdido para nosotros, puede sin embargo haberse hecho poco clara. Cuando ellos “contaban”, aún tratándose de dinero y bienes materiales, y de comercio, a partir del “nacimiento de Dios”, conocían seguramente mejor que nosotros el misterio de su tiempo, de su historia y de su vida.

“Schweizerpsalm” (1841) de L. Widmer (1808-1868), hasta el 31.12.1964, como himno nacional para el ejército, y en el terreno de las representaciones diplomáticas suizas en el extranjero. (El 13.7.1965, esta provisionalidad se prolongó por un plazo indefinido).

Navidad nos recuerda este misterio, tanto si lo sabemos y reflexionamos como si no, este misterio que es también el misterio de nuestro tiempo, de nuestra historia y de nuestra vida. De allí venimos nosotros. Todo “cuenta” a partir de allí. De ahí viene también que todo lo económico y todo lo político tengan su sentido y su orden, su principio y su fin escondidos: de que Dios consintió —en toda su excelcitud *llegó a consentir*— en *nacer* y, por lo tanto, en hacerse *hombre*. La contradicción de este mensaje, del mensaje de navidad, respecto a todo lo que el hombre pudiera pensar u opinar de Dios y de sí mismo, se hace evidente a plena luz.

¿Cómo iba a hacerse hombre aquel que está por encima de todo lo que existe, que sólo nace en la eternidad y de una manera incomprensible, cómo iba el hombre a hacerse su hermano, y de una vez para siempre: hacía 1371 años entonces, y hace 1962 años hoy? No es necesaria una particular agudeza intelectual para dudar de eso, para protestar como contra una injuria infligida al sano entendimiento del hombre y a toda experiencia. Pero por fortuna, no hay nada de eso. Precisamente esta contradicción respecto a todo lo que el hombre pudiera pensar u opinar de Dios y de sí mismo, en el mensaje de navidad se ha manifestado realmente, por encima de todo entendimiento humano, sano y no sano, por encima de toda experiencia, segura y no segura.

Este mensaje dice que el tiempo de los dioses elevados, lejanos y extraños, de los dioses sin tiempo ni espacio, que también es el tiempo de los hombres sin Dios, ya ha pasado y queda atrás. Incluso dice que el querer entender nuestros tiempos, nuestras historias universales y las historias de nuestras vidas, como el dominio de estos dioses inhumanos y, por consiguiente, como el dominio de los hombres sin Dios, fue siempre un error y una mentira. Fue desde siempre, es hoy y será siempre, Señor del tiempo, de la historia y de la vida: el Dios que ha amado, ama y amará a los hombres, no para venir a menos, sino en prueba de su majestad divina.

Desde siempre fue el hombre el interlocutor de este Dios, y lo es y lo será también en todo el presente y el futuro. Precisamente, según el mensaje de navidad, se ha decidido de una vez para siempre sobre esta cuestión, en cuanto Dios, naciendo, se hizo un hombre igual que nosotros. Este es el Dios verdadero y vivo, junto a quien todos los otros (hasta los más elevados, los más espirituales, los más magníficos entre ellos) son dioses falsos y muertos.

Y el hombre auténtico es el interlocutor de este Dios, junto a quien el sin Dios sólo puede existir como un fantasma. Si tú preguntas ¿quién es éste?, Lutero ha cantado de este Dios: "Se llama Jesucristo, el Señor Sebaoth, y no existe otro Dios, él ha de quedar dueño del campo".¹

Se puede dudar de muchas cosas, pero no se puede dudar de que este Dios quedará dueño del campo. Así como tampoco de que nuestra celebración de Navidad como recuerdo del nacimiento de Dios, sólo puede y debe ser algo glorioso, más de lo que se ensalza en nuestras canciones de navidad: "mi corazón saltará de gozo"², etc. ¿A qué es debido que se haya convertido en algo tan profundamente ambivalente, por lo que nuestro corazón apenas muestra una gran inclinación a "saltar"? Y sin embargo, en cierta manera, todos nosotros somos honrados y piadosos (religiosos). En este sentido, las acostumbradas quejas sobre la maldad y la locura del género humano tienen aires grotescos.

Lo penoso es que en el trabajo y en el descanso, en nuestra alta y baja "política", en la vida económica, en el deporte y en la circulación, también y desgraciadamente con mucha frecuencia en nuestras iglesias, y no menos en nuestras relaciones familiares y sociales, vamos viviendo año tras año, como si en vez de "contar" a partir del nacimiento de Dios, lo hiciésemos a partir de la revelación de cualesquiera falsos dioses, falsos por inhumanos. Pero esto significa que en el servicio de estos dioses, que no son dioses, somos honrados y piadosos: con relación a todas las ideas, principios y poderes posibles, que nos parece bien considerar como dioses y que, por lo tanto, respetamos como a autoridades, pero no con relación al Dios que se hizo, es y será hombre.

No es de maravillarse que, yendo así las cosas entre nosotros, los hombres, aun con la mejor voluntad, sea todo tan inhumano, duro, rígido y frágil: una "guerra fría" sin fin, secreta o abierta. Y qué puede extrañarnos, si de la navidad se ha hecho un negocio y una empresa, que uno acostumbra a mirar con algo de tristeza cuando se acerca y que acostumbra a mirar también con algo de tristeza cuando ya

1. De la estrofa 2.^a del cántico 342 (EKG 201) "Ein feste Burg ist unser Gott" (1529) de M. Luther.

2. Cántico 119 (EKG 27) (1653) de P. Gerhardt.

ha pasado. Sin su misterio, es imposible que los días de navidad sean los días gozosos, benditos, portadores de gracia, que cantan los niños.³

No se trata del "dogma". Por cierto que nos iría muy bien, no eludir el dogma tan a la ligera y con tanta desconfianza, como sucede frecuentemente. Lo que uno podría hacer –y esto sería lo mejor– es despertar la atención al misterio de navidad por medio de la alabanza del verdadero Dios y verdadero hombre de la que están llenos todos los cánticos de navidad oficiales. Pero no se trata del dogma, sino del misterio de la navidad misma, que en el dogma sólo se indica incipientemente.

Se trata del nacimiento de Dios, del que nosotros procedemos, que es el aire en que podemos respirar, sin el cual, con la bomba atómica y otros horrores o sin ellos, sólo podemos luchar desamparados para tener un respiro y para tener que morir finalmente ahogados en nuestra hermosa y vieja tierra o en el así llamado "universo", como comunistas o anticomunistas. Se trata de que dejemos que nos hable la humanidad de Dios, en la que se hace visible y asequible su verdadera divinidad, que la admitamos como la realidad que se nos da para nuestro provecho tanto en lo grande como en lo pequeño y que permanezcamos en ella, en vez de saltar en el vacío fuera de ella. Nosotros no podemos inventarla ni hacerla. Hacer esto (¡querer hacerlo sería pura arrogancia!) tampoco es necesario, porque esta realidad ya ha sido inventada por el único inventor competente, ya ha sido desde hace tiempo creada por el único poderoso creador, para la salvación de todo el mundo y de cada uno de los hombres. Lo que podemos hacer es sencillamente y seriamente alegrarnos de ella.

Nosotros podemos contar con que la primera y la última palabra en la lucha de la humanidad contra lo inhumano ha sido válidamente pronunciada de una vez para siempre. Y también podemos, en nuestras compras y en nuestras ventas, "contar a partir del nacimiento de Dios el año mil novecientos sesenta y dos"; del nacimiento de Dios, ocurrido de un modo que "supera todo razonar" (Flp 4, 7), no en contra sino a favor del hombre verdaderamente malo e insensato, pero que Dios se ha escogido como hermano. Sólo se trata de que *hagamos* lo que *podemos* hacer.

3. Cántico 128: "O du fröhliche" de J. D. Falk (1768-1826).